

Un trece de octubre de 2011 se conmemoraron las Bodas de Oro del Festival Minero.

El renovado interés que despierta
Cada año El Festival Internacional del Cante
De las Minas no se corresponde
Con los estudios responsables de
Este fenómeno cultural, del origen
Y formas del cante flamenco y del
Cante minero, cada día es mayor el
Ámbito de la joven afición y de los viejos
Nombres y gloriosos como Silverio, Chacón
Marchena, el Rojo el Alpargatero,
La Niña de los Peines, Mairena, El Fillo, etc.
Fulgen siempre vivos en las conversaciones
De los aficionados. Todos los poetas y
Musicólogos son sensibles al fenómeno del duende del cante flamenco.
Estos se interesan por las influencias ejercidas
Por numerosos compositores.
Se ha consagrado la resurrección de infinidad
De cantes que se creían perdidos para siempre
Gracias a aquellos hombres que un día
Decidieron poner en marcha el 1º Festival del Cante de Las Minas
(Que es acaso el primero de Europa y probablemente del mundo)
La rehabilitación del Cante Flamenco ha repercutido por fortuna en la esfera
social, desde aquel característico concurso de Granada en 1922 ya no se han
podido callar las voces, porque todo el mundo sabe que el cante flamenco es
cultura y sentimiento.

A un sabio le pregunté
Y me respondió al momento
Yo también me enamoré
Y aunque me sobra el talento
Lloro por una mujer.

El Festival internacional del Cante de las Minas, en honor de prestigio y dignidad, cual corresponde a un acontecimiento firmemente institucionalizado en el alma popular de un pueblo, y por ello singularmente querido y deseado por el pueblo. Concorre siempre así cada año, nuestro Festival en el que vive y perdura, en indiscutible identificación de nuestro ser con la dilatada afición al Cante de las Minas.

A la hora de categorizar nuestros cantes en la esfera de los valores culturales, siempre hemos venido insistiendo en la índole eminentemente

cultural, porque el cante es cultura, nuestro Festival y sus cantes mineros, en la variada y rica genealogía del flamenco, constituyen una parte sustancial los cantes mineros dentro de nuestra cultura popular. Cada copla digo, en su profundo intimismo lírico, en su extensa emoción dramática contempla una explosión de sentimientos, pasiones y emociones que encuentra en la garganta del cantaor, su timbre, su tono, su cadencia y su modulación siempre adecuadas, para resolverse finalmente en ola o revuelo misterioso, sin que sepamos como ni porque, cada copla digo es capaz de condensar en sus cuatro o cinco versos, el diminuto retablo de unas pocas sílabas, que pueden hacer todo un drama pasional y a veces desgarrador vivido en un momento exquisito en un proceso de elaboración o de una creación artística.

El cante tiene su estética, su rito, y hasta su mística, también hay una mística en el cante es arte y arte puro, limpio y exento de cualquier tipo de connotaciones peyorativas, su condición de arte popular, no le constriñe o lo limita, antes al contrario lo ensancha o lo universaliza.

El cante flamenco, razón de ser de este Festival Internacional del Cante de las Minas, constituye un hecho cultural de primera magnitud y eso hay que proclamarlo así, frente a la creencia contraria. La cultura, es algo que se contiene en el conjunto de conocimientos científicos, literarios y artísticos de un pueblo.

El flamenco es arte llevado a su máxima calidad lírica, la cultura flamenca refleja el conocimiento de un pueblo a través de esta clase de sentimientos poéticos. Y el hecho de que representen una rama de la cultura popular, no disminuye en importancia, si no que al contrario la engrandece y la exalta.

Por eso el cante flamenco, representa un calor artístico incuestionable y además imposible de imitar, fuera de unos límites geográficos perfectamente delimitados dentro de los cuales nos encontramos felizmente. Hay que acentuar y fortalecer la alta cualificación que en cuanto a exponente de nuestra cultura corresponde a nuestro Festival internacional del Cante de las Minas.

Por eso, la semana grande unionense, está dedicada a mantener siempre encendida la llama de la tradición de nuestros cantes mineros, y a esta señalada circunstancia se debe que tengamos el placer y la alegría de gozar de nuestros visitantes y aficionados.

Es para nosotros los unionenses, un privilegio en esta ocasión tan especial para expresar a nuestros ilustres visitantes el más cordial y efusivo saludo de bienvenida, en nombre de todos los hombres y mujeres de nuestro pueblo, al tiempo que expreso mis más fervientes deseos de que en esta brevísima estancia encuentren alguna motivación grata y reconfortante a modo de compensación a las molestias e inconvenientes de un incomodo desplazamiento a este hermoso e histórico monumento como es el mercado público de La Unión llamado también Catedral del Cante. Sin entrar en la polémica, pienso que en los cantes mineros como en los pueblos o en las naciones, no existen inicios si no indicios, o si lo preferís vagos orígenes, por eso yo me fío mucho de la intuición, que es el conocimiento previo al desarrollo del Festival de cante flamenco.

El Cante de las Minas, es un cante desnudo, doloroso, compuesto de sudor y temblor, con un estremecimiento, de ahogo, y marginación, una mezcla de “Ayees” y silencios. El Cante de las Minas es un cante que sabe a gas, a galería a oscuridad, a derrumbamiento, un cante lleno de muerte. Una dualidad entre la vida y la muerte, entre un pueblo joven y también viejo de más de dos mil años.

La Unión es un pueblo sobrio que ha sabido estremecer entre la sierra y la mina, entre sueño y ensueño, el trabajo e indolencia, a caballo entre la convidada y el sablazo, el piropo y el insulto, la pasión y el despegue, y la nitidez de sus cielos y los humos que lo enturbian.

El unionense, oscila entre el despegue indiferente y la pasión, prefiere con mucha razón, la navaja cabriteras de dos filos, al tanque, y el pistoletazo cara a cara, a la bomba “Atómica”. Porque el unionense ama la libertad, respeta el trabajo, pero también la diversión y este pueblo decidió siempre oponerse a todo aquello que intente esclavizar al hombre, porque quiere ser dueño de su propia historia, protagonista de su misma y única vida. Expresado en esa respiración que tienen los pueblos que es el cante flamenco y cante minero.

Con esta esperanza quiero que sigáis todos los aficionados a los cantes mineros. Con la esperanza, de que este pueblo, sea más divertido, que sea un pueblo en paz, en justicia, en libertad, y con más amor.

Canta minero canta
No le temas al que viene
Si tu navaja no corta
La mía dos filos tiene
Canta minero canta.
“Fandango Minero”

Queridos amigos del flamenco, una vez más nos vemos inmersos en esta magia alucinante que es la aventura de nuestro pueblo y de nuestro Festival Nacional del Cante de las Minas, por lo sentido, y por lo deseado. El Festival del Cante de las Minas tiene para nosotros, el significado, mejor dicho, no tiene el significado de una celebración que se repite, año tras año, y que se resume en el ritual de la vocación de unos recuerdos, que una vez removidos, se olvidan y atesoran celosamente, la próxima celebración, de los cantes mineros que aun están ahí vivos con frescura de actualidad, y no solo como ingrediente sustantivo de una entrañable tradición, que está, en la raíz misma de nuestra cultura, y de nuestra tradición, sino que además representan la verificación de uno de los aspectos más fundamentales de nuestra singularidad regional.

No somos, no queremos ser, en ningún modo meros repetidores en la uniformidad, porque consideramos que la repetición y la uniformidad son manifestaciones de incultura, y de decadencia, y atentan a la renovación vital del progreso, en la pluralidad y en la diversidad, se dan las condiciones idóneas, para el nacimiento y multiplicación de nuevas energías, y estímulos supera

dores, que mantienen día a día la cultura, y el progreso, en la medida en que la sociedad en constante proceso de renovación demanda.

Amamos nuestra tradición, la llevamos en la sangre, porque en esta tierra de minería milenaria, todos somos mineros, aquí se nace minero, y en esta tradición nos contemplamos, y en esta tradición nos reconocemos, de su esencia misma, extraemos el impulso vital y regenerador, con la sutil energía incitadora necesariamente concurrente a la creatividad, y que hace que en lo más íntimo de nuestro espíritu. En cada uno de nuestros Festivales se vuelva una novedosa experiencia, un acontecimiento nuevo, con auténtica recreación y regusto, y delectación de una emoción nueva, idéntica y diferente al mismo tiempo, a la de ayer.

La fecha que hoy cuatro de agosto de 2010 conmemoramos, del Cincuenta Aniversario de nuestro Festival, que en estos gozosos momentos celebramos, es una fecha para nuestra jubilosa satisfacción, punto de referencia histórica, y a la vez de unas efemérides gratificantes y emotivas de amable y cautivadora recordación. La invariable sincronía del tiempo, ha hecho posible por esta vez, la venturosa convergencia en armónica y concordancia de dos fechas inolvidables y muy transcendentales de la crónica unionense, las bodas de Oro de nuestro Festival Internacional del Cante de las Minas y el ciento cincuenta aniversarios del nacimiento de nuestra ciudad como entidad territorial, política y administrativa con la fundación de su primer ayuntamiento en el barrio del Garbanzal. Que la sazón contaba con una población de ocho mil habitantes, era el año de 1860, una fecha simbólica para poner la primera piedra colocada en nuestro cimiento histórico.

Pero también, este Cincuenta Aniversario, de nuestro Festival Internacional es tiempo para la reflexión, tiempo para volver sobre nuestra historia aun reciente, tiempo para tender un puente de recuerdos, entre el hoy y el ayer. Entre nuestra contemporaneidad y nuestro pasado próximo, que una historia de solo cinco cincuenta años, es alcanzable en toda su dimensión, a la mano invisible del recuerdo.

Y esta es una ocasión a la vez para conocer, comprender, y valorar nuestro mejor presente, e imaginar y soñar nuestro futuro, y puesto, que estamos en momento de vocación, y de recuerdos, otra fecha para la historia, la fecha príncipe, la fecha mater del primer Festival del Cante de las Minas, un día 13 de octubre de 1961, se inició el primer Festival del Cante de las Minas, un modesto certamen, pero un ambicioso certamen, un certamen hecho con entusiasmo, y ilusiones que posteriormente en arrolladora y brillante progresión.

Habría de ser el único Festival en el ámbito regional, y acaso el más prestigioso, y cualificado de todos los certámenes, en el linaje del flamenco con magnitud nacional, y proyección Internacional, desde entonces hasta aquí, una dilatada ejecutoria de cincuenta años, en la que como en toda euro-humana habrá actuaciones afortunadas y brillantes, solamente positivo.

Prodigo en admirables ejemplaridades múltiples, en generosas dedicaciones, abundosas en excelentes aportaciones. Pero, sobre todo, rico muy rico, en amor a nuestro pueblo, pues no de otro modo, habría sido posible esta

esplendida realidad, esta maravilla que es hoy, nuestro Festival Internacional del Cante de las Minas, para poder valorar en su justa medida todo lo que esa fecha del trece de octubre de 1961, representa y significa en todo, la resurrección y el esplendor actual de nuestros Cantes.

Habría que remontar nuestro pensamiento al último tercio del siglo XIX, probable momento en que tienen lugar su nacimiento los Cantes Mineros, coincidiendo con una masiva inmigración andaluza, casi en su totalidad procedente de Almería y Granada. El hombre es el sujeto agente, y a la vez depositario de la historia, de la tradición, de la historia y de las tradiciones de un pueblo, que perviven y se perpetúa cuando es mantenida su unidad.

Existe una permanente y continuada e ininterrumpida sucesión desgeneracional merced a esta osmosis histórica, que en el transcurso del tiempo se opera de manera intergeneracional que se va elaborando, y se va manteniendo, y se va transmitiendo el patrimonio histórico cultural de este pueblo que sigue permaneciendo intacto en toda su integridad.

Las vicisitudes de la población unionense, zarandeada y desarticulada por las sucesivas crisis de la industria minera, siempre insegura e inestable, a partir de la primera guerra mundial, ocasionan que más de treinta y cinco mil habitantes, contaba nuestra ciudad a principio de siglo XX.

Treinta y tantos años después en la década de los cuarenta, se reduzca a unos ocho o nueve mil, y que sus ocho mil doscientas viviendas, se disminuyan a poco más de cuatro mil, y una buena proporción de estas viviendas semi-abandonadas e inhabitables. La depresión económica de estos años alcanza magnitudes dramáticas, y paralelamente a la miseria material.

El grado de postración cultural era realmente desolador, las gentes emigraban buscando una supervivencia que su tierra no les puede ofrecer, y con cada emigrante, un tanto de nuestra historia, un tanto de nuestras tradiciones se nos va también, de modo que nuestro patrimonio cultural se disgrega y dispersa, los cantes mineros parecen definitivamente olvidados, y como el trovo, como otras notas que caracterizan nuestro estilo de vida, arrasados por la vorágine migratoria.

Tal era el cuadro cultural de nuestro pueblo. Cuando, entre un reducido grupo de unionenses, enamorados de nuestra tradición folklórica y conscientes sabedores de la extraordinaria valía de lo que se estaba perdiendo, en un alarde de audacia e iniciativa, con más ilusiones que medios, y más voluntad que colaboraciones y asistencias. Emprenden la entonces difícil e ingente tarea de exhumar, de entre la indiferencia, y el olvido el tesoro disperso, y casi perdido de nuestros cantes mineros.

Y al calor de encendidos entusiasmos saltó la chispa inicial, un día trece de octubre de 1961, coincidiendo con la celebración de las fiestas patronales se decide convocar el primer Festival Nacional del Cante de las Minas, chispa que pronto se hizo llamarada, y llamarada esplendente, antorcha rutilante permanentemente encendida, que entre todos alimentamos y cuidamos con amor, la labor realizada a lo largo de todos estos años ha sido cuantiosa, la

cosecha ha sido magnífica, la deuda contraída con aquellos animosos y entusiastas pioneros del primer Festival in amortizable, siempre encabezada por el Alcalde D. Esteban Bernal Velasco, Asensio Sáez García, Pedro Pedreño, y Manuel Adorna.

Dos fechas en fin para remembranzas futuras, un trece de octubre de 1961, cuatro de agosto de 2010, dos columnas sobre las que descansan los extremos de un arco iris, surgido de los sueños de tantos unionenses, promesa de esta otra singladura que ahora comienza, y que llevará triunfalmente a nuestro Festival, a la deseada meta de conmemorar sus bodas de Oro.

En la terrera encontré
Unas monedas de Oro
Al recogerlas pensé
Que mi vida era un tesoro
Que yo en la mina enterré.

Está claro que pretender coleccionar todo lo sucedido dentro de nuestro Festival, todos los hechos fundamentales y todos los entresijos de las distintas versiones de nuestro Festival Nacional del Cante de las Minas, resultaría no del todo imposible, pero a todas luces sería conseguir la luna, desde un lejano y caduco de sus eventos. Sería como el túnel del tiempo, empedrado con toda suerte y de todos los acontecimientos, memorias e incluso con tantas novedades que han arribado, no digo si para bien o para mal, sería un gran proyecto, pues doctores tiene el tema, sociólogos en las nuevas hechuras de la vida.

Cincuenta años de un Festival dan para mucho. Son excesivos a lo largo y a lo ancho de esta robusta biografía del Festival, para plantearse una historia rigurosa y objetiva del certamen. Con los años que han pasado, hasta el más avisado archivero de memorias acabaría confundiendo el “león de la puerta del congreso de los diputados” con el “León de La Metro”.

Por otra parte, es lo que ocurre con los pueblos individualistas y soñadores como es el nuestro. Un pueblo como La Unión mediterráneo y por lo tanto culto a su manera, metido en harina de coplas cante guitarra, baile y trovos que la mayoría quedaran dilapidados en el aire, sin que nadie los recoja, será siempre un pueblo anti-archivo. De algún modo la ciudad de La Unión pertenece a esa clase de pueblos de compleja historia, muy acostumbrados a su singular destino, mitad glorioso, mitad adverso, que, por sabérselas todas, acaba por dotar a sus habitantes de un pozo señorial, truncado a lo largo de ciertos escepticismos y despegos.

La sierra minera de Cartagena La Unión es una tierra expoliada por unos y por otros, viejísima a pesar de su sólo siglo y medio de existencia oficial, ¿hemos de recordar que por estos pagos se acaba de descubrir el resto humano más antiguo de Europa y que en la huerta de Europa las lechugas han hundido

siempre sus raíces entre capiteles y mosaicos Romanos?, una tierra sometida a toda suerte de avatares. Quienes en su día se avinieron a presenciar con entera indiferencia el paso de aquellas ambiciones y codicias, inútiles en el fondo, de quienes buscando la plata hallaron la muerte; y después se sostuvo el trovo por boca de sus viejos troveros, muchos de ellos analfabetos, con una conversación en verso bien medido, sobre la filosofía de la existencia, son algunos de los conceptos del amor, la vida y la muerte.

Pretender ofrecer ni siquiera la totalidad de esos nombres a secas, sería intentar acercar al lector un panorama exhaustivo de un Festival que cada año saca su impecable indumentaria, dudando a la salida del certamen, entre el pedante o el fino aficionado que sienta sus reales en los alrededores de “La Catedral del Cante”.

El que con La Unión comparte
La grandeza de su historia
Y todo el valor de su arte
Si aquí no conquista gloria
No vale en ninguna parte.

El de intentar acercar al lector un panorama exhaustivo de un Festival que, independientemente de las decisiones de sus respectivas comisiones organizadoras, responde a un copioso colectivo de artistas y técnicos, mecenas y devotos (¡esos pacientes y altruistas miembros no sólo de los distintos jurados de cante, de la guitarra, o del baile, del cartel anunciador, de las letras inéditas, y los artículos de prensa y radio...!). Razones de muy sobrada enjundia han pesado siempre y continúan pesando_ sobre el mantenimiento del Festival de Cante Jondo: la querencia a la tierra, la exaltación de sus hombres, capaces de convertir sus penas y sus gozos en cuerpo monumental de coplas, y es claro que la cordialísima obligación de todos los unionenses de recoger, cuidar y fomentar, como herencia espiritual ineludible, el tesoro de sus cantes mineros.

Fue, la primera convocatoria del Festival allá por el año 1961, la que, al salvar el cante, entroncó de nuevo a La Unión a sus más nobles y lúdicas claves. Que supo recuperar los cantes mineros el Festival vino a prestigiar el nombre de La Unión asomándola de nuevo a muchos caminos, a las claras está. ¿O es qué, tan faltos de memoria andamos que se nos escapó, por el camino del olvido, lo que el nombre de La Unión?, por entonces tan lejos ya de sus perdidos lustres sociales y económicos, contaba en España por sus minas mucho antes de su Festival. Aficionados especialistas en la materia, es posible que echen aquí de menos un tratamiento más científico de estos cantes, cosa comprensible en aquellos, qué, acaso por excesivo enamoramiento jondo, miman, sopesan y miden la copla como si de un material de laboratorio se tratase, sin advertir que el verdadero fin de este libro no es otro que el de dar fe de un periplo de urgencia por las distintas versiones del Festival Nacional del Cante de las Minas,

acopio de vivencias como quien dice, como remedio de desmemoriados y alivio de caminantes.

Llegado cada agosto, durante cinco décadas, un motor poderoso pone en marcha los hilos de la fiesta: por el amor de la tierra, el mismo amor que hace ahora la friolera cifra de cuarenta y siete años que empujó a un grupo de unionenses a arrimar el hombro, con el fin de llevar a cabo el fascinante proyecto de lograr que el cante minero, dejara de ser nostalgia, para convertir nuestra ciudad en centro de devociones jondas

Un legado cultural recibido de manos de nuestros mayores, que los unionenses de hoy se nos presenta la seria responsabilidad de la custodia y el mantenimiento y mejora de su Festival Internacional del Cante de las Minas, una puerta por la que La Unión, tras muchos y largos años de olvido y menoscabar, volvió a asomarse al mundo.

La ciudad de La Unión, desde hacía ya muchos años, celebraba sus fiestas patronales cada siete de octubre dedicado a honrar La Festividad de La Virgen del Rosario patrona de nuestra Ciudad. En el programa de fiestas del año 1961 destaca el I Festival del Cante de las Minas, en él, sería interpretado el ya famoso cante de nuestra sierra minera en peligro de “desaparición”.

Según nos cuentan en el verano de 1959 estuvo en nuestra ciudad el gran cantaor Juan Valderrama Blanca, artísticamente más conocido por “Juanito Valderrama” con su compañía de variedades con un gran elenco de cantaores, cuando le tocó el turno en actuar ha “Juanito Valderrama” quiso interpretar unas coplas de los cantes mineros, con los cantes de aquí, y el público no quería o no sabía de lo que se estaba engendrando en aquel preciso momento, el público asistente en la sala del cine Moderno, le pedía que cantara las coplas que en aquel momento estaban de moda como “El Emigrante”, la “Primera Comunión”, etc. Y Juan Valderrama, había echado en cara a los unionenses su ausencia de sensibilidad jonda.

Un grupo muy reducido de hombres de La Unión, apasionados por las tradiciones de su pueblo, como fueron Pedro Pedreño Pagan, Manuel Adorna, Asensio Sáez, convocan una reunión con el Alcalde Esteban Bernal Velasco, recién nombrado alcalde de la ciudad minera; Esteban Bernal había entendido la petición de aquellos hombres para poder celebrar un certamen que sirviera para despertar y resucitar vocaciones flamencas y mineras. Frente a las guitarras de sellada boca, y las gargantas enmudecidas.

Era la única forma de resucitar el cante minero. Sin duda uno de los cantes Flamencos más dramáticos de toda la historia jonda, la celebración de un certamen que lograra reunir las desperdigadas voces flamencas de la sierra minera de Cartagena-La Unión.

Por aquellos días, según cuenta Asensio Sáez en sus crónicas del Festival, tiene el honor de recibir en su domicilio, a nada más ni nada menos que al

maestro de maestros Pepe Marchena, un cantaor de cuerpo entero, enamorado hasta los tuétanos de nuestros cantes mineros:

Manifestándole Pepe Marchena a los allí presentes. Mira la única solución para salvar el cante minero es precisamente ese concurso que lleváis entre manos. En aquel momento se exalta Pepe Marchena, y vibra ante el proyecto de una posible resurrección del Cante de las Minas. Muchas veces interrumpe su conversación para dejar colgado en el aire el duende jondo que Pepe Marchena llevaba dentro: cantando a los allí presentes estas coplas, “Los Picaros Tartaneros”, de “Cartagena a Herrerías...”, “Fueron los Firmes Puntales...” según cuenta nuestro querido y admirado Asensio Sáez.

A la larga, en una conversación con Pepe Marchena vence siempre la copla sobre la palabra. Añadiendo Pepe Marchena.

— Que sí, hombre, que sí, que hay que salvar el cante.

Y añade, todavía, textualmente, con su peculiar voz, irrepetible, de la que Manuel Falla llega a certificar que mantiene la “pureza de un manantial serrano”. ¡Qué hermosa es! ¿Conocerla es amarla?

Fueron los firmes puntales
Del cante cartagenero
Los que cantaba chilares
El Rojo el Alpargatero
Y Enrique de los Vidales.

La Unión a Través de su Historia

La explotación minera de nuestra sierra minera, a partir de sus extraordinarias condiciones naturales, data de tiempos prehistóricos. El poblado ibero romano con el asentamiento de Mina Balsa, con su Atalaya y el poblado ibero romano del Cabezo Agudo, (“Iluro”) fue uno de los primeros establecimientos fundados con este interés. En tiempos de Roma, trabajaron en la sierra minera miles de esclavos con un producto diario de 20.000 dracmas.

La villa Romana en La Bahía de Portmán, antiguo “Por tus Magnum” testimonia el pasado auge, que posteriormente, la actividad minera decrece hasta desaparecer. Con el descubrimiento de los alumbres en la zona, renace la actividad extractiva.

El Rey Carlos I otorga su explotación a su secretario Francisco de los Cobos. Es entonces cuando crece el caserío de los alumbres. El aprovechamiento del alumbre y de la almagra (hasta el siglo XVIII) no basta para extender el poblamiento. De ahí que los poblados de Alumbres, Pozo Algar, Portmán, El Garbanzal, y Los Roches, serviría para lograr que subsistieran fundamentalmente sus pobladores, de la pobre explotación de sus campos, ganaderías, y montes.

Tras siglos de abandono, el General Requena reanudara el laboreo del mineral en el Cabezo Rajao. Se había desatado la fiebre minera, en la búsqueda, y explotación del sulfuro de plomo, de plata, y del zinc y las minas de hierro, en (1839). Con la minería subterránea nace la industria metalúrgica: se instalan las primeras fundiciones. La primera fábrica fue la llamada La Esperanza en (1840). Después le sigue Iluro Roma...todas aún con el primitivo horno Castellano.

El laboreo del mineral y la fundición eran actividades fundamentales. La población creció sobre todo, por la llegada de inmigrantes en su mayoría almerienses y crean un fenómeno de “contagio social”. En 1847 la diputación del El Garbanzal, Portmán, Los Roches y las Herrerías contaban con 1384 habitantes. En 1859 eran 5000 mil, y en 1860, 8000 mil. Fue cuando los vecinos de las mencionadas diputaciones obtienen la segregación de la Ciudad de Cartagena. El primer día 1 de enero del año 1860 queda constituido el primer Ayuntamiento en La Villa de El Garbanzal, con sede en aquel caserío. En octubre de 1862, la Reina Isabel II visita por primera vez, La Sierra Minera de Cartagena-La Unión, descendiendo hasta el interior de una mina.

Posteriormente el General Milán del Bosch en (1868), pone fin a las disputas entre El Garbanzal, y Las Herrerías, por la capitalidad del municipio, constituyéndose el Ayuntamiento de La Unión. La inestabilidad social y política nacional prende en el espacio minero. El verano de 1873 conocerá la implantación de una junta revolucionaria cantonal en La Unión. Al tiempo se desatan con violencia las tensiones sociales promovidas por las durísimas condiciones del trabajo. Los desórdenes hacen descender la producción minera. La crisis de la minería tradicional resulta imparable a partir de la primera guerra mundial.

La línea del ferrocarril Cartagena-Las Herrerías retrasó su posterior Inauguración hasta 1874. Había sido construida por la compañía inglesa “The Carthage and Herreras stean railways company limited”.

En el trágico verano de 1885, la epidemia de cólera causó varios cientos de víctimas en el municipio, el Hospital Municipal, llamado Hospital de Sangre, ubicado en la plaza del mismo nombre, hoy la plaza hay construido el Hotel Sierra Mar, el Hospital había abierto unos años antes en 1878 se mostró insuficiente para atender a los afectados por tal epidemia.

Con la caída de los precios del mineral en los mercados de minerales y a causa de los deficientes sistemas de explotación se había iniciado hacia 1877 un largo periodo de crisis que frenó el crecimiento, cuando la población de La Unión se elevaba a 22.000 habitantes. Cuando la crisis persistiría hasta los años de 1890. La recuperación arranca a finales de siglo, apoyada en el laboreo de la blenda y alcanza a los primeros años de la nueva centuria. Es el gran momento de La Unión. Por Real decreto, en 1894, La Unión recibe el título de Ciudad. Nuevas oleadas de inmigrantes elevan a 35.000 el número de habitantes hacia 1908. Es tiempo de importantes obras y reformas urbanísticas. Nuevos edificios adornan La Ciudad: el Templo de Ntra. Sra. Del Rosario, la casa de Joaquín

Peñalver, la casa (El Piñón), el Mercado Publico, (obra de los arquitectos modernistas Cerdán y Beltri.

Las principales transformaciones de esta ciudad, son promovidas por el alcalde D. Jacinto Conesa García, el Colegio-Asilo de Huérfanos de Mineros, El Liceo de Obreros, el Asilo de Ancianos, la Cocina Económica, completan algunas de las instituciones benéficas fundadas entonces.

Los bajos salarios, y los elevados impuestos, con los injustos sistemas de pago son los que promueven las violentas agitaciones obreras del 4 de mayo de 1898 y del 7 de marzo de 1916. La represión se cobraría varias víctimas mortales. La crisis minera se manifiesta irrefrenable con la primera guerra mundial. La mejora económica surge después en la década de los cuarenta y los años cincuenta del siglo XX, parte de la modernización de los métodos de explotación: con el sistema de flotación diferencial y la excavación de canteras a cielo abierto, con la consiguiente mejora de la calidad de vida.

En la actualidad la actividad minera en la ciudad de La Unión está desaparecida dando paso al sector turístico.

Ser de una Ciudad como La Unión, es sentirse orgulloso, de una Ciudad que ha sabido proyectarse, aunque haya sido con el cante flamenco. Porque el cante está enraizado dentro de la historia de La Unión.

Desde el tercer tercio del siglo XIX fue cuando se instalaron los Cafés Cantantes. Habría que explicar los orígenes del cante flamenco en La Unión, a través de la inmigración de grandes oleadas de trabajadores andaluces principalmente llegados de Almería, y Granada, a mediados del siglo XIX y el XX a trabajar en la mina.

Ellos nos depositaron su cultura, y La Unión la ha cuidado y la ha desarrollado. Esta tradición cultural, aunque acabe la mina no se perderá.

Porque el cante de las Minas, lo podríamos comparar con el cante de la toná, la Carcelera, o la Siguiriya, por ser un cante de esclavitud, de presidiario un cante serio, riguroso, y trascendental como la vida misma, el cante era posiblemente, una forma de expresarse en estado turbulento, el cante en secreto, es un cante auto creándose su estructura. Aquella estructura podía ser, la forma acabada, del dolor ensangrentado del sufrimiento. Según Luís Caballero Polo. El Cante flamenco es el desahogo de un ahogo, es una necesidad que el hombre siente, una exigencia de espontaneidad. Sobre todo, su sensibilidad, una forma cuya importancia radica en hacerse entender por la gente.

Si la música de jazz nace de la esclavitud, el cante flamenco también, y sobre todo el Flamenco de los Cantes de Levante. La Minera es un buen ejemplo para saber de esclavitud, cantada en el fondo de la mina, en la boca mina, y en los subterráneos de sus galerías, mientras sacaban el mineral de las profundas galerías, los mineros empujándole al vagón.

Me gustan los espíritus creadores, de aquellos que amasan la expresión poética de la autenticidad, los que lo injertan en sus inimitables poesías, los más sencillos y, a la vez, los más hondos sentimientos de la existencia humana; toda una existencia que nos desborda en lagrimas y que deberíamos encauzarla, bajo la dimensión poética lo antes posible, para no someterse a esclavitudes, muchas

veces generadas desde los poderes necios, puesto que lo único que fomentan es el enfrentamiento de personas entre personas. Estoy convencido de que nos hace mucha falta muchos poetas de vida, o sea lleno de horizontes claros, que impulsen en la conciencia humana la sabiduría y la cultura juntas con la voluntad.

Realmente, es tan corto el amor y es tan largo el olvido. ¡Qué poco se vive hoy en día del amor! ; Ese amor que se dona sin medida, sin reclamo alguno. Como en el cante flamenco. Nos hace falta purificarlo en sus mejores momentos poéticos. El Cante también tiene su lírica que es cuando tiene una ocasión propicia, sobre todo para pensar con el corazón y toda el alma. En el camino, una creciente de muchedumbre de humanos, que sufren. Un dolor que nos ha de interrogar, cuando menos. ¿De qué vale la escultura de un cuerpo, si los interiores, están vacíos y además son fríos como la nieve y que los ojos me los congela el habla? ¿Y qué me importa tu cariño, entonces, si todo lo que toca lo desgarrar?

Por ese desconsuelo que me cortan las alas del verso, quiero viajar a diario al corazón de los poetas para ponerme en su escucha, porque para mí se ha convertido en un afán y desvelo. Esto debiera impulsarnos a cambiar nuestro modo de vida y a corregir modelos de crecimiento que nos distancian aún más. Las verdades de los hombres tienen que ser como las piedras y los cargos que ejercen, como cantaros: pase lo que pase nunca debe de romperse el “cántaro”. Porque cuanto más se alarga el tiempo, todo tiende a corromperse. Se pierde el ser dueños de nosotros mismos. Y se crea una atmósfera que facilita las cosas a ese mundo de Emperadores sanguinarios. Una legión de lobos, que nos encierran en el miedo, con un indicativo de la poca seguridad que tenemos en nosotros mismos. Así triunfa el terror que se traga la libertad de la palabra.

Sólo los cantaores/as son unos soñadores del verso, en su estado puro, pueden convencernos con la prioridad de la ética sobre la técnica, con el cante no se entiende de la primacía ni de la belleza humana sobre las cosas. Precisamos volver a ese camino esperanzado en que hacer el camino al andar. No hay que buscar plantas milagrosas que nos ayuden a morir, hay que ir al encuentro de la vida. Los poetas, en esto de alentar con sus versos son unos campeones. Rubén Darío puso la esperanza en que ser sincero es ser potente. Calderón colocó la ilusión en el primer paso de cada día.

La inspiración, para mí, no existe. Existe el trabajo, la constancia, el rodaje. Una cosa es la idea, la chispa, el petardazo que te puede llegar en cualquier momento, y luego otra muy distinta es ponerte a rellenar hojas y hojas y tratar de hacerlo con un mínimo de calidad y de coherencia. Las ideas pueden ser geniales, pero si no están bien escritas no hay nada que hacer. Hay muchos matices, muchísimos, tal vez demasiados. Yo no pongo una palabra al azar, me lo pienso mucho. Escribo para mí, y sí me gusta continuo.

En este libro lo primero que me interesa, sobre todo, es escribir de lo que me gusta, y tratar desde el punto de vista de la literatura al supuesto héroe que triunfe en las batallas por justicia y que no sea un héroe, que ni lucha ni busca nada. En mi caso un gravísimo accidente de automóvil en agosto de 1987 y una

larga convalecencia aliviada con la televisión y la lectura me convirtió en lector y posteriormente en un novato escritor.

Creo que todos lo somos, aunque no tengamos muy claro lo que hacemos o somos capaces de hacer. Nos tenemos por seres pacíficos y razonables, pero si nos metemos o nos meten en una dinámica de violencia seguramente nos comportaríamos como bárbaros.

Antes se entendía que teoría y praxis caminaban separadas, pero en nuestros días la teoría sin acción se empobrece. Esto no es un elogio ganso de la acción a cualquier precio, pero sí del vivir resueltamente y de obrar frente al contemplar. El lector entiende el mundo como una especie de lectura reposada, pero la contemplación se convierte en henoteísmo puro y duro y no es bueno.

Un amigo, muy flamenco él, lo está leyendo ahora. No es nada aficionado al cante flamenco pero, según dice, le está gustando porque "tiene ideología. La palabra "Flamenco" está en todas partes. Quizás sea el tema clave, el cante flamenco, la libertad, la rebeldía romántica, el individuo contra el mundo.

Soy muy charlatán, muy abierto y comunicativo, pero en el fondo soy muy apagadito, muy metido en lo mío. Cuando me pongo a escribir, la soledad es necesaria, pero yo, la acompaño de buen cante flamenco que a mí me viene muy bien. Habría que preguntar a mi familia si no les molesta.

Tengo la necesidad de que me mimen, de que me quieran, de que me alaben, supongo que como todo quisque. La vanidad. Pero luego te pones a conversar de lo que haces con los amigos, y te das cuenta de que cada uno te sale con una manía propia, distinta, y ve lo que haces en virtud de eso, así que prácticamente da igual discutir o no. Siempre he sostenido de quien más sabe más ignora, el que mejor sabe todo lo que hace sólo es el propio autor, no el crítico. Aunque creo que la crítica siempre es buena consejera.

Cuando te dispones a escribir una cosa y no sale como tú quieres, cuando llevas cuatro horas delante del folio (o de la pantalla del ordenador) y no consigues sacar nada en claro, es la sensación más horrible del mundo, un dolor de muelas psicológico, un latazo. Pero cuando te entra y ves que lo que haces está bien, es cuando te sorprendes a ti mismo, hasta tal punto que hay partes enteras que son absolutamente biográficas.

(Aun así, mis amigos dicen que han leído mi primer libro y es como si estuvieran charlando conmigo). No puedo por menos que pensar que la historia contada por su autor, es como estar viviendo una historia de más de dos mil años.

Siempre he querido creer que cada relato debía tener su tiempo, su estilo, su forma de ser contado que debía ser esa precisamente y no cualquier otra. Me ha pasado, por ejemplo, con esta historia que llevo cuatro o más años rondándome en la cabeza: de "Ébano y acero", como un trabajador-esclavo, como un "Negro", sin racismo, y sin menosprecios hacia el color de las personas. Ahora que cuentas una historia de una huelga salvaje en una mina de La Unión. Hay que escribirlo tal como es, teóricamente como si hablara un minero analfabeto de aquella época y completamente alienado:

Cada pagina tiene su dificultad, el cogerle el ritmo, el estilo, la música, el tiempo que decía antes. Por aquello de contarle en primera persona de reflexivo, haciendo cosas que uno no puede hacer por pura imposibilidad física, rompiendo las reglas de la gramática, pero respetándolas: "Me muerdo los labios, me beso mis manos me acaricio", etc. Lo imprimo y se lo enseño a mi esposa y algunas veces a mi hija Isabel Maria para que me digan si les gusta o no.

Más que investigar, lo que hago es plasmar inquietudes o cosas que me interesan. Lo que no tiene es ciencia ficción, al menos tal como yo la escribo, es que no tienes que documentarte sobre cómo eran las monedas en el siglo XVIII, a cuánto estaba el kilo de pan en las tiendas de la postguerra, qué programas de radio eran más populares cuando Azaña era un bebé. Tú eres dueño y señor de lo que haces (porque de ciencia sé bien poco) y me ahorro un montón de problemas.

Con lágrimas de luz
La leyenda del navegante
Vi a cristo arrastrando su cruz
Cuando pasó por delante
Todos sus verdugos con capuz.

Dicen que el amor no tiene edad, ni tampoco tiene día. En cualquier momento la gente puede salir a la calle y enamorarse. Igual pasa con el cante flamenco en cualquier momento te puedes enamorar de él y ser fiel para siempre.

Si bien el día para el amor puede ser cualquiera, todos sabemos que para escuchar buen cante, no hace falta que sea un día u otro, cualquier día nos puede valer, no tiene que ser un día en concreto, como pasa ahora que tiene que ser un viernes, ya entrada la madrugada.

Yo recuerdo en mi niñez cuando el minero salía de la mina, lo primero que hacía era llegar a su casa a ver a su familia, asearse, cambiarse de ropa y seguidamente irse a las bodegas bares y tascas, para encontrarse con los flamenquitos, y entonces era cuando empezaba la verdadera fiesta, de buen cante y guitarra, acompañada de un buen vaso de vino, y una patata con ajo, o unos Michirones.

También sabemos que el 14 de febrero es una fecha especial para los enamorados. (Hay quien no cree ni respeta estas cosas. Por ejemplo, fue un 14 de febrero el día elegido por el Ayatollah Jomeini para condenar a muerte a Salmam Rushdie por sus Versos Satánicos). Uno reconoce distintos tipos de enamorados. Se me ocurren varios tipos: lo ansiosos del amor, los amantes correspondidos; los abandonados; y los otoñales; o los nostálgicos. Cada tipología busca su poema de amor, para que los acompañe ese día. (Para los deseosos de cante), pocos hay tan rotundos.

Para los amores otoñales es aquel. La balada del amor tardío: Amor que llegar tarde, / tráeme al menos la paz, / Amor de atardecer, ¿por qué extraviado camino llegas a mi soledad? “Harto ya de alabar tu piel dorada.

Tus externas y muchas perfecciones, / de cantar al jardín azul de tus pulmones, / y a tu traquea elegante y anillada, / por todos los senderos de la noche han venido, / a llorar en mi lecho, / Fueron tantos, son tantos... Yo no sé cuales viven, yo no sé cuales han muerto. / “Me lloraré yo mismo para llorarlos todos”. Algo queda del cantaor, el miedo escénico, / algún temblor por el que muere de amor, / que sobrevive en quien lo mata, / porque aquellos que de felicidad su vida, / al fin y al cabo se extraviaran entre tinieblas.

Conviene no perderse en la fuente de inspiración de cada uno, porque sirve para no perder el delicado estado de ánimo, de cada relato, y su capacidad de fecundar, con lo imaginario lo antes puntual. Porque lo que constituye la esencia de este volumen, en su conjunto son los ambientes captados con pocas palabras. Lo demás es trabajo de historiadores y filólogos y, os puedo asegurar que a menudo el escritor empeora con los años, que lo debe admitir. Para reescribir, viejas historias tratando de que sigan iguales, a lo que fueron es una benévola utopía literaria...

Los marcos históricos resultan, muy diversos, y la maestría narrativa en la realidad, como es sabido, que tienen una lógica que aparece, a ratos imposible de narrar. Frente al riesgo de violentarla con la ficción, he preferido transcribir casi sin cambiar el material grabado por mí en anteriores ediciones del Festival Nacional del Cante de las Minas.

Pero se trata de hacer un relato literario con motivo de las bodas de Oro del Festival del Cante de las Minas, para ofrecer con garantía de calidad, tanto en la densidad de su contenido conceptual, y de su pensamiento, con la cuidadosa elaboración formal de sus textos, a menudo caracterizados por la exuberancia estilística.

Mi narración adopta el modelo de la novel historia con el fin de investigar lo sucedido en el pasado, y comprender lo que sucedió entonces. Estas cualidades perduraran, con más contención en la lengua empleada, por lo cual su estilo alcanza mayor eficacia narrativa. Que en su búsqueda de esa narratividad haya escogido un estilo nada fácil, muy deudor de lo poético, que le sirve al lector de reflexiones muy elaboradas, y a veces de un hondo lirismo, acerca del mundo interior y exterior del “Cante Jondo”.

En el que se haya decantado por una historia, tan compleja en todos los aspectos, con un tratamiento temporal. El numero de personajes, y peripecias...- Que es lo que se pretende, que sea literatura en el mejor sentido de la palabra. Que se convierte en el mundo del flamenco en una parte sustancial muy interesante en trama novelesca. “Que es, el presente, sino el pasado más un día”.

Porque el tiempo es un engranaje, que le hacemos andar nosotros, y sus habitantes, como queda bien claro: “El tiempo se construye, a partir de combinaciones de unas vidas puestas a fuego lento”. Nosotros servimos de aliciente, en la existencia de unos personajes unidos a nuestra historia cultural.

Los fantasmas del pasado, están tan presentes, que a veces muerden. La vida nos dice con esta historia, tan precisa, de ciertos anclajes para encontrar su sentido, ese sentido, y ese ingrediente misterioso a que alude el título. En suma, un debut trenzado con muy ambiciosos mimbres, en cuyo autor no se magnifica. Pero sobre todo, la inserción del arte flamenco, en la historia y en la cultura de un pueblo, es la filosofía del ideal y de la idea, o la elección sobre el “instintivo trabajo del espíritu”, sobre todo en los momentos en los que este texto resulta esencial:

Quiero seguir escribiendo de La unión, de ese mundo tan apasionado para mí, como es su Historia y su Cultura, que, formando una teoría de su entorno, de su sierra, y de sus minas, con su Cante, y sus Trovos, a lo largo de los años, desde que conocí el “Tren Chicharra” bajando los minerales al puerto de Cartagena. Pero mis recuerdos no son vanos, desde los últimos años de la década de los cuarenta del siglo XX, hasta la primera década del siglo XXI, han transcurrido más de medio siglo.

Que es, lo que puedo yo contar que no hallan dicho ya varias plumas de gran prestigio, y del saber en la literatura. Y esto lo digo, porque mis recuerdos de La Unión son como el que recorre sus montañas, por donde fluían las riquezas y el sudor de aquellos hombres, cuando aún La Unión no era, todavía La Unión con sus recuas, con sus carros, tirados por bestias con perdón por lo de bestias, destinados al transporte del metal máspreciado ya en lingotes. Son esas las impresiones que quiero recordar, con la mirada de un niño, posteriormente un joven que tenía como una obligación, el sacar de los corrales, todos los días el ganado a pastar por la sierra minera sin tener días ni horas, soportando los fríos del invierno, sin ropas con que taparte, y el calor del verano para contemplar esas puestas de Sol del “Cabezo Rajao”.

Mis recuerdos de La Unión, no son de esta época, mis recuerdos acuden algo borrosos, y en ellos aparecen muchos recuerdos, de las primeras legonadas y del capacico terrero, de muchos mineros, en la construcción de varios pantanos, para depositar los millones de toneladas de estériles, en todo el conjunto de lavaderos de flotación pero no, los lavaderos de “Palanquín”, si no, los lavaderos de flotación de la mina del “Tranvía”, con su lavadero llamado Santa Bárbara, en la misma falda del “Cabezo Rajao”, en la mina Cierva aquí junto a las viviendas del barrio de “La Torrecica”, el pantano de la mina “La Brumita a la espalda del Cementerio de La Unión, que un día de mucha lluvia se reventó, por su costado norte, y arrasó más de la mitad del Campo Santo”. Inundando todo el barrio del Garbanzal, que gracias a sus ramblas con la desembocadura en el Mar Menor.

Del mejor metal flamenco
Se vistió La Unión entera
Lo lleva esta tierra dentro
Sin la ganga en su minera
Con todo su gran elenco.

“letra de Rufo Martínez”

Hay un pasado muy relevante en el acontecer de esta ciudad, una ciudad un tanto como minera, y otro tanto de su Historia, en esta ciudad de La Unión una ciudad alucinante y milenaria, como ya dejó escrito en sus memorias de nuestro Festival Internacional del Cante de las Minas, nuestro escritor unionense Asensio Sáez.

Desde hace algunos años La Unión, ha quedado Huérfana en la explotación de sus Minas, que fue todo, lo que le dio el ser, pero aún le queda libre de tópicos el último tajo del entramado histórico y cultural, como si se tratase de un romance que ha mantenido, especialmente cuando la minería aún estaba activa. Aquellos unionenses que vivieron y trabajaron en aquellas minas solo ellos serían quienes deberían responder, según sus propias experiencias.

Este es, uno de los momentos más sentidos de la historia unionense que nos ha tocado vivir, porque hemos abandonado el mayor placer de este camino, un camino, que no es hacerlo, sino vivirlo, con el placer de haber recorrido el paisaje que nos rodea. Para contemplar largamente una puesta de sol, desde nuestra sierra minera, o ha contemplar como las sombras de las nubes corren sobre la solana de la sierra minera, con el impulso del viento de levante; o a contar las ovejas que huyen de esas sombras colinas abajo.

Cuando vemos esas fotografías del pasado, de la principal arteria de esta ciudad llena de personajes del ayer, cuando solo había tartanas, carros de caballos, y sus puestos de venta ambulante, porque estuvo tan sujeta a los cambios políticos-sociales que determinaron como mudo testigo de la vida cotidiana, hoy sigue siendo, tras duras vicisitudes de la población el lugar más privilegiado y mimado de este municipio.

No se nos puede olvidar, que nuestra ciudad fue una ciudad de inmigrantes, por los numerosos espacios utilizados como viviendas en la periferia de nuestro núcleo urbano de La Unión. Las cuevas fueron una solución, por la escasez e insuficiente número de habitáculos que padeció esta sierra minera ante la avalancha de inmigrantes venidos de la Andalucía más pobre.

Aún recuerdo desde mi niñez como muestran las fotografías del pasado las cuevas del descargador, santo espíritu, las cuevas del Lazareto, las cuevas de perín, y también las cuevas de Roche. Para el recuerdo solo quedan los restos que perduran de los parajes en que las cuevas dieron nombre a modestos barrios.

Tras la segregación de Cartagena en 1860, entre montañas de escorias romanas en el antiguo solar de Herrerías, nace, un caserío que se convertiría primero en diputación de la vecina Cartagena. Y más tarde en la Villa del Garbanzal formando su propio Ayuntamiento, los comienzos del nuevo ayuntamiento no fueron fáciles, para gobernar la ciudad, ligados a los avatares mineros, con los consabidos cierres y aperturas, creaban unas circunstancias que no invitaban al asentamiento de la población flotante de tantas gentes venidas de otras provincias limítrofes con sus enseres auestas.

Fue entonces, cuando poniéndose de acuerdo entre las diputaciones de El Garbanzal, Roche y Portmán con las Herrerías, se creó La Ciudad de **La Unión**, en 1868.



Casa del Piñón remodelada en su totalidad en 2008

Según he leído, las mujeres que leen son peligrosas, creo que es una coartada, para enriquecer con inteligencia los libros, una investigación reforzada en una determinada hipótesis. Pero en este caso de mujeres impregnadas por el mejor arte del mundo como es el cante flamenco, o mejor dicho el cante jondo. Creo que son pocas, pero al mismo tiempo son bastantes, con ellas se podría levantar un museo temático de mujeres inmersas en la lectura del corazón, porque el flamenco se compone sobre todo de corazón, y en sentir los latidos del corazón. En más de una ocasión he observado a la mujer en el cante, y parecen unos seres inmaculados en observaciones, ilustrando un pasaje, de la mejor estampa, que se pueda admirar. En la lectura que hace la mujer, no se levanta el más riguroso edificio de una gran teoría, pero ha las mujeres, no se les pueden dejar fuera de combate.

Más bien se les invita a un vagabundeo literario, por las hermosas imágenes pictóricas, por unas fotografías de mujeres leyendo, que han proliferado en todo el arte occidental, como una historia visual ilustrada con representaciones artísticas desde el siglo XIX, en las actuaciones en los tablaos y en los escenarios de los Cafés Cantantes, al hilvanar una cadena de retratos magistrales, de mujeres concentradas en las expresiones, o más bien inmortalizando ese instante, con la mirada, se levantan todos los sentíos. Para perderse en un sueño, y la marginación. No pretendo dar nombres de personajes, que no eran partidarios, de que las mujeres no aprendiesen, a leer, “porque

aprendiendo la mujer a leer, ellas mismas se abrían las puertas más peligrosas, de la imaginación”, y su visión poliédrica, nos recuerda que, en el libro, como en el Cante Jondo, era un atributo masculino, del que se apropiaron en gozosa rebeldía. Entre todas las mujeres. Sin pretender una reconstrucción cronológica, en la historia de la lectura, y del cante.

D. Antonio Chacón ya lo manifestó, con gran error para su persona, porque la inquietud intelectual lo pone en duda, la panorámica de imágenes sirve de soporte, para que la técnica narrativa se acerque al collage. En los textos igual que en el cante, se insinúan ideas, se ofrecen datos históricos, se fija el contexto social, pero siempre prima la divagación subjetiva. También se pretende ilustrándonos, no tanto a través de la descripción erudita sino en virtud de las subyacentes atmósferas imaginadas. Con textos cultos, pero en un tono casi volátil, cuando las mujeres hicieron suyo, el placer íntimo de lo literario, desde lo místico, a lo sentimental. Con las mujeres con la introducción y las reflexiones a pie de imagen, manifiestan que las mujeres alcanzaron nuevos horizontes, con el cante flamenco, y la lectura.

Así es, como fueron ellas adquiriendo conocimientos, autonomía y capacidad, para pensar por sí mismas. De la mano de grandes artistas, la transformación que ejerce la literatura, salta a la vista, tan concentrada que se han convertido ellas mismas, en personaje del libro.

Abundan en la literatura los retratos, de mujeres desnudas leyendo en la cama, por los mejores pintores e impresionistas.

No hay escritor que no acabe convirtiéndose, muchas veces contra su voluntad, en un personaje literario. Con una ironía muy sutil, que se apoya sobre todo en un inteligente y mesurado empleo de ingenio, cuando retrata a una mujer muy representativa, todos los escritores españoles del siglo XX captan en un devenir en personajes de sí mismo, humanizándolas. Resaltan los rasgos más característicos y definitorios de sus personalidades, que desvelan anécdotas biográficas que unas veces tienen un componente muy divertido y otras veces muy trágico.

Los retratos casi siempre todos (son póstumos), lo cual justifica el indiscutible argumento de la muerte, es la frontera decisiva que nos permite la auténtica dimensión literaria, con la necesaria perspectiva), que carecen de acidez y de maledicencia, pero no les falta ese punto “picantón”, en esas pinceladas irónicas imprescindibles para no incurrir en simpáticas merengadas sin sustancia.

Los libros se van. A veces sin una arruga, a menudo con la sonrisa llena de divertidas anécdotas, porque no rehúyen la nota trágica cuando nos corresponde. Y es que, como nos recuerda lo que dijo Octavio Paz tras el incendio que devoró buena parte de su biblioteca, “Los libros se van como se marchan los amigos”.

La memorización de la inocencia perdida, puede ser, un motivo de angustia, o un poderoso cambio vital, como el dolor que nos araña cuando evocamos a quien nos dejaron sin avisar, puede que sea un dolor fecundo, a

poco que nos esforcemos por hacer el paraíso que se agiganta en la desaparición de algunas personas que amamos, y ya no están entre nosotros.

Hay algo en la vida que nos habla de la incesante transformación del mundo, con la posibilidad de estrenarlo de nuevo, cuando ya nos creíamos marchitos y extenuados; algo nos remoja también a los hombres por dentro, que nos invita a despojarnos de todo mal. Se nos dice y se nos recuerda que era una fiesta triste en un paraíso abolido de la infancia.

No hay felicidad sin una aceptación plena de lo que fuimos; y de lo que somos, porque incluye una dimensión espiritual que no se puede extirpar sin un menoscabo de nuestra naturaleza. El hombre contemporáneo al expulsar a Dios de su horizonte vital, se ha convertido en un ser demediado; y siente esa amputación que más ha afligido a su propia naturaleza, como una desazón angustiosa que trata de combatir mediante unos euforizantes cantes. Todos tenemos que lamentar alguna pérdida que nos ha dejado mutilados, y qué.

Cuando se tiene el talento necesario, para trazar las líneas maestras en la vida de un hombre, con sus regiones de luz y sus zonas de sombras. No sé, aunque puedo imaginármelo, qué efecto tendrá este libro sobre un adolescente embriagado por el olor de su letra impresa o picada al menos por la curiosidad lectora. Lo que sí sé, es el efecto que ejerce sobre un lector adulto, mostrándole y demostrándole cómo a través del cristal de la literatura la vida alcanza siempre su verdadera dimensión.

Medio siglo, si es motivo de celebración. Y más si los 50 años que se cumplen, son los de un Festival del Cante de las Minas, que empezó de la nada, para proyectarse al mundo, situándose como uno de los más importantes de nuestro país. Un aniversario especial, que se ha decidido conmemorar con diferentes y variados actos, entre los que se encuentran el estreno de nuevas obras, con Perspectivas Coreográficas Europeas, en este caso, contando con El Conservatorio de Danza Carmen Amaya de Madrid. A los adultos les gusta el Cante Flamenco, pero a buena cantidad de jóvenes de hoy también, porque el Festival Internacional del Cante de las Minas, no es solo Cante, es Toque, es Baile, conjuntado de la mejor coreografía que se puede ver en la Capital de Provincia, más importante del mundo.

Los marcos históricos resultan pues, tan diversos, y la maestría narrativa de este joven escritor, para que pueda demostrar en esta obra que, por fortuna, convierte el conjunto de cosas, en lectura más recomendable. Sin duda, sin el magisterio de Borges, lo cual se perciben sin destellos de pedantería. El mundo del arte, más que otra cosa, es el mundo del cante flamenco, es el que nos transmite el eco, sin perderse la fuente de inspiración de cada cantaor, de cada guitarrista, o de cada Bailaor, unos, porque sirve para apreciar el delicado mecanismo de relojería de cada obra o de cada relato, y su capacidad de fecundar.

Porque constituye una esencia en su conjunto, que son los ambientes captados con un lenguaje conciso, donde las palabras, en diálogos coloquiales, y plenos de flamenquismo, en rápidas descripciones. Con el paso de la realidad a

la ficción. La realidad, solo tiene una lógica en el motivo de inspiración con la reproducción de los cantes flamencos.

El cantaor tiene su marcha marcada en la ejecución de los cantes flamencos y de los cantes de Levante. El trazado de este rumbo, lo hace con una clara simetría en la explicación, pues unos y otros han sacado lo mejor, y lo peor de sí mismos, y no hay heroísmo posible entre pueblos hermanos, con el resultado de que los que pierden son siempre los mismos. En la búsqueda de la palabra, porque la arrastra y la implica en el silencio, que es lo que hay que escuchar.

El dominio de la razón a lo largo de esta obra, es como una vía necesaria, para vencer por la inteligencia, de cuanto esta gastando en la lírica. Las palabras son también hechos, las que van marcando hitos de una especialización vigorizante, intensificando su trama de lucidez.

Pero la lucidez del cantaor se dirige en primer lugar hacia el hombre, y lo que en su creación lo busca en su Cante, que es la perfecta forma de la interpretación, es decir, todo lo que no admite desarrollo, porque, en realidad, él lo elabora y lo cumplimenta, y todo lo abarca, delante de todo el público, que es quien, en definitiva, el que lo goza con mayor relevancia, receptividad, y prestigio.

Pues sí, me gusta el Cante flamenco, y no pienso en pedir perdón por ello. Y además me gusta el Baile, en esos cuadros barrocos, pero también me gusta el toque de las Guitarras Flamencas, tan modositas, porque sin ellas, con cuerpo de mujer, no habría nada de esa fiesta. Porque, al final, se trata sobre todo de eso: de una fiesta de reivindicación, de la memoria de un pueblo.

Sin pedir perdón, sin pesadumbre ni culpa. Esa memoria infantil que recorre la médula de la conciencia que nos transporta estos días, de nuestro Festival del Cante de las Minas, me dirijo a las personas de mi generación, con gran devoción, como si se tratara de una misa de “Gallo”, pero también al vago intuito anhelo de una fiesta grande, cosmopolita y muy sofisticada en una Europa que aún sentíamos lejana. A los antiguos escaparates, a las luces vertiginosas en sus calles. Ahora que lo tenemos todo, que lo compartimos todo, que lo gozamos, no pienso renunciar a estos días de gozo.

Por mucho que se interfieran las comilonas, con excesos derroches, las felicitaciones cargadas de vacua retórica. Por mucho que progres pedagogos dogmáticos amigos de la tarde-noche para mandarles un abrazo de felicidad compartida, a entregar y recibir regalos con la emoción de un estreno.

Sin pedir perdón, sin otro lamento que el de la ausencia de los Mineros que ya no están entre nosotros, y de quienes no pueden estar por pobreza o enfermedad, no pueden integrarse en nuestra alegría compartida. Con la conciencia plena de participar en un rito colectivo que funde lo mejor de lo que somos en el Cante Minero y, sobre todo, de lo que hemos sido capaces de ser. Arte, memoria, religión, solidaridad y cultura: nada de lo que arrepentirse y mucho en lo que sentir un hondo, pleno y muy satisfecho orgullo de nuestro pueblo y de nuestro Festival.

Pero el espíritu siempre está presto ha resucitar. Basta concederle unos cuidados mínimos, y basta que lo alimentemos con un poco de vida interior, para que su semilla milenaria y recién nacida, vuelva a germinar.

En estos días en que el canto vuelve a renacer dentro de cada hombre y de cada mujer, a poco que nos esforcemos por ser lo que verdaderamente somos. Un verdadero motor de cambio vital; por el dolor que llevamos en nuestras entrañas, que a veces brota en nuestra nostalgia.

En la nostalgia del Festival, se dice que nuestro Festival es una fiesta triste; yo no lo creo así, porque nos recuerda aquellos mineros del espíritu, que hoy desgraciadamente quedan pocos mineros en esta sierra minera, una sierra milenaria. Pero no creo que la tristeza invada a tantas personas en estos días, porque es una tristeza que se transforma en la ley de la inocencia perdida. Una vez extinguidos sus efectos, vuelve a sentir el dolor de la amputación, que ha afligido a su propia naturaleza, como una desazón angustiosa, que trata de combatir entre sus seres más queridos.



Estampa de La Macarrona, en el Café Novedades





I Festival del Cante de Las Minas es incluida dentro sus Fiestas Patronales

Firmadas las bases del primer concurso a celebrar el 13 de octubre de 1961 por su Alcalde D. Esteban Bernal Velasco, muy pronto llamado “El Alcalde del Cante de las Minas” por su entrega sin reservas a todo cuanto suponga una aportación en favor de la recuperación del mismo.

En la primera convocatoria congrega a un numero ciertamente notable de cantaores, frente a aquellos unionenses que, sin duda llevados por una concepción equívoca de lo que representa para un pueblo el rescate y conservación de sus valores culturales, no se “entiende” en un principio la magnitud del proyecto, y se convoca el primer Festival del Cante de las Minas que obtiene los más óptimos resultados. “Aquellos primeros años fueron de una auténtica lucha”, escribirá más tarde Esteban Bernal en la revista correspondiente al XXIII Festival, haciendo referencia a las múltiples incomprensiones de quienes, descansando en los valores más fáciles e inmediatos, fían el prestigio de una ciudad en exclusivos fines materiales.

Que contra vientos y mareas, venciendo malentendidos y ganando batallas, el Festival va remontando su vuelo, a la vista está. Del paisaje entrañable de La Unión. A sus pies se abrió un día la vieja copla, como una rosa en flor, entre los labios del minero. Una flor rutilante entregada sin reservas, en primer lugar a nuestro pueblo, y posteriormente a toda la Andalucía cantaora, y progresivamente al mundo entero. Aunque hayan existido grandes tormentas, siempre se ha dicho que después de una tempestad viene la calma. En aquel primer certamen convocado con tanta ilusión, con más ilusión que medios, y tanto esmero, el cual fue el pistoletazo de salida para que hoy podamos celebrar las Bodas de Oro de este gran Festival, catalogado como el mejor Festival en la actualidad de flamenco que se realiza en nuestro país, y fuera de nuestro territorio.

El ya tan lejano el primer Festival del Cante de las Minas, con los primeros cantaores que debutaron en tan magno certamen, que ya fueron referidos por distintas personas de las letras y de la Prensa. En primer lugar voy reflejar los nombres de aquellos cantaores as.

- 1º.- Antonio Mesa “El Tapicero”
- 2º.- Antonio Piñana Conesa
- 3º.- Antonio Rodríguez “Morenito de Levante”
- 4º.- Eleuterio Andréu Martínez
- 5º.- Isabel Díaz “La Levantina”
- 6º.- Juan Guillén
- 7º.- Juan José García
- 8º.- Luís García
- 9º.- Manuel Lax
- 10.- Mari Carmen Alcaraz
- 11.- Pedro Mendoza Martínez
- 12.- Tomás Cuenca Úbeda
- 13.- Valentín Pedreño “El Cano”.

Con un insignificante premio, para tan valiosos protagonistas, tres solos premios con un valor también insignificante con una cuantía total de tres mil pesetas, repartidas de la siguiente forma.

Primer premio de Minera al cantaor Antonio Piñana con la cuantía de mil quinientas pesetas 1500. Primer premio de Taranta al cantaor Eleuterio Andréu con la cuantía de mil pesetas 1000.

Primer premio de Cartagenera a la cantaora Isabel Díaz "La Levantina" con una cuantía de quinientas pesetas 500.

Proclamado por un simbólico jurado popular entre el público asistente, en el cual actuaba como presidente del jurado el unionense y gran aficionado D. Enrique Guerrero Ayuso.

Claro está que el importe de los premios era equiparado como el jornal de un mes de un minero trabajando en el fondo de una mina con la categoría de oficial de 1ª perforista.

I FESTIVAL DEL CANTE DE LAS MINAS

¡¡SENSACIONAL ACONTECIMIENTO!!

ESTA NOCHE, EN LA TERRAZA ARGÜELLES, A LAS 10,45

**LA VIEJA COPLA DE LA SIERRA MINERA, RESUCITADA
EN VOCES VETERANAS E INÉDITAS.**



El primer programa

La actuación de los concursantes será por orden alfabético de primer apellido, siendo indispensable para optar al primer premio la ejecución de una minera y una cartagenera.

A disposición de los concursantes habrá dos guitarristas, sin perjuicio de que cada actuante puede presentarse acompañado del suyo bajo su cuenta y riesgo. El fallo del Jurado será inapelable.

**GRAN CONCIERTO DE FLAMENCO
A LA GUITARRA POR**

ANTONIO PIÑANA (HIJO)

UNA NOCHE INOLVIDABLE

IMP. MARIN.-CARTAGENA

Programas de mano:

Ahora puedo entender el porqué, ¿de un hombre o de un nombre? Que por aquellas fechas ya tan lejanas. Cuando se fundó el primer Festival del Cante de las Minas, que llegaron a llamarle el “Alcalde del Cante” a un joven entusiasta, y dispuesto hacer todo lo posible, y lo imposible, por su pueblo, eran ya unos años por fortuna muy alejados de la infernal Guerra civil Española.

Yo había nacido en plena pos-guerra en 1948, que no recuerdo haber pasado hambre, pero sí muchas vicisitudes y muchas necesidades, en primer lugar por haber nacido en doble parto de mellizos, y carecer de muchas cosas básicas y primordiales para el crecimiento de unos seres que necesitaban lo más esencial que era la alimentación.

Yo también quiero dar las gracias, a mi apreciado amigo D. Esteban Bernal Velasco, por haber sido el principal impulsor de aquel tan lejano Festival que sirvió para rescatar del baúl del olvido, un olvido tan injusto, y que ahora llegando las Bodas de Oro, después de cincuenta años, se ha convertido en el evento más prestigioso del arte flamenco.

Pero quiero empezar por creerme lo de aquellos enfados cariñosos de un pueblo, de unos hombres que carecían de muchas cosas, primordialmente de un salario justo que garantizara la supervivencia de todas las familias, y que no tuvieran que echarle en cara a su Alcalde que se había gastado ochenta mil pesetas en un evento, que sería la resurrección de los Cantes Mineros. Una obra tan reconfortante en la historia de un pueblo milenario como es la sierra minera de Cartagena-La Unión.

Después de tantos años, retrocediendo en la historia de un pueblo, de una ciudad alucinante según escribiera años después, nuestro querido y admirado hijo predilecto de La Unión D. Asensio Sáez García, ya metidos en el siglo XXI. Hoy que tanto se habla de miles de Euros, y recopilando anécdotas. Yo mismo me pregunto como no se iban a sublevar esos hombres, esos mineros, los cuales tenían unos salarios de pena, más bien de mucha pena.

Después de muchos años he tenido acceso a unos documentos de un minero, de La Unión, para más INRI, se trata del padre de mi esposa. El Señor. D. Juan José Rodríguez Sevilla, un minero que nunca había estado de baja en su trabajo, y no pudo ser homenajeado en nuestro Festival, yo le quiero dedicar mi pequeño homenaje, haciéndolo público, con unas fotocopias originales que consta, de un certificado de empresa, del año 1962, cuando iba a ser retirado de su profesión, por enfermedad profesional de Silicosis, con una categoría profesional de “Perforista” de interior, que la Dirección Técnica del Instituto Nacional de Previsión, le había declarado afecto de su enfermedad, de un segundo grado de Silicosis. Por cuyo motivo deberá causar baja, cesando en su relación laboral con la empresa que presta sus servicios desde el 16 de agosto de 1947, con una edad de 24 años. “Sociedad, Anónima, Minero Metalúrgica Zapata Portmán”, una compañía adsorbida por la multinacional Francesa. “Peñarroya España”.

Un hombre, un Minero que nunca había dejado de trabajar un solo día, una persona que sólo había hecho nada más que trabajar, por la subsistencia de él y su familia, su esposa y tres hijas, al cual lo proponen con fecha 26 de marzo de 1958 dándole la resolución el 28 de julio de 1962. Notificándole que el 1 de agosto de 1962 empezaría a percibir la pensión, con una cuantía de 22.000 pesetas anuales, repartidas en doce mensualidades de mil ochocientas treinta y tres pesetas 1833. Como no podía subsistir con el jornal que le habían dejado el Instituto Nacional de Previsión, tubo que solicitar a la empresa que lo readmitiera, y lo cambiara en el puesto de trabajo, alojándolo de guarda jurado, en el polvorín de la Mina Gloria, por su buen comportamiento en la empresa. Que solo duró 6 años más de vida.

Una vez fallecido, deja viuda y tres hijas, con el mismo sueldo de mil ochocientas treinta y tres pesetas.

Y con esto no pretendo nada, simplemente dejar constancia de un hecho real como la vida misma, y no sólo ha sido el único caso, sino que han sido multitud de casos. Ha lo largo de la historia de La Unión. Como dijo en su pregón el honorable Alcalde de La Villa de Madrid D. Enrique Tierno Galván, que hablaba del hombre herramienta. El minero hombre, y no el minero herramienta, con ese encuentro que el dolor anida en su interior personal y mutuo. Ese vaso irrompible, aunque transparente que en la conciencia en que el dolor anida.

Le beso y le doy el “Trapico”
Cuando se va a trabajar,
Es tan bueno el pobretico
Para mi llanto secar
Él saca su pañuelico
“Basilio Martínez”

Este es el certificado de empresa antes
referido

CERTIFICADO DE SERVICIO OBRERO

(Art. 75 de la Ley del Contrato de Trabajo)

Nombre del obrero JUAN JOSE

Apellidos RODRIGUEZ SEVILLA

Trabajó al servicio de esta Empresa

desde el 16 de Agosto de 1.947 y

hasta la fecha continúa.-

y como Perforista
(Especialidad o profesión y categoría)

desde Su ingreso

con el jornal de Ptas. 39'75

en la fábrica sita en Mina Gloria.-



Certifico: Que el obrero cuya infor-

mación se detalla al margen ha estado

trabajando al servicio de esta empresa.

Y para que conste expido el presente

documento en Portmán a 26 de

Marzo de 1.962.-

(fecha)

SOCIEDAD ANONIMA MINERO-METALURGICA ZAPATA PORTMAN

P. P.

(firma)

Mucho sufren los mineros,
Cuando van a trabajar,
Porque son los jornaleros
Que menos suelen ganar
Trabajando son los primeros.

Esta es la fotocopia original de la resolución del expediente



Mod. A. 302-58

MINISTERIO DE TRABAJO
INSTITUTO NACIONAL DE PREVISION

9631

DELEGACION PROVINCIAL

En relación con el expediente que se le instruye por enfermedad profesional de Silicosis, con el número que se consigna al margen, se participa a Vd. que la Dirección Técnica del Instituto Nacional de Previsión le ha declarado afecto de de un segundo grado de silicosis por cuyo motivo deberá causar baja, cesando en su relación laboral con la empresa en que presta sus servicios

R. Derecho

Enf. Prof.

Exp. 5/58

25.814

"Sdad. Anna. Minero Metalúrgica Zapata Portmán"

a partir del día 1º de Agosto de 1.962, desde cuya fecha percibirá una renta del 55 % del salario obtenido durante los doce últimos meses trabajados, con sujeción a los siguientes datos:

Efecto inicial: 1-8-62
Salario anual: 40.000'—
Renta anual: 22.000'—
Renta mensual: 1.833'—

Contra el anterior acuerdo de la Dirección Técnica, sobre grado de incapacidad, puede interponer recurso de reforma en término de 15 días ante la Junta Administrativa del Seguro de Enfermedades Profesionales por conducto de esta Delegación Provincial (art. 33 del Reglamento de 19-VII-49).

Para la percepción de dicha renta y lugar donde haya de hacerlo recibirá aviso de nuestro Departamento de Prestaciones, hasta cuyo momento no podrá realizar cobro alguno.

Dios guarde a Vd. muchos años.

Murcia, 28 de Julio de 19.62

EL DIRECTOR PROVINCIAL,

D. Juan Rodríguez Sevilla.- Obrero de la Empresa: "Sdad. Anna. Minero Metalúrgica Zapata Portmán".

PORTMAN

Cuando vuelvo de la mina
En la boca me da un beso
Y el beso me sabe a gloria
Revuelto con manganeso



Esta foto es de D. Juan José Rodríguez Sevilla y su esposa Maria Hurtado Romero, en la celebración de la primera comunión de su hija primogénita Carmen Rodríguez Hurtado. En una de las ventanas del colegio Asilo de Huérfanos de Mineros de La Unión. Hoy Colegio del Carmen.

Dame tu beso y tu vino
Mujer, que me voy al tajo.
Que la mina es mi destino
Mi descanso es el trabajo
Y el esperarme es tu sino.

Cuando salgo de la mina
Dos luceros voy a ver
Son tus ojos que me miran
Y alumbran con su querer
El pozo que me ilumina.



Cartel del II Festival Nacional del Cante de las Minas cartel anunciador.

La Unión viene preparando su II Festival del Cante de las Minas: un gran esfuerzo para mantener la llama viva de una tradición, y de un pueblo milenario, aunque muy joven todavía en la recuperación de sus cantes mineros.

En su segundo Festival Nacional del Cante de las Minas, cambia de emplazamiento, y de escenario, pasa de la Terraza Arguelles, a los jardines de verano del Cine Mery, en la calle de la uva, frente a la plaza hoy de Joaquín Costa, coincidiendo con el solar en que un día se levantó la casa de Emilia Benito, la gran cantaora unionense, que nació en La Unión en 1893, que murió en México el 14 de enero de 1960. Continúa celebrando este Festival dentro de las fiestas patronales un 11 de octubre de 1962

D. Antonio Grau Dauset hijo del Rojo “El Alpargatero” vísperas del segundo Festival es recibido en La Unión por invitación de Antonio Piñana para presidir el jurado calificador, según cuenta Asensio Sáez en sus crónicas del Festival, Antonio Grau cabal entre los cabales. “Santón del Cante de las Minas”, según una feliz expresión de Pedro Pedreño en el diario Línea”, unas jornadas inolvidables para la historia del Cante de las Minas. La emoción de la copla va tomando cuerpo en una noche única.

Las Bases del Festival

Como dato curioso, señalaré el apartado cuarto de las bases del II Festival, advirtiéndome textualmente que “para aspirar al primer premio será indispensable interpretar tres cantes, una Minera, una Cartagenera, y Taranta”. De las tres mil pesetas del primer del concurso, se pasa a las diez mil pesetas, mientras los concursantes templan sus gargantas, el nuevo local se va poblando de carburos y de las herramientas del minero.

Quince cantaores concurren en la disputa por el trofeo Lámpara Minera, nuevos cantaores de distintas provincias españolas, acuden a nuestro Festival, algunos muy distantes como Badajoz, o Madrid.

Son los siguientes.

Antonio Rodríguez “Morenito de Levante”

Diego Valero Ruiz

Eleuterio Andréu Martínez

Enrique Orozco Fajardo

Isabel Díaz “La Levantina”

José Moreno

Juan José García

Lorenzo Vizcaíno Jorquera

Luís Rueda

Manuel Infantes Martínez “Manolo Fregenal”

Manuel Sallago Lozano

María del Carmen Alcaraz

Pedro Mendoza Martínez

Tomás Cuenca Úbeda

Valentín Pedreño “El Cano”.

Reunidos el jurado calificador del II Festival del Cante de las Minas, y siendo las 2,45 horas de la noche del 11 de octubre de 1962 los presentadores se disponen en dar lectura al acta del jurado compuesto por siguientes señores:

Antonio Grau Dauset, actuando como presidente

Antonio Piñana Segado

Domingo Jiménez Campillo

Eduardo Bonet Molina

Francisco Conesa Baños

José Orihuela Águila

Juan Pérez Guijarro

Pedro Sánchez

Manuel Adorna actuando como secretario del jurado.

Acuerdan conceder el primer premio de Minera y el trofeo de Lámpara Minera para el cantaor Enrique Orozco Fajardo, con una cuantía del premio de diez mil pesetas 10.000 y diploma, a un Madrileño, un gran cantaor un profesional del Cante con mayúscula.

El segundo premio al cantaor Luís Rueda por el cante de Taranta con una cuantía de cinco mil pesetas 5000 y diploma.

El tercer premio al cantaor extremeño Manuel Infantes Martínez. Manolo de Fregenal de la Sierra (Badajoz) por el cante de Cartageneras con una cuantía de tres mil pesetas 3000 y diploma.





Cartel del III Festival del Cante de las Minas

El flamante Festival: va tomando cuerpo, y se traslada de fecha, de las Fiestas del Rosario en octubre, se pasa al corazón del verano al mes de agosto, por primera vez se escinde a dos jornadas, la primera jornada incluye una eliminatoria para designar a los finalistas.

Mucho ha progresado el Festival del Cante de las Minas en calidad y en cantidad, y también en organización, los premios rebasan ya las cien mil pesetas, exactamente ciento veintisiete mil, en este Festival ha habido caras nuevas como **Canalejas de Puerto Real** (Cádiz) y **Antonio Fernández Díaz “Fosforito”** de Puente Genil (Córdoba).

Entre el público asistente al Festival se descubren este año, bastantes caras conocidas: escritores, pintores, políticos, la Radio y la Televisión, y la prensa escrita, se vuelcan a favor de la tercera edición del Festival del Cante de las Minas, al que varios periódicos mandan a un enviado especial, como “El Español”, el diario ABC, etc. y los regionales La Verdad, y el diario Línea.

Quince han sido los finalistas en esta III edición del Festival del Cante de las Minas, todos ellos, acompañados por las magistrales guitarras de **Antonio Piñana** (hijo), **Mariano Fernández**, y **Juan Mérida**. Los finalistas de la III edición del Festival del Cante de las Minas, son los siguientes:

- 1º Antonio Fernández Díaz “Fosforito”
- 2º Antonio Rodríguez “Morenito de Levante”
- 3º Diego Martínez Marín
- 4º Eduardo Lorente
- 5º Eleuterio Andréu Martínez
- 6º Felipe Gertrudis Lara
- 7º Isabel Díaz “La Levantina”
- 8º José Lucas “Niño de la Segura”
- 9º Juan Gambero Martín “Juan de La Loma”
- 10º Juan Gómez Belmonte
- 11º Juan Mingorance niño de las Moras
- 12º Juan Pérez Sánchez “Canalejas de Puerto Real”
- 13º Lorenzo Vizcaíno Jorquera
- 14º Manuel Celestino Cobos “Cobitos”
- 15º Manuel Sayago Lozano
- 16º Miguel Caparros Martínez
- 17º Tomás Cuenca Úbeda
- 18º Valentín Pedreño “El Cano”.

Pasadas las dos de la madrugada, el presentador de esta edición Federico Gálvez da lectura al fallo del jurado, compuesto por Antonio Grau Dauset, actuando como presidente.

Antonio Guijarro Campoy
Antonio Piñana Segado,
José Orihuela Águila,

Eduardo Bonet Molina,
Domingo Jiménez Campillo,
Francisco Conesa Baños,
Juan Pérez Guijarro.

Manuel Adorna, actuando como secretario

Proclamando vencedor a **Juan Pérez Sánchez**, conocido artísticamente como “**Canalejas de Puerto Real**”, es proclamado primer premio de mineras y el Trofeo Lámpara Minera, con una dotación de veinticinco mil pesetas 25.000. El primer premio de Tarantas viene a recaer en el cantaor extremeño **Manuel infantes Martínez “Manolo de Fregenal”** y el primer premio de Cartagenas para el cantaor Cordobés **Antonio Fernández Díaz**, conocido artísticamente como “**Fosforito**”.

Los segundos premios son para **Antonio Rodríguez “Morenito de Levante”**, José Moreno, e **Isabel Díaz “La Levantina”**, los premios locales recaen en **Eleuterio Andréu**, **Lorenzo Vizcaíno**, **Diego Martínez**, Tomás Cuenca, y Diego Valero. Muchos aplausos, en el público asistente y sobre todo por los extranjeros. Uno de ellos, el Francés un tal Michel que años después sería muy amigo de Luís de Córdoba. Asegura formalmente que “para cantar flamenco del bueno, Paris”. Así como suena.

De la mano de **D. Antonio Grau** es presentado al gran público asistente, en el escenario del Festival al gran cantaor, y conocedor de nuestros cantes mineros **Jacinto Almadén**, que pasadas unas fechas ofreció un magnifico recital en el **Cine Moderno** de la ciudad minera, del que luego daría fe la revista “Semana” con motivo de su actuación en la ONU, la cual calificará a **La Unión** como “**Meca del Cante**” y la presentación estuvo a cargo del trovero **Ángel Roca Martínez**.



Cartel IV Festival del Cante de las Minas

Entrando en el cuarto Festival del Cante puro y Minero, La Unión en estos días, se convierte en un hervidero de buen Cante Flamenco. Escritores y periodistas Nacionales y extranjeros, se dan cita en la sierra minera de Cartagena La Unión. Para volver sus miradas hacia la mina, y su Cante grande, puro, y minero. No se había visto nunca un Festival de tal magnitud en toda la región de Murcia ni en toda España.

“Que alegría de Ciudad”, “**Vale la Pena Venir a La Unión**”, se podía leer en el programa de mano del IV Festival del Cante de las Minas, muy cerca del Mar Menor, uno de los lugares más hermosos de toda España, bajo un sol de justicia. Porque La Unión lo que ofrece en su Festival, no se parece en nada a ningún otro, de los programados en otras ciudades de nuestro entorno, y fuera de él.

Queridos aficionados, La Unión cuenta con ustedes. Con su voz, si es usted cantaor, y con su presencia y sus aplausos, también como aficionado o espectador, o mejor si es conocedor del autentico cante jondo, autentico cante popular, una de las bellezas más maravillosas, que jamás se podrán olvidar. Es una fiesta de cante, “solo cante”.

En la primera jornada de Cante veintiún cantaores o cantaora. De ellos, solo catorce llegan clasificados para la final. En el intermedio la actuación de Juanito Valderrama, que se manifiesta diciendo. ”Estoy dispuesto a cantar hasta que vosotros me digáis que pare...” (**Juanito Valderrama**).

La jornada de clausura es pasada por agua. Persiste la lluvia. “se armó la marimorena”. La lluvia chorrea por las cortinas del escenario, y deja unos asientos en las butacas de madera de aquellas plegables que no se podía uno sentar. Al poco rato quedó una noche despejada y estrellada, como no podía ser de otra manera, un día del mes de agosto, en la costa mediterránea. Las dos noches de semifinal y final con un lleno total en la **Terraza Mery**, sede del Festival del Cante de las Minas. Según la prensa.

Varios espectadores, subidos en la tapia para presenciar tan magno espectáculo “y uno de ellos era yo” y solo tenía 16 años y la pela es la pela éramos seis hijos y no había dinero para costear tal espectáculo.

Nervios. Los catorce finalistas cantan, y cantan bien, por lo que se hace muy complicado el escrutinio. La tensión aumenta por momentos. Y pasadas las dos de la madrugada, la guapa presentadora del lugar la Señorita **Pepita Rejas**, ex Reina de las fiestas del Rosario, y su compañero **Federico Gálvez** se disponen a leer el acta del jurado.

Un silencio sepulcral. Y un aplauso unánime para el ganador del primer premio de Mineras al cantaor **Eleuterio Andréu Martínez**, que es proclamado ganador del trofeo Lámpara Minera con una dotación treinta mil pesetas 30.000 y diploma.

El segundo premio de mineras para Manuel Celestino Cobos “**Cobitos**”, primer premio de Cartageneras para el cantaor malagueño **Juan Gambero “Juan de La Loma”**, segundo premio de Cartageneras para el cantaor **Eduardo Lorente**, y el primer premio de los cantes de Levante para el cantaor Gaditano **Juan Pérez Sánchez Canalejas de Puerto Real**, los demás premios se

convierte en cinco ascesis para los cantaores **Alfonso Paredes**, Manuel Sayago, **Isabel Díaz “La Levantina”**, José Lucas, Felipe Gertrudis Lara, Juan Gómez Belmonte primer premio de resto de cantes de Levante, y **Miguel Caparros Martínez**, segundo premio de resto de cantes de Levante. Un Festival con muchos cantaores y mucho cante, una noche muy larga, por el Festival en sí, y además por las inclemencias del tiempo, que hizo llegar casi las tres de la madrugada. El enviado especial del diario <Madrid> le hace una interviú a **Eleuterio Andréu**:

¿Cuantos años lleva de minero?

Diecinueve años

¿Y cantando?

Más de cuarenta.

Cuando sale de la mina que le gusta hacer, pues tomarme cuatro copas de vino.

Nota graciosa, cuando **Eleuterio Andréu Martínez**. Al día siguiente de conseguir el I premio, bajó a la mina, a 350 metros de profundidad en la planta 7ª del pozo María Jesús en el “Cabezo Rajao”. Para convocar a todos sus compañeros del trabajo, para decirles hoy vengo a cantaros la copla premiada, y a brindaros **La Lámpara Minera**, a todos los que no pudieron oírme, porque aquel magno día, no iba a trabajar, por aquel entonces, el importe del premio equivalente a casi un año de trabajo.

Decía un minero así,
En el fondo de una mina:
Qué solo me encuentro aquí
Que se me ha “apagao” el candil
Y no encuentro la salida.

Veintiún concursantes se han presentado al IV Festival del Cante de las Minas, solo han llegado catorce, entre ellos una Mujer, estos son los nombres. Un riguroso orden alfabético de los apellidos empuja a Eleuterio Andréu a abrir el Festival del Cante de las Minas.

- 1.- Alfonso Conesa Meroño
- 2.- Alfonso Paredes “Niño Alfonso”
- 3.- Antonio Real Jiménez
- 4.- Antonio Rodríguez “Morenito de Levante”
- 5.- Diego Martínez Marín
- 6.- Eduardo Lorente
- 7.- Eleuterio Andréu Martínez
- 8.- Felipe Gertrudis Lara
- 9.- Isabel Díaz “La Levantina”,

- 10.- José Lucas “Niño de Segura”
- 11.- Juan Gambero Martín “Juan de la Loma”
- 12.- Juan Gómez Belmonte
- 13.- Juan Mingorance
- 14.- Juan Pérez Sánchez
- 15.- Lorenzo Vizcaíno Jorquera
- 16.- Manuel Celestino Cobos “Cobitos”
- 17.- Manuel Sallago Lozano
- 18.- Miguel Caparros Martínez
- 19.- Pedro Mendoza Martínez
- 20.- Tomás Cuenca Úbeda
- 21.- Valentín Pedreño “El Cano”

En este IV Festival del Cante de las Minas, es apartado del jurado Antonio Piñana por diferencias con el alcalde, que pasa a ser el presidente del jurado.

El Alcalde por primera vez preside el jurado calificador, compuesto por los siguientes miembros del jurado.

- 1º.- Esteban Bernal Velasco, como presidente
- 2º.- Antonio Grau Dauset
- 3º.- José Martínez García
- 4º.- Domingo Jiménez Campillo
- 5º.- Manuel Adorna (Secretario)
- 6º.- Eduardo Bonet Molina
- 7º.- José Luís del Valle Alonso
- 8º.- Francisco Conesa Baños
- 9º.- Juan Pérez Guijarro
- 10.- José Orihuela Águila.
- 11.-Manuel Adorna y Adorna, actuando como

secretario.





Cartel anunciador del V Festival del Cante de las Minas

El quinto Festival del Cante de las Minas. Eran tiempos aquellos que La Unión, insistía en la búsqueda de su identidad cultural, ya olvidada para fundamentarla de nuevo, más que en la abundancia de los metales, en el filón de la cantera de sus cantes mineros.

La Unión atrae a nuevos personajes de las letras y la cultura, con un bonito folleto, con ilustraciones, y breves opiniones, sobre el Festival del Cante de las Minas, de la mano de las mejores plumas de la literatura Española: como son. **José Luís Castillo Puche, Alfredo Marqueríe, Carmen Conde, José María Pemán, Montero Alonso, Alemán Sainz, y Antonio de Obregón.** Viene también el escritor, **Camilo José Cela**, a La Unión y crea el “**premio de letras Rosario Conde**”.

También llega a nuestro Festival, el famoso escritor y letrista **D. Ramón Perelló** autor de la popular canción mi Jaca, corta el viento caminito de Jerez. Eran unos tiempos en que ya se gestaba la calidad de nuestro Festival, con un marco que engrandecía el desarrollo del Festival del Cante de las Minas.

En la Quinta edición, estrenamos, dos populares presentadores y locutores, enviados por Televisión Española, la señorita **Pilar Cañadas** y **Jesús Álvarez** con su voz inolvidable, la prensa Nacional hace unos reportajes grandiosos con gran cantidad de fotografías. Con todo ello la comisión organizadora hace la petición de introducir nuestro Festival del Cante de las Minas, dentro del plan Nacional de los Festivales de España. Desde Nueva York a la calle de La Uva.

Se podía leer en el diario La Verdad de Murcia, al Festival Nacional del Cante de Las Minas, viene por primera vez **Enrique Morente** un cantaor granaino seguidor de la escuela de **D. Antonio Chacón**, se lo había contado a nuestro corresponsal del diario La Verdad de Murcia **Pascual García Mateos**:



D. Antonio Chacón estuvo en La Unión con Ramón Montoya

En la quinta edición del Festival, dieciocho cantaores de los que solo doce cantaores han llegado a la final, que fueron los siguientes.

- 1º.- Alfonso Paredes García “Niño Alfonso”
- 2º.- Antonio Pérez Jiménez
- 3º.- Antonio Real Jiménez
- 4º.- Antonio Rodríguez “Morenito de Levante”
- 5º.- Diego Martínez Marín
- 6º.- Diego Valero Ruiz
- 7º.- Félix Martínez “El Ferroviario”
- 8º.- Fulgencio Cros Aguirre “Pencho Cros”
- 9º.- Isabel Díaz “La Levantina”
- 10.- José Lucas “Niño de Segura”
- 11º.-José Ortega Barbera
- 12º.-Juan Gambero Martín “Juan de la Loma”
- 13º.-Juan Gómez Belmonte
- 14º.-Juan Mingorance “Niño de las Moras”
- 15º.-Juan Sánchez Pérez “Canalejas de Puerto Real”
- 16º.-Manuel Celestino Cobos “Cobitos”
- 17º.-Manuel Ávila Rodríguez “Manuel Ávila”
- 18º.-Manuel Infantes Martínez “Manolo de Fregenal”

Como artista invitado al Festival Nacional del Cante de las Minas, el gran cantaor Jacinto Almadén que posteriormente sería asesor del jurado calificador.

Siendo casi las tres de la madrugada los locutores, se disponen a dar lectura al fallo del jurado, que está compuesto por los siguientes señores.

- 1º.- Esteban Bernal Velasco actuando como Presidente.
- 2º.- Antonio Ayala Grau.
- 3º.- Antonio Grau Dauset.
- 4º.- Domingo Jiménez Campillo.
- 5º.- Eduardo Bonet Molina.
- 6º.- José Orihuela Águila.
- 7º.- Juan Pérez Guijarro.
- 8º.- Vicente Asensio Mochales.
- 9º.- Francisco Conesa Baños.
- 10º.- Manuel Adorna actuando como secretario.

Jacinto Almadén como asesor artístico.

Al final el presentador se dispone a dar lectura al fallo del jurado anunciando el primer premio de mineras al cantaor unionense **Pencho Cros**, con la dotación

del premio, de treinta mil pesetas, 30.000, y el trofeo máximo galardón del Festival Nacional del Cante de las Minas **Lámpara Minera**.

El primer premio de Cartagenas o Tarantas, al cantaor Juan Mingorance, “Niño de las Moras”.

Primer premio de cantes de Levante, al cantaor **Juan Pérez Sánchez**, “**Canalejas de Puerto Real**”. Los segundos premios son repartidos entre **Manuel Celestino Cobos “Cobitos”, Juan Gambero y Manuel Ávila**.

Los premios Locales corresponden a los cantaores **Alfonso Paredes “Niño Alfonso”, Félix Martínez “El Ferroviario”, e Isabel Díaz “La Levantina”, “Morenito de Levante” obtiene el premio Rosario Conde**.

Con la preciosa voz del presentador **Jesús Álvarez**, un certamen termina y otro empieza. Acaba de ponerse en marcha el VI Festival del Cante de las Minas. Tan a punto que el próximo Festival podrá ser convocado bajo los auspicios del **Ministerio de Información y Turismo**. Tras varias peticiones todo hay que decirlo, España va a reconocer la autentica identidad del Festival Minero.



Cartel del VI Festival del Cante de las Minas

El Ministerio de Información y turismo edita un folleto, por primera vez, el nombre de la Unión en los carteles oficiales de los Festivales de España, con un extenso pórtico literario.

La Unión prende cada año como si de un barreno celestial se tratara bajo la luz de las lámparas mineras que iluminan el recinto, o sala de verano, Cine Mery. Por primera vez se amplía a tres días, para que comience la gran Fiesta del Cante Flamenco y Minero. Un decorado esplendido en el escenario del VI Festival diseñado por los artistas locales, en primer lugar nuestro **Asensio Sáez García, Paco Conesa, Pedro Ginés Celdrán Pérez, Fulgencio Cegarra, y Hernández Cop**. Aquí está penetrando el arte de nuestros pintores, los oleos de ambos pintores, con el viejo signo dramático de la sierra minera de La Unión, y Cartagena: mineros muertos, Chimeneas, castilletes, bodegones de pico y marro, viudas enlutadas, montes sellados con sus colores característicos de ocre, almagras, y sus grises, entre los cuadros, un homenaje a “**Emilia Benito**”. Queda aun muy lejana la estimable cotización que luego alcanzarían ambos pintores.

Vuelven a La Unión, **Ramón Perelló** y el maestro **Daniel Montorio**, autores del Himno del Festival, que se estrena este año en la final, este año la dirección de **Televisión Española**, nos envía un nuevo presentador, el popular **José Luís Uribarri**, que tantas veces continuará al frente del mismo, con la simpática tarea, a veces no fácil, de llevar sus riendas frente al publico.

Varias atracciones se incluyen en los intermedios del Festival. Son nombres que de alguna manera rozan lo jondo, con el baile de las hermanas **Bárbara y Encarnación Fernández**, hijas del tocaor del Festival **Antonio Fernández**, un tiempo después va a resultar que **Encarnación Fernández**, va a ser una formidable cantaora en los Cantes de Levante.

Antonio Piñana (hijo) ofrece un solo de guitarra interpretando el mejor Albeniz injertado con esencias mineras, la danza española de Eugenia Montero, ex primera bailarina del ballet de Antonio, que es piropeada desde su butaca por Joaquín “El Gitano”.

Veinte son los cantaores que han acudido a la primera eliminatoria del Festival del Cante de las minas, que son los siguientes.

- 1º.- Alfonso Paredes García, “Niño Alfonso”
- 2º.- Antonio Jiménez Gonzáles, “Antonio de Canillas”
- 3º.- Antonio Rodríguez “Morenito de Levante”
- 4º.- Bernardo Álvarez Pérez “Bernardo de los Lobitos”
- 5º.- Eduardo Lorente
- 6º.- Eleuterio Andréu Martínez
- 7º.- Felipe Gertrudis Lara
- 8º.- Francisco Solano “El Cuco”
- 9º.- Fulgencio Cros Aguirre “Pencho Cros”
- 10.- Gabriela Jiménez Arcos
- 11.- Isabel Díaz “La Levantina”

- 12.- José Ortega Barbera
- 13.- Juan Gambero Martín
- 14.- Juan Mingorance “Niño de las Moras”
- 15.- Manuel Celestino Cobos “Cobitos”
- 16.- Miguel Caparros Martínez
- 17.- Manuel Ávila Rodríguez
- 18.- Manuel Infantes Martínez “Manolo de Fregenal”
- 19.- Manuel Sallago Lozano
- 20.- Rosendo Fernández y Fernández

Pasadas las tres de la madrugada los locutores se disponen a dar lectura del acta del jurado calificador que está compuesto por los siguientes señores

- 1º.- Esteban Bernal Velasco, (como Presidente).
- 2º.- Manuel Adorna y Adorna, (como secretario)
- 3º.- Blas Vega
- 4º.- José Orihuela Águila
- 5º.- Fernando Lastra Sánchez
- 6º.- Eduardo Bonet
- 7º.- Francisco Conesa
- 8º.- Vicente Asensio Mochales
- 9º.- Juan Pérez
- 10.- José Ayala
- 11.- Jacinto Almadén

Que dan como vencedor del primer premio de Mineras al gran cantaor malagueño. Antonio Jiménez Gonzáles, “**Antonio de Canillas**” con un importe de Treinta Mil pesetas 30.000, y el trofeo de **Lámpara Minera** y diploma. Segundo premio de Mineras, al cantaor **Bernardo Álvarez Pérez “Bernardo de los Lobitos”** con el importe de veinte Mil pesetas 20.000.

Primer premio de Mineras a jóvenes Cantaores, al joven unionense Francisco Solano “El Cuco” con un accésit con el importe de cinco Mil pesetas 5.000 y diploma.

El primer premio de Cartagenas, o Tarantas, al cantaor unionense **Pencho Cros**, con el importe del premio de Veinte y cinco Mil 25.000 pesetas y diploma.

Primer premio de los Cantes de Levante, a **Manuel Infantes Martínez “Manolo de Fregenal**, con el importe de veinte Mil pesetas 20.000 y diploma, segundo premio de Cartagenas al cantaor **Juan Gambero** con la dotación de 15.000 pesetas. Segundo de resto de cantes de Levante al cantaor **Manuel Ávila** con 10.000 pesetas, los premios locales a los cantaores **Miguel Caparros Martínez, Morenito de Levante, Isabel Díaz, La Levantina.**

Finaliza el Festival continua el Cante en la calle y en los bares, ganada por el buen aficionado, en corros, y en tertulias.



Cartel del Festival Nacional del Cante de las Minas

El Festival del Cante de las Minas, continúa por segundo año, con tres días de concurso dos de eliminatoria y una dedicada a la final, cada año, se va proliferando más el Festival del Cante de las Minas, con nuevas caras, de nuevos concursantes. Mientras se engalana el escenario de los jardines Mery, centrado por dos manos en oración, pintado por nuestros artistas locales, como viene siendo habitual. Las manos de un cante que en boca de un minero se convierten en salmo, con una estructura asistencial de la mina.

Los jardines Mery se convierten durante unos días en espléndido ámbito pictórico con unas excelentes pinturas decorativas mineras, unas obras de gran relieve como muestran las fotografías en las crónicas de nuestro entrañable Asensio Sáez, como es obvio no puedo reproducirlas.

En el intermedio de la primera jornada actúa, la compañía de Luisa Ortega, y Arturo Pavón. En el guión de su espectáculo figura “Cantan los Mineros”, sobre un esquema musical de nuestros cantes. La música y la coreografía corre a cargo del propio Arturo Pavón, basado sobre un esquema musical de nuestros cantes, basado en la emigración andaluza que encuentra su tierra en promisión en nuestra minería, obteniendo un gran éxito y grandes ovaciones.

Entre el público, un personaje de excepción, una persona de baja estatura, muy querida en La Unión, recogiendo voces y ecos del Festival del Cante de las Minas, para trasladarlos a las antenas de Radio Nacional de España en Madrid, me estoy refiriendo a D. Arcadio Larrea, el gran musicólogo enviado especial del ente RNE, para hacer sus crónicas y sus pronósticos.

También pudimos saludar por última vez al gran cantaor y mejor persona Jacinto Almadén, victima de un accidente automovilístico en la ciudad catalana de Igualada, aunque le había comentado al alcalde que le buscara una casita, que no tardaré mucho en dejar Madrid, para venirme a vivir a La Unión, según le comenta a García Mateos:

Pilar Cañadas y José Luís Uribarri continúan de presentadores del Festival del Cante de las Minas, enviados por Radio Televisión Española el cual muestra al público un disco que acababa de grabar nuestro alcalde D. Esteban Bernal Velasco, ofreciendo los esquemas auténticamente mineros de nuestros cantes contribuyendo así, didácticamente, a su mayor expansión de los cantes mineros de La Unión.

La segunda jornada de cante actúa en el intermedio el ballet de Maria Rosa, llevándose de calle al público de la sala. En representación del Ministerio de Información y Turismo, preside la última jornada del Festival el Director General de Información, el señor Robles Piquer que, con destino al periódico “La Verdad”, define el certamen como el Festival del Cante del trabajo, comentando entusiasmado, “Fíjese en la atención de esas dos mil personas que llenan el local”.

Veintiuno son los cantaores que participan en la primera jornada del Festival, de los cuales sólo catorce pasan a la semifinal, y diez son los que pasan a la final.

- 1º.- Alfonso Paredes García, “Niño Alfonso”
- 2º.- Antonio Cantillo Castillo
- 3º.- Antonio Jiménez Gonzáles, “Antonio de Canillas”
- 4º.- Antonio Pérez Jiménez
- 5º.- Antonio Rodríguez “Morenito de Levante”
- 6º.- Bernardo Álvarez Pérez “Bernardo de los Lobitos”
- 7º.- Cristóbal Guerrero Escalona “Barquerito de Fuengirola”
- 8º.- Eleuterio Andréu Martínez
- 9º.- Félix Martínez Sánchez
- 10.- Francisco Díaz García
- 11º.-Francisco Solano “El Cuco”
- 12º.-Gines Candela Pomares
- 13º.-Joaquín Rodríguez Fernández
- 14º.-José Nieto Sánchez “Nieto de Orellana”
- 15º.-José Vera Fernández
- 16º.-Josefina Ruiz Calvo
- 17º.-Juan Castro Jiménez “El Péti”
- 18º.-Juan Gómez Belmonte
- 19º.-Manuel Cabrera Villatora
- 20º.-Manuel Infante Martínez “Manolo de Fregenal”
- 21º.-Miguel Caparros Martínez.

Mucha expectación en la final del concurso del cante de las minas que toca su fin. Sobre un pedestal, aparece el trofeo Lámpara Minera para el ganador y, junto a ella, en taleguicos de lona, a la antigua usanza minera, con los premios en metálico nunca mejor dicho, pues se abonaron en monedas de plata.

Muchos aficionados habían vuelto sus ojos hacia el cantaor catalán **Juan Castro Jiménez “El Péti”**. “El Péti” sabía que las mayores ovaciones del público habían sido en sus actuaciones. “Al Péti”, aquella noche de gloria, se le había reflejado como un relámpago en una noche verano, con las mejores esperanzas. En sus labios se le notaba, como si estuviera diciendo una oración.

En el momento de hacer acto de presencia los locutores, Pilar Cañadas, y José Luís Uribarri, para dar lectura del acta, con el fallo del jurado calificador del VII Festival del Cante de las Minas, que está compuesto por los siguientes señores.

- 1º.- Esteban Bernal Velasco “Como Presidente”.
- 2º.- Eduardo Bonet Molina.
- 3º.- Fernando Lastra Sánchez.
- 4º.- Francisco Conesa Baños.
- 5.- José Blas Vega
- 6.- José Orihuela Águila

7.- Vicente Asensio Mochales

8.- Manuel Adorna y Adorna, actuando “como Secretario”.

Siendo las tres de la madrugada del 21 de agosto de 1967 los presentadores se disponen a dar lectura al fallo del jurado, con muchos pronósticos y conjeturas por parte del gran público asistente en la terraza Mery, proclamando a los cuatro vientos, al ganador del primer premio de mineras al cantaor catalán, Juan Castro Jiménez “El Péti” con el trofeo Lámpara Minera, y una dotación de treinta Mil pesetas 30.000, el segundo premio de mineras es para el cantaor. Miguel Caparros Martínez de Cartagena, con una dotación de veinte mil pesetas, 20.000, primer premio de Cartageneras al cantaor Antonio Jiménez Gonzáles, “Antonio de Canillas”, natural de Canillas de aceituno (Málaga), con una dotación de veinticinco mil pesetas, segundo premio al cantaor. Cristóbal Guerrero Escalona “Barquerito de Fuengirola”, también de Málaga, primer premio de cantes de levante, para el cantaor José Nieto Sánchez, “Nieto de Orellana”, natural de Orellana, segundo de cantes de levante, al cantaor Bernardo Álvarez Pérez “Bernardo de los Lobitos”, los premios locales para los cantaores siguientes, premio local de mineras al cantaor Alfonso Paredes García “Niño Alfonso”, premio local de Tarantas al cantaor Eleuterio Andréu Martínez, de La Unión, premio local de resto de cantes de levante al cantaor Antonio Rodríguez “Morenito de levante” de Cartagena, y el premio especial de mineras, para jóvenes cantaores, al joven Francisco Solano “El Cuco” con 11 años de edad pero cien de sabiduría jonda.

Recuerdo y no miento, que Francisco Solano “El Cuco” por aquellas fechas, próximas al Festival estaba en mi casa, y me ayudaba en las labores en el Matadero Municipal, en las matanzas, y los días que yo salía para hacer venta ambulante, él venía conmigo de acompañante y me cantaba todas las coplas que había aprendido para presentarse al Festival del Cante de las Minas.



Cartel anunciador de los Festivales de España, VIII Festival del Cante de las Minas.

Pregón del VIII Festival Nacional del Cante de las Minas

D. Salvador Jiménez

(...) con destino del arte que se llama Asensio Sáez, se lo he contado a medio mundo. Ya no tiene remedio la cosa, quiero decir, que el milagro alumbrante del cante de la mina, como una lámpara incandescente que es- tanto monta-monta tanto como decir la mina del Cante-, ha dejado como un membrillo redondo y sabroso, como una granada de púrpura y escarcha, como un ramo de mineral, inmarchitable, y por eso mismo, fresco, rutilante, fecundo y derramado.

Vosotros tenéis la culpa, y el Alcalde el primero, por dar ejemplo también cantando mineras, saber dar a las sienes anhelantes del hombre y haber preparado los sencillos oídos del alma. Y ya podéis arrepentiros ni dar un paso más, ni guardaros ese sonoro caudal del cante. Habéis tocado el corazón con el cuchillo dulce y penetrante de las mineras. La gente quiere oír y se ha puesto de punta, ya tenéis atentas las orejas como las piteras que crecen junto al camino para no perderse en la figura, ni el rasgueo, ni un mensaje, ni un barreno, ni un silencio. Yo vengo tartamudo a vuestro lado porque no soy ciego, velo, leo, creo. Porque no soy sordo, oigo, escucho, siento.

Pero ¿Qué voy a deciros a vosotros, gente hermosa de este hermoso pueblo de La Unión, que no sepáis? El Festival, después de años de triste olvido en los que tiritaba de frío el cante en desamparo, ha resucitado gloriosamente, con rigor y con amor, la voz de los mineros dándole vuelo, dimensión y altura. El Festival ha cumplido en esta nueva y renaciente etapa algo que yo diría que es su nuevo bachillerato. El Festival tiene aprobado ya el tren como cualquier muchacho joven, alegre y estudioso de este pueblo, después de ocho años de estar repitiendo la misma asignatura, de estar ampliando cada mes de agosto sus saberes, y suena mejor y más profundo. El Festival es universitario, sin dejar de ser minero. Es Universidad, es justamente eso, uno sobre lo diverso, la unidad sobre la diversidad. Como este pueblo, que este año 1968 cumple justamente un siglo de aquel conmemorable abrazo de concordia y de paz del que nace su nombre fraterno y ejemplar partida de nacimiento al mundo: La Unión.

No soy yo, que apenas este año me atrevo a hacer el examen de ingreso en vuestra cátedra, a explicaros lo que es vuestra propia raíz nutrida y con fundamento. Pero si quiero intentar, desde esta caracola abierta de noche, bajo la medalla amarilla de la luna de la panocha en la que nos encontramos, salir por las sendas del aire y avisar a la gente que están tocando a vísperas de fiesta en La Unión, que este pueblo tierno y terrible, abismante y generoso, convida a todo el mundo a vivir, a oír, a gustar, a vivir, a soñar.

Ahora, cuando se ponen de viaje y se atan bien los machos de la voz para presentarse dignamente los hombres de Andalucía, que vienen tras la huella sonora de D. Antonio Chacón; ahora, cuando por el campo de Cartagena y la serranía, la huerta de Murcia, preparan sus alforjas cantaoras los discípulos de El

Rojo el Alpargatero y de D. Antonio Grau, yo quisiera decirle al oído de cada hombre y de cada mujer que despierte, que en La Unión les esperan, que la vida es breve, que la noche es larga, que el canto minero alimenta el alma.

A la Unión vente conmigo
Te cantaré una minera
Pongo al cielo por testigo
Que serás mi compañera
Y yo tu mejor amigo.

Dicen que todos los caminos llevan a Roma, pero hubo un tiempo, en el que parecía más bien como si todos los caminos confluyeran en La Unión. Roma había sido, efectivamente, la gran madrugadora en venirse a la vera de esta sierra, que está acostumbrada a darlo todo, que recibe a todo el mundo, le abrió su alacena minera, su entraña escondida, y la inundó de plata y de riquezas. De beneficiosos tesoros de la mina. Así es la tierra, así es el pueblo y así sus hombres: derramados, abiertos, atrevidos, manirroto en el amor. Era un doloroso itinerario el que hasta aquí movilizaba los ánimos y las esperanzas, las ansias y los caminos. La Unión, la nueva y portentosa California, Eldorado de la juventud, el norte de los trabajadores, la rueda giratoria de la fortuna imantada fue, sí me atrevo a decirlo, la primera ciudad “hippie” de España. A mí me alegrado esta tarde cuando entraba, el día de fiesta de La Unión, comprobar una población joven, casi “Yeyé”, con colores populares, alegres y valientes, porque en este renovarse veía yo también traducido a otros tiempos y a otros estilos aquel viejo estilo irruptor, vendaval que inició, y que hoy tiene el mismo aire que aquel de vuestras abuelas. Era un escenario vital, desbordante, apresurado, hermoso. Se habrían las minas, y junto a la herencia mineral, brotaba como una fuente incandescente la pedrería inaccesible del canto, Cante Jondo, canto hondo como honda es la mina. Pueblo, mina, canto todo es uno y lo mismo, quiero decir La Unión. De la mina nace el pueblo, y el canto. Con el canto crece el pueblo y la mina. El pueblo ahonda la mina y ahonda el canto. Hay un signo primitario en la biología de este estirpe humana, mineral y sonora. En el pueblo lo compone el indígena, el forastero y el hijo que nace de los amores de los unos y de los otros. En la mina, el hombre, el metal y esa palabra terrible que se llama Destino. En el canto, lo que Asensio Sáez sinceramente ha llamado la Trinidad Minera: mineras cartageneras y tarantas. Es lo mismo que explica el paisaje: tierra, cielo y mar, es decir minero, campesino o pescador. Cobre, plata y plomo. Almendro, higuera y palmera. Sardina, calabrote y mero. El Garbanzal, Herrerías y La Unión.

Pero como la vida es grama y esta grama se domicilia en la mina, todo alrededor se mancha de dramatismos. El minero es un hombre en situación límite, anda entre la vida y la muerte con el amor de por medio. Cuando se derrumban las minas se derrumba el pueblo y se derrumba el canto.

Las desgracias nunca vienen solas. Y se incendia el Café Habanero, donde había levantado el monumento a la minera El Rojo el Alpargatero.

Se quemo el Café Habanero
No lo pueden levantar
Levantadlo caballeros
Solo por oír cantar
Al Rojo el Alpargatero.

El cante encuentra domicilio en el café, es la moda y el tiempo. Café de cante y cante de cafés. Todo en esta calle Mayor sumaba un soneto cantante y sonante. Más de catorce cafés, monumento, vivo retablo en el que destacan esas figuras que muchos de ustedes son casi memoria personal, biografía de familia o de vecinos. Esas mujeres, casi leyenda y fábula, que son Conchita la Peñaranda y Emilia Benito la del apodo maravilloso, La Satisfecha, mujer de rompe y rasga, de aventura y trapío, El Lagarto, El Pacheca, Joaquín Celdrán, Pencho Gómez y los que ha perpetuado el pueblo de la letra.

En la calle de Canales
Cantaba Paco el Herrero
En compañía de Chilares
El rojo el Alpargatero
Y Enrique el de los Vidales.

Pero queridos amigos, esta es vuestra propia historia, este es el álbum de vuestros recuerdos, de vuestra familia, los pliegos de vuestra memoria, la biografía de los elementos. Haceros prender, subir y abajo y vosotros lo sabéis mejor que yo porque lo padecéis y quizá alguna de aquellas casas y balcones que se derrumban os cogiera debajo y os sepultura muchos tesoros y muchos amores. El Cargo, ese americano, había lucido como una bengala fugitiva, un momento tan solo del sureste de España, y luego fue el desierto con su arena descorazonada. Como guitarra sin cuerdas se va quedando La Unión, uno que mata la tierra, otro que se lleva Dios.

Dale, dale Compañero
Al pico marro que suene
Que la piedra está muy dura
Y el molinico no muele.

Pero la piedra se hizo más dura todavía y la mina una patria espín. El molinico se paró y se paró la vida. Es la historia de una decadencia, o, si queréis mejor, la decadencia de una historia. De barro somos y con las palabras cantamos, las palabras quedan, que no es verdad que se las lleva el viento. El

barro tiene alzado una torre en la esperanza y el mismo hombre de barro volvía a reencontrar su pueblo y sus palabras, su mina y su cante. Es la historia de una resurrección o, si queréis, la resurrección de una historia.

Estamos en el presente, gozoso y pleno. Ayer es nunca jamás, que nos dice Antonio Machado. Ha vuelto a abrirse la mina y a florecer el cante y a hermostearse el pueblo. Ha vuelto a echar a andar la noria del trabajo y de los días, y el pueblo que trabaja ha hecho fiesta de ese trabajo y ha hecho llama y replica y convoca esta noche con mi voz a la fiesta del Cante de las Minas, en cuya sala litúrgicamente estamos.

Ya que no cantar una minera yo quisiera cantar al minero, para quien parecen escritos esos versos humanos y bellísimos del gran poeta Miguel Hernández, nacido casi en estas tierras que dicen: "Vienen de los esfuerzos sobrehumanos y van a la canción, y van al verso y van dejando por el aire impreso un olor de herramientas y de manos". Ese olor es el perfume de esta tierra que llega hasta el mar, ese olor es el que condecora la cúpula del fuego con su fragancia honesta y penetrante de galán de noche. El minero hunde su mano en lo más genital de lo terrestre, toca el útero virginal y castísimo de la madre tierra que fecundará en la abundancia por obra del amor y por gracia de Dios. Habitante del vientre de la tierra, huésped del corazón ferruginoso del planeta, el minero siembra pólvora y tierra a manos llenas para alumbrar pasillos y metales, túneles sulfurosos, arenas de la muerte. Había dejado en los estrechos pasillos del trabajo, en las terribles galerías del esfuerzo, en las alcobas donde se esconde el miedo, en la residencia del hierro y de la plata, sus huellas digitales, sus memorias de hombre, sus respiraciones, sus bronquios, su estatura. De cobre es la raza, de plata es el monte y de oro es el cante, piedra preciosa y dura, dentro lleva un tesoro.

Soy piedra que a la terrera
Cualquiera me arroja al verme
Parezco escombros por fuera
Pero si llego a romperme
Soy un metal de primera.

El minero avanza a oscuras, casi a ciegas. Cada vez es más honda su aventura, más lejano el camino, más vecino el peligro, y canta. Un hombre solo está siempre mal acompañado. El minero canta y se acompaña de hijos, de rostros compañeros, de memorias del vino y de amores entrañables. Antonio Machado lo ha dicho hermosamente: "Tengo a mis amigos en mi soledad, cuando estoy con ellos qué lejos están". Tiene cerca y consigo el minero todo su mundo, lo lleva a cuestas, a hombros, le brillan las manos. De piedra en piedra va, como el mar de ola en ola, tocando con ternura las paredes rugosas, acercando con mimo la mano hasta el sencillo y bajo techo, palpando el túnel y la grieta, hundiéndose en su tarea, orientándose en su esperanza y reconociendo

el mundo material de alrededor con la misma sabiduría, paciencia y delicadeza con que reconoce y toca la mejilla de la moza.

El minero canta y vuelve a cantar. Los hijos de Vulcano no bajan a la mina con guitarras sino con barrenos, con picos y marros, con trepidantes ruidos y entonces, el minero entabla una dura competencia sonora para hacerse oír a sí mismo, de Dios y de los suyos. Porque el huertano tiene siempre a la vista a su vecino bancal, el tartanero divisa desde muy lejos la venta confortante y apaciguadora y el pescador distingue con prontitud la barca compañera. Pero el minero no ve a su compañera sino con los ojos de la fe. Lo oye, lo siente, el flamenco. Vosotros sabéis que sentir es oír, sentir el cante es oírlo y algo más, penetrarlo, destapar su esencia, apoderarse de su entresijo. Cantando la pena las penas y la mina se ahondan. Al minero se le hace poroso y transparente el pecho mientras la tierra va descubriendo ante sus manos es esfuerzo de intestino rosa. Canta como quien pelea, como quien lucha, como quien abraza, como quien ama. La voz le disputa al barreno su fuerza y su vibración. La voz es como un grito, como una estrella súbita y repentina, palpitante, como una esmeralda que de pronto llena de luz el bosque de la zoología y lo cubre de estandarte. El minero no padece, siente. Don Miguel de Unamuno ya dice en dos las palabras: “Piensa el sentimiento, siente el pensamiento”.

Entre pecho y espalda el minero rompe a cantar, raja, corta las silabas puntiagudas del dolor y le abre siempre una torre muy alta a la esperanza. El tiene muertes en el cementerio, como el Cabezo Rajao que en su paisaje natural. Él abre también la brecha a semejanza de ese horizonte en el monte escondido, araba la tierra a dentelladas, condecora la estancia con la húmeda corona de su sudor y descubre junto a la galena, entre la alquimia elemental y transparente de la mina, una nueva rica y sustantiva, que es el cante.

Que deje (...), se tira a tumba abierta, es una existencialista sin saberlo, y hace suyo lo que el filosofo padre del existencialista, Martín Heidegger, dice: “El pensamiento se engendra en la boca. La palabra es la morada del sol”. Por eso el cante es también una forma de conocimiento y de saber y el minero canta lo que sabe, es decir, sienta su historia, lo que le pasa. ¿Qué le pasa al minero? Todo y casi nada. La vida, el tiempo, la desgracia y el amor. Presentes sucesiones de liberales sufrimientos, futuras cosechas de potenciales alegrías. Dice Pablo Neruda: “Dios me libre de inventar nada cuando estoy cantando”. Eso hace el minero, no inventa, porque su realidad es más importante y más grave, más sabrosa y fantástica que ninguna fantasía. Hace algo mucho más importante, sienta, y al sentar canta, resucita al mundo que ha dejado en la casa, en la calle, en el pueblo, en el bar, en la confitería, en el hijo, en el vaso y en el beso. Descubre el amor, que le pone en su garganta y abre el techo (...) al abundante río de la pena y al siempre amenazado arroyo de la alegría. Otros cantes o cantares inventan, falsean y producen penas dulces, mercancías averiadas, emociones fingidas. Aquí no se inventa nada pero se cuenta todo. En la vida del minero hay un drama emocionante, visceral y auténtico, que ninguna literatura puede superar. Como ha dicho el descubridor del cante, el sensu

general de las minas, Asensio Colón Cristóbal Sáez, “este es un cante de insistencia”.

Insistir es el oficio del minero, de amor y su batalla está en una cueva poblada de fantasmas, como el mito de la caverna de Platón, sólo conserva sus habitantes, su idea es la bandera de la noche. Pero cuando la tarde huele a carburo y jazmín y se hace a la mar la barca y al viento la alábega, entre los olores delirantes del camino y la fila, el minero regresa a la luz. Viene de un largo viaje fantástico, de tembloroso y jadeante de la tierra. Ha tocado la arruga última, íntima del planeta, el ombligo de esta naranja afligida y redonda que los hombres llamamos Tierra. Ahora pones bien la libertad del aire y la espaciosa familia del pueblo y todo se hace claro y verdadero a la luz del conocimiento.

Por la oscura galería van los mineros cantando, esperando llegar a la luz del día. El minero llega a la luz que era suya. Como Platón, el minero sabe también, aunque nadie se lo haya dicho ni reconocido, que todo conocimiento no es otra cosa que un recordar, redescubre el mar en los ojos de sus fríos y el cielo en el espejo que dejó la abuela. Redescubrir la humedad revivida de los muebles pobres barnizados por el lagrimal de la noche, los colores populares de la tienda y la taberna, los letreros del pueblo y de la vida. Se descubre a sí mismo, se canta, se reconoce en su propia fisiología. Emerge el cuerpo del agua libertadora. Está, está la mano, el brazo poderoso, el coletazo del pecho, el corazón, quizá algo cansado, pero la sangre santificada. El hombre descubre su inmediata y primigenia realidad, se ve ante sí mismo como lo que es, como una criatura de carne y hueso. Carne doliente y sufriente y hueso frágil y dulce. Pero entre medias, como una luz incandescente, se alza la fortaleza del espíritu. Antes el minero cantaba por lo bajini, casi secreta y dolorosamente como avergonzándose de su propia pena; ahora canta por lo alto, el cante es un cante de la vida, tenaz, dinámica, repleta de abrazos y hermosura. Se firma un reto y a veces confunde las cosas en su corazón, y canta en la mina la alegría que ha dejado en su casa y entre los compañeros, al volver la esquina, y canta luego en la esquina del regreso de vuelta a casa, el quemante aire que le abrasa de dolor el pecho.

La minera es un cante que nace del hombre y su realidad. Este es su patrimonio, puro y cotizable, lo que tenéis que defender, su maldad rabiosa, su angustia viva, desnuda, monda y lironda. Es el hombre el que canta, es el hombre el que importa. “El hombre es la medida de todas las cosas”, decían los griegos, que por la senda azul del mar vinieron también a esta tierra, trayendo una lección de humanismo. De Roma se trajo el árbol sujeto a la columna, el afán cobrador. Y el cristianismo, aprende el pueblo a que dos leguas de donde estamos, en la pequeña playa de Santa Lucía, hizo cromante y santiaguesa y recién evangélica Iberia, el recado de Dios, es decir, el sagrado respeto al hombre y a su libertad. La fe, la esperanza y el amor. Canto individual, canto litúrgico y canto popular. Estamos de nuevo ante una triple propuesta: metafísica, intrahistoria, meta cante, o vuelcante, o alzacante, o correcente. Pero ese Dios del cante no es un Dios deísta y cerrado, es un Nosotros, es un intérprete del colectivo, es un árbol frondoso con grandes ramas, es un almendro

cargado de frutos. Por eso se produce la objetivación de lo subjetivo, que constituye la característica esencial de todo el cante jondo; la pena, la alegría, el amor, la esperanza, la desgracia..., no son nombres sino cosas tangibles y visibles que se tocan con los dedos y que se ven con los ojos, como el barro, como el vino, como la cama, como la jarra, se hacen un sitio entre nosotros.

No quiere ser ameno el cante, no está hecha la minera para divertir ni tratar de halagar ningún frágil sentimiento. Es un cante recio, duro, muy duro, como muy duro es el oficio. El minero que baja a lo hondo de la mina se sumerge ahora en el hondón del alma. Prefiere los hallazgos portentosos que la habitan, eso otro lado de la vida que ha descubierto, pared por en medio, casi topando con la muerte a veces en un instante único y furtivo. Entonces, esta es la fuerza del cante, su capacidad de contagio, lo que tiene el mensaje existencial. Por eso es un (...) y es válido para todos los hombres y está cogiendo una electricidad comunicante que toca lo inefable, que no se puede decir ni nombrar. El minero lo resuelve en una palabra dura, en un golpe de voz, en un requiebro, en un ¡ay!, en un añadido espontáneo.

Ya está dicha la palabra. El minero canta porque no tiene otro remedio, y las palabras llegan, dejan señal de la acción corrosiva de la muerte, el minero pasa a la otra también, lenta, amorosa, pero también acción corrosiva del amor. Y de una angustia a otra angustia, de una angustia de muerte a una angustia de vida. Cantar los cantares, es el repertorio del minero. La voz es muy importante y no se aprende; voz desgarrada y ronca con metálicos reflejos. Por eso, casi pidiendo gentilmente perdón, ofreciendo excusas, con un gesto exquisito de homenaje, el minero se explica ante la dama:

No se asuste usted madama
Que el que canta es un minero
Que tiene la voz tomada
Del humo de los barrenos.

Versos de ocho sílabas como nuestro romancero, padre y señor de la poesía española, camino real por el que cabalga a gusto la transitiva belleza del castellano. Versos de ocho alas para el vuelo, sin saberlo, como los molinos que mueven el aire pensativo de la tarde. Si todo hombre es insustituible, todo cante es irrepetible. No se canta dos veces el mismo cante, todo fluye, todo pasa, todo cambia, nadie se baña dos veces en un mismo río, es otra agua. Nadie oye dos veces la misma minera, es otra minera, es otro cante. Todo se estrena: el cielo, el sudor, la luna de leche, de anís y limón, el beso que sabe a gloria revuelto con manganoso en la boca de la mujer. Por eso hay receta y vosotros, obviamente, lo sabéis mejor que yo, mejor que nadie. Por la manera de partir dicen que se conocían entre ellos los primeros cristianos. Por la manera de echar el barro, de echar el cigarro, de echar el cante, se conocen los mineros. Cada cante en cada boca es diferente, el cantaor no repite nunca la misma letra, aunque sea fiel a ella; sino su letra, que es una letra que hicieron otros, que el pueblo ha aprendido en la tradición oral pero que cada noche ofrece una sintaxis nueva y distinta, de acuerdo con la situación, con la circunstancia que la rodea, con la atmósfera que hay en la casa, en la taberna, en la calle, en la plaza, en el camino.

Alarga y acorta el verso en el tiempo, como el torero, cambia la duración del tercio, anda a su modo con el sentimiento, pisando con su pensamiento.

Hay una pausa que se hace (...) a veces, más ancho por la fe y la amargura, otras, una velocidad temeraria, de pasión, de arrebató, un frenetismo alucinante, como el mismo paisaje laberíntico de este pueblo, que desemboca por la calle Mayor de las palabras, poniéndole el pelo de punta a cada sílaba, arrancándole palpitaciones y significaciones a la gramática, encendiendo la sangre a los adjetivos, dejando, a veces irremediabilmente, un respunte de escepticismo en la prolongación, como última vuelta de los adverbios.

Por una montaña espesa
Vuela una paloma triste
En busca del bien que adora
Y no hay mata que no registre
Con que sentimiento llora.

La pena impertinente ronda de noche y de día. El cante de las mismas podría decirse que es, como (...) dice que es la historia de Roma: un vasto proceso de integración. Y de pronto, como un relámpago súbito, se alza esa imprescindible credencial de la obra de arte que la certifica y la garantiza y que llama la sorpresa. Ya le milagro, sorpresa en la letra que nos sobrecoge y no llena de desasosiego. Íbamos al cante, a oír el cante, y volvemos trastornados, como si un vino no sabemos si espeso, si claro, si turbio, si alegre, si triste, se hubiera enamorado en nuestro corazón. La furia de la sílice deja rescoldos quemantes en el polvo que levantan las palabras. Se ha introducido ya en nuestro espíritu algo irrefutable con elemental fuerza, con pasmosa sencillez, con una emoción repentina, con una inspiración que ni el minero sabe bien dónde le viene, ni por qué lado le llega. Se produce el prodigio.

El minero en su negrura
Siempre trabajando abajo
Corta piedra blanda y dura
Y con su mayor trabajo
Va abriendo su sepultura

Por eso el Cante de las Minas no es un espectáculo. Al Cante de las Minas no puede entrar todo el mundo, solo los amadores, los litúrgicos, los devotos, los creyentes, los entendidos, los del corazón limpio y el alma grande, es decir, los hombres que saben distinguir las voces de los ecos; que yo creo que solo le queda una, en el bar Pagan, en la calle, en cada esquina, cuando libre de ningún compromiso, soltadas todas las amarras, el cante surge y resurge, en la pura emoción genuina, pura, espontánea, sincera y fraticida. Momento del cante, momento. A buscarlo os invito amigos. Salgo de este encuentro. Recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte, en La unión tocan a despertar, a velar, a amar. Están tocando a cante las campanas, están replicando a gloria las mineras,

venid a escucharlas que os quieren contar y cantar una historia de amor y muerte. Ofrecerán su rubí más valioso, su turquesa más reluciente. Muchas Gracias.



La Mina con sus carruajes que transportaban al personal

Por primera vez, el Festival del Cante de las Minas, se amplía a cuatro jornadas, y la selección de los cantaores se efectúa a puerta cerrada, se hacen unas pruebas agotadoras, reloj en mano. A la cantaora “La Sallago”, le toca cantar a las tres de la tarde. Se niega. “¿Quién, yo a las tres de la tarde? ¡Quita por Dios, Corazón mío; A las tres de la tarde sólo canta la Radio! >>.

Un alubión de cantaores se desplazan hasta La Unión, su mayoría de todas partes de La Andalucía cantaora, que sólo veintitrés pasan las pruebas clasificatorias, para la primera eliminatoria.

1º.- Alfredo Arrebola Sánchez

2º.- Antonio Ferrer López

- 3º.- Antonio Real Jiménez
- 4º.- Antonio Rodríguez “Morenito de Levante”
- 5º.- Eleuterio Andréu Martínez
- 6º.- Encarnación Fernández
- 7º.- Encarnación Marín “La Sallago”
- 8º.- Felipe Gertrudis Lara
- 9º.- Francisco García Solano “El Cuco”
- 10º.- Fulgencio Cros Aguirre “Pencho Cros”
- 11º.- Gabriela Jiménez Arcos
- 12º.- Josefina Ruiz Calvo
- 13º.- José Nieto Sánchez
- 14º.- José Ortega Barbera
- 15º.- Juan Gambero Martín
- 16º.- Manuel Celestino Cobos “Cobitos”
- 17º.- Manuel Ávila Rodríguez
- 18º.- Miguel Caparros Martínez
- 19º.- Rosendo Fernández
- 20º.- Rogelio Beltrán “El Puebla”
- 21º.- Juan Castro Jiménez

El jurado clasificador está compuesto por siguientes señores.

- 1º.- Esteban Bernal Velasco, “como Presidente”
- 2º.- Eduardo Bonet Molina
- 3º.- Fernando Lastra Sánchez
- 4º.- Francisco Conesa Baños
- 5º.- José Blas Vega
- 6º.- José Orihuela Águila
- 7º.- Vicente Asensio Mochales.
- 8º.- Manuel Adorna y Adorna actuando como Secretario.

Desde su institución, y a lo largo innumerables ediciones precedentes en creciente y mejora perfección, reputadas figuras de la intelectualidad, y de las letras españolas, han abierto el pórtico de nuestro Festival, pronunciando el pregón que antecede y proclaman el comienzo de unas jornadas tan ricas de contenido unionense, tan definidoras y reafirmadoras, de nuestra idiosincrasia, de nueva solera cultural.

Relevantes personalidades, vinculadas a parcelas diversas del pensamiento y de la cultura, nos han otorgado generosa y deferentemente sus saberes y su elocuencia, para pregonar, para llevar ha todos, el vuelo de su palabra, noticia del avinamiento de este gozoso acontecer de cada año en nuestro Festival del Cante de las Minas.

Existe ya una brillante tradición pregonera, un selecto acervo antológico, una excelente producción literaria, una valiosa aportación que integrada en

nuestro Festival del Cante de las Minas, constituye una parte muy significativa de este patrimonio, del que tan justamente nos sentimos orgullosos los unionenses, enriqueciendo, y acrecentando más este patrimonio nuestro, enriqueciéndolo aún más, porque contribuye con la participación de reputadas personalidades, indiscutidas en cuanto al saber, y al sentir de los cantes flamencos, me estoy refiriendo a D. Salvador Jiménez, premio de literatura Luca de Tena, primer pregonero, del Festival del Cante de las Minas, 1968. El Festival se ha hecho universitario sin dejar de ser minero.

El pregón constituye un cálido canto a la mina, al minero, y a toda La Unión... Refiriéndome al cante de la minera, dice: “Como en la siguiirya, su valor supremo hay que encontrarlo en la simplicidad arcaica de su andamiaje, en la cuchilla hiriente de sus coplas y en el poder de convocatoria que en ellas se reflejan...”.

Glosa el pregonero a la copla de La Unión en un bello soneto, terminado con una referencia piropadora a nuestro cante rey. La Minera.

Se abre el cante de la mina,
El de la voz masculina
Que sale del corazón
Que lo escuche la nación
Y lo sepa todo el mundo:
No hay cante más profundo
Es de pólvora y amor
Todo el cante de levante
Todo el cante
Con los nombres
De los hombres
Que le dieron sus gargantas.
Por mineras y tarantas
Por tarantas y mineras
Y alegres Cartageneras
Que cantan los tartaneros,
Arrímate, corazón
Acércate, compañero
Que está cantando La Unión
Con la voz de sus mineros.

1967 HOMENAJE A LA MEMORIA DE JACINTO ALMADEN

Una hijuela se desprende del Festival del Cante de las Minas: en una de las “Jornadas del Cante con Cuchara”, dirigida por D. Manuel Adorna, unas mini sesiones, de cante flamenco convocadas con el exclusivo fin de despertar vocaciones. Así, como siempre comentaba Manuel Adorna el cante se tenía que dosificar en pequeñas dosis, a cucharadas, porque los cantes entran mejor.

Una de las sesiones de los “cantes con cuchara”, se dedican a exaltar la memoria del gran cantaor Jacinto Almadén. Dice el programa de mano: al convocar esta sesión-homenaje, “El Cante con Cuchara” eleva una oración por el que, a la vez de ser un intérprete señero de la copla flamenca, fue un hombre cabal y amigo entrañable de La Unión intervinieron en tan magna sesión los cantaores locales, Eleuterio Andréu Martínez, Alfonso Paredes García, “Niño Alfonso” y Pencho Cros, con el acompañamiento a la Guitarra de Antonio Fernández.

LA CASA, POR LA VENTANA.



Cartel anunciador del XIX Festival del Cante de Las Minas

La Unión agradecida: la prensa escrita se vuelca con el Festival Nacional del Cante de las Minas, y las emisoras de radio también se vuelcan con el IX Festival Nacional del Cante de las Minas del 14 al 17 de agosto de 1969 el Festival se retransmite en directo por Radio Popular de Murcia, en conexión con las emisoras en Alicante y Lorca. Radio Juventud de Cartagena. Espléndida labor la de estas emisoras que conjuntamente con la prensa, a lo largo del Festival lanzan el nombre de La Unión a los cuatro vientos.

Cristóbal Páez segundo Pregonero del IX Festival Nacional del Cante de las Minas, manifestando “¿qué traigo en las manos? El corazón... A esta ciudad hay que venir con este salvoconducto o quedarse en la puerta”. Son las primeras palabras pronunciadas por Cristóbal Páez en su pregón.

Pregón del IX Festival Nacional del Cante de las Minas

Cristóbal Páez.

Señor Alcalde, señoras y caballeros:
Magníficos señores de la Mina.

Aunque muy apresuradamente, pero con profundo calaje de corazón, me van ustedes a permitir un inicial párrafo de gracias. Gracias he de dar al señor Alcalde de La Unión por haberme nombrado pregonero del IX Festival Nacional del Cante de las Minas; a Asensio Sáez por transferirme algunos de sus portentosos secretos unionenses, y a todos ustedes por tomarse la molestia de venir a escuchar a un forastero.

Las palabras de presentación que acaba de pronunciar D. Esteban Bernal en honor mío, dictadas por el afecto, han sido excesivas; un brillante prólogo para un mal libro. Ese mal libro, en rustica, soy yo. No me vuela la frase fácilmente y, por eso mismo, las he de levantar a pedradas, como si fueran pájaros obstinados en un surcar el aire.

Así que cuando recibí la sugerencia de echar el pregón, me achiqué. Pero luego pensé que al dirigirse a mí el señor Alcalde no se proponía resucitar a Castelar, sino proponer el grave y delicado negocio de pregonar este IX Festival a un periodista, quitándole horas de trabajo y asesinando por la espalda a la pereza, se ha puesto a la máquina de escribir, que es donde se gana el pan de sus siete hijos, y en dos sentadas ha cavilado algo para no presentarse aquí con las manos vacías.

¿Que traigo en las manos?: El Corazón. A esta ciudad hay que venir con este salvoconducto o quedarse a la puerta. Uno se llega con este ligero y caliente equipaje para hablaros “corazón mente”, como decía el poeta César Vallejo.

Y aún me duele, os lo confieso, esa parte tan dolorida de mi ser al conjuro de aquellos días lejanos de la primavera de 1932 en que, por vez primera, me asomé a este lugar y recorrí lentamente su larga calle Mayor, silenciosa y como parada en el tiempo. Yo venía de visitar otras porciones de esta geografía entrañable y acogedora, en la que, bajo el sol inmisericorde, se calcinaba una de las más desamparadas agriculturas de España. Acabada de ver casas, paisajes y camposantos llenos de resonancias familiares. Porque toda la tierra en torno a

esta ciudad- La Palma, el Rincón de San Ginés, el Cabo de Palos...- es el odre donde se ha hecho vieja, y creo que generosa, la sangre de mi sangre.

En muchos lugares de ella, bajo la alargada sombra del ciprés, los huesos de mis abuelos han ofrecido su humilde ración de cal para que se nutran las yerbas silvestres y puedan pastar los oscuros rebaños de la pena en estos cementerios que son como hermanos gemelos de aquellos otros de Castilla que Don Miguel de Unamuno, con certero impacto llamó “corral de muertos”.

Pues bien el muchacho de entonces, el que paseó morosamente por la calle Mayor de principios de los años treinta, ha tardado mucho tiempo en quitarse del alma el plomo de aquella congoja, porque en medio de toda aquella vacilante pompa arquitectónica que flaqueaba la arteria más agresiva y desolada de la provincia de Murcia, alguien, con mano leve e invisible, venía a ponerle en los labios el caramelo amargo de unos versos recién aprendidos.

Estos que ves, Fabio, ¡oh dolor
Campos de soledad, mustio collado...

Perdonadme este desahogo, pero así me siento más ligero para deciros algo que, bañado por esta colada ardiente, no se desmorone en la futilidad. Más no sé todavía si podré hacer una gavilla con los recuerdos y almacenarla, ya que no en el granero, al menos en el pajar donde se han de olvidar las cosas de las que no es necesario hacer memoria.

Yo he venido aquí a intentar ser pregonero de un cante que, según dice la copla, sabe a manganeso. Y aquí estoy a la vera de estas sierras huecas de tanto parir mineral, y que, desde los fenicios hasta nuestros días, han aparecido el mensaje de su ley por muchos rincones del globo.

Por eso será bueno que La Unión, por su orgullo histórico y su grandeza de ánimo presente, se levante en vilo como un pájaro de altanería, y a unos con su mismo leguaje y a todos con amor, les sobrevuele y les haga oír su voz en la voz de los mineros. Yo me he tomado la molestia de transcribir de un diccionario geográfico los homónimos de La Unión, para ofrecerlos y pedirlos que les hagáis la ofrenda de la canción y el saludo, para que todos ellos tengan noticia de que en un lugar ribereño del viejo mar de la cultura hay unas gargantas que dicen lo que no está en los libros.

Señor alcalde:

Aunque mi voz no legase más allá de vuestros oídos, me vais a permitir que os proponga la disparatada idea de que en este mensaje de amistad a que me estoy refiriendo se escurra hasta el mar por las galerías de las minas que, como ríos secos de misterio, desembocan en él; y que desde la cota del Cabezo Agudo sea expedido, por turbo-Ángeles guardianes de los mineros, a las cinco partes del mundo. Que hasta que usted, Señor Alcalde, no les haga merced de enviarles grabaciones de este Festival, los pueblos anónimos de La Unión reciban este símbolo imposible de ser escuchado ahora, nuncio del alma unionense, que algún día les podrá ser ofrecido con garganta y guitarra. Así pus, vamos a despachar correos para La Unión del Perú, La Unión de Chile, La Unión del

Salvador, La Unión Filipinas, y La Unión de Campos, en Valladolid; para las Islas de La Unión, en la Polinesia, y La Unión de Republicas Socialistas Soviéticas, y La Unión Francesa, y La Unión Jack o Reino Unido de Gran Bretaña y la Irlanda del Norte, y la Unión India, y La Unión Sudafricana, y la Unióntown o Ciudad de La Unión, capital del Condado norteamericano de Fayette, y la Unión de Estados Americanos o Estados Unidos de América.

Nadie me conducirá al pasado para engolfarme en la pura delectación nostálgica. Para decir lo que fueron esta ciudad y esta minería cuando la rosa del destino – que es una rosa de los vientos – estalló en un arco iris donde todos los sentimientos y símbolos, desde el amarillo, del oro rojo de la sangre, pasando por el verde de la esperanza y el cárdeno de la tragedia, estaban fuertemente representados. Además, ¿Qué iba a decir un forastero como yo, tan débilmente inclinado a frecuentar los archivos y las crónicas? ¿Qué tiene nadie que decir de La Unión después de lo que ya han dicho un Cegarra o un Asensio Sáez?

Tampoco apresuremos los trámites para que la vida unionense quede aprisionada en las páginas de la Historia. No tengamos prisa; no corramos; que la Historia puede esperar, e incluso desesperarse. Vamos, amigos, a dejar que esta ciudad fluctúe en la nebulosa del mito y de la leyenda y que los historiadores no nos vengan con cuentos; que los estudiosos no esgriman ese cuchillo afilado que, según ellos, sirve para cortar la vida en rebanadas y ofrecerlas al futuro en bandeja de papel impreso. Yo me quedo con el mito y la leyenda de La Unión; yo me conformo con la tradición oral que, en prosa y en coplas, ha pasado de unos labios a otros labios, de una generación a otra generación. Porque además de la Historia se le puede vaciar de su pulpa legendaria, habríamos socavado sus cimientos. Y todo su inmenso edificio se vendría abajo y sus millares de muertos gloriosos dejarían de ser el prodigioso tirón que sienten los hombres vivos y presentes hacia la ejemplaridad, para no ser más que un deleznable puñado de materia orgánica.

Vamos a dejar que La Unión, esta noche y todas las restantes noches, salga, como un grito que es, por los galillos de los mineros que cantan. No la aliñemos con trapos caros y fantasiosos, no le cubramos la cara de afeites, ni la vitamos con indumentos de guardarropía para que la vean los turistas boquiabiertos. Estos trucos y arreglos se quedan para lo mercaderes de su honra y para la beatífica ensoñación de astutos venteros que bautizan el vino y dan gato por liebre.

Si “España es diferente”, también La Unión es diferente, porque a la hora de hacerse notar, ha eludido la tentación de montar una farsa indigna en el solar de aquella sala Mery que aun perfuma las noches del cante minero como un humilde ramillete de albahaca. En aquel solar – millares de oídos dan fe – se ha construido con materiales sencillos, casi pobres de solemnidad, la capilla Sixtina del cante jondo, el templo más autentico y popular que jamás se había dedicado a la sacra trinidad de la Minera, La Taranta y La Cartagenera.

Este ha sido muy torpemente contado el prodigioso esfuerzo de La Unión, a contrapelo de lo que se lleva ahora por esos mundos de Dios; cuando la mayor industria del universo no es la del acero o la de los motores o la de los

cosméticos, como para gustos de las mujeres y desesperación de los hombres, parece que es, sino la de la falsificación, la simulación y las verdades a medias que son las negras mentiras.

La Unión no se ha envilecido; La Unión no ha hecho más que extraer del fondo del olvido, del último rincón del arca la gloria de un cante que iba camino de consumirse en la indiferencia. Esta portentosa epifanía cumple ahora nueve años y ha abierto una autopista hacia el futuro. Mientras otros se inclinan por la ganancia de cada día y borran y dinamitan, en plena patología de la perversión, los signos más diferenciales de nuestra personalidad nacional o local y lo llenan todo de falso tipismo,, de estridentes cajas de música, de horribles rascacielos, vosotros, los unionenses, se os ocurre la sublime locura de lazaros casi a pecho des cubierto a una de las empresas culturales de más fuste que se recuerda en los últimos tiempos. Ya sabéis que la cultura es una actitud superior ante la vida; una forma de ser, un estilo que no dan radicalmente, por sí solas, las letras y las ciencias. Cultura es hacer que perviva la que canta el pueblo, por que en la sencilla y espontanea letra de sus cantares se contiene la síntesis más lúcida e inteligente de cómo nace, ríe y llora, como ama y muere.

Esta ha sido vuestra obra; la obra de un puñado de hombres escogidos; la obra de todo un pueblo; la obra de La Unión. Habéis hecho como Diógenes: tomar un candil y buscar, no hombres, que ya estaban a la luz del día, porque sin “pura sangre” de la varonía no puede haber ni mineros ni cante de las minas, sin los eslabones perdidos de aquella cadena de voz, sentimiento y estilo que empieza con un anillo de oro en la garganta de Pencho Cros.

Se quemó el café Habanero.
No lo pueden levantar.
¡Levantadlo, caballeros.
Sólo por oír cantar
Al Rojo el Alpargatero.

¿Por qué canta La Unión? Algunas veces a lo largo de los últimos años, exactamente a partir desde el instante en que asistí por primera vez a esta gran fiesta festivalera, me he plateado aquella pregunta.

¿Por qué canta La Unión? ¿Por qué su copla se desangra precisamente en la brava minera, en la recia taranta y en la agresiva cartagenera?

Quizá podamos hacer una breve reflexión proyectando un cuchillo de luz sobre el misterio con la linterna filosófica del maestro José Ortega, quien nos dice, en una síntesis repetida que todos conocéis, que el hombre es él y sus circunstancias. Para el hombre de La Unión, protagonista de esta hermosa historia, existen dos circunstancias capitalmente sustantivas. Una es el paisaje; otra su trabajo, su actividad laboral más definitoria.

El paisaje nos determina, nos hace su prisionero. El paisaje se trasfiere a nuestra sangre, se adentra por la medula de nuestros huesos, por todo el canal de nuestro esqueleto.

¿Cómo es el paisaje de La Unión? Por de pronto es la resultante de dos factores climáticos: una abrupta orografía, abajo y, sirviéndole de bóveda, un cielo inclemente. El agua de un año casi se puede medir en cantimploras.

No me gusta recurrir a la hipérbole, sino en casos de extrema necesidad, pero La Unión la tierra calcinada y el azul candente, a un pelo de la ignición, atestiguan que estamos moviéndonos sobre un cuerpo telúrico deshidratado.

Ya veis lo que son las cosas. Aquí, a dos pasos, en la playa de Santa Lucía, tan cantada en las coplas de la ardiente minería, dice la leyenda - ¡oh piadosa y bendita leyenda, cimiento irremplazable de la Historia! - que desembarcó el señor Santiago, el Hijo del Trueno, para tomar posesión de toda la Iberia en nombre de la fe de Cristo. Arriba, en el cielo, podemos contemplar esta noche y casi todas las noches del año, trazado de galaxias que se ordeñan y sueltan una suave y brillante leche en polvo astral, el camino de Santiago, el sendero celestial que cubre como en doncel fantástico la ruta de los peregrinos jacobeos: bordón, estameña y conchas marinas de vieira.

O sea que aquí nació Santiago a España y allá en el extremo del cabo de Finisterre, casi besando la torre Hércules, fue enterrado. Aquí abrió a España y allá la cerró. Aquí en La Unión, puede situarse el antípoda de Compostela, de una Compostela regada generosamente por las nubes frente a un La Unión que solo recibe o unas pocas lágrimas o una llantina torrencial que hace temblar el misterio del Señor Santiago y Matamoros. Allí, la largueza pluviométrica y aquí la miseria: haz y envés, cara y cruz de una misma moneda jacobea: designio inescrutable de la voluntad de Dios Todopoderoso. Allí la verdura a placer, la corteza vegetal de terciopelo esmeralda; aquí el paisaje en cueros, la tierra en su propia desnudez, implorando con la adusta mano extendida de la pitera y la pala erizada el favor de la lluvia.

Esta es la tierra nuestra; tierra empedernida de valores externos y absolutos que, a veces, estalla de indignación en pardos oasis donde se incendia el pimiento y se columpian en las ramas los oros viejos de las frutas.

Esta es la tierra, digo, y ¿cómo son los hombres, cómo la materia prima?, pues al fin y al cabo el cantar de la Unión es el resultado de una operación de alfarería popular en la que la arcilla se ha amasado con sudor y sangre, con penas y son alegrías. ¿Qué era La Unión cuando el génesis de la copla minera? Se ha dicho, con exactitud que era una California, que un Dorado, que un “Far-West”. Yo prefiero separar la carga poética que todas estas connotaciones comportan y quedarme con el hueso mundo y lirondo de la estricta sociología. La Unión, a este tenor, fue encrucijada donde se dieron cita millares de pechos en los que zumbaba, con un zumbido bronco, la abeja Reina de la aventura.

Aquí subieron gentes del otro lado de la marca del viejo Reino de Murcia. Vinieron como se va a la guerra y al botín, y aunque en aquella sazón no habían aun sido escritas estas palabras del Marqués de Bradomín, ellos no hubieran tenido inconveniente en suscribirlas. Son estas las palabras del ya manco Marques “feo, católico y sentimental”: ¡Soberbio Duque de Alba! ¡Glorioso Duque de Sosa, de Terranova y Santángelo! ¡Magnífico Hernán Cortes!: Yo

hubiera sido alférez de vuestras banderas en vuestro siglo. Yo siento también, que el horror es bello, y amo la purpura gloriosa de la sangre...

Digo que se llegaron hasta aquí estas mesnadas de legionarios, decididos a combatir en la trinchera de la mina. Traían sueños de ambición y gloria; jugaban a la lotería de la plata; manejaban la artillería personal del barreno y el arma inciso punzante del pico, y de la herramienta contundente del martillo. Estos hombres, más los que había parido La Unión, establecieron su campamento en la sierra y al pie de los cabezos; fundaron, en resumen, la ciudad campamental más grande de todo el sureste de España y más poblada que muchas capitales de Castilla; realizaron la sublime hazaña de reproducir aquí, sobre media docena de cerros desolados, el milagro argentífero de un potosí o un Perú.

En La Unión fue erigido un perenne monumento al genio de la raza hispánica; fue plantada la luminaria inconsútil de una raza cósmica que, siglos antes, con tres carabelas que caben en un vaso de “Whisky”, habían completado la obra de Dios descubriendo un fabulosa porción del mundo que pertenecía oculto a Dios mismo porque en ese mundo no había lugar para la fe de Cristo.

El hombre como antes recordábamos, es él y sus circunstancias. Vamos en busca de la veta del cante unionense, con pico y lámpara de acetileno. Ya están aquí, someramente expresadas, dos circunstancias básicas: la tierra y el ser humano que vivaquea en ella con talante de soldado. Ahora no le queda a este hombre sino luchar a brazo partido con esa tierra donde ha clavado los pies.

¿Qué ha de hacer el hombre? Horadar el suelo, descender a los infiernos interiores donde la roca cela con instinto de patera herida el tesoro de un parto mineral. Allí, abajo la oscuridad y la acechanza, está contenido el gran desafío: cinco letras mágicas que son cinco puntas de lanza en las que hay expuesto un reto: plata.

¿Has bajado ya, minero? Aún no lo cantas, pero ya está a punto de asomarse la copla a tus labios:

Corta piedra blanda y dura;
Siempre de la muerte en pos
Trabaja en su sepultura.

La existencia del minero es un juego abracadabrante hecho de muerte y resurrección. El trabajo y el riesgo conforman al hombre, le proporcionan unas dimensiones peculiares. En la minería y allí donde la muerte está omnipresente, el hombre se da así mismo, aunque parezca una paradoja, la cuarta dimensión inalcanzable: la libertad.

Es la libertad del minero para elegir voluntariamente la muerte. Sabe que tarde o temprano puede encontrarla a la vuelta de una esquina del pozo. Sabe que está allí, como una amante de postín, aguardándole, provocándole, haciéndole guiños y cucamonas, engatusándole, haciéndose la distraída, la gazmoña, la estrecha, la coqueta... Es como una historia romántica, como un cuento de burdel de color de rosa. Allí está el minero preñándola de placer y haciéndole parir la plata, pegándole con el pico y el barreno, “Chinándole” la cara y, en medio de esta sinfonía de agravios, disculpándose con galanura, casi

con galantería: “Te pego porque te quiero”. Es una inexplicable infidelidad, un insólito adulterio de minero casado con su querida la muerte.

Parece como si le cantara aquello de...

Le voy a poner banderas
A la murallita, madre,
El día que tú me quieras...

El es libre, radicalmente libre, pues podía haberse quedado arriba, con los comerciantes y los pastores, con los labrantines y los artesanos, con los jornaleros e intelectuales y, sin embargo, ha preferido bajar, pues le tira la vida que es el único camino derecho que conduce a la muerte, porque para morir es de cajón que, primero, hay que vivir.

¡Su libertad! ¡Nada más y nada menos que su libertad! ¿Dónde está la libertad? La libertad sólo puede realizarse cuando el alma se separa del plomo de la carne. Es como un proceso de desplantación que se consuma a la hora del tránsito temido. El alma vuela como un pájaro vigoroso e infatigable y la tierra se esponja con el regalo de la carroña. Si la muerte es la libertad o la liberación, el minero. Que tiene apalabrada una cita con ella, madura una verdad teológica, o, cuando menos, ausculta premonitoriamente la verdad Príncipe entre todas las verdades que se nos ofrecen en el libro abierto de la vida. El minero, al socaire de una tradición muy española, se hace teólogo y aplica la teología sobre su carne viva.

He aquí el hombre libre; el hombre liberado, dueño y señor de sus actos; monarca absoluto de sus acciones; rey omnímodo, señor feudal de sí mismo; esclavo de su palabra; dueño “urbi et orbi” de su destino. El es Papa de su religión de holocaustos; sacerdote oferente de su sacrificio; sacristán de su incensario; monago de trémulos latines que entonan su propio gori - gori. Es el minero rey y trovador. No necesita versos prestados, ni poetas prestados, ni rimas de alquiler.

Su canción nace allá abajo donde los demás no llegan, donde no se cuelan los intrusos, donde no hay ribazos para sentarse cómodamente a oírle cantar mientras tira de pico o hace explosionar el barreno. No quiere zánganos ni convidados. La inspiración, como la silicosis, como el “liso”, solo se da allá abajo. De pronto, se la siente circular intravenosamente como una alcohol que se esparce suavemente por la sangre y se encarama a la sesera y baja hacia la garganta y allí se hace borbotón u ola y hay que expulsarlo antes de que se ahogue, de que se asfixie.

La copla de la mina nace como un niño desvalido en el pesebre de la galería, y en aquel estuche de piedra se reboza con polvo y al impostarte en los labios se hace como el barro de la más humana alfarería. En torno de la boca se va modelando la pieza, que se guarda, una vez cocida con pasión, en la alacena del alma.

El cante nace abajo y se desarrolla arriba. Es como un surtidor que brota del pecho del minero, puro, incontaminado, cristalino. Se descorcha con

estrepito, como un botella de champán. No existe droga más alucinante para matar a ese tiempo que nos mata en comunión de amigos alrededor de unas copas. Si lo oímos en la noche a lo lejos, se nos figura como un rumor entre lirico y social y religioso de una fuerza que barre como un tornado y un sentimiento que nos mete cuchillo en el alma sin herir la carne.

Nuestra Carmen Conde ha dicho: “El canto jondo de amor-dolor-muerte es existencial. Su modalidad levantina es social; canto del trabajo... cerquísima del Mar Menor, de Cabo de Palos, al costado de una sierra que sabe latín, el canto tremendo de La Unión se alzaría como una hoguera abrasando el corazón de oficiantes y de adeptos.

Y José María Pemán ha escrito: “...”Oeste” ha dejado su sello y su ritmo en sus tierras murcianas de La Unión... Esta es la tierra del Oeste y estos son aquellos hombres duros, camorristas y dulces que representó tantas veces Gary Cooper; minas psicológicas que tenían bajo los gestos de un “Mantón” los buenos metales de la lealtad y del amor”.

Sí; La Unión era, como tantas veces se ha dicho, nuestro “Oeste”, un “Oeste” hecho de prisa, de aluvión, con materiales humanos de una gran heterogeneidad. Pero aquí, en su crisol se fundieron todos esos metales vivos con la alta temperatura del riesgo y de la copla.

Era La Unión, nuestra Unión, tan “Oeste” que como no podía menos que suceder, en aquella abigarrada y tempestuosa fundación, tuvo sus héroes y sus proscritos, sus caballeros y sus abigeos. Pero...

No se asuste usted, madama,
Que el que canta es un minero
Que tiene la voz tomada
Del humo de los barrenos.

Era un aviso galante dirigido a alguna que otra melindrosa damisela que, al sentir el desgarró de una copla, quizá pasara en el coyote del fabuloso oeste había roto a cantar con un aullido áspero y dulce al cincuenta por ciento, con unas inflexiones vocales que, primero, liberaban el instinto, y luego lo domeñaban y lo conducían como un cordero hacia el aprisco de la más poderosa emoción humana.

¡Ay, fabulosa La Unión de los tiempos heroicos de la conquista con tu serranía fecunda en plomo argentífero, y tus cabezos hinchaos como los pechos de madre lactante, y tus cotidianas procesiones de candiles encendidos antes de romper el alba, y tus melopeas y tus partidas de cartas, y tus lutos y tus alegrías!

Aquello fue como una gran película en technicolor y cinemascopio, producida y dirigida por un portentoso genio del celuloide. Fue en un tiempo, porque, como sentencia el “Eclesiastés”, hay un tiempo para cada cosa. Más no por eso nos vamos a despeñar por el cortado de las nostalgias, ni a conceder que el título de aquella cinta prodigiosa fue “Lo que el viento se llevó”.

El viento no se ha llevado nada sustancial. Los hombres permanecen, la tradición se mantiene en pie como una torre vigía, la ilusión se estira como un galgo que va a cobrar, en una alucinante carrera, la pieza del porvenir.

Este acto de testimonio de ello. Sucede que estamos en el aula cultural “Andrés Cegarra”, para dar fe de que se está cumpliendo el mandato de este insigne unionense de despertar de la modorra, de reanudar la marcha progresiva, de abrir calles y fundar jardines, de crecer y crecer siempre...

Señores míos:

Estamos casi pisando el umbral del IX Festival Nacional del Cante de las Minas y al borde mismo de asistir a la inauguración de una exposición de pintura cuyo tema único es la minería.

Ello indica que La Unión no se anda por las ramas, sino que se ocupa y preocupa de nutrir el tronco de su tradición, inyectándole savia cultural. Es esta empresa de muchas campanillas. Tuvo razón nuestro querido y admirado Salvador Jiménez al decirnos el año pasado por estas mismas fechas que el Festival se ha hecho universitario, sin pasar por la Universidad, sin renunciar por ello a su génesis minera que es su vocación y su estilo hondo e infalsificable.

Habéis sabido conjugar en una teoría perfectamente armonizada lo popular y lo intelectual. Fijaos bien en todo lo que hay en España de hermoso, perdurable y autentico lo ha hecho el pueblo. Este pueblo que sabe movilizarse a las duras y a las maduras, que es capaz de improvisar e inventar la formula y el remedio de cada hora histórica. Cuando propios o extraños quieren catar la música española no le queda casi otro remedio que pegar el oído al cancionero anónimo que el genio popular ha elaborado en una larga decantación de siglos; y si de comer se trata, hay que lanzarse a las ventas y a los figones, a las tascas y a los hornos de asar en donde se conserva la receta casera de los platos que se alumbraron entre rezos y pucheros en modestos hogares de leña; y si es al protagonista de la historia a quien buscamos, ahí está, concatenados por una mano popular, los episodios que configuran el nacimiento de la primera nacionalidad del mundo – la española- a través de la sustitución del poderío feudal por el poder municipal.

Pues bien; en La Unión se ha sabido detectar y captar ese latido del pueblo que levanta la voz y nos somete al silencio de la escucha emocionada. Mineras Tarantas y Cartageneras van a voltear en el aire los metales fundidos de la entraña infalsificable del cantar de minería, que es como cantar de gesta, contemporáneo y laboral. Un cantar de amor y dolor; un cante personal y limpio de rencores; hispanoamericanas: “Repente, locura, vena...”

La Radio y la Televisión se encargan de poner este mensaje unionense más allá del ámbito local de la Terraza Mery. La canción más energética y conmovedora de todo el levante español se difunde por las cuatro esquinas de España. El pueblo se enseñoorea una vez más de la atención nacional; se hace heraldo de su genio y de su ángel, trovador de su existencia, coplero de su vida, poeta y músico de sus trabajos y sus días.

Estamos tocando el fondo de este pregón, tan balbuceante y encogido, tan gris en su expresión, tan medroso, tan inseguro de haber dado en la diana de lo que es y se merece esta fiesta grande de la andante minería: Tabla Redonda de caballeros que desembrujan los profundos arcanos de la tierra pico en ristre.

Gracias, amigos, por vuestra compañía; que Dios os pague vuestra atención. Sólo me resta deciros que el cante de La Unión es el cante de la esperanza, de la resurrección y la fe. Hoy precisamente hoy, revive aquí los sueños y los recuerdos; y del viejo laurel unionense cortamos ramas frescas y olorosas.

El tiempo presente se va a unir con el tiempo pasado. La vida va a girar sobre sí misma. Id y contar a todo el mundo que van a reunirse con nosotros el **Rojo El Alpargatero Emilia Benito, Concha La Peñaranda, Chilares, Piñana, Eleuterio Andreu, Paco el Herrero, Antonio Grau, Manolo Caracol, José Tejada “Pepe Marchena” Carmen Conde Asensio Sáez y Pencho Cros** que van a volver a la vida; que no están definitivamente muertos, sino descansando en una mina fresca y silenciosa, en un paraíso gobernado por **El Cristo de Los Mineros y Nuestra Señora del Rosario** donde solo pueden entrar los que murieron por la gracia del cante, confesando a la sacra Trinidad de **La Minera, La Taranta y La Cartagenera.**

Muchas Gracias

La Unión, 14.08.1969

El público abarrota los jardines Mery en todas las jornadas del Cante de las Minas. Dieciocho cantaores seleccionados y sólo doce pasan a la finalísima. Cantaores seleccionados.

Alfonso Paredes “Niño Alfonso”

Alfredo Arrebola Sánchez

Antonio Ferrer López

Antonio Rodríguez “Morenito”

Cristóbal Guerrero Escalona “Barquerito”

Félix Martínez Sánchez

Francisco Díaz “Curro Utrera”

Francisco Salgueiro

José Nieto Sánchez “Nieto de Orellana”

José Vera Fernández

Juan Gambero Martín

Manuel Ávila Rodríguez

Manuel Infantes Martínez

Manuel Montilla Moya

Miguel Caparros Martínez

Miguel Carbonell Aracena

Miguel Mesa Ávila

Rosendo Fernández y Fernández.

Al final de la velada, llega en manos del presentador José Luís Uribarri, con el acta del jurado que está compuesto por los siguientes señores. Esteban Bernal Velasco como presidente

Eduardo Bonet Molina
Fernando Lastra Sánchez
Francisco Conesa Baños
José Lucas Navajas
José Orihuela Águila
Vicente Asensio Mochales
Manuel Adorna actuando como Secretario del jurado.

Y lanza a los cuatro vientos como primer premio de mineras al cantaor de Orihuela Antonio Ferrer López y trofeo “Lámpara Minera”. Los aficionados certifican que en su garganta vuelve a levantarse la memoria de las viejas y poderosas voces mineras, aquellas que no necesitaban del micro para hacerse oír. Primer premio de tarantas, a Juan Gambero Martín; primer premio de cantes de levante, a Alfredo Arrebola. Segundos premios, a Morenito de levante, Miguel Caparros, y Cristóbal Guerrero. Premios especiales de cante grande andaluz a Manuel Ávila, y Manuel Infantes. Premios locales a Rosendo Fernández y Félix Martínez.

Como siempre a la salida del Festival, se forman los corros en la calle, bares y terrazas, al son de buenos “pepitos” y el buen “reglamento” regados de buenos caldos, y surge el nacimiento de un pan humeante cuando su migazón recibe el chorro, casi de oro líquido, del aceite virgen de oliva, en estas horas bien metidas en la madrugada, es cuando las gentes empiezan a reclamar una gastronomía de urgencia.

Manuel Adorna y Adorna (1916 – 1976).

Manuel Adorna. Nació en Castilleja de La Cuesta (Sevilla), el día 3 de noviembre de 1916, hijo del matrimonio formado por Manuel Adorna y Rocío Adorna. Por su naturaleza andaluza, le gustaba el cante flamenco del que era gran entendido, al llegar a esta sierra minera de Cartagena La Unión, se interesó mucho por este arte, ya que de carrera le viene al Galgo.

En la Ciudad de La Unión, se casa con Catalina Bueno Guillén, “Catina”, y consigue un puesto de trabajo en las oficinas de la empresa minera “Peñarroya España” S.M.M.P.E. y se establece para siempre en esta Ciudad minera, entró inmediatamente en contacto con los cantaores aficionados, y con los guitarristas locales con los que formó tertulias y peñas flamencas.

Después en reuniones con los cantaores Antonio Piñana, Eleuterio Andréu Martínez, Pencho Cros, Alfonso Paredes “Niño Alfonso” Joaquín “El Gitano” su hijo el guitarrista Mariano Garrido y Antonio Fernández, Asensio Sáez García, Pedro Pedreño Pagan, que por aquel entonces eran Concejales del Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad de La Unión.

De estas reuniones, nació la genial idea de la creación de un Festival en el que se dieran cita los grandes del flamenco puro, y sobre todo, el impulsar los

cantes mineros de esta tierra, para crear un clima propicio para la enseñanza de nuevos “cantaos”; De ahí nació, gracias al interés del entonces Alcalde de nuestra ciudad, D. Esteban Bernal Velasco, así nació el I Festival del Cante de las Minas el día 13 de octubre de 1961, dentro de sus fiestas patronales en honor de la Santísima. Virgen del Rosario.

Dentro del Festival, Manuel Adorna, fue una persona clave en su organización desde su puesto de secretario del certamen. Junto con sus amigos proyectaron la I Misa Minera, que obtuvo un gran éxito en la afición flamenca a nivel Nacional y muy especialmente en la afición andaluza. Manuel Adorna, en pro del flamenco obtuvo su pronta recompensa al ser premiado en 1.967, con el premio Nacional de flamenco por La Cátedra de Flamencología y estudios Flamencos de Jerez de La Frontera (Cádiz) este premio le fue otorgado por la difusión del cante flamenco y por sus innovadores métodos de enseñanza, como lo fue el llamado “Cante con Cuchara”.

Manuel Adorna fue gran aficionado y muy querido en esta ciudad la muerte le sorprendió a muy temprana edad y no tuvo tiempo de saborear las mieles de nuestro Festival con categoría de Internacional, dentro de muy poco se celebrarán las bodas de Oro de este gran certamen que él ayudó en su puesta en marcha. D. Manuel Adorna murió en La Unión en 1976, y desde estas líneas se le tributa un merecido homenaje por su interés en las cosas de nuestra sierra minera, y de la suya por adopción.



Molino Triturador de Mineral en El Cabezó Rajao La Unión



Mina Abandonada en la sierra minera de La Unión



Cartel anunciador del X Festival Nacional del Cante de Las Minas

El X Festival Nacional del Cante de las Minas cumple ya su decimo cumple años convirtiéndose en adulto, soplan para el Festival los mejores vientos de bonanza.

Los jardines de la Terraza de verano del Cine **Mery** ofrecen en su escenario una colección de pinturas al estilo de los viejos Cafés Cantantes unionenses. Diseñados por los pintores locales, **Paco Conesa, Asensio Sáez García, Pedro Ginés Celdrán, Fulgencio Cegarra, y Hernández Cop**, una decoración de los años 1900 entre racimos de tulipas y guirnaldas con motivos alusivos al venturoso acontecimiento, en suma por el amor a la tierra, y a sus valores más entrañables, en verdad un monumento al minero, un hombre que un día, a fuerza de dolor y ternura_ inventara uno de los cantes más dramáticos de nuestro folklore Nacional. El minero de La Unión llamó al mundo con la copla Minera.

A la sombra del Festival se abren nuevos aires para la cultura; pintura, teatro, danza... Crecen sobre todo aquellas vocaciones teatrales del “Grupo Iluro”_ primitivo nombre de La Unión- bajo la dirección de Pedro Ginés Celdrán monta para la ocasión la obra de Federico García Lorca “Bodas de Sangre” con los actores **Tonia Albaladejo y Damián Ximénez**.

Dos grandes acontecimientos a favor del signo unionense. El Festival obtiene el “Laurel de Murcia” y además se celebra por primera vez la llamada “Misa Minera”, que se inicia con una saeta inolvidable, con letra de nuestra escritora unionense **María Cegarra Salcedo**. El hombre de la mina ha encontrado a Dios entre los tercios de una copla.

Dejadme que coja al Cristo
Con mis brazos de minero:
Que cuando nos hemos visto,
Me ha llamado compañero.

Personalidades de la cultura se acercan hasta La Unión para vivir en directo este magno Festival entre otros **Paco Rabal**, gran actor y gran aficionado a nuestros cantes mineros.

Treinta son los cantaores que se han presentado en esta X edición que son los inscritos:

- 1º- Alfonso Paredes García “Niño Alfonso”
- 2º- Alfredo Arrebola Sánchez
- 3º- Antonio Ferrer López
- 4º- Antonio Pérez Jiménez
- 5º- Antonio Real Jiménez
- 6º- Antonio Rodríguez “Morenito de Levante”
- 7º- Cristóbal Guerrero Escalona

- 8º- Eleuterio Andreu Cano
- 9º- Encarnación Marín “La Sallago”
- 10º- Félix Martínez Sánchez
- 11º- Francisco Jiménez Arcos
- 12º- Francisco Solano García “El Cuco”
- 13º- Francisco Vega López
- 14º- Gabriela Jiménez Arcos
- 15º- Ginés Candela Pomares
- 16º- José Nieto Sánchez
- 17º- José ortega Barbera
- 18º- José Vera Fernández
- 19º- Josefina Ruiz Calvo “Rocío La Campera”
- 20º- Juan Gambero Martín
- 21º- Juan Gambero Trinidad
- 22º- Juan Gómez Belmonte
- 23º- Juan Martínez Pastor
- 24º- Manuel Ávila Rodríguez
- 25º- Manuel Cabrera Villatora
- 26º- Manuel Celestino Cobos
- 27º- Manuel Infantes Martínez
- 28º- María del Carmen Gallardo
- 29º- Miguel Caparros Martínez
- 30º- Sebastián Contreras Reyes

Solo doce cantaores quedan para la semifinal, de los cuales solo nueve quedan en la final con opción a premio, que son los siguientes.

- 1º Antonio Rodríguez “**Morenito de Levante**”
- 2º Antonio Ferrer López “**El Camionero**”
- 3º Antonio Pérez Jiménez
- 4º Cristóbal Guerrero Escalona “**Barquerito de Fuengirola**”
- 5º Juan Gambero Martín
- 6º Manuel Cabrera Villatora
- 7º Manuel Celestino Cobos “**Cobitos**”
- 8º María del Carmen García Gallardo
- 9º Miguel caparros Martínez.

Todos ellos acompañados de los excelentes guitarristas Antonio Piñana Hijo, Antonio Fernández y José María Fernández.

En los intermedios del concurso ha bailado el cuadro flamenco de **Gloria Vargas** y la bella tonadillera **Paquita Rico**, más guapa que nunca vestida de blanco. Metidos ya en la madrugada los presentadores José Luís Uribarri y Pilar Cañadas, se disponen a dar lectura al acta del jurado calificador que está compuesto por siguientes Sr.

- 1º.- Esteban Bernal Velasco, como Presidente
- 2º.- Eduardo Bonet Molina
- 3º.- Fernando Lastra Sánchez

- 4º.- Francisco Conesa Baños
- 5º.- José Blas Vega
- 6º.- José Orihuela Águila
- 7º.- Vicente Asensio Mochales
- 8º.- Ginés Jorquera Mínguez, como Secretario.

Proclamando a los cuatro vientos



Cartel anunciador del XI Festival Nacional del Cante de Las Minas

El XI Festival Nacional del Cante de las Minas encuentra el entusiasmo y la juventud del nuevo Alcalde **Antonio Sánchez Pérez** que este mismo año acaba de tomar posesión de su cargo, con su esplendorosa capacidad, dando

paso a nuevos proyectos que en años sucesivos irán tomando cuerpo en sus tres días de celebraciones.

La primera jornada del Festival reúne en una gala especial con varios nombres de tronío dentro del panorama Nacional del Cante Flamenco como son **Enrique Morente, Bernarda y Fernanda de Utrera, la Perla de Cádiz, El Chocolate, Gabriel Moreno, y Manuel Mairena...** su hermano Antonio Mairena, no pudo llegar a La Unión por haber sufrido un accidente el coche en que viajaba, siendo trasladado urgentemente a Sevilla.

**Pregón del XI Festival Nacional del Cante de Las Minas
Jaime Campmany.**

Sr. Alcalde de La Unión, señoras y señores, amigos todos en la mina y en el cante:

El señor Alcalde de La Unión, que a pesar de ser joven ya sabe mandar, me ha mandado venir a pregonar el cante de las Minas, ha pregonar la resurrección del Cante de las Minas.

En realidad, lo que me ha mandado el señor Alcalde de La Unión es que pague mi deuda, una deuda no solo de palabra sino también de corazón. Porque yo tenía la palabra empeñada para venir a La Unión, pero mucho antes de eso tenía ya el corazón empeñado hacia estas tierras, tierra terrible y tierra fascinante, que sabe todo lo que hay que saber acerca de ese ser inagotable y desconocido, agitado por todas las pasiones, que es el hombre.

Gracias al Alcalde del primer Festival, y gracias a este Alcalde de un Festival, que gracias a Dios no será el último, y que entra hoy en su segunda década de vida. Gracias a todos vosotros que os habéis reunido en esta aula, amparada bajo un apellido inolvidable en La Unión, al sufrir dos penas al mismo tiempo: la pena rigurosa del calor de agosto y la otra, quizás más insoportable, de escuchar un pregonero que hoy, tal vez por primera vez en los muchos días de ejercer su oficio, tiene la seguridad de que no va a saber decir todo lo que quería decir, todo cuanto esto, esto que va del mar a la mina, de la mina a la historia, de la historia a la vida, de la vida al cante, merece que se diga.

Y gracias, que vosotros vais a permitir que sean de especial cortesía, a Asensio Sáez, de quien yo me declaro aquí discípulo casi embobado en la difícil asignatura de La Unión, asignatura intrincada que tiene parte de ciencia, mucho de arte y bastante de literatura, y que afortunadamente, milagrosamente, todavía tiene mucho más de vida. Asensio Sáez me ha acercado a los ojos lo que de La Unión esta dicho en los libros y aquello otro que está escrito en el paisaje. A veces, una y otra escritura, hacen un relato tan fuerte y tan bravo que solo lo toleran los corazones enteros y los hombres de una vez. Es un relato que estremece las piedras y después se rompe las gargantas, corazones de piedra, manos de piedra que combaten contra la vida hasta arrancarle las últimas pasiones, pasiones patéticas y elementales de libertad, de aire, de amor, que luego se afilan, y se estiran y se quiebran y se rajan en el resuelto jondo del cante. A todos otra vez gracias.

Hace más de cuarenta años, cuando la estrella minera de La Unión llegó a ser casi menos que un pálido destello, que un pálido rescoldo, cuando las chimeneas de las minas abandonadas poblaban los cabezos como fantasmas que penaran todas las tentaciones del mundo y de la carne, cuando más se resistía la tierra a llenar de riqueza las manos que la arañaban y se hacía celosa y avara de sus entrañas más profundas, entonces digo, esta ciudad pide unos símbolos para su escudo. El Ayuntamiento de La Unión solicita un emblema heráldico y le dan un emblema que alude a la más dura tarea con que el hombre puede ganarse es aristocracia que está por encima de cualquier otra, la aristocracia del trabajo, le dan a La Unión un escudo donde triunfa el pico y la pala y la lámpara minera y donde vuelan cinco abejas, leve y pequeño símbolo para la labor del minero, hacia una silueta de montaña, la silueta de los montes de Cartagena, que como

dice la copla, tiene minas en La Unión. Creo que el escudo no tiene lema. Si hubiese que darle un lema a este escudo de La Unión yo tomaría las palabras del poeta romántico, prodigo también como esta ciudad, y también aventurero como las gentes que a ella vinieron y rezan así: Tengo lo os he dado, tengo lo que os he dado. No encuentro una frase que encierre mejor la riqueza, la liberalidad dramática de esta tierra que se ha quedado con las manos llenas del orgullo de lo que ha dado. ¿Hay tierra en el mundo, hay tierra en la historia que haya dado tanto a cambio solo de un purito de generosidad, a cambio únicamente de la satisfacción misma de haber dado tanto y de no tener nada?

Asensio Sáez, que gusta de echar a volar su fantasía de enamorado de La Unión y luego le busca apoyo en los libros de las viejas historias y en las erudiciones de los viejos saberes, o no sé si al revés, que se encarama a los libros de las erudiciones y las leyendas para echar a volar de ellos su fantasía de enamorado de La Unión, ha hundido los ojos en la crónicas que hablan de los fenicios, ha metido los dedos en el viejo misterio de Tartessos y ha concluido por fin con esta pregunta que suena como una pedrada en la historia de La Unión o que se abre como una flor sorprendente en el primer origen de su leyenda. ¿No habría de ser pues plata de La Unión la que enriqueciera el templo de Salomón?

Una cosa es cierta, quien buscara plata la encontraba en La Unión. Dicen que la tierra de estas tierras daba racimos de plata como otras tierras dan uvas o trigos, reventaban de plata las colinas y los cabezos eran como senos ceñidos en corpiños argentíferos, en barcos se iba la plata hacía Dios sabe dónde, por el mar se iba la plata a recrear el tacto de los dedos de hombres lejanos, a encender el brillo de la codicia en los ojos de hombres lejanos, por el mar se iba la plata, y tanta, que los marineros que la portaban la podían tener entre las manos al echar el ancla, al beber el vino o al comer el rancho de cada día. Por el mar se iba la plata hacía Dios sabe dónde. ¿No habría de ser pues plata de setas minas la que enriqueciera el templo de Salomón?

Por ese mar que se ve desde lo alto de la sierra, por el mar mediterráneo, padre azul de nuestra civilización, nos llegó la columna y nos llegó el evangelio. Pero también por ese mar se fueron nuestros montes de plata y pagó muchas veces su fe a peso de sangre. Por aquí anduvo Roma y por aquí anduvo Carthago. Roma pagaba su poderío en monedas de plata de La Unión y el metal de estas minas fue quizás protagonista de las guerras de Aníbal. Si vais a Roma deteneros en el foro del imperio. Allí hay tres mapas que reproducen todo el territorio conocido en los inicios de nuestra era. En el primer mapa Roma es un pequeño punto señalado en negro en la cintura de la península que luego fue Italia como un pequeño lunar que adornaba el cuerpo de Europa. En el segundo mapa, ese punto negro, ha crecido portentosamente, ha invadido las tierras peninsulares y ha saltado sobre las cordilleras y sobre el mar. Y en el tercer mapa, años después, Roma es un imperio que va desde oriente a occidente, desde Hispania fecunda donde está la tierra en que la Tierra acaba hasta más allá de los pueblos que están contados en la Biblia, desde las tierras ardientes del África hasta las rubias islas del norte. Los hombres de este imperio se pagaban

el aceite y el vino, las arras y la coraza con monedas de plata, con monedas de plata que quizá era plata de La Unión. Y Roma, al retirarse al glorioso refugio de su decadencia, dejó sus impresionantes dominios sembrados de piedra y vestigios, ahí una calzada, allí un arco, allá un acueducto, y más allá un puente. Ojos y cauces para domeñar la riqueza parlante del agua, muros y fortificaciones para detener la bravura de los hombres sometidos, caminos de piedra alisadas para el rodar de las cuadrigas de los centuriones, arcos triunfales para las legiones victoriosas enmarcaran la fiereza de los soldados. Pero Roma aquí en La Unión, no trajo ni el arco ni el puente, ni el palacio ni el acueducto, ni siquiera la muralla y el fortín. Roma trajo saqueadores de entrañas, esclavos encadenados a la vida oscura y a la muerte negra de la mina y no so dejó otros vestigios que los vestigios estrechos de las galerías y los corredores. Se llevó el metal y aquí os dejó, aquí nos dejó a solas con el mote pelado, la tierra batida y estéril, la sed y la pitera. Os dejó Roma, nos dejó Roma, amigos de La Unión, con las manos abiertas, llenas hasta rebosar del orgullo de todo lo que regaló, diciéndole a Roma, que era entonces como decirle al mundo: Roma soy más rica que tú, tengo todo lo que te he dado. Roma, solo tengo el mar a la vista de pájaro, aliento de anillo cargado de mineral. Tengo una palmera, una sola en el llano por toda una columna vegetal, el agua del chorrillo anda de coplas y no en acueductos, apenas tengo nada pero tengo todo lo que me debes. No lo quiero, no lo pido, pero lo canto.

Lo del cante viene luego. La fiebre del metal se queda dormida como en un letargo y solo de vez en cuando produce algunos destellos calientes. El río abrasador de los metales fundidos se duermen bajo la tierra como el Guadiana y sale luego por los ojos románticos del siglo XIX, allá por los años en los que Fernando VII usaba Paletó. Vuelve a sonar en el corazón aventurero de los hombres la llama oscura de la mina. Hay como una convocatoria misteriosa del subsuelo que llama a los hombres hacia el centro de la tierra en un apasionante preludio de la muerte. La mina tiene en su fondo una sirena mineral con los brazos de plata y los ojos de piedras transparentes que llama a los hombres con un silbo profundo irresistible, el silbo de la sirena de la mina es la mismo tiempo fascinador y pavoroso, es una llamada de amor y de muerte. Amor y muerte, los dos únicos temas grandes de la vida del hombre. No se sabe que haya más. Para el hombre que acuda a esta llamada ya no habrá más días de sol, ni más noches de sueños plácidos y vulgares, ni más aire para llenar el pecho, ni horizontes lejanos donde descansar la mirada, ni lecho largo como hierba mansa y repetida en el que tenderse en paz con todos a esperar la aurora. El hombre que acuda a esta llamada sentirá que hierve como metal fundido de los arroyos de su sangre y tendrá en sus dientes el sabor de la tierra y se le enrojecerán los parpados del polvo mineral y de las luces de carburo y sentirá en el alma como un frenesí de posesión indomable, en su pecho se clavarán las saetas de los siete pecados capitales y una ola de violencia mezclada con una extraña ternura le sumergirá el pecho colorado y le subirá a la garganta y tendrá que romper por alguna parte, alguna parte, y aquí ya no hay opción, o la muerte o el cante. La sirena de la mina cantó entonces en La Unión con más fuerza que en ninguna otra geografía

minera. Mientras en otros lugares de fama mineral se acabó lo que se daba, las entrañas de los montes de La Unión tienen todavía metal para llenar las manos más avaras y para enloquecer de codicia las frentes más templadas. La tierra ofrece todavía racimos de plata, la tierra regala todavía blendas y piritas y manganesos, mientras en otros lugares de fama mineral el vientre de las montañas se ofrece hueco y exhausto a las manos desesperadas y a los picos frenéticos, La Unión abre galerías de nueva esperanza y por los caminos de la sierra y de las costa van llegando los hombres. Vienen de las minas como grupos dispersos de un ejército de vencidos. Son seres de fondo, moradores de profundidad y vienen buscando el pozo, que es su habitación y que es lo suyo, porque ellos no saben de los secretos del mar, ni saben apresar la plata escurridiza del pescado, ni conocen el misterio floral de los huertos verdes y claros de la superficie. Vienen a lo que saben, vienen a lo que aman y vienen, seguramente, cantando, porque aquí ya no hay opción, o morir o cantar.

Y renace el emporio. Humean triunfantes las chimeneas. Se abre en los cabezos la flor negra de los barrenos. Por la noche la procesión de las lámparas mineras. Las lámparas mineras son como un rosario rezado todos los días a la virgen del Rosario, madre del minero. Se encienden las fundiciones como ventanas al infierno, luces de la ciudad, la ciudad está encendida, es decir, está viva, de Cartagena a Herrerías han puesto iluminación. Corre la tartana, los mineros ricos viajan en landó, ¡Arre caballitos, que galopan mejor que los del Rey de España!, nace en La Unión el Cristo de los Mineros. Por la noche ya florecen las primeras coplas, las coplas de los mineros son como las flores del cardo, la almendra de la ternura la tiene dentro y para encontrarla hay que pincharse primero. Las coplas pinchan, arañan, hieren, pero no se asuste usted madama, los mineros cantan así porque tiene la voz tomada del humo de los barrenos. “Monsieur” Eiffel, el de la exposición de Paris, tiene cúpula en La Unión, el Cabezo Agudo y el Cabezo Rajao son las cúpulas mayores de la Catedral de la minería. La Niña del barbero ya dice coplas y apenas le apuntan los limones, se llama Emilia y luego se arrancó en los tablaos por Tarantas y por Mineras. Amigo, si usted no es un fanfarrón es que no sabe lo que es una mina, aquí se encienden los Habanos con billetes de mil pesetas, lo habanos que vienen de Cuba, y Cuba todavía está en el prestigio del recuerdo, el café se llama el Habanero, cuba está todavía dentro del piano y en el retrato de los saldados con uniforme de rayadillo. Por la noche en el café Habanero hay que callarse, canta, señores, El Rojo el Alpargatero. El cuarto tercio de la Cartagenera araña el galillo como una flor de pitera, la codicia saca brillos a la plata, a los ojos, a las hojas afiladas de la navaja cabritería, la muerte aguarda agazapada en los pozos de la mina y ronda por las esquinas oscuras y se posa en los vasos de vino. ¡Usted aquí a callar, usted aquí no canta mientras viva Chilares! Los mineros cantan a medio tono y tienen suspiros hondos como quien se pasa agonizando diez horas todos los días, los mineros tienen novia, algunos en Portmán y otra tienen en Herrerías y otra en Roche y tiene cante para las tres. En La Unión hay un Perú, pica y canta y pica. En Cartagena hay un penal y allí también se canta. En el Penal se canta como solo se cantan los

pájaros cautivos. Lo que más duele en el alma, no es el amor, lo que más en el alma, amigos, es una cosa que se llama libertad. Unos cantan la taranta, otros cantan la minera, otros la cartagenera, todo el cante de levante, todo el cante de las minas, todo el cante. La vida de la mina es un juego con la muerte. Si la sangre no hierve ¿para qué quieres la sangre? .en el casino se maldice contra el rey de copas. Una sota de oros puede valer un potosí o puede valer el viaje relampagueante de una navaja. Los muertos al campo santo, al fin y al cabo, el cementerio y la mina son dos maneras de morir, o de vivir, quien sabe. Lo importante es no morir sin haber oído cantar a Paco el Herrero, lo importante es no morir sin que te haya esperado tres noches seguidas una niña de carne caliente con los tirabuzones sueltos sobre el cuello, lo importante es no morir sin tres novias, la una de Herrerías, la otra de Roche, y la tercera de Portmán, hayan llorado por ti mientras te esperaban en vano. Y a la otra noche llegar, llegar con el cante en los labios porque no hay otras flores en el camino. Ni el Rojo el Alpargatero ni Emilia Benito “La Satisfecha” cantó como este minero, que tengo la voz hecha a cantar lo que te quiero.

A pocas leguas de aquí un pastor llamado Miguel Hernández ponía en versos el regreso de los campesinos: por una senda van los hortelanos que es la sagrada hora del regreso, los campesinos regresan por una senda y van como todos los hombres van después del trabajo a la canción y al beso. Y el minero, también, pero la copla del minero sabe a gloria no es como la copla del agua clara del río que baña los vegetales, ni el beso que espera el minero es un beso de panal y colmena, el beso del minero sabe a gloria mezcla con manganeso, que ya lo dice la copla, y es un beso dramático y feroz, porque cada día puede ser el último aunque los labios estallen de juventud y la copla del minero es un cante áspero telúrico como un terremoto de la sangre en el aire sale por la garganta con una violencia de cataclismo melódico, por eso el cante de las Minas es otra cosa. Aquí, amigos, ya no se tiene más donde elegir, o morir o cantar.

Lo malo de todo esto, de que yo tenga que pregonar aquí y esta noche el cante de las Minas, es que yo no soy más que un pobre periodista, que es como decir un cantaor de superficies y que además el cante no se puede explicar más que de una sola manera: cantando lo malo y lo bueno, porque cuando yo me calle, que va a ser enseguida, va a empezar el Festival. Ya estarán temblando las cuerdas de las guitarras y las noches de agosto están preparadas para recibir en su calma el cuchillo largo de las coplas. Vengan señores, vengan. Pasen, señores, pasen. Aquí nació la Minera y aquí se le van a dar en la mismísima cuna donde la pario la garganta del Rojo el Alpargatero. Aquí va a estallar de pronto el gemido profundo de La Taranta y el bravo dolor de la Cartagenera, que es como un toro de fuego escapándose por el hinchado cuello de un hombre. Aquí se va a abrir el muestrario sorprendente del cante de levante que gracias a La Unión todavía tiene quien se atreva con él. Si usted, compadre, no ha venido ningún año al Festival de las minas no sabe aun lo que es la canela del cante. Digo que las coplas se abrirán reventando como los claveles y no diré todavía toda la verdad. Digo que las coplas salen al aire como de un pozo oscuro y son como un grito que encontró la libertad y todavía no habré dicho toda la verdad.

Digo que las coplas estallan como si la más solitaria ternura que pueda dar la música se hubiese querido defender en la coraza erizada de una interjección y apenas habré dicho nada de verdad. Amigos en el cante y en la mina, yo solo puedo deciros que la copla, ese ser misterioso e indefinible que es la copla, ese fenómeno del amor y del dolor humano que es la copla, va a aparecer de un momento a otro en el aire de La Unión como un cuchillo, como una flor, como absolutamente nada en el mundo, y que a nosotros nos será dada de gloria de escucharla porque ay del hombre que en su pobreza o en su soledad, que es la forma más dolorosa de pobreza que podemos sufrir, no tenga la claridad de una copla que llevarse a los labios. Yo por si acaso, me dejaré escrita una y aquí os la digo por si valiera de alivio de mineros o por si alguien con ella me recordara alguna vez cuando también yo pueda decir con La Unión: solo tengo lo que os he dado. Jaime Campmany cierra su bellissimo pregón enriqueciendo el cancionero de las minas con esta emotiva letra suya:

Os dejaré una minera
Que la canten en La Unión
El día que yo me muera,
Ya se agotó mi corazón
Como un mina cualquiera

Muchas gracias:



Jaime Campmany, Pregonero

Carmen Conde, Invitada de Honor

Al preguntarle a la escritora cartagenera **Carmen Conde** si se encuentra satisfecha en La Unión, contesta rápidamente: Es un Festival muy significativo y

agradezco mucho, el que haya sido La Unión el primer pedazo de mi tierra que me ha reclamado para tenerme en ella unos días.

Carmen Conde crea el (**Premio Antonio Oliver**) a favor del Festival, en memoria del amor que él sentía por esta manifestación del arte flamenco, el mismo que siento yo: ¡grata coincidencia! Porque el premio recae en un intelectual del cante: Alfredo Arrebola, la propia **Carmen Conde** hace entrega del premio al ganador junto con un libro de poemas de **Antonio Oliver**, hermosa formula de equilibrio ésta de aunar verso con plata.

**Santíguate, compañero,
Si oyes de noche cantar,
Es la oración de un minero
Que viene de trabajar
De la minas de Piñero.**

Letra premiada al unionense Basilio Martínez Vera, cantada por el también unionense “Niño Alfonso”.

El Festival Nacional del Cante de las Minas sé hermana con Cartagena, según escribe en La Verdad, Pepe Monerri, Cartagena va a estar un año más por La Unión. Un hecho singular viene a materialízalo: la ciudad ha cedido sus lugares más llamativos para que en ellos sean colocados los murales anunciadores del magno Festival. Cartagena vivirá como siempre, estos días que son de apogeo de La Unión... Símbolo de que Cartagena y La Unión son dos Ciudades Hermanadas.

Mineros de Linares son invitados de Honor

El Festival Nacional del Cante de las Minas cuenta como invitados de excepción con dos mineros de Linares, acompañados de sus esposas: son **José Ramírez y Salvador Sánchez. Luciano fructuoso del “Noticiero”** les pregunta ¿A qué se debe su presencia en el Festival? Porque queremos sentirnos hermanados con todas las cuencas mineras y, especialmente en esta ocasión, a la de La Unión.

De los numerosos cantaores inscritos en el concurso, sólo veinticinco logran pasar las pruebas clasificatorias del jurado que este año está compuesto por los siguientes señores.

1º.- Esteban Bernal Velasco actuando como presidente

2º.- Ginés Jorquera Mínguez actuando como secretario

- 3º.- Eduardo Bonet actuando como vocales
- 4º.- Diego Granados García
- 5º.- Fernando Lastra Sánchez
- 6º.- Francisco Conesa Baños
- 7º.- José Blas Vega
- 8º.- José Orihuela Águila
- 9º.- Vicente Asensio Mochales

Este año el pregón ha sido pronunciado en el aula de cultura “**Andrés Cegarra Salcedo**” de la Caja de Ahorros del Mediterráneo CAM. Jaime Campmany y Díez de Revenga, escritor periodista y articulista, fue considerado como uno de los periodistas murcianos más destacados de la prensa española actual en la que ha ocupado un lugar de honor como columnista.

Yo tomaría las palabras del poeta romántico, prodigo también, como la ciudad, y también aventurero, como las gentes que a ella vinieron, y que reza así: Tengo lo que os he dado... No encuentro otra frase que encierre mejor la riqueza, la liberalidad patética de esta tierra que se ha quedado con las manos llenas de orgullo de lo que ha dado. ¿Hay tierra en el mundo, hay tierra en la historia que haya dado tanto a cambio sólo de un prurito de generosidad, a cambio únicamente de la satisfacción misma de haber dado tanto y de no deber nada?

El pregonero se detendrá sobre el cante, sobre los cantes: <Digo que las coplas salen al aire como de un pozo oscuro y que son como un grito que encontrara la libertad, y todavía no habré dicho toda la verdad. Digo que las coplas estallan como si la más solitaria ternura que pueda dar la música se hubiese querido defender en la coraza erizada de una interjección, y apenas habré dicho nada de verdad. Amigos en el cante y en la mina: yo sólo puedo deciros que la copla minera, es ese misterioso e indefinible que es la copla, ese fenómeno del amor y el dolor humano que es la copla, va a aparecer de un momento a otro en el aire, < como un cuchillo, como una flor, como absolutamente nada en el mundo>... Y a nosotros nos será dada la gloria de escucharla. Porque, un ay del hombre que en su pobreza o en su soledad, que es la forma más dolorosa de pobreza que puede sufrir el hombre, no tenga la caridad de una copla que llevarse a los labios>

De los 37 cantaores inscritos en el concurso de cante sólo 25 han sido seleccionados que son los siguientes.

- 1º.- Alfonso Paredes “Niño Alfonso”
- 2º.- Alfredo Arrebola Sánchez
- 3º.- Ángel Cegarra Cruz “Conejo III”
- 4º.- Antonio Ferrer López “El Camionero”

- 5º.- Antonio Jiménez “Antonio de Canillas”
- 6º.- Cristóbal Guerrero Escalona “Barquerito”
- 7º.- Félix Martínez Sánchez “El Ferroviario”
- 8º.- Francisco Jiménez Arcos
- 9º.- Fulgencio Cros Aguirre “Pencho Cros”
- 10º.- Ginés Candela Pomares
- 11º.- José Nieto Sánchez “Nieto de Orellana”
- 12º.- Josefina Ruiz Calvo
- 13º.- Juan Gambero Martín “Juan Gambero”
- 14º.- Juan Gambero Trinidad
- 15º.- Juan Jiménez Martínez “El Macareno”
- 16º.- Manuel Celestino Cobos “Cobitos”
- 17º.- Manuel Ávila Rodríguez
- 18º.- Manuel Fernández Escudero “Chiquitín”
- 19º.- Manuel Infantes Martínez “Manolo de Fregenal”
- 20º.- Manuel Sallago Lozano
- 21º.- Maricarmen Gallardo y Gallardo
- 22º.- Miguel Caparros Martínez
- 23º.- Miguel Mesa Ávila
- 24º.- Rocío La Campera
- 25º.- Rogelio Beltrán Domínguez “El Puebla”

Entre los finalistas sólo 11 han conseguido premio

Justamente siendo las dos de la madrugada los presentadores José Luís Uribarri y Pilar Cañadas se disponen en dar lectura al acta con el fallo del jurado proclamando a los cuatro vientos el primer premio de mineras al cantaor cartagenero Juan Jiménez Martínez “El Macareno”.

Primer premio de Tarantas al cantaor Manuel Infantes Manolo de Fregenal, y el premio de cartageneras para Antonio Ferrer de Orihuela, los segundos premios van a manos de Miguel Caparros, Juan Gambero, y Antonio de Canillas. Y los premios locales para Pencho Cros, Maricarmen Gallardo. El premio Orihuela Águila al mejor cante bajo andaluz para Manolo de Fregenal y el premio Antonio Oliver, para Alfredo Arrebola de Granada.

La agrupación Musical unionense pone el fin de esta edición del Festival con la interpretación del himno del Festival, dirigido en esta ocasión por el propio maestro Daniel Montorio.

Himno del Festival
Dulce cante de las minas de Herrerías
Que el minero canta lleno de emoción

Al salir de las profundas galerías
Sube al cielo como copla y oración
Es el pecho del minero santuario
Y su cante de levante es un vergel
Con aromas de la Virgen del Rosario
Que velando en todo instante está por él
Copla hecha Grumo y plegaria al cantar
Que a legra y perfuma, la Sierra, y la Mar,
La sierra y la mar
Dulce cante de las minas
Un caudal de coplas finas y talismán
Copla alegre del minero
Que cantaba el Tartanero
Desde Herrerías a Portmán
Cuando suena la taranta
Floreciendo en su garganta
Minerico de La Unión
El cantar de los cantares
Con perfume de azahares-bis
Y sabor de caña y ROM
El cantar de los cantares
Con perfume de azahares, bis
Y sabor de caña y ROM
Minero de la sierra de Cartagena
Que traga duros golpes de la barrena
Canta minero, porque cantando
Tu pena en el sendero te vas dejando
Te vas dejando.

Letra de Ramón Perelló, y Asensio Sáez, y música del maestro Daniel Montorio.
Cantado por el coro del hogar del Pensionista, de La Unión en el Festival



Cartel anunciador del XII Festival Nacional del Cante de Las Minas

Por primera vez el Festival se amplía a seis jornadas

También por primera vez se celebra los siguientes concursos, el de letras de cante, de poesía, y de prensa escrita, estos premios recaen en Basilio Martínez Vera, Serafín Alonso, y Francisco Fernández.

Por primera vez se elige Madrina del Festival en un brillante acto, que recae en la señorita Eulalia Boada Pallares.

Pregón del XII Festival Nacional del Cante de las Minas

Antonio Castro Villa cañas

Os suplico un momento de silencio. No lo pido para que me oigáis a mi sino para que os oigáis vosotros. El pregonero de unas fiestas populares, como cualquier personaje público, por mucha que sea su personalidad, lo que no es ciertamente mi caso, sólo debe aspirar a ser intérprete de un sentir colectivo, ha de saber decir en alta voz lo que todos y cada uno de vosotros hacéis pensar y querer a esa persona común que llamamos pueblo. Por eso es bueno que todos callemos un momento y escuchemos lo que el pueblo, que sois vosotros, dice. Oyendo el silencio se escucha la voz del pueblo, que, como dice el cante viejo es también la voz de Roma, esto es, la última y definida voz humana, la voz más próxima a la estremecedora voz de Dios.

Silencio pues, por favor. Sepamos aprovechar que está callado el cotidiano rumor del trabajo y que aun no haya empezado la algarabía de la fiesta. La voz ronca de la faena y la fresca voz de los días de descanso significa para cada uno de nosotros el rumor de costumbre, el fondo sonoro donde nuestro oído reposa, porque como nos avisara el filósofo, la vida del hombre es una constante alternativa de trabajo y juego. Trabajo de aprendizaje en los años primeros cuando se estrena la aventura de ser hombre. Trabajo creador en los años maduros cuando la energía se gasta en la tarea de hacer mejor el mundo propio, el mundo de los muertos, el mundo entero, aunque a veces el mundo sea ancho y ajeno. Y trabajo de vivir, fatigoso trabajo de permanecer y duras en los años últimos cuando el cuerpo se derrumba y el alma sigue entera.

Y cuanto a tanto trabajo, llenando los días desde la infancia a la vejez, los juegos, juegos de niños en la casa de los padres o cerca de ella gastando horas largas, largas tardes, tiempo inolvidable más sabroso y duradero que ninguno, tiempo que parece como si nunca fuera a terminarse pero que también se acaba un día cualquiera cuando Dios quiere y nos deja un regusto de ceniza y miel, un sabor perdido que ya para siempre añoraremos y que inútilmente buscaremos después en otros juegos de mayores. Juegos de amigos, juegos de hombres en los que más aun que cartas y fichas, pelotas y tantos vasos y tragos, se cruzan y cambian palabras de afectos, bromas y veras, toma y daca de hombría, de personalidad y de voluntades. Juegos también de amor, juegos de hombres y mujeres que empiezan con el juego de miradas y de ojos, que siguen con el limpio juego de las manos entrelazadas y la mano en la cintura, que culminan en

el sublime juego creador de unirse y confundirse a la búsqueda inconsciente del paraíso perdido en la intimidad que logra transformar la más humilde habitación en el mundo más amplio, el mundo del amor en que cada pareja estrena y empieza toda la historia del hombre. Juegos de padres e hijos, del cachorro y la madre, del cumplido y la sangra que le sigue y empuja, de la persona nueva y las carnes fecundas, de los hombres que cambian su pasado por un futuro en el que van a estar cuando ya no puedan permanecer más. Y juegos, por último, de vejez, en la última vuelta del camino mientras el sol del invierno dora los tapiales y calienta un poco las venas que se enfrían a cada instante. Juegos de vejez lentos y serenos en los que la vida se apura como se bebe el último trago del vino bueno porque ya se sabe que toda la vida, larga y trabajosa, no es más que un breve juego y están ya repartidas todas las cartas, hechas todas las puertas, arrastrada la jugada y solo cabe esperar que Dios reparta suerte y nos permita jugar con él y con los nuestros en una vida nueva y eterna que habrá de ser también de juegos y trabajos para que no sea inhumana.

Y si esto es así en la vida individual del hombre en la vida de todos y cada uno de nosotros, también lo es en la vida colectiva, en la vida de las comunidades, en la larga vida de los pueblos. También los pueblos viven una sucesión de juegos y trabajos y trabajos. Trabajos comunes a los que cada uno aporta su personal contribución esperando lograr con ello un mejor mundo para los hijos, y juegos colectivos, casi siempre de alegría pero alguna vez de amor y muerte, reposando el trabajo para cobrar fuerzas y reanudarlo luego cuando la fiesta acabe, cuando los brazos y la mente están de vuelta del cansancio, cuando el trabajo no se ve como fatiga sino como participación humana en la tarea de Dios.

Pueblo que trabaja justo es que tenga buenas fiestas, justo es que los arboles del esfuerzo cotidiano, levantados a lo largo de un año duro, se quemen como se quemaron los bosques de vuestra primera historia en el fuego alegre y colectivo de las fiestas, para que durante seis días hasta la tierra arda y corran por dentro y por fuera de la piel del suelo y de la piel del hombre arroyos de plata pura, los claros arroyos de la hospitalidad en que sois maestros, de la alegría, de la juventud y la belleza, los puros arroyos de la mejor plata que es siempre la plata dura de la amistad y el señorío.

Pero antes de que se ponga en marcha la gran rueda de las fiestas vamos a aprovechar este instante de silencio, el silencio de las ruedas del trabajo, el silencio de los corazones que buscan la canción y van al beso, para escuchar la voz del pueblo. ¿y qué voz podría interpretar lo que el pueblo dice cuando calla?

Ninguna voz mejor que la del pueblo mismo, cantador oscuro y perenne que lo mismo inventa el son más tierno para el sueño del hijo que la copla amarga desde la que decir adiós a una mujer o a un amigo. Ninguna voz mejor para llenar este silencio, a caballo entre la faena y la juerga, que la voz minera. El pregón del Festival de los cantes solo pueden hacerlo gargantas mágicas que han dejado su nombre grabado a fuerza de fatigas en la memoria y en el aire.

Por eso mi voz solo puede aspirar a ser la de un aprendiz de trovero, escaso de inspiración y de oficio, que glosa en palabra llana la profunda, ardiente, desnuda, dolorosa palabra del primer canto minero que llegó hasta mí.

En el fondo de una mina
Clamaba un minero así:
En que soledad me encuentro
Que se me apagado el candil
Y la salida no la encuentro.

En lo hondo de la mina, como corresponde a este pueblo, agujereado desde siglos por los hombres que buscan las blendas, el plomo, la plata, la galena, las calaminas, el manganeso, el estaño, los sulfuros de hierro, como corresponde al ser humano arrojado o descendido a lo más hondo de la vida, minero de su propia existencia que ha de fraguar con los malacates de sus aceres. Porque toda vida humana es una mina que hemos de explotar buscando el metal que contiene. Mina es la mujer y minero el hombre que entra en ella y de ella hace brotar el oro esplendido del hijo. Mina virgen cada persona y barrenos le devoran las entrañas cada día en forma de pesares y de penas. Cubas de palabras nos suben y nos bajan por el hondo pozo de la garganta, humaredas arrojan las chimeneas del aliento y del ánimo, bocas de ascua anuncian la fundición de los quereres firmes y de los olvidos próximos, en los lavaderos de la amistad y de la familia descargamos la ganga de lo inútil para quedarnos con el metal de primera que sostiene la vida y la proporciona sabor y sentido. Vagonetas que van y vienen sobre los carriles que dibujan nuestras piernas, vagonetas que suben y bajan y saltan y se deslizan o se vuelcan a impulsos de un corazón minero ansioso de ahondar la veta que encuentra, temeroso de hundirse en lo profundo de la vida ajena. Porque la vida es una mina más, a la terrera vamos al final del viaje como escombros, usados y desgastados, dejando solo en los que nos quieren la huella impresa de nuestra condición de metal duro o metal blando, de hombre hierro o mujer plata, de persona-cobre que alguien modeló e hizo útil o de piedra aparente por fuera y quebradiza por dentro que para nada sirvió y fue dando tumbos de un lado a otro.

En lo hondo de la mina clamaba un minero así. Desde lo profundo de la vida de un hombre clama, está llamando, requiriendo que lo atiendan. Ese hombre es un minero, es decir, un hombre. De sus labios brota un clamor, un chorro de pasión, de vida, de queja, de esperanza, de alegría de amor. Como el agua limpia salta de lo hondo de la mina, de lo profundo de la vida brota el canto. Por eso el canto verdadero sólo puede ser grande, grande en temas, los hondos temas de la vida: trabajo, odios, amor, muerte, penas, olvido, suerte. Grande en las voces hechas de las personas maduras. El canto no es, aunque admita, cosa de chicos ni de mujeres. Bien está que aprendan y se entrenen los que habrán de suceder a quienes hoy cortan el tajo en fabulosa mina del canto, bien está que de vez en cuando una voz de mujer afine el desgarrido de la voz ronca de los hombres e incluso que con su timbre alumbre nuevos quiebros para

ese capote sonoro que burla en la gran plaza del aire al toro negro de la brega diaria. Pero mejor es que una voz áspera, tomada, de hombre entero, de minero en plenitud, trabajador de su vida, desde lo hondo de la sangre y del esfuerzo nos llame para la cita que todos tenemos con la poesía, el misterio, la elemental convivencia del amor y la muerte. Por eso, si en las fronteras de la historia del canto sonaran siempre las voces de la Satisfecha o la Peñaranda, dale que dale con el pico marro o la Gabriela, en las mismas fronteras y más tierra adentro, más hondo y más grande suenan y sonaran el Rojo el Alpargatero, Chilares, el Lagarto, el Mendo, Enrique de los Vidales, Paco el Herrero, el Panocha, el Peluca, toda la constelación de los cantaores primeros, la alegre tropa de los infantes de choque, aquellos que desembarcaron antes en las peñas agudas e hirientes de las Tarantas, las Mineras o las Cartageneras. Cante hondo, cante grande, cante de hombres, clamor de los mineros que ahondan la veta rica de la vida, grito y queja de hombres que sacan a la superficie para que todos podamos utilizarlo, el metal reluciente de los pensamientos y los pesares.

Clamaba un minero así, en la soledad me envuelvo. El metal que amalgama todos los sentires y todos los pensares tiene un sencillo nombre: soledad. El hombre esto solo desde que el tiempo le empuja lejos de los brazos ágiles de los amigos niños. Cuando los días se acortan y las naranjas de la merienda se vuelven agrias en la garganta y en el pecho crece una sed que ya no sacian aguas ni gaseosas, el hombre busca entonces remedio en el vino y el tabaco, la mujer en el perfume y la confidencia. Pero estos remedios sólo son parciales, que el vino sabe mejor cuando se comparte la botella, la confidencia exige alguien que la escuche y la conteste, el tabaco hay que saber pedirlo y hay que saber darlo y el perfume se utiliza más para recreo ajeno que propio. La soledad del adulto sólo se remedia en el trabajo con la solidaridad obrera, es decir, con el sindicato, y en la vida con la solidaridad humana, esto es, la familia y el pueblo, la vecindad de los parientes y paisanos. En definitiva con el amor, amor de amigos, de compañeros, de camaradas para repetir las dificultades y compartir la responsabilidad según el trabajo venga y le pida decisiones. Amor de mujer, de hijos, de cuantos llevan la misma sangre o tienen el mismo techo y el mismo suelo, cielo claro, tierra quebrada para que las penas toquen a menos cuando vengan, para que el pan y la sal se multipliquen humanamente a diario, para que la alegría toque a más y dure más tiempo conforme Dios reparta suerte. El hombre, minero de su propio ser, siempre está solo y siempre está acompañado, de sus soledades va, a sus soledades viene y entre la negrura de cada soledad el relámpago estremecido de la compañía. La noche más oscura tiene siempre como final una aurora nueva. La soledad del hombre acaba cuando renuncia a ser único e irrepetible y se entrega a la comunidad creadora que forman varios semejantes. La vida es una mina demasiado fría y oscura para trabajarla a solas, no es buen minero quien no comparte su mejor filón, su alma y su cuerpo en buena compañía. Compañías de amistad, de vecindad, de amor, auroras que vencen siempre a la soledad negra.

En que soledad me encuentro, es mi compañía un candil. De todas las compañías que el hombre puede tener la del amor es la más verdadera. Bien lo sabe el pecho, bien lo notan los músculos, bien lo canta la sangre. Hasta la médula del hueso sueña con hacer carne de la otra carne, primero imaginada, luego entrevista, por último concreta en el sobresalto del primer encuentro cuando los pulsos tensos disparan el corazón, cierran los ojos y abren el cálido chorro de las palabras. De todas las amistades la más humana es la del amigo de amor, la del amante. Bien lo saben las mujeres y por eso esperan siempre que el amor les llague como una sabia y una primavera para encenderles la sangre y florecer en la rosa del hijo. Bien lo saben los hombres y por eso buscan la compañía definitiva, la compañera del alma con la que se tiene que hablar de muchas cosas, con la que tiene tantos silencios juntos. La compañía que se bebe a tragos largos y hondos y sabe mejor que cualquier lagüena porque en su sangre más espesa que cualquier vino, más fuerte que el más fuerte de los aguardiente. Compañía de candil, luz tenue de hogar, pálida y constante luz de trabajo, la mujer siempre espera que su amor sirva de guía estímulo y esperanza al varón que lleva dentro en el pensamiento y en la sangre desde que se hizo suya. Candil de aceite vivo, lamparilla humana, ofrecida siempre a la Dolorosa, la Soledad, el Carmen o el Rosario para que vuelva su hombre, para que su hombre sane, para que su hombre presida la cama y la mesa, gane el pan, construya el hijo, traiga el mundo entero a la habitación donde la mujer, candil vivo, ilumina y espera. Compañeras de mineros, las mujeres de la sierra no bajan físicamente a la mina pero están en las galerías y en los pozos, temblorosas y débiles como luces de candil, empapadas en el aceite de su amor, acompañando en espíritu a sus maridos o a sus hijos. Por eso la soledad del hombre que trabaja y juega es, valga la paradoja, como bien canta la copla, una soledad acompañada, porque le acompaña en cualquier circunstancia el latido imperceptible, la luz tenue, el fuego íntimo de esa minera alegre y dura que es cualquier mujer de España.

Es mi compañía un candil, la salida no la encuentro. Piedra blanda y dura la vida de cada cual es una mina que ha de trabajarse hasta el último momento. A esta mina bajamos de golpe, un día como los otros, cuando dejamos de ser niños, cuando el pan de la merienda se convierte en el trapo, cuando las tardes se acortan y aprendemos que los días empiezan o terminan con el acero frío de las madrugadas. La cuba que nos baja hasta el fondo de la mina es nuestra juventud. Sobre sus bordes, sujetándonos a la férrea cadena del tiempo con las argollas de la amistad y el amor miramos hacia abajo. Que pozo negro y caliente nos espera. Cuando llegamos del todo a lo hondo, esto es, cuando ya somos mayores, antes de entrar en la galería que nos corresponda miramos hacia arriba. Que pequeña la luna llena de los años niños, de los años largos en los que todo el mundo descansaba sobre las anchas espaldas del padre. El aire que ahora respiramos, la luz que ahora vemos es más oscuro y espeso. Frente a nosotros, como un reto a nuestra hombridad, se alza el muro alto del metal que nos toca arrancar. En el trabajo usamos el corazón, la sangre, los músculos, el cerebro. La soledad se aminora con la presencia en el recuerdo de la mujer y los hijos. El pulso nos avisa cómo pasa el tiempo pero también nos lo dice el declinar de la carne, la

dulce fatiga del alma, ese peculiar cansancio que produce el haber vivido mucho, el haber ahondado mucho en esa pared dura que es el trabajo, en esa dura pared que nos agota y nos provoca.

¿Dónde está la salida de todo esto?, ¿qué salida tiene la mina de cada cual, la vida profunda y honda y honda que estamos perforando? Una cosa es cierta, de la mina de la vida no se sale por la boca del pozo, nadie vuelve atrás y por más tirones que se den a la cuerda es imposible subirse de nuevo a la cuba de la juventud y que la cadena férrea del tiempo se enrolle a la inversa y nos devuelva a la luna llena y limpia de los años niños. De la mina de la vida sólo se sale picando, trabajando, dele que dale al martillo, dele que dale al tiempo, limpiando hoy lo que se horadó ayer, preparando cada día la barrena del mañana, avanzando a ciegas por el túnel del tiempo sin saber nunca cuánto falta para terminar la jornada, sin que nadie pueda avisarnos a cuantos minutos o a cuantos metros estamos del viento libre y de la luz clara. Por eso los desgraciados, aquellos que por diversas causas, todas justificadas, se cansan de esta dura faena que es el vivir no se salen de la honda mina que es la vida sino que se quedan en ella arrumbados en la galería que trabajaban cuando les tentó el brillo del cuchillo, la rapidez de la bala o el grosor de la sogá. De la vida se sale cuando el turno llega, cuando la muerte, que es la compañera de siempre, el ángel negro de nuestra guarda, nos da un golpe en el hombro y nos dice la definitiva palabra. Cuando la pared que estamos excavando se rompe de pronto y nos quedamos mudos y atónitos ante la luz deslumbrante de la vida nueva cara a cara con la inescrutable cara del Dios que nos espera desde que nos echó a vivir y nos señaló nuestro tajo.

Esto es, amigos, lo que el pregonero entiende que estaba oculto en los cinco renglones de la Minera que oyó por primera vez hace años en una antología del cante. Esta es la filosofía de la vida que el pueblo, vosotros, voz de Roma, canta desde la hondura de su experiencia de siglos. Este es el último y definitivo duende del cante hondo, cante grande, cante macho, que los mineros cantan o los mineros oyen entre tajo y juego, entre juego y trabajo. Este es a mi juicio el secreto del cante de levante, el misterioso lebeche que levanta tantas olas ocultas en el corazón del pueblo que lo crea y que lo oye.

Y ahora, que el silencio se rompa con la algarabía de la fiesta, que los cohetes dibujen mil palmeras en el pozo negro del cielo, que las músicas abran el desfile de la alegre gente joven. Pueblo que bien trabaja es justo que tenga buenas fiestas. Que todos, grandes y chicos, mujeres y hombres, ensanchen el ánimo. Es la hora del juego, es la hora de la juerga, de la huelga pacífica y voluntaria, es la hora de colgar las ideas en los ardientes clavos del Teatro, la hora de gozar cuantos hallazgos y descubrimientos afloran en el decir de los troveros, es en definitiva, la hora del cante. Dejemos pues que la copla reviente en los labios del minero. Cuando el español canta algo tiene en la garganta. En la garganta del cantor está el sueño de la madre que duerme el hijo, todas las penas del pueblo, el agobio del trabajo, la quema por el trato injusto que el trabajador recibe, los duelos y quebrantos del amor, la esperanza de un mañana mejor y siempre incierto. Sí, démosle (...)

Por primera vez, el Festival Nacional del Cante de las Minas, se amplía a seis días, seis jornadas en su programación, que se abre con la proclamación de la primera Madrina del Festival que recae en la señorita Eulalia Boada Pallares. Es éste un brillante acto en el que Antonio Castro Villacañas pronuncia el pregón popular quien da el pistoletazo de salida a la XII edición del Festival, afirma Castro Villacañas, que el hombre está solo, y que en la soledad sólo se remedia con el amor.

Por primera vez se convocan los siguientes concursos artículos de periodismo sobre el certamen, de letras de cante. Por otra parte los Jardines del Cine Mery van a ofrecer este año la novedosa exposición de esculturas abstractas, diseñadas por el grupo de artistas unionenses adjuntos al Festival, así como un conjunto de veinte paneles de pinturas que forman parte de la decoración del recinto.

Dentro de las seis jornadas del Festival se exalta el III certamen del trovo con los troveros de la región de Murcia donde también interviene el almeriense “El Lotero”, quien obtiene el primer premio.

Las jornadas de Cante

Treinta y uno son los concursantes inscritos en el XII concurso del Festival Nacional del cante de las Minas, dieciocho concursantes actúan en la primera semifinal. Tres son los guitarristas dispuestos por el Festival, para acompañar a los cantaores en sus actuaciones, Antonio Piñana (Hijo) Antonio Fernández y Martín Perea, el resto de seleccionados actuarán en la segunda eliminatoria, que son los siguientes nombres.

- Nº
- 1.-Alfonso Conesa Meroño
 - 2.-Ángel Cegarra Cruz “Conejo III”
 - 3.-Antonio Cantillo Castillo
 - 4.-Antonio Ferrer López “El Camionero”
 - 5.-Diego Pérez Guillen
 - 6.-Eleuterio Andreu Martínez
 - 7.-Eleuterio Andreu Cano “hijo”
 - 8.-Encarnación Fernández
 - 9.-Félix Martínez Sánchez
 - 10.-Francisco Díaz García
 - 11Francisco Jiménez Arcos
 - 12.-Francisco Miralles Gonzales
 - 13.-Francisco de Paula Lina Navarro “Curro Lucena”
 - 14Francisco Vega López
 - 15.-Fulgencio Cros Aguirre “Pencho Cros”
 - 16.-Gabriela Giménez Arcos
 - 17.-Ginés Candela Pomares
 - 18.-Ildefonso Pinto Benjumea
 - 19.-Joaquín Rodríguez Fernández

- 20.-José Carmona “Chocolate”
- 21.-Josefina Ruiz Calvo
- 22Juan Gambero Martín
- 23.-Juan Gambero Trinidad
- 24.-Juan Jiménez Martínez
- 25.-Luís Pérez Cardoso “Luís de Córdoba”
- 26.-Manuel Celestino Cobos “Cobito”
- 27.-Manuel Ávila Rodríguez
- 28.-Miguel Caparros Martínez
- 29Miguel Carbonel “De Aracena”
- 30.-Rogelio Beltrán Domínguez “El Puebla”
- 31.-Rosendo Fernández

De los treinta y uno inscritos. Quince son los finalistas. Entre el público, mineros de León, Mieres, Linares y Jaén, son invitados oficialmente al Festival Nacional del Cante de las Minas, donde por orden alfabético lanza al escenario, como primer concursante a Eleuterio Andreu Martínez.

En la Final, solo nueve concursantes han obtenido premio.

Siendo las 3,30 de la madrugada, los presentadores del Festival se disponen a dar lectura al acta del jurado, formado por los siguientes Señores.

En primer lugar: Antonio Sánchez Pérez, como Presidente.

- 1º.- Diego Granados García
- 2º.- Eduardo Bonet Molina
- 3º.- Fernando Lastra Sánchez
- 4º.- Francisco Conesa Baños
- 5º.- José Orihuela Águila
- 6º.- Vicente Asensio Mochales

José Núñez “Pepe de la Matrona, como asesor del jurado.

Ginés Jorquera Mínguez actuando como Secretario

1º Premio de Minas y el trofeo Lámpara Minera a Fulgencio Cros Aguirre “Pencho Cros”. Otorgándole la segunda Lámpara Minera.

1º Premio de cartageneras o tarantas a Manuel Ávila Rodríguez: Primer premio de resto de loa cante de Levante, a Luís Pérez Cardoso, “Luís de Córdoba, Segundos premios a Antonio Ferrer, Juan Gambero y “Chocolate”, premios locales al Juan Jiménez Martínez el “Macareno”, Encarnación Fernández, y Alfonso Conesa, primer premio de cante grande andaluz, a Luís Pérez Cardoso “Luís de Córdoba”, y segundo a Francisco de Paula Luna Navarro “Curro Lucena”, es una cara nueva que viene pegando fuerte. El cantaor Curro de Utrera obtiene un accésit.

Anécdota: a la salida del Festival a altas horas de la madrugada, alguien le pregunta al cantaor octogenario Pepe de la Matrona que había actuado de asesor del jurado. Preguntándole:

_Pepe, ¿Qué es para usted el cante?

El monstruo sagrado no pestaña al responder:

_Una segunda religión.



Cartel del XIII Festival Nacional del Cante de las Minas 1973

El Festival Nacional del Cante de las Minas, abre este año la XIII, edición que consta de seis jornadas del 14 al 19 de agosto, que comienza como ya es costumbre, con el saluda del Excmo. Sr. Alcalde D. Antonio Sánchez Pérez, que seguidamente hace la presentación del pregonero de la XIII edición del Festival que este año ha recaído en el presentador de T.V.E. Tico Medina.

Pregón del XIII Festival Nacional del Cante de las Minas

Tico Medina

Gentes de La Unión. No me toméis a mal, sí así me vestí para acudir a vuestra cita. Bien conozco yo esta copla que corría por vuestras calles de hace cincuenta años. Aquella que decía, y bien dicho:

Vale más un minerito
Con la ropa de trabajo
Que todos los señoritos
Calle arriba, calle abajo.

Pero, gentes de La Unión, yo os digo, que esta ropa del fondo de mi mina. Y mi traje de luto de las grandes muertes y mi traje de ceremonias de las hermosas confirmaciones, los bautizos y los nacimientos. Gentes de La Unión, Dios os bendiga. Recibid a este minero de la palabra, que llega con su carburo entre las manos, por alumbrar algo más que las sombras de mi talento. Ved, que traigo ascuas de manganeso entre esta galería de deslealtades y miseria humanas. Mirad que me siento con vosotros, a la puerta de este estrecho y negro barranco de la vida, con una brizna de albahaca entre los dientes. Escuchadme que yo también se decir, a mi manera, que es la vuestra, pan negro, esperanza larga, vida escasa, muerte antigua. Cristo de la cama, Nuestro Señor del Rosario, dolor, amor, pasión, encuentro, ayer mucho, después nada, mañana Dios dirá, cuanta sed y que poca alegría...mirad que es decir como vosotros, no hay que ceder, y pelear, Taranta y Cartagenera y cante de las minas... y lucero alto, blenda de mi vida, azufre de la otra, plata antigua de mi corazón... No me miréis como un borde que viene de otra tierra y con otro acento. Dejadme que me siente con vosotros, con una cierta voz de trovo que no encaja demasiado bien las palabras, en esta vuestra taberna del sábado de hoy, no miércoles 15 de agosto, tan lejos del tablao flamenco, con un puñado de plomo entre las venas, dejadme os digo, llegad hasta aquí, herido en el ala de un flechazo de sorpresa, hundido hasta el plomo el puñal de la sinceridad, dejadme, dejadme estar con vosotros en esta noche de los luceros y las sombras. Dejadme que os diga alguna cosa, en mi cansancio definitivo, con la mejor voz que tengo a mano, de lo que sois, dejadme que os cuente algo decididamente hermoso de lo representáis, dentro del folklore de la vida y el misterio, de este tiempo que vivimos, dejadme que yo coloque mi turbión de sangre espantada, en la mitad de esta noche de La Unión, como el que hace un pacto de amigos, como el que tiene su mantel más limpio, entre vosotros, como el que levanta el más claro y mineral altar de su

afecto y su sentimiento. Yo quisiera, palabra de honor, os lo digo con mi marro de partir metáforas, estar con vosotros esta noche, desnudamente literario, sin otra luz ni otro traje de gal, que el de mi limpio, claro frontal, juramento de felicidad, por los siglos de los siglos. Yo quisiera gentes de este Cante de las Minas, amigos de La Unión, amigos en las más profunda de las palabras, bajo estas veinticuatro luces del teatrillo delicioso del Far West y del autentico café cantante del fin de siglo, donde se abrieran las rosas de sangre y de misterio de no sé de cuantas voces rumorosas, yo quisiera, desde aquí y a estas horas, lo primero y por delante, deciros, quien soy, para que entendáis, mi sitio en esta esquina de vuestra fiesta mayor del corazón y la garganta.

Yo soy, un hijo del secano, que tardó mucho en ver la mar. Yo soy un coleccionista de los minerales del alma, que busco por la sierra de su niñez granadina, las piritas y las galenas de lo inédito y lo raro. Yo soy, un hombre rural, inculto de los libros, universitario de la sangre como vosotros, catedrático de las gentes, que han venido hasta aquí después de volver la esquina del Cabo de Hornos, de mi antigua Nueva California. Yo tengo como vosotros diecinueve gotas de plomo en mis riñones y busco la entraña de la vida, vetas doradas, difíciles ríos de plata yugulada, que en ocasiones encuentro, raramente hallo, pero que al final se agotan, se terminan. ¡Cuántos largos cigarros de la alegría, que yo quemé en medio mundo, con ese largo billete verte de la sinceridad u de la gloria!... Yo soy como vosotros, hoy vestido de negro para conmemorar tantas muertes y hoy vestido de blanco para multiplicar tantas vidas. En mi casa esperan al atardecer, que vuelva de la antigua galería una mujer con algo de manganeso en la flor de los labios y hay en mis hijos el propio desasosiego de los hijos vuestros... Señor... ¡cuándo acabará la dura pelea, y el pedernal y la sombra, de ese trajín de la mina de la sorpresa!. Miradme, que tengo el color del emplomao, por el alma arriba y abajo, y vedme así, despacio, con esta voz rota como la vuestra, cantando y contando, que es mi violencia, mi marcha, mi destino, mi fin, y mi principio.

Dejadme pues, que aquí me plante, en esta noche de La Unión, para gritar a España entera, lo que estáis haciendo. Y mirad que he aceptado, con emoción y con miedo, porque no es lo mismo ir diciendo hermosas palabras a veces falsas y encendidas, a las mujeres brillantes de esta época, no es lo mismo, ir coronando de laureles las cabezas venerables de los dioses de este Olimpo, no es lo mismo, ir regando las rosas de todos los jardines de las flores naturales, que llegar hasta aquí, a gritar a los siete vientos cardinales, que esta es La Unión, en su XIII Festival Nacional del Cante de las Minas, y dentro de la capilla Sixtina, que dijo Cristóbal Páez, de las más pura y rumorosa y sincera y directa y honesta fuente de la voz del pueblo. Por eso, descalzo aunque tenga zapatos, herido por los cien mil luceros de esta noche de plata y de azogue, aquí vengo, gentes de La Unión, cubierto de la ceniza de mis propias palabras, conscientes de mi responsabilidad, dispuesto a decir lo justo, pero nada más, y nada menos, de algo de lo que se de vosotros, en este día, en esta hora en este exacto segundo, que ha puesto una espada de fuego de la mitad del reloj de mi corazón, de mi emoción y de mi sentimiento.

Me tenéis traspasado de alegría. Me tenéis, herido de sorpresa. Me habéis dado la gloria de ser vuestro pregonero, gentes desconocidas y poderosas, gigantes de vuestra propia soledad y vuestro trabajo. Poetas de la tierra que os da la vida y os da la muerte. Mineros de La Unión, dicen ahora mismo, para que yo pueda levantar este pregón sin otra gracia que la de mi buena voluntad y la emoción de esta noche, todo lo que os sobra. Porque nada os falta, de lo que yo quisiera tener. Sois ricos, en la honestidad, en la mano abierta, en la amistad, en la pelea constante, en la supervivencia, en la lucha, en la verdad. Porque vosotros trabajáis en el corazón de la verdad misma. Venimos de la tierra y a la tierra volvemos y vosotros conocéis, profunda y llanamente su silencio. Yo os envidio, y os quiero, y os amo, y os proclamo. Gentes de La Unión, que buscáis vuestro futuro afanosamente, puramente, como aquí demostráis, tan cercados como andáis de miserias, falsedades y retóricas. Dios os bendiga otra vez y santa Maria del Rosario. Porque sin tregua, otra vez gritáis al mundo desde el fondo de la mina de vuestro Festival, este año otra vez, de nuevo, y con más fuerza que todos los demás años de este tiempo, que aquí estáis, aguantando, sintiendo, siendo, amando, queriendo, sobreviviendo.

Tengo el capazo, este capazo mío lleno de palabras minerales que os cuadren. Veréis: Bronco, patético, insólito, misterioso, hoguera, ascua profunda, río de letras de oro, soledad no compartida, llanto sobre el velador... ¿Dónde está la silla de ruedas de Cegarra, para que yo me siente, la silla de ruedas de aquel poeta que veía la noche constante, el día encendido, desde el cristal de su balcón de la pelea, sin nostalgia?. ¿Quién me presta a mí, herido y colosal, Asensio Sáez, que llenas de alegría lo que tocas, que inundas de estrellas machacadas la dura osamenta de tu tierra, que yo quiero que, de alguna forma, desde ahora mismo sea mía? ¿Quién me podría prestar a mí, sino tu, esas caras de Dolorosas de Juni, de aquellas mujeres del minero, traspasadas sobre su propia vida? Insólita Unión, desgarradora, poética, dramática, mágica, arrasada, triste...Fuera, fuera las palabras acuñadas. Yo proclamo aquí, en el revés de esta moneda que vosotros mismo al encontrar habéis acuñado a lo largo de muchos años de tarea y sacrificio. Yo proclamo aquí en el pórtico del XIII Festival del Cante de las Minas, un rostro nuevo en La Unión, sin la nostalgia dorada de los tiempos de la Nueva California... Una Nueva Unión, luminosa, limpia, clara, brillante trabajadora, en pie, mágica y angélica. Yo proclamo la dulce fidelidad de los molinos de viento que os cercan. Yo alimento aquí mi flauta pastoril y bucólica, para tomar como un fusil o como un ramo de rosas, como un bastón o un puñal, como un árbol de sombra o como una cintura femenina poderosa, vuestra guitarra sin mentiras. Y sin tregua yo envidio aquí, esa tarjeta de visita de Antonio Piñana Padre, que ha vuelto de la muerte hace poco, y que aquí se sienta suspirando por las dificultades de este arte vuestro, arte al cada día cercan y ponen trabas más malas y diversas. Deliciosos Jardines Mery, en los que os hablo. ¡Cuando me habían hablado de esta esquina, en el ring ya de mi pensamiento! Plantaré, un día, un día muy cercano, os lo juro, buscaré por entre el bosque de las tumbas de todos los cementerios mejicanos, un racimo de amapolas, al pie de la inscripción de la Satisfecha. Tengo en el alma, a veces,

mirad vuestra tierra, que no la veis quizá, de tanto amarla por dentro, el color ocre de un día de viento, el malva pálido, de aquel sol que se pone, el siena de un dulce cuadro de Watteau. Mineros y cantaores. Mineros escuchadores del cante, Mineros de las minas de La Unión. Sois tiernos y duros como vuestro mineral. Pero vuestra veta está fuera, al aire libre, bajo las estrellas, bajo el sol más duro. Conocéis la sonrisa y no despreciáis el piropo. Sobre vuestro escudo, que me hace temblar y me produce el escalofrío, hay cinco abejas laborantes sobre un campo de azules, y las espadas y los vastos y los oros y las copas del minero. Todos los talantes y los talentos de vuestro trabajo. Lauro Olmos, escritor teatral, vertebrado y puro... ahí tienes, gente y tema para tus últimos actos del drama. Pepe Martín recuerda, que nos acompaña, paisano mío y que bajaste de tus claustros de Salamanca... ¡que duro el mineral de nuestra Granada, y aquí que a flor de piel, que lo tenéis! Aquí nada es falso, todo es verdadero. Muerde como yo muerdo el metal de esta onza, de esta moneda que nos dan en estas noches, a partir de hoy y desde hace ya trece años. Veras que tiene un sabor a espuela, a espuela de hombre sin caballo, a espuela de caballeros sin silla de montar. Veremos, que aquí, es verdad lo escrito: “El Cante se hace sangre, y se hace muerte, y se hace amor, y alegría, y con pan y algo, y todo lo que tengo es tuyo, y la penita de calcañar, y la blandura de mi lagrima, y un pañuelo para guardar la pena, y la pena, y la comida, y la única joya de casamiento, y hasta el último puñado de ceniza, de los huesos finales”.

Esta es una tierra hijos míos, les diré mañana mismo, a mis hijos, en la que tu padre se cubrió de amigos y de luna. Esta es una tierra hijos míos, que tuvo noches de fango y de martirio. Pero es una tierra que siempre se levanta a pesar de todo, que siempre crece, que se multiplica... esta es una tierra, hecha por hombres que no son de esta tierra. ¿De qué planeta sois, que no conocéis la mentira que nos rodea? .Gracias, porque me ofrecéis, un cuadro de la Santa Cena, patético, íntimo, desnudo, doloroso y total... incompleto en el mundo en que vivimos. Gracias, porque me dais con vuestro puñetazo mineral en la mitad de la frente, al mostrarme que en esta reunión de hombres, la única en el mundo, no hay un solo judas...

Como las hermosas palabras de Pascual García Mateos de anoche que me hablaron de Sir. Y yo digo, que eso es verdad. Que aquí lo proclamo. Soledad de la mina y el minero. Tropezar con ese muro constante que hay que horadar. La mina es la vida, yo os lo digo. Cantar por bajo, cantar por lato, romper el viento de todos los molinos salineros romper todos los cristales de todos los vasos, en todas las estanterías de todas las tabernas de la tierra. Ser trovero, cantando. Responder a las preguntas en verso de la vida. Preguntas tan duras y tan terribles. Como esa del amor, de la fidelidad, del hambre, de la miseria, de la gloria y de la esperanza. ¡Qué hermosas palabras llenan mi boca esta noche. Veréis, no es la primera vez que las escribo, no es la primera vez que las digo... pero aquí me suenan de otra forma más profundamente. La Unión, tierra minera y cantaora... tengo un sabor de metal en mi paladar. García Valdés dijo: Una copla y una copa, esa es toda su existencia... copa de vino y de amargura, copa de ayer y de hoy, copla de siempre.

¿Y nada más?. Y nada menos. Dejadme decir Jorquera y Marín, y taberna de la habanera. Y Roma, Y Fenicia, Y Carthago. Cuando viaje por esos mundos de Dios y del diablo, yo iré gritando muchas cosas que esta noche aquí pregonando. Hablaré de vosotros, que os mantenéis incontaminados, en medio de tanta basura. Hay otros escombros, hay otras lajas, más de las que vosotros aquí dejáis a un lado. Hay otras turbas que nada valen, otros vertederos cubiertos por otras ratas y otras tristezas. Yo os digo, con una mano sobre este misal abierto a vuestra verdad en esta noche de misa que no permitiré las mentiras. El año que viene hará cincuenta años, que esto empezó a declinar la estrella de La Unión, lo dicen los libros de ahora... ¿A declinar qué estrella? Mentira, estáis empezando a limpiar con el dorso de vuestra mano sucia y dura, con la trajináis la tierra y arcaizáis a los vuestros, con la maneáis el marro y la baraja, la rubia cabeza del hijo y la arcilla del muerto... estáis empezando a sacar otra vez el lucero de boreal, que ahí reluce de vuestro futuro. Buscando los minerales geológicos, habéis encontrado el oro, los metales ricos, de vuestro espíritu. Reventáis cada día las galerías de vuestra propia superación. Derrumbáis, como en una fabulosa hecatombe exterior, lo que os envuelve, para morir y resucitar cada mañana. ¡Qué cosas haces y que cosas te han dicho La Unión! Pueblo fuera del orden de todos los pueblos de España... Esqueleto del Far West, tierra solar, en esta tierra. Por eso veo desde aquí a Polibio envuelto en una clámide de púrpura, sentado en esa silla. Y los tres enviados especiales de Salomón. Cuando vuelva a Jerusalén, buscaré las últimas columnas del templo, por ver si hay que habrá, un nombre vuestro, de algún abuelo vuestro, grabado en una lámina de plata, o al pie de una columna de oro. Porque yo quiero ser partidario, como sois vosotros. Tiene para mí, esa palabra, en este umbral del cante de las minas, el abrazo y el respiro, el atarse por la cintura, y el ponerse hombro con hombro entre las sombras. En este mundo que ahora se tambalea, y se disgrega, y se desmorona y se llena de gritos, yo quiero ser partidario, de una partida vuestra, porque me apuntala a los hombres de mi tiempo, que quiero que sean mis hermanos y no mi víctimas. Mis compañeros y no mis verdugos ¡qué bien sueña aquí Miguel esta noche, la palabra compañero! Compañero del alma compañero... Hermanos del Garbanzal, hermanas de Herrerías, pico y pala de la vida, Lámpara Minera... de esta oscuridad...

Sulfuro, hierro, cobres, calaminas, blendas y galenas... plomos platas viejas... Andrés Cegarra, escribía a través de su universo redondo, dos ruedas nada más, lo que había más que en el fondo de la mina, en vuestra voz, en el zaguán de vuestra vida misma... Dejadme que yo encienda en esta noche la Lámpara de la palabra, al pie del Cristo de los Mineros, que ya siempre viajará conmigo. Dejad que yo señale con un mojón de piedra dura encontrada, mi agotadora tarea estúpida, absurda y triste caminante. En mi sendero hay muy pocas señales kilométricas. ¿Para qué quiero yo subir a la luna, como quería ayer, después de haberos conocido en los senderos aquí dentro de la mitad de esta plaza? ¿Para que pretendo yo matar el elefante, en la gran sabana, este último verano, después de haberos visto supervivientes del safari de la vida?

¿Para qué quiero yo ser cazador, si me habéis cazado en el hondo negro y humano agujero de vuestra mina interior?

Esta es una tierra de muerte, mucha muerte y de vida mucha vida. Lo escribió Asensio Sáez. Como hace unos años, Jaime Campmany, que conoce los veneros generales de la mejor prosa mejor que nadie. ¡Os han dicho tantas veces, tantas cosas distintas a las demás que se escuchan por ahí!...¡ y gracias por habernos hecho padrinos...

Yo, pregonero. Modesta, sencillamente, que va a empezar, pero lo digo fuertemente, sonoramente, el trece Festival del Cante de las Minas. Y quiero rodeado de todos los ángeles y los duendes los diablos y los dioses del Cante, congregar esta noche de agosto, a todos los que sepan decir, algo sobre el particular, en voz alta y bien dicha, a todos los que aún quedan por el mundo de las sombras, capaces de levantar un monumento a la amistad constante, al amor tierno, al llanto salado, a la claridad que no se enturbia, a la pena que no se agota, al dolor que se remonta, a la raíz del suelo, a la esperanza, a la esperanza, a la esperanza, dejadme que diga trescientas sesenta y cinco veces, hasta el año que viene como suena la palabra Esperanza en vosotros, entre vosotros, desde el fondo de todos vosotros... dejadme que grite aquí, para que sepa, de este resplandor que emana esta fiesta que congrega al pueblo que sufre y que trabaja. Dejadme aquí que sea menos Larra y más miguel Hernández y busque los adjetivos que arrancan de los orígenes. Bien se yo, que de aquí salieron las flechas aquellas que Aníbal conquistó en triunfos. Bien se yo, que vuestros constantes cementerios renovados, y de la terrible noche de O tumba de octubre. Y de lo que dais, de lo mucho que dais, y de lo poco que pedís. Mejor lo dais todo, sin pedir nada, o a cambio de nada. Monte de Santi Espíritu calvario de tantos y monte de las tablas sagradas de muchos y monte de los olivos de otros y de la resurrección de las demás...

Alcalde Esteban Bernal, ¡qué gran idea la de aquella noche, en que se os partió el corazón en dos mitades al ver que la hiedra de lo falso, de lo débil, de lo sin importancia, iba anidando en la legítima alma de piedra entera de vuestro pueblo... Alcalde Antonio Sánchez Pérez, joven alcalde de hoy, ¡que gran idea, el de seguir multiplicando este Festival del pueblo!... Paco Conesa que buen cartel, tan digno, tan distinto, tan elegante y tan hondo!... Ay aquel trece de octubre de aquel 1961!... ¡Recuerda usted Maestro Piñana Padre como un elefante y duro Goya del campo de Cartagena. El Festival ya tiene historia.

De entonces acá, durante trece años, consecutivos, habéis abierto de par en par las puertas de vuestras casas, de esta ciudad de por si abiertas y encendida la ciudad de paso para mi hasta ayer, ciudad de raíz, para mi desde hoy. Porque habéis demostrado, otra vez, constantes, palabra sobre palabra, agujero sobre agujero, nacimiento sobre nacimiento, vida sobre vida, metal sobre metal, bordón sobre bordón, muerte sobre muerte, por encima de todas las vidas, de todos los desalientos y todas las muertes, que estáis enteros, y dispuestos. Y porque cada año abríis una nueva galería de este pozo de vuestro Festival. Y porque cada vez es más puro, entre otras razones porque el mundo es más pecador. Y porque lo que aquí reunís, bajo estas luces tan altas que nunca os

faltaran y que forman parte de vuestro patrimonio y vuestro tesoro y vuestra herencia, a los que como vosotros, entienden el submundo donde no crecen otras flores que las del zinc, la plata, el cobre, el níquel, el hierro... y por donde no corre otra sangre que la del minero.

Venid, bebed con migo este liso, mitad y mitad, calor y defensa, de lo que serán de lo que son mis palabras para vosotros. Comed de este higo de pala, que aquí os dejo, envuelto en este gran trapo a cuadros de mi cosecha. Me estoy sacando por deciros lo que quiero deciros. Vamos a ver... ¿Qué os diría, que nunca os dijeran, en esta noche? Os diría, que bien venidos a mi vida, porque sois seres humanos, todavía. Colecciono, ya os he dicho, cadáveres hermosos y cargados de alhajas, palabras huecas y bellas, dulces momias de azúcar y de porcelana. Colecciono postales en color de paisajes que fueron dibujados por Dios padre en un día de hastío y de abandono. Gracias por haber renovado las existencias de este reportero. Aquí están todos estos hombres de la gran galería de la historia de los cantes de La Unión, puestos en pie. ¿Para qué voy a dar nombres? ¿Para qué os voy a repetir lo todos los años os pregonan? Quiero, decir que Dios os hizo, en una larga noche de espanto y de fuerza, y de amor. Quiero deciros, Dios está rodeado, de gentes de las que aquí murieron, sobre un trono de granito. De granito y de trovo. Azcoaga ha dicho, ¡que coplas se hacen carne!. Y sangre y pus, y el incienso y la rima y la cuna y tumba!. Mineros de todo el mundo...salid de vuestros agujeros lejanos... mineros de las minas de diamantes de Sudáfrica, de los carbónales de Bélgica, de los Hierros de Yugoslavia, mineros de León, y de Bilbao, y de Rio Tinto, y de Cardona...

Mineros, que tenéis la piel del topo y el alma de la libélula. Arriba, arriba, a vuestros claros de la luz...salid a la superficie, llenad los ascensores y las rampas de ilusión, de antorchas...La Unión os llama, os congrega, os avisa, os grita y os reúne. Mirad este ejemplo, que aquí se da. La Mina, la mina pura, la voz aparece en los periódicos no para mancharse con la muerte de los que no han vuelto... sino para hablar de la vida de los que cantan, desde el ángulo de la pena, desde la esquina de la alegría. ¡Vosotros, mineros queden hablar donde el fondo de vuestra vida y no desde la angustia de vuestras muertes! .taranteros, cartageneros, mineros y también gentes que cantan al verdial, y la malagueña y la media Granaina y la rondeña, y la jabera... también tenéis vuestro sitio. Si el cante es pequeño cuando en un terreno grande... ¡cómo no va ser vuestro cante el más grande, si nace en un agujero tan pequeño!...

Todos tenéis aquí, sitio, mesa, mantel, una cama revuelta, la cuna caliente, algo humeante sobre el mantel de hule, un pedazo de tierra para después... esa foto antigua sobre el televisor...

Mineros, sois carne de la copla. Vosotros sois el romance mismo. En cada uno de vuestros suspiros hay un pellizco y una emoción que abrasa las venas, y un quiebro, y un misterio, y una verdad, y un cataclismo, y un milagro insoslayable. Poe eso sois importantes. Por lo que decís es vuestro, como lo es vuestro día y vuestra noche, vuestra escasa miseria y vuestro Domingo con la camisa planchada. Cuando sobre el paisaje comercial de las minas, se alarga una sombra de desgana, un desmayo... vosotros sacáis al aire de las cometas, arriba,

arriba el rico riquísimo, inagotable filón de vuestra cultura legítima, aquella que no se aprende en los libros sino en el trabajo, y la echáis a volar, ¿para que os voy ha dar los nombres que ya todos conocéis? Los cantaores viejos, los antiguos, la leyenda, los que se fueron y los que quedan, aquel niño que canto con calzón corto, y Jacinto Almadén al que yo conocí y me hablaba siempre de La Unión, como Canalejas en su sillita de los gorriones de Jaén, con un pedazo de queso en aceite... cuando me decía... el día que vayas a La Unión, veras cosa de la buena. Hay un Canalejas antes de La Unión, y otro después... como ese Rojo el Alpargatero del todos los versos hablan... y al que buscaré para que me cante por los cuartos del cielo... cuando suba si es que subo algún día...

Ya estáis aquí, otra vez, como todos los años, ¡Que suene vuestra voz, de barreno y de alhelí, por encima de todas las sangres, de todas las muertes, de todas las bombas, y las hecatombes de este mundo. ¡Que vuestra pequeña e íntima tragedia, apague las grandes tragedias de los grandes! ¡que vuestro mínimo y resplandeciente amor, oscurezca los de las grandes revistas ilustradas! Que lo que aquí vais a decir, cantando, sintiendo, llorando y riendo, hasta partiros, hasta que os hierba la sangre, hasta que se os quiebre el pulso, sea superior, como todos los años, a todo lo que por ahí se intenta decir, y se comenta. Que vuestro grito, blanco o negro, rojo o verde, azul o amarillo, con todos los colores minerales del mundo, apague y ahogue todos los gritos falsos, débiles, absurdos y estúpidos que por ahí se dicen. Y así tiene que ser, porque el vuestro nace en vosotros; y de vosotros, como el gran árbol, se alimenta. De vosotros bebe y por eso vive.

Eloísa Trillo Figueroa, madrina de estas noches de cante que ya están aquí, que ya llegan. Eres hija de un hombre que ama este campo de Cartagena y esta tierra. Erres hija de un hombre justo, que administra la justicia ahora lejos y cerca de aquí, en un lugar donde también en la justicia, en el derecho de los hombres que deben asemejarse al de Dios. Y alégrate, y siéntete orgullosa, de estar ahí, en ese trono, junto a la Reina de las Fiestas de este año, y sus damas. Madrina Eloísa Trillo Figueroa, busca para la garganta de tu vida un collar hecho con los metales que estos hombres van a extraer de la ruda cantera de su corazón todas las noches. Mírate en el espejo de azogue de cada una de las coplas que aquí van a decirse. Llena tus manos de los oros y las platas que aquí se van a gritar, aníllate tus dedos tus dedos de muchacha tan joven con este recuerdo imborrable. Jalona tu vida futura con estos días, con estas noches de emoción y de pueblo. Llénate la boca de esa agua limpia y constante que se llama pueblo. Pueblo. Pueblo. Pueblo...aprende este ejemplo de lealtad a sus principios, y de insobornable dedicación a sus adentros, de lo que La Unión ha hecho más que un Festival al año, una profesión de fe. A la vez que amadrinas a esta gente que van a cantar, que van a sentir, todas las noches de llanto y de alegría, recibe el claro y directo tributo de esa flor que solo nace en macetas del corazón. No hay otro sitio para verla crecer, tan despacio y tan fuertemente. Querida Eloísa, que en el fondo de tus hermosos ojos, en este invierno que viene, cuando ya esté suavemente dormido este recuerdo de hoy, veamos las estrellas de esta noche de La Unión, allá donde te encuentres y que en el fondo

de tu alma resuenen todas estas alegrías y estas penas, todas estas vidas que aquí se van abrir como los libros de las grades cosas. Y vosotros, compañeros del alma, mineros como yo, dad paso a todas las guitarras que llegan, a todas las voces que ya revientan por las cañerías del alma. ¿Cuántas veces os diré que Dios os bendiga?... Que suenen las hermosas palabras ya. Faca, llanto, negro blanco, alegría, dolor, madre, hija, sol, luna, lágrima, amor, carburo, risa, pena, vino. Sol, sombra, vida y muerte... ¡Que tomen asiento ya todos los ustedes de este tiempo flamenco! Yo, otra vez con un pie puesto en el estribo que me ha de llevar a Dios sabe dónde, mañana mismo, os digo, que me voy, pero me quedo, y que he querido que esto quede escrito, para que las palabras no se las lleve el viento. Y que... mañana, y pasado mañana, y al otro, y al otro, y hasta el día en que se me pare el reloj de la vida, estaré aunque no esté, dentro de este cuarto grande de lo profundo, que es nuestra tierra, vuestra ciudad, y vuestro cante.

Desde aquí, desde el corazón de La Unión, en este tiempo en que todo se para, yo pregonó, y aviso, que se abre la puerta de la magia y del sentimiento. Venid todos, entrar todos los que queráis saber que el hombre sobrevive por encima de tantas trampas mortales. Saber de hombre desde su verdad inmaculada e inmarcitable. Escuchadlo, cantar, llorar, respirar, vivir, amar, y gemir.

Con la piel erizada, caliente como un hierro al fuego, hirviéndome toda la sangre en todas las placetas de mi alma, me gusta abrir de par en par, con esta llave de plomo de plomo y de duende, las sorprendentes noches del escalofrío...

Gracias, pueblo de La Unión, por haberme prestado la llave, siquiera una noche, esta noche. Volveré a dejarla mañana, sobre la espetera al amanecer de vuestra ciudad desde el aire... pero yo os juro, por esas estrellas que nos ven, que nadie podrá arrancarme de la palma de mi mano, la huella de luz y de esperanza, que la llave vuestra deja ardiendo en mí hasta mi origen.

Gracias, pueblo que me habéis dado la gran ocasión, de volver a creer en el hombre, como un hijo directo nacido del corazón amoroso y vivo de Dios.

Minaron su corazón,
Sus entrañas removieron,
Se llevaron su filón.
Pero arrancarle no pudieron:
El duende que hay en La Unión.
“Minera”

Veintidós son los concursantes que este año han venido al Festival Nacional del Cante de las Minas de La Unión para cantar los cantes mineros, e intentar hacerse con máximo galardón como es la Lámpara Minera:

Cantaores seleccionados:

- 1 .- Alfonso Conesa Meroño
- 2 .- Ángel Cegarra Cruz “conejo III”
- 3 .- Antonio Álvarez Aranda
- 4 .- Antonio Ferrer López “El Camionero”
- 5 .- Eleuterio Andreu Cano
- 6 .- Encarnación Fernández – Fernández
- 7 .- Enrique Orozco Fajardo
- 8 .- Félix Martínez “El Ferroviario”
- 9 .- Francisco Miralles Gonzales
- 10.-Francisco de Pula Luna Navarro “Curro Lucena”
- 11.-Francisco Salgueiro
- 12.-Francisco Solano García “El Cuco”
- 13.-Francisco Vega López “Curro Vega”
- 14.-Juan Jiménez Martínez “El Macareno”
- 15.-Juan Rodríguez de Arcos
- 16.-Luís Pérez Cardoso “Luí de Córdoba”
- 17.-Manuel Ávila Rodríguez “Manolo Ávila”
- 18.-Manuel Celestino Cobos “Cobitos”
- 19.-Manuel Montilla Moya “El Chaparro”
- 20.-Miguel Caparros Martínez
- 21.-Miguel Mariscal Barbero
- 22.-Rafael Gabarre Montoya

De los veintidós Cantaores seleccionados, dieciséis pasan a la final, de los cuales doce obtienen premio incluyendo los premios locales y el premio al cantaor más joven.

A altas horas de la madrugada, siendo las 3,25 horas es cuando los presentadores del Festival se disponen a dar lectura al fallo del jurado clasificador, lanzando a los cuatro vientos el primer premio de mineras y el Trofeo Lámpara Minera al cantaor Luís Pérez Cardoso “Luís de Córdoba”, con tan solo veintisiete años y un porvenir de oro como después ha podido demostrar, consiguiendo en esta jornada el primer premio de Cartagenas y el primer premio de cante andaluz, estuvo acompañado a la guitarra de Antonio Piñana (Hijo), primer premio de tarantas al cantaor de Orihuela Antonio Ferrer López “El Camionero” y segundo de cante andaluz al cantaor Manuel Montilla Moya “El Chaparro”, los premios locales Macareno, Manuel Ávila, Miguel Caparros y Encarnación Fernández y ángel Cegarra. Finalmente Curro Lucena obtiene el premio especial al cantaor más joven.

El premio de prensa y Radio, sobre el tema La Unión y el cante de las minas se adjudican a Juan de Dios Ramírez Heredia. La minera que sigue,

original del poeta Francisco Salgueiro, obtiene el premio a la mejor letra inédita interpretada en el Festival:

Dos cosas hay que saber
Pa cantar bien por minera:
Primero, lo que es querer
Y segundo, compañera,
La ciencia del padecer.

El jurado estuvo compuesto por los siguientes señores

- 1 .- Antonio Sánchez Pérez, como presidente del jurado
- 2 .- Diego Granados García
- 3 .- Eduardo Bonet Molina
- 4 .- Fernando Lastra Sánchez
- 5 .- Francisco Conesa Baños
- 6 .- José Orihuela Águila
- 7 .- Vicente Asensio Mochales

- 8 .- Ginés Jorquera Mínguez como Secretario del jurado

LA UNION

XIV FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS

DIAS 13 AL 18 DE AGOSTO DE 1974
FESTIVALES DE ESPAÑA



Pocas semanas antes del XIV Festival Nacional del Cante de las Minas. La Unión proclama oficialmente la XIV edición del Festival que se amplía a seis jornadas del 12 al 18 de agosto de su ya famoso certamen en La Diputación Provincial de Murcia, presentándose en el brillante acto el cartel anunciador ilustración de Inmaculada Soto, galardonado en el concurso Nacional de Carteles del Festival Nacional del Cante de las Minas, convocado por primera vez este año.

El pregón del XIV Festival Nacional del Cante de las Minas fue el **Fernando Sánchez Creu**, no nos ha sido posible transcribirlo por motivos ajenos a mi voluntad, por no haber archivo del mismo, pero voy a recabar algo de lo pronunciado por él del libro de Asensio Sáez Crónicas del Festival.

Habría que estar de acuerdo con los que opinan que La Unión no necesita pregoneros, ya que se pregonan ella misma en su ser y en su cante – proclama Fernando Sánchez Creu, palabras que se quedan cortas, cuando se quiere expresar de viva voz o por escrito ese fenómeno que en este costado de España que han producido la conjunción de una tierra milenaria y millonaria a un tiempo, de unos hombres forjados en la dura y arriesgada tarea de horadarla, hasta sacarle las tripas fuera, y a la puerta en el aire de dos riquezas, la mineral y esa otra cultural que es la copla viva que brota en los entresijos del alma.

Define luego el pregonero del Festival como lugar de encuentro entre generaciones, entre clases, entre pueblos, entre nacionalidades. Cuando cuesta tanto acercar el arte para todos, y el espectáculo y el ocio se diversifican en vanguardia para contestatarios, resulta sobrecogedor comprobar aquí que, al conjuro del arte y pese a la incomodidad de las sillas de tijera de estos inolvidables Jardines Mery, comparecen en ellos las gentes más dispares y variopintas, de toda edad, procedencia y condición, dispuestas a vibrar, a aplaudir o a discrepar, pero de cualquier modo, a participar en la magia y el encanto del Festival.

Lo que he podido recoger de D. Fernando Sánchez Creu, Abogado, nació en 1924, en Barcelona, Secretario Técnico Sindical, procede del Frente de Juventudes de Murcia, donde desempeñó diversos cargos sindicales y laborales. Fue nombrado Director de Mutualismo Laboral y desempeñó la Secretaría del Congreso Sindical Nacional, director del Centro de Enseñanzas del Instituto de Estudios Sindicales; participó en la elaboración de la Ley Sindical. Procurador Sindical en la X legislatura. Fue Director General de Planificación Social y Secretario General Técnico del Ministerio de Trabajo. Retirado a su vida privada, se ocupó en la consultoría de empresas. Pertenece a "Plataforma 2003"

Este año se ha convocado un concurso destinado a premiar la mejor letra de Mineras, con el patrocinio de la familia de Andrés Cegarra Salcedo.

Antonio Mairena invitado de honor en el Festival

FESTIVALES DE ESPAÑA **LA UNION**

10 al 17 de agosto, 1975



XV FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS

Cartel del XV Festival Nacional del Cante de las Minas

Pregón del XV Festival Nacional del Cante de las Minas

Joaquín Esteban Mompeán

Madrina del Festival, Reina y damas, señoras y señores.

La formidable arquitectura del Festival y la brillante tradición de los que han sido sus pregoneros, condicionan doblemente las limitaciones de quien es esta XV edición recibe el honroso encargo de pronunciar su convocatoria.

Confío en vosotras madrina y reina, porque me habéis de otorgar y os lo pido con corazón vuestra licencia y vuestra inspiración porque ambas cosas andaré muy necesitado en esta empresa.

La licencia me la has de conceder tú reina porque al ceñir la corona hemos de obedecerte e invoco madrina tu inspiración, porque como hadas de encantadoras empresas viene a perfumar con tu madrinazgo esta manifestación de la riqueza cultural de estas gentes y de este pueblo que a todos, diría yo que nos envuelve como en un celaje de misterio.

Hay misterio en su montaña árida y misterio en su tierra calcinada. Hay misterio en la explosión de luz de su sol y por contraste, misterio en la noche enlutada como la tragedia que ocurre bajo la mina. Hay misterio en el sol y en el día radiante como la pasión del corazón. Hay misterio en su paisaje como un cáliz bravío que como sombras fantasmales, cobran vida y se adelantan y parece que nos envuelve a todos en un torbellino ebrio de alucinación.

Hay lugares a los que se va y lugares de los que viene, pero La Unión, amigos, el que llega se transforma y queda o es que nunca ha llegado a La Unión. Esto quizás vino a significar sin pretenderlo, la propia palabra con que se dio nombre a este lugar, porque La Unión, conlleva siempre la idea de permanencia y de continuidad.

Cuando en el año 1859 las diputaciones de Roche y de Portmán de Herrerías y del Garbanzal se segregaron de Cartagena para constituir un municipio independiente del que pronto, la obra de Milán del Bosch se gesta la fusión de Herrerías y del Garbanzal en pugna con el nombre de La Unión, pienso que se gesta con este bautismo la realidad más señera que caracteriza a estos hombres de La Unión. Esa pronta que deja y que marca huella y que nace en el crisol del corazón donde para siempre dejó junto Dios estas dos verdades. Las verdades del dolor y la verdad del amor. Juntas inseparablemente unidas porque las unió Dios. Que dos verdades amigos para recordarlas y para contarlas en La Unión. Dolor y amor de las tierras de La Unión.

La Unión ha sido siempre obra de una acción y cuando toda la acción es vida y cuando toda la vida misma es del hombre su propia acción todos sus movimientos adquieren un matiz generador absolvente y eliminador.

Si pudiera decirse que alguna filosofía os conviene habríamos de hablar de un vitalismo unionense que se construye no tanto sobre categorías de razón como el ritmo existencial que impulsa o que termina con la vida. Porque de ambas cosas vosotros sois actores y testigos de excepción.

La Unión tiene su propia filosofía, es tierra de músicas y de armonías. Es tierra de poetas de la repentización, pero alguien con autoridad para hacerlo hace un año, desde este mismo lugar, os bautizó con un nombre insigne: sois los beatos del cante, beatos del cante sois porque amigos, la tierra que pisáis es tierra sagrada, es campo de religión. Por eso por eso el cante palabra ante la que hay que descubrir el alma es como el gemido de un cirio encendido en el ara del corazón y para esa ara del cante santo aquí en La Unión habéis construido su altar.

Ayer en un pasado que está lejano y cerca, cantaban vuestros hombres en cima de la tierra que era al mismo tiempo lugar de trabajo, iglesia y cementerio también y con un aliento espiritual cantaban las mineras, poniendo en ellos un modo de rezar cuando de ellos salían las notas de su cantar.

No es necesario la tierra virgen y el agua para que crezcan flores y rosaledas, hay sequedades que engendran florestas bellísimas como esas que canta la engloba y la rima cadenciosa de la más lírica inspiración. Quizás vuestros cantes pudieran definirse como aquellos tan distintos en estética y en dimensión de Rubén Darío “Cantos de vida y de esperanza”. Porque en La Unión es donde los hombres viven para esperar y donde los hombres esperan para vivir.

Beatos del cante sois y por eso yo en esta plaza agosteña desde la cumbre del “Cabezo Rajao” y del “Cabezo Agudo” baja hasta el Festival la voz de los siglos y que entona y canta para vosotros un especial sermón de la montaña con la bienaventuranza de vuestra gloria.

Bienaventurados sois los que cantáis. Porque tenéis vivas las entrañas. Bienaventuradas es vuestra voz y vuestra palabra, porque es el lenguaje del corazón

Bienaventurado el cante y las manos que os acompañan.

Bienaventurados los cantaores a los que La Unión de cita de todas las tierras de España, porque nos transmitís las melodías profundas, los matices sonoros de riqueza plástica a los aires de la Minera, de la Taranta y de la Cartagenera.

Bienaventuradas son las estrellas de vuestro cielo, bienaventuradas las arenas de vuestro mar, ahí el viejo Portmán, las arenas olvidadas de tu playa. Bienaventuradas las estrellas de vuestro cielo porque os alumbran como carburos de plata, bienaventuradas las arenas del viejo Portmán, porque espera la llegada del día en que no sean arenas sepultadas.

Bienaventurados son vuestros días y vuestras noches, bienaventurados los días porque conocen del sol que abrasa, bienaventuradas las noches de La Unión que se suceden en calma.

Bienaventurados sean los cantaores y los troveros, bienaventurados sean los artistas de la guitarra, bienaventurados los que tejen cuartetos y quintillas al hilo de la palabra. Bienaventurados los que con sus manos en la guitarra perfilan también las notas del alma.

Bienaventurados por todos los siglos de los siglos vosotros hombres de esta tierra y sobre todo ellos, vosotras, mujeres de la tierra del trovo y del cante

del alma, porque por estos hombres dais la vida, la voz de los siglos por siempre os llama bienaventurados.

Decía que hay lugares a los que se va, lugares de los que se viene y lugares donde nos quedamos y en La Unión, amigos, es donde nos vamos a quedar. Nos quedamos en La Unión unidos como una sola carne, prendidos como una sola flor, fundidos como una sola tierra. Nos quedamos unidos como una sola carne que santifica el matrimonio de la luz con el amor. Nos quedamos prendidos como una sola flor en cuyo tallo se hermanan el color y las espinas porque no hay germinación sin que el dolor preceda a los frutos del amor. Y nos quedamos, también fundidos como una sola tierra, la madre tierra de la que el hombre viene a la que el hombre va. La madre tierra en la que ha vivido el minero, en la que lo transita, de cuyas entrañas saca las riquezas que hay en el fondo del corazón. La madre tierra también a la que vuelve después de haberla pisado y de haberla besado con pasión.

Pero yo vengo, amigos de La Unión, vengo desde otras tierras y desde otro lugar, de otro lugar que es huerto de flor, de otro lugar que es sintonía de aromas, de luz y perfume. De una tierra también las aguas cantan en acequias acarician las arenas, las flores, las plantas y los verdes cañaverales.

Vengo de una tierra que se viste con un manto de terciopelo verde y que se perfuma de azahar, y para llegar hasta vosotros he ascendido hoy desde ella, y la lleno espaciosa del campo de Cartagena, presente la tierra virgen que espera ya gozosa de otras aguas abundantes y frescas. Tierra donde los almendros todos los años hacen el milagro de florecer en una anticipada primavera y unos pequeños y viejos molinos de viento con velas blancas como las de las naves de esa mar cercana y pequeña.

Pero a La Unión amigos hay que llegar desprovistos de estas alforjas, porque La Unión tiene sus propias e intransferibles alforjas para la poesía.

La Unión ha vivido siempre ligada a una dimensión telúrica, que le hace buscar el fondo de la tierra su propia constancia y personal recreación, y bien comprenderéis que en esta hora de la evocación y de los recuerdos, no puedo yo bucear en vuestra historia. Sería una pretensión vana que me haría como eco y repetición de todas aquellas personas que han dedicado a La Unión sus mejores consagraciones. Suma ya, una abundante bibliografía que enriquece el acervo de vuestra cultura local dedicada a vuestra historia, el cante y a esa forma tan singular de la poesía que es el trovo.

Permitidme en cambio amigos una cita de excepción, Asensio Sáez García, escritor brillante, investigador profundo, alma de poeta, verdadero descubridor con sus naves literarias de este nuevo mundo que es La Unión.

Pero aún así, con estas salvedades, tampoco podemos omitir el recuerdo de aquella época dorada, “Nuevo Eldorado” se llamó La Unión que hizo de esta ciudad en frase, que venía a decir que es el símbolo y representación, Amador de los Ríos, símbolo y representación de las edades y de los progresos modernos. Eran los tiempos grandes para el cante grande de La Unión, eran los tiempos de la edad de Oro de la trove ría.

Pero amigos, si no pueden venir todas las citas al recuerdo, pensad que en este momento quizás superando el pronunciamiento que yo pueda hacer, en la noche de los tiempos se repite un gran y magno Festival en la que vuelven a sonar las voces de aquellos grandes cantores como el Rojo el Alpargatero, como Conchita la Peñaranda, como Chilares, como Paco el Herrero, Romano el Pelma, y Enrique el de los Vidales, etc.

Cantaores que legan a través de tantas generaciones a ligarse con las grandes figuras colosales de nuestros días, con Antonio Piñana, con Eleuterio Andréu, con Pencho Cros, con estos nombres cantando a la guitarra de Antonio Piñana y Antonio Fernández.

Generaciones y generaciones de cantaores que han hecho de este cante una forma del pensamiento y del habla de La Unión, que han hecho mantener viva una tradición del cante, con sus raíces populares más profundas, quizás como dijo Pedrel, unidos a otros cantes de matiz árabe o como escribiera Falla quizás ligados a unos orígenes de la litigia bizantina de la iglesia. Y junto a vuestro cante de trove ría, ese modo singular de la poesía vuestra que no guarda conexión quizás con otros ejemplos similares dentro de la patria. Pero también aquí tengo que omitir la relación interminable de aquellos que han brillado en esta forma literaria.

Trovar ha dicho un gran trovero vuestro.

Trovar es saber unir
El verbo y la inspiración,
Saber pensar y sentir
Y en un bello crisol
Fundir pensamiento y corazón.

Y viene al recuerdo aquellos grandes troveros como José María Marín, como José Castillo, El Minero como el Morato, y estas figuras de ahora como Ballesta, Ángel Roca o Pedro Cantares.

Os decía y repito que me habéis de perdonar las omisiones porque no pueden estar todos ellos en la cita improvisada de mi palabra, pero si quedan y están todos en el recuerdo de la mente y en el afecto del corazón. Quizás hubiera que levantar en La Unión un monumento al cante y a los troveros, para que todos, cantaores y troveros, los conocidos y los héroes anónimos dejaran escritos su nombre y su memoria para toda la posteridad. Y ya desde ahora, como si me fuera dado utilizar poderes de dramaturgo desde las orillas de mi río, el viejo Thader al que llamamos Segura, os traigo amigos para vuestra corona el mito de la inmortalidad.

Pero para mí y si mi juicio no es certero, habéis de perdonarlo a quien lo dice otorgándole por merced esta licencia literaria al pregonero. Lo más apasionante de vuestra historia, lo más apasionante de vuestro modo de ser, es la validez permanente y actualizada de su onda expansiva, es el poder por paradoja amigos, un pueblo que por ley no puede hablar de centurias, puede en cambio presumir de milenios, y si sobrecoge y la arqueología vuestra es solo un ejemplo

de muchos de la vida secular de este pueblo. Si sobrecoje la raíz milenaria de la riqueza de esta tierra sobre las que se asentaron y perfeccionaron las bases de vuestra cultura, sobrecoje todavía más cuando sentimos en el alma y en el cuerpo ese ayer vuestro, porque es eterno no ha muerto y vive en nuestros días, vive en la hora presente, serán otras y diferentes los modos, pero es único el espíritu, el único espíritu posible, el espíritu que hizo posible a La Unión.

La Unión que viene de aquella vieja Iluro, nacida del tan vasto incendio que hasta la tierra ardió. La Unión de ayer, La Unión de hoy, la Unión de siempre. La Unión que linda con otras tierras y que linda con el mar. Pero amigos con linderos de superficie, un tercer lindero nuestro llega hasta el cielo por donde el cante y el trovo pueden volar, pero en La Unión prevalece un cuarto lindero, la tierra honda, la tierra profunda, la catedral sumergida, la tierra que nace y brota de sus entrañas, la tierra que no se cubre con el verdor, la tierra que no se adorna con una flor ni que se perfuma con el azahar, la tierra que quizás únicamente se viste con una nube de polvo con niebla, con brumas, las únicas túnicas blancas pudorosas que luce en sus nupcias con el sol.

Ángel Oliver ha escrito que España empieza en el Mediterráneo, que empieza por el Mediterráneo porque del mediterráneo vinimos y del Mediterráneo vinieron dice aquellas tres grandes cosas sobre las que se asienta toda la cultura de occidente: la filosofía de los griegos, el derecho de Roma y la religión de Israel.

Yo no pretendo amigos, caer en un maximalismo histórico que me haga afirmar que el Mediterráneo de España empieza precisamente por este lugar, traigo la cita para hacer esta afirmación: ésta tierra vuestra, síntesis de una cultura de siglos no enlaza, cabalga sobre las olas del Mare Nostrum y perfumada con su espuma, con las viejas culturas de Grecia y Roma y también con la de Carthago.

Pero aquí ha permanecido una tradición en el sentido que afirma que la tradición es sustancia de la historia que va más allá y que perdura de una etapa que se refiere a una actividad mercantil explotadora de las riquezas de una tierra.

Esta es fundamentalmente la característica de La Unión. La Unión que quizás ha vivido y ha permanecido por su fe y quizás por esta fe en el ayer, en el hoy y en el mañana a La Unión se le abren todos los caminos a la esperanza. Incluso a esa esperanza que cantaba Andrés Cegarra Salcedo cuando decía:

“Creer, crecer siempre hasta que corte la
Montaña, para acercarse al mar”.

Y mirar amigos, como la escenografía de esta XV edición del Festival Nacional del Cante de las Minas esta precisamente consignado a este tema: La Mina y el mar. Tenemos que cantar al mar por el que vinieron tantas cosas, tenemos que cantar al mar por el que también tantas cosas se fueron. Un canto al mar que es una llamada en oleaje a la esperanza, un canto al mar que es también un canto al amor o un canto al juventud y cantaremos en este Festival al mar nuestro, al Mare Nostrum, a ese mar del que estas noches estoy seguro que suspiran sus mejores sirenas y enmudecidas higuellas, aprenderán de este

Festival nuevos cantes y nuevas letras. Y de ese mar sus brisas aprenderán también a rizar sus olas a base de notas y de cuerdas de guitarra y a los archivos marinos de ese mar donde se custodia las dialécticas cuartetas de nuestros mejores trovos.

Un canto al mar que es también un canto a la juventud que como decía antes el alcalde es la gran destinataria de este Festival.

La Unión canta a la juventud de primavera que no es mera ficción, sueño irreal o palabra sutil, sino tiempo de edad brillante esperanza cierta, poder de convocatoria, fuerza de creación. A vosotros jóvenes de La Unión el Festival os convida en este año con aires de Mineras, de Cartagenas, de Tarantas y del resto de los Cantes de Levante. Os convida y os llama para que seáis la esperanza a la que cantaba Cegarra Salcedo, para que seáis como el mar, la brisa, el agua, la gracia, la sal, el espíritu creador, la antorcha y el brazo que contiene y que se lleve a este pueblo nuestro por los cambios de gloria a que tanto tiene derecho.

Y que ha de ser así, prenda segura de que así ha de ser, nos la dais vosotras Reina y damas de La Unión. El pregonero tiene que rendir tributo de afecto, de consideración y respeto a la madrina, además de todo esto algo te vengo a contar y algo te vengo a pedir. Vosotras, reina y damas pertenecéis a una dinastía de belleza de este pueblo tan rico en dones como la limpia transparencia de vuestra juventud, y el pregonero por devoción, aunque obligación no tuviera, os rinde este tributo de admiración hacia vosotras. Testimonio de afecto, testimonio de comprensión y gratitud. Pero tú madrina además de todo esto, eres la inspiración, el aliento del Festival. Creo que nos traes con tu presencia aires universales, como universal es tu juventud y nos traes también, Magdalena, una brisa marinera especialmente nacida por ti en las riberas de tus dos Mares y bien contigo la graciosa silueta de las aves que jugando vuelan del uno al otro mar.

Te cantaran las aguas de tus dos mares, te cantaran las arenas doradas, la graciosa espuma que salta formando un cascabel. Te cantaran las estrellas del cielo, las amanecidas largas, las atardecidas de tu mar luminosas y tranquilas. Te cantaran los cantaores y cantaran tu nombre también los troveros. Te cantaremos, te cantamos y te canto yo la palabra con el afecto y con el corazón.

Eres digo la inspiración del Festival, eres también su quietud serena, limpia claridad de agua marina y de nácar. Desde tu mar a esta tierra y desde esta tierra a tu mar irán y vendrán estos días los cantes y las coplas de los troveros, te iluminarán las lámparas y los carburos de plata de las estrellas y un gran Festival llegará a todos los horizontes. Te recordarán estrofas nuevas y cuando un día, Magdalena, vuelvas a estas tierras a contemplar el Festival florecido, en una de sus ramas veras unas rosas blancas que esta noche por tu belleza han nacido.

Adiós Magdalena, pero
Que te venia a cantar y
Algo te vengo a pedir,
Te vengo a pedir algo:
Ven a la Unión a cantar.
Desde tu mar a la tierra,
Madrina del Festival,
La copla salta a la arena.
Ven a cantar y a rezar
En La Unión se queda tu altar
De madrina, Magdalena.

Veinticuatro son los cantaores que han sido seleccionados en la XV Edición del Festival Nacional del Cante de las Minas en sus tres días de concurso que son los siguientes:

Alfonso Conesa Meroño
Antonio Suarez Fernández
Cristóbal Guerrero Escalona
Diego Pérez Guillén
Encarnación Fernández y Fernández
Francisco Miralles González “Paco Osuna”
Francisco Vega López
Ildefonso Pinto Benjumea
José Vega Ruiz “Pepe San Lucas”
Juan Castro Jiménez “El Péti”
Juan Chacón Acosta
Juan A Fernández Escudero
Juan Gambero Martín
Juan Jiménez Martínez “Macareno”
Juan Navarro Cobos
Manuel Celestino Cobos “Cobitos”
Manuel Gómez Romero
Mari Carmen García Gallardo
Miguel Caparros Martínez
Petra Llanos Carballo
Rafael Gabarre Montoya
Rogelio Beltrán Domínguez “El Puebla”
Sebastián Contreras Reyes
Simón García Bermejo

Después de las dos fases de semifinales donde actúan los veinticuatro cantaores, solo trece cantaores quedan para la Final con

opción a premio, según el jurado calificador que está compuesto por siguientes señores:

Antonio Sánchez Pérez actuando como Presidente

Diego Granados García

Eduardo Bonet Molina

Fernando Lastra Sánchez

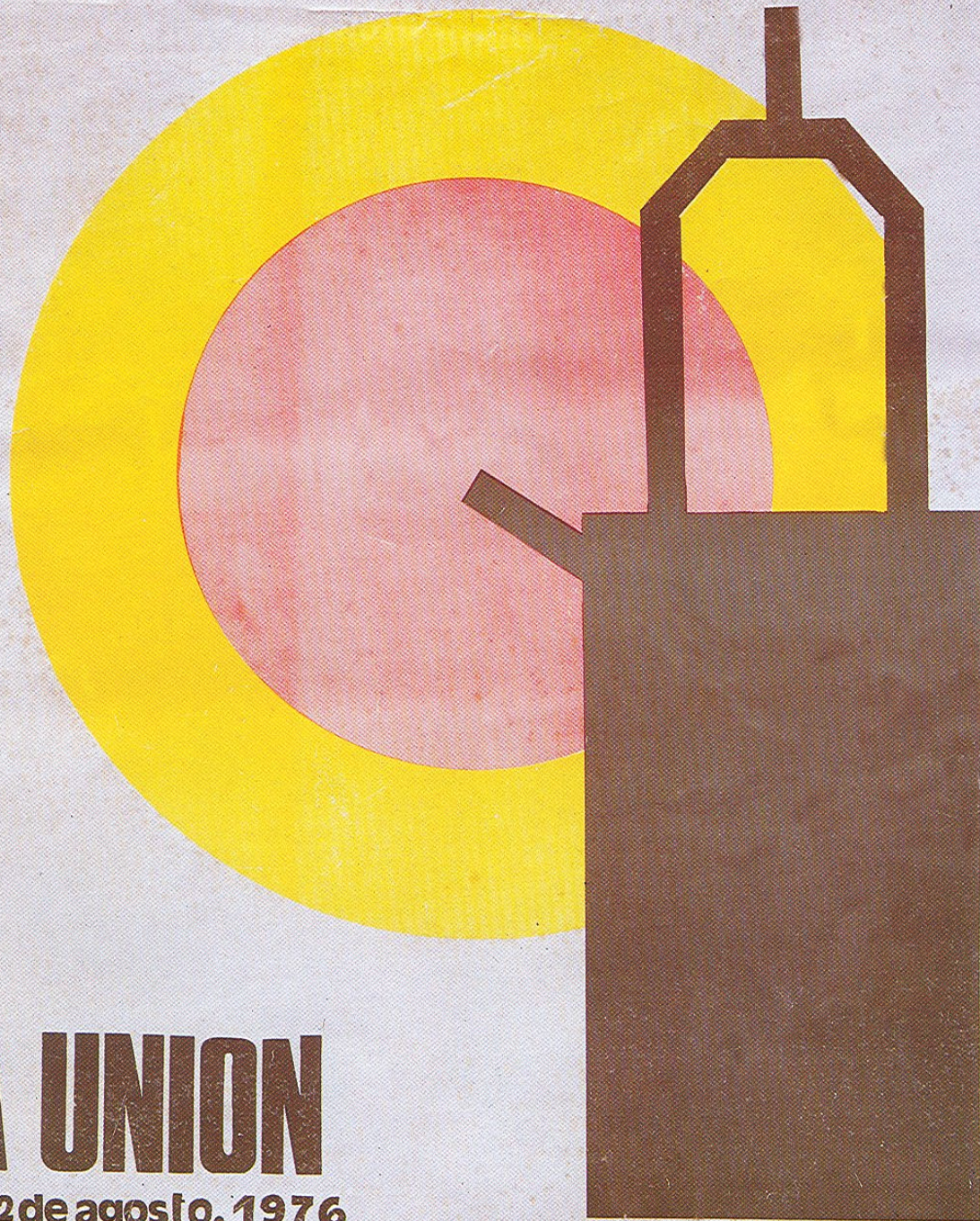
José Lucas Navajas

José Orihuela Águila

Vicente Asensio Mochales

Ginés Jorquera Mínguez actuando como secretario

FESTIVALES DE ESPAÑA



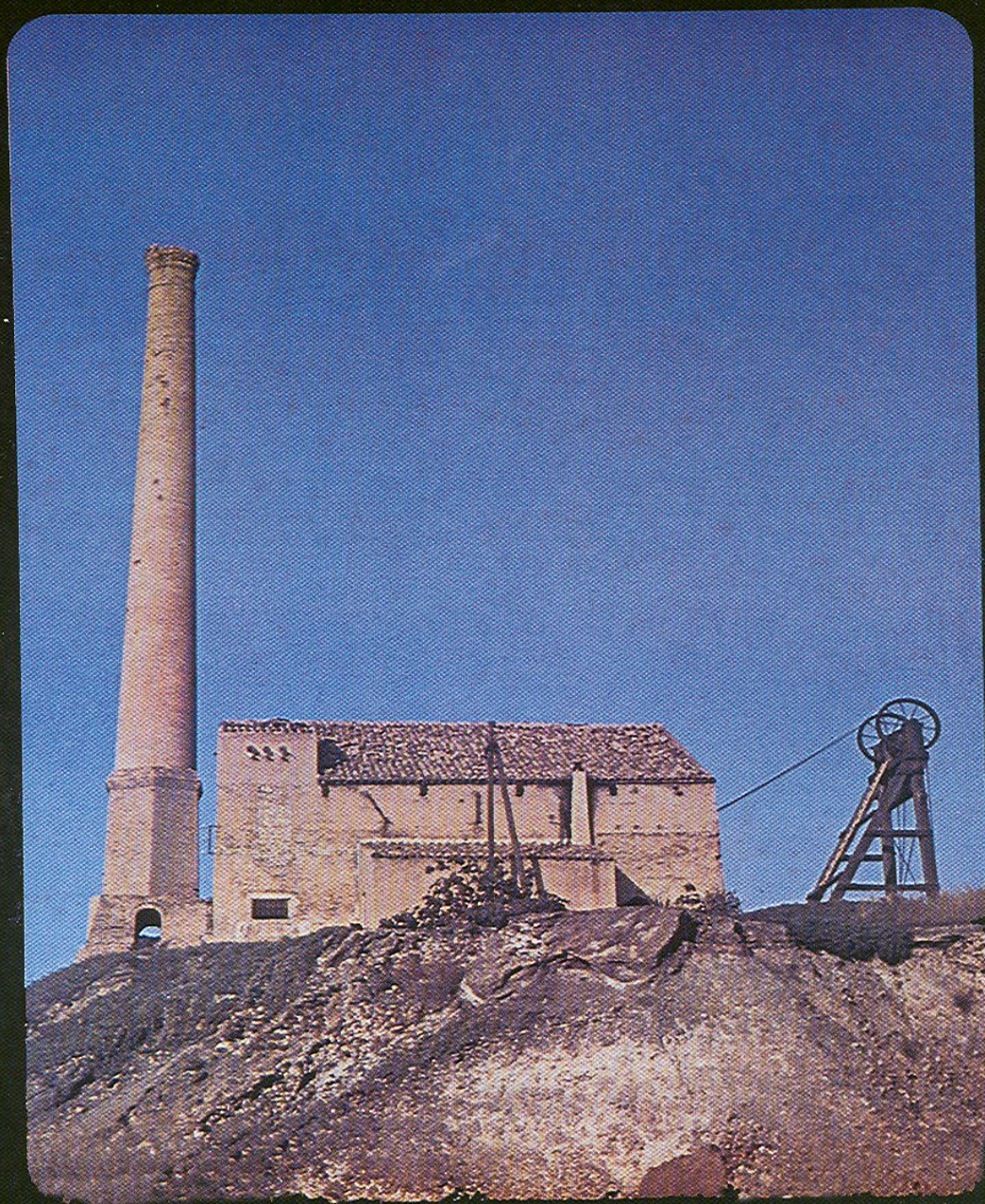
LA UNION

15 al 22 de agosto, 1976

**XVI FESTIVAL NACIONAL
DEL CANTE DE LAS MINAS**

Pregón de Federico Trillo Figueroa XVI Festival

FESTIVALES DE ESPAÑA 1977



LA UNION

XVII FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS DEL 15 AL 21 DE AGOSTO

Cartel del XVII Festival Nacional del Cante de las Minas 1977

Se abre el telón a golpe de timón de la decimo quinta edición del Festival Nacional del Cante de las Minas, por el señor Alcalde de La Unión D. Antonio Sánchez Pérez, para dar paso al pregonero, que posteriormente dará paso a la Velada Trovera, y a la Gala Flamenca, y el concurso del cante de las minas.

Pregón del XVII Festival Nacional del Cante de las Minas

Pedro Rodríguez

Mi joven señora,
Señor alcalde,
Varones de la Mina y del Cante,
Mujeres y hombres de la noble villa de La Unión

Vengo de muy lejos con la prisa de un trovero, a ganar el Festival mudo y moreno de vuestro viento y vuestra amistad; a robaros una copla, un vino y un abrazo; a deciros que me llamo barro aunque Pedro me llamen; a partir con vosotros mi alma y mi voz de hijo de labradores que soy; a cambiaros, poetas del Cabezo Alto, por un trovo, el pan oscuro y duro de mi prosa de papel.

Para atraer de nuevo en este Finisterre vuestro, yo solo puedo enseñaros en el cuenco de mi garganta la Taranta de mi nostalgia por una tierra desde la que, hace años, hube de decir con palabras de Miguel: “Adiós camaradas y amigos, despedidme del sol y de los trigos”. Dejadme, pues, hombres y mujeres de La Unión, desembarcar diez años después en vuestro continente y volver a pisar de puntillas, como se dejan pisar las fronteras, la piel de Portmán, la playa que tenía el alma blanca, y buscar a tientas las huellas del señor Santiago perdidas en el pequeño Sahara de Santa Lucía, y recitar como entonces las canteras con nombre de mujer y de santo, y, de aquella farola solitaria, como una paloma vieja herida, colgar mi rebelión por el tiempo en que los () nuestras grandes guerras y nuestras pequeñas paces, y ponerme en la solapa del alma mi tristeza porque “no tengo novia en Portmán, ni otra en Herrerías, ni con una me anochece ni con la otra me sale el día”.

Esta noche es, mi joven señora María José, noche de milagros, de Cartagena a Herrerías, y yo os pido, hombres de poema y de carburo, que miréis mi túnica de peregrino en la que se enredaron alguna vez un jirón de niebla gallega y un grito de Rosalía, y me prendáis un verso de puchuela, o vuestras llaves de centinelas del Mediterráneo de guardia permanente en las garitas de la blenda. Espantarme con un rasgueo de guitarra la copla negra de mi soledad para que sea yo capaz de mantener el aleteo de las mineras y el aliento de las cartageneras y pueda, aunque sea unos minutos, pregonar la fiesta, desesperadamente abrazado al talle de las barrancas.

Quiero enseñaros, señores del cante y de la mina, como se horada, como se vive, como se muere y como se canta. Quiero con el poeta del segura, “apartar la tierra parte a parte” porque aquí, en las cien gargantas redondas de las minas, se esta quejando España. Quiero, y os pido que llevéis a una nueva España hacia el mar que ya se adivina; que vosotros que abristeis esa puerta azul a los pueblos, las naves de sabidurías, nos descubráis de nuevo el Mediterráneo del pueblo, quiero que me llevéis a vuestro país de trovadores donde cada ola es un romance y cada viento, un lamento; sentarme en esta catedral del Cante, y que se me ponga el alma iluminada con la falda de Antonia la Cachavera; quiero aprender este increíble máster de juglaría y jugar por las colinas de blenda y copla y deciros, yo que vengo del silencio, que tenéis esta noche derecho al trovo, a la vida de la fiesta, a que La Unión sea la voz de una España ronca y tierra que solo canta y grita una vez al año. Quiero hermanos presentidos de siglos, comulgar con vosotros el polvo y el silencio, el fuego y la copla; el agua y el quejio; el cerro y la sal, la garganta y el barreno, el manganeso y el aurora; quiero que me llevéis a la ciudad de los poetas y me enseñéis a mojar el pan de mi amargura en el aceite de vuestra amistad, y que me digáis en que calle de Canales cataba Paco el Herrero en compañía de Chilares, el Rojo el Alpargatero y Enrique el de los Vidales.

Os traigo hasta aquí noticia de una raza de hombres enteros vivos, allá en el fondo de la gran mina de cemento y asfalto, a cuatrocientos kilómetros de vuestras guitarras y vuestras linternas. Que salimos un día de los ríos y los oteros y los valles, con poemas desplegados como banderas, y que ya no somos sino arboles petrificados, molinos de viento a los que han parado las aspas en una selva honda solo saben vivir los que aceptan colgar su alma en el almario. Algún día abrirán nuestros cerebros tapizados de musgo seco, y descubrirán circunvalaciones y circuitos nerviosos no creados por Dios, canalillos de fieras a la defensiva, de fieras domadas donde hierven y muerden un millón de cláxones, un millón de gritos, un millón de injurias, un millón de desprecios, un millón de cepos, el rugido de un zoco donde todo se compra menos el rocío. Hemos perdido el cante, el rumbo, la playa, el amanecer. Nos pidieron, poetas de La Unión, que arrojáramos los crisantemos y los sables, y la silicosis del cementerio se ha amotinado para siempre en nuestras sangres.

Yo os digo, poetas que habéis acampado esta noche junto al Cabezo Rajado, que tenéis que salir a por vosotros, y mandar patrullas de rescate a las minas desplomadas de nuestras ilusiones; que debáis bajar a apuntalar con guitarras las galerías oscuras de la política y el consumo; que llevéis hasta los semáforos y los rencores ésta eucaristía de agosto, el pan bendito del trovo repartido boca a boca. Id, troveros, allá donde la boca “nadie da un beso, el beso sabe a gloria revuelto en manganeso”. Id, al encuentro de todos los que alguna vez hemos buscado en la ardiente oscuridad una Minera, o una Cartagenera perdida en la galería de la pena madrileña. Debéis, poetas de La Unión, guardar esta vendimia de las copas de agosto y guardarlas amorosamente en las tabernas para cuando sea menester y los hombres del asfalto vengamos a pedíroslo con la pena de un ejercito vencido; cuando aprendamos otra vez en vuestra cátedra del

viento, a la luz del carburo, el hermoso oficio de juglares; cuando paguéis con Tarantas el rescate de quienes no tenemos amnistía para la nostalgia, “ni arboles que den sombra, ni sombra que preste aliento, llanura y siempre llanura, desierto y siempre desierto”. El pregonero convoca ahora mismo a los campeones del Festival para que disparen las cuerdas de sus guitarras hacia la tierra donde los hombres arrastran canciones mustias y duelen los callos del corazón; a que se den prisa los tartaneros y me lleven volando a La Unión que ha empezado el Festival del cante de los mineros; a que pongáis, marineros en tierra, proa al mar de Madrid y nos rescatéis de nuestros cien años de soledad. Que si la política, según Ortega, es una partida contra el tiempo, mostréis al mundo cómo la habéis ganado desde los azarbes y las barracas, desde la sed y la angustia, en los dos mil años que contemplan, desde lo alto de esas gachas las mil y una noche de vuestro cante.

Pero también os conjuro, unionenses para de declaréis de El Algar a Cabo de Palos, el alto el fuego, por un momento, de los trovos que nos gritan colgados del cuello diciendo adiós a este mes de agosto que huye hacia el mar. Para que nadie piense que esta tierra que me habéis prestado por una noche se nos quede en el tópic y en la tarjeta postal. Para que, al amanecer, volváis, volvamos, al pozo y al naranjo; al barco y a los libros, sabiendo que tenéis atrás a Polibio y a Estabón, miles de años que contarle al mundo, pero también siglos resplandecientes que construir desde ahora mismo. Para que lancéis a la cara de Europa el guante de vuestro trabajo y vuestros veinticuatro kilómetros de plata, sudor y viento; un desafío murciano y verde que llame con los nudillos de los picos en las puertas de los parlamentos donde tanto trovo se improvisa. Convocad, también, en una noche de novias como esta, codo con codo de los poetas, a los economistas, a los sabios, a los industriales, que vengan a cerrar las viejas heridas de la incomprensión, del olvido, de un lejano Este que no se resigna a la sed ni a la bruma ni al discurso, ni al zarpazo de los pozos, ni a ser margen del cuaderno de la patria. De una tierra labrada con picos y guitarras que ni quiere ser esquina, sino anden central y hospitalario al mar.

Yo os digo. varones de La Unión, que no puede haber en el mundo Cante más jondo que el que mama, a borbotones, de lo jondo de estos pozos, de lo jondo de estas penas, de lo jondo de vuestras esperanzas. Le tengo que pedir a ese ilustre minero de la Historia, a ese sabio guía de la literatura que se llama Asensio Sáez que lleve esta noche de ronda al fondo de la música y el duende; a las bodegas invisibles donde maduran los barriles de las viejas coplas, y la gran reserva del primer trovo de aquel emigrante, herido de y temblón por el cuchillo de la melancolía. Quiero, como periodista y como español, que me llevéis donde solía el Café Habanero, respirar el raro y hermoso aroma de la convivencia, y, con un anís de hiervas en la mano, me expliquéis, caballeros unidos de La Unión, la difícil lección del más hermoso nombre de pueblo español. Habéis de contarle al país como aquel primero de Enero encontrasteis el filón del más difícil y bello metal, quizás agotado ya para siempre: el de la ciudad. De cómo os pusisteis en pie, como los gladiadores de raza, a dentelladas con la historia y la derrota. Tenéis que bajarnos a las entrañas de una democracia que

descubristeis aquí por primera vez en España cuando abristeis de par en par las puertas de las colinas y las troneras pardas de los caminos del Sur para ingresarán en vuestra viejas sangres romanas las dinastías del cante y la aristocracia del carburo y los linajes del lamento.

No sé, señores del cante y de la mina, si todavía hay que entregar veinte mil dracmas al día para alguna nueva Roma, o si algún Salomón que se lleve la plata de vuestra alegría, o sin más allá de las terreras brillan otras rojas sangrías, pero os miro y os siento y os aseguro que ya sois algo más, mucho más, que un campamento de improvisadores; que no es verdad que sólo hay quien canta porque sus males espanta; que como guitarras sin cuerdas ya no se irá quedando La Unión; que ya seréis a la hora de la alborada, camino del pozo, un batallón de sombras, ni una escuadra hacia la muerte, ni una Santa Compañía de carburadores y trapico. Perdonarme la osadía, pero el pregonero se atrevería a deciros de parte del joven Rey de la joven España que preside en el amor y el honor esta noche, que ya aquí y ahora, el fin la justicia es como la guitarra de Federico:

Es inútil callarla
Es imposible callarla
Llora monótona
Como llora el agua
Como llora el viento,
En la nevada
Es imposible callarla.

Yo también, como Miguel, el poeta de la frontera, “a las aladas almas de las rosas del almendro de nata os quiero”, mujeres y hombres de La Unión, para que inventéis cada mañana colores nuevos en el paisaje eterno de Andrés Cegarra; para que algún día vuestros hijos no vallan a salir, como el Mío Cid, al “ciego sol, la sed y la fatiga”, para que peregrinéis con la fuerza de vuestro derecho de siglos a los despachos adonde no llega la Virgen del Rosario. Quiero regaros, en el año de la gran perdonanza, el cardo de la fe; en una tierra que no quiere dejarse anclar en la literatura ni venderse por un plato de piropos de una tierra violada por el viento y por la historia; que se niega cada noche en cada pozo a ser sólo tarjeta postal o ejemplo de que, como decía Camus, “la miseria al lado del mar parece esplendor”. Abrid aun más las bocas de vuestras almas y guardad un sitio en la cantera Emilia a esos labradores del buen aire que vienen dejando familias y recuerdos en el último vagón de una España que ya no es la del milagro. Devolver en versos las divisas e id, también a la reconquista de vuestro Ulises que han dejado estos huecos estremecidos en la calle Mayor, y no dejéis que os dispersen el viento. De un minero, de un murciano, de un trovero queda, como decía León Felipe, “un gesto, un ademan en el aire”, y os podéis reconocer, mirando a los ojos en una esquina sin sol de Fráncfort o de Bruselas, porque sois, unionenses, como aquel pueblo Griego de portadores de linternas que se identifican y se saludaban abriendo los pliegues de sus túnicas, bajo las cuales dormitaban, sus pequeñas, sus inmarchitables luces, y tenéis, que dijo el poeta, tanto derecho a la libertad como la tierra tiene árbol.

Ya no cantan los dieciséis cafés cantantes en La Unión; ya no es menester que “mal dolor les dé a los vales”, pero algo debiera aun temblar en el ruedo español a esa hora de los clarines del amanecer cuando hacen el paseíllo hasta el pozo, tocados de orgullo y plata, las cuadrillas del alba a rozar los pitones del plomo o a llevar luto por mí. Pocos pueblos viven engendran, crecen, lloran y cantan con la muerte echada hace dos mil años a la puerta de vuestras casas, como una perra infiel. Pocos hombres saben llevarla, como vosotros, atada por el cuello de las cuerdas de una guitarra.

Pocos países como este, pequeño y tibio de La Unión, les aprenden a sus hijos el oficio de las tinieblas que a veces se convierte en oficio de difuntos. Improvisáis la muerte como se improvisa un trovo de esos que se viene a zarpazos a la garganta, casi rugiendo y sin llamar, “a dentelladas secas y calientes”. Perdonadme si recuerdo que, para la Unesco, las dos profesiones más arriesgadas del mundo, son de piloto de pruebas y periodista. Como a vosotros nos da cornadas la mentira y el silencio. Yo podría, quizás, enseñaros las cicatrices de las minas de noticias adonde nos hacen bajar cada amanecer la vanidad de los hombres. Yo podría, a la hora en que vosotros y nosotros escribimos la crónica del alba, cambiaros, en la bocamina, como cromos de chiquillos por todas las palabras que llevo en mi zurrón, vuestras cuatro “emes” sagradas y mayúsculas: Monte Mina, Madre y Muerte. Pero mostradle a la Unesco esa raza de mujeres de la sierra, esperadoras de guardia sin esperanza. O el archivo, como un silo o como un hórreo, de los que no volvieron, de la partida sin terminar, del Coñac sin apurar, de la luz sin apagar, de la cuadrilla o la quinteta sin florecer. ¿Qué es el minero de La Unión sino un sacerdote que cada amanecida se reviste de mimosa, estoica, fatalmente en la sacristía de los besos, que busca casi a las tientas del barril el altar feroz de su humilde cosmos, que apura el cáliz del manganeso, que oficia por todos nosotros los hombres de la luz, el mar y la llanura, la gran misa plateada de su libertad? ¿Cómo no cuando nuestra Señora la muerte siega una cosecha de nuestros mozos, como no vamos a venir los hijos con el verso de Miguel de la luz a escarbar la tierra con los dientes, a minar la tierra hasta encontrarnos y a besar vuestra noble calavera? ¿Y, cómo cuando escapáis cada día al zarpazo de la muerte, cómo cuando le pisáis por otras veinticuatro horas el cuello a la desgracia, cómo cuando, a ladinos del Levante, encendéis otra vez la lámpara maravillosa de vuestra alegría, cómo no vais a reinventar el cante como un relámpago, cómo no le vais a tirar ese pellizco del alma” que es una Taranta, cómo no vais a amanecer en brazos de la copla, que si alguna vez es mitad réquiem, mitad alarido, hoy, a quince de agosto y de parte del Señor Alcalde es el grito del varón que ha conquistado las dulces de la noche.

Ahora que el cante de este viejo país al que le llamamos España ha cambiado; ahora en que hay que quitarle jumo y ronquera y quejio a un pueblo que está llegando a la tierra prometida, ahora, os necesitamos más que nunca, Cantaores del pozo Babéelo y de la cuesta de las lajas, porque el cante es la conciencia de una raza como la española, a la que la historia ha tenido mucho más en las duras que en las maduras.

Negaos a devaluar vuestras tres monedas de la Taranta, La Minera y La Cartagenera, porque son las nanas con las que acunasteis en los lechos de los filones la rebeldía, el amor y la libertad. Porque el Cante de las Minas no tiene amo ni siervos. Porque vuestros versos son los peces plateados que, tras recorrer el mundo, vuelven a morir dónde nacieron, en su fuente de blenda y humo.

Yo os aseguro, varones de La Unión, que llamaran a vuestros Cantaores, como se llama a los cascos azules, allá donde la humanidad tenga una pena o un rencor. Que tendréis que formar patrullas de duendes al mando de Silverio Franconetti. Que aquí se oye nacer, como nace el trigo, una nueva cultura, un nuevo desafío del pueblo, que vendrán los hombres que van de vuelta a esta nueva California del verso, a por la plata de vuestra poesía montaraz, a estos geiseres en los que brota, caliente e incontenible, las coplas. Que las tendréis que explicar a las nuevas caravanas esa emoción de la madrugada cuando el pico desmocha un trovo o el carburo ilumina una Taranta. Y que descubrirán, mirando a lo alto, que “Ángeles negros volaban por el aire de poniente; Ángeles de largas trenzas y corazones de aceite”.

“Er cante no cabe en er pape”, ha dicho Eugenio Noel. Pero que le quiten lo cantado a la gente de La Unión. Porque habéis sido nobles y poderosas hormigas de a diario, os podéis permitir el lujo de ser cigarras en esta noche de magia. Podéis ya empezar la vendimia de las coplas de agosto y servir a España el primer mosto de vuestra ternura. Podéis entregar los títulos a la promoción del 77 de licenciados en esta Universidad del Cante, y de la queja. Podéis ya permitir, desde ahora mismo que reencarnen en las nuevas gargantas de la juventud las voces acurrucadas en el viento del Rojo el Alpargatero, Román el Peluca, el Pechinela, el Pajarito, Emilia Benito o Pencho Cros, los apóstoles del antiguo testamento del Cante de las Minas. Podéis gritar que los duelos, con coplas son menos, y dejar que estalle la fiebre del Oro de las Guitarras, y salir ya en palenque de las troveras, gladiadores del verso, y empezar el referéndum de coplas que cada agosto le ganáis a un país al que, como Bernanos, amamos mucho más de lo que nunca osamos decir.

Veréis ya a esta hora en que las caderas de las Herrerías se estremecen con el cinturón de los poemas, cuando desembarcan en Portmán los batallones de poetas nuevos, veréis ya, mi señora María José, que no he sabido, quizás, mantener ni el tipo ni la fiesta. Que ni siquiera tengo voz ni guitarra para cantarte que.

Eres guapa y Dios te guarde,
En tu puerta da la luna,
Acabo de desengañarme,
Mira que va a dar la una,
Y es preciso retirarme.

Pero antes de apagar el tímido candil de mis palabras forasteras, avisad, madrina de esta guerra de sonetos, avisad en los huertos y en las higueras, y dejad dicho en los que escoltan tu guapura que es noche de muchas vísperas para la juventud. Yo digo, como el viejo bardo: “Quien pudiera tener una campana para llamar a amor aun continente”, quien pudiera reunir en consejo, como vosotros, a nuestras mocedades que huyen de aldeas y de ríos; repartirnos el pan aún tierno de vuestra conciencia; construir golpe a golpe, verso a verso el trasvase del tajo de vuestra honestidad al segura de nuestra fatiga.

Hacedme la merced, mi señora, de convocar a los poetas a la alborada. Y a esta hora bruja en que el quejio llama a la puerta de La Unión como un potro incontenible, enterremos esta noche en una caja de plomo como enterrasteis el día que echasteis a caminar unidos. Quiero deciros, Dolores, Juana Mari, Dolores, Mari Carmen, Pei, Bárbara y Dolores, que este de España es todavía un hermano solar para crecer y amar; que aún por cada Sancho que cae, nacen cinco Quijotes; que debéis colgar aquí, en un rincón del viento, una campana forjada con las rejas de arados jubilados, como aquella que se forjó con cañones vencidos y le pongáis en el tallo el lema de esta vuestra olimpiada: “llamo a la juventud del mundo”.

Ahora mismo, en que el verano dobla su Cabo de Hornos, el pregonero os mira con el corazón forrado de humo, para daros las gracias por haberme dejado bajar al fondo de vuestra amistad; para adivinar en las sombras vuestros nombres y vuestras epopeyas diarias; para, de orden del señor Alcalde, proclamar que puede el Cante empezar.

Para volverme hacia mis hijos con una Taranta en el puño, una Minera en el ojal y una Cartagenera en mi pena.

Muchas Gracias.

Empieza el cante:

Cuarenta cantaores son los inscritos en esta edición. Tras las pruebas de selección, sólo veintidós son los cantaores clasificados, que son los siguientes.

Antonio Álvarez Aranda
Antonio Ayala Paredes “El Rampa”
Antonio Luque Espejo
Blas Maqueda López
Carmen Delgado Benítez
Cristóbal Guerrero Escalona.
Diego Serrano Muñoz.
Encarnación Fernández y Fernández.
Félix Martínez Sánchez.
Francisco de Paula Luna Navarro “Curro Lucena”
Ildefonso Pinto Benjumea
Juan Gambero Martín “Niño de la Loma”
Juan Jiménez Martínez “Macareno”

Manuel Ávila Rodríguez
Manuel Celestino Cobos “Cobitos”
Manuel Gómez Romero
María del Carmen García Gallardo
María del Carmen Medina López
Miguel Santos López
Rafael Gabarre Montoya
Rafael Heredia Flores
Rogelio Beltrán Domínguez “El Puebla”

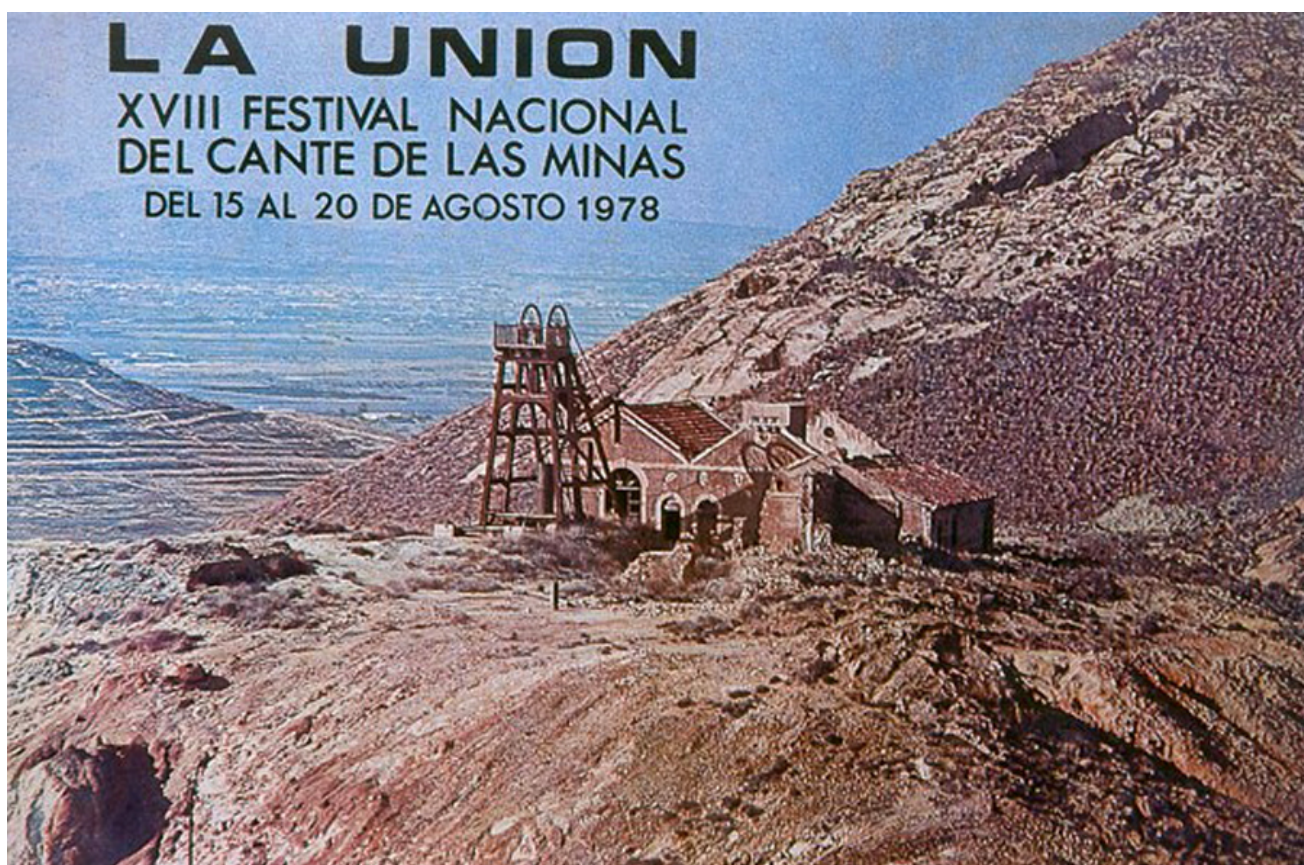
De los veintidós seleccionados sólo doce pasan a la final del concurso de cante según el jurado clasificador, que está compuesto por siguientes señores.

Fernando Lastra Sánchez como Presidente.
Deogracias Martínez Escudero
Diego Alba Villagrán
Lucas López y López
José Guillén Sánchez
José Sánchez Quiles
Juan Cayuela Linares
José Manrique López

Ginés Jorquera Mínguez actuando como Secretario

Siendo altas horas de la madrugada, salta al aire en la voz de la presentadora del Festival Ana María Romero; los ganadores de los premios que este año ascienden a cuatrocientas mil pesetas repartidas entre los ganadores, este año el trofeo de Lámpara Minera queda desierto, y pasa en dos ascesis a los cantaores Juan Jiménez Martínez y Manuel Gómez Romero, “ex aequo”. Primer premio de Cartagenas, a Manuel Ávila; primer premio de Tarantas al cantaor Ildefonso Pinto Benjumea; primer premio de cantes de Levante, a Miguel Santos López, el premio “Romero de Torres” al mejor cante andaluz, a Encarnación Fernández, los segundos premios, para Rogelio Beltrán, Manuel Romero, Miguel Santos y Curro Lucena, con dos accésits para Cobitos y Antonio Luque, premio local, a Carmen Delgado. Y un valioso premio a la mejor Murciana, al cantaor granaino de Monte Frío, a Manuel Ávila.

No presumas, compañero,
De talento y de valor,
Que luego pega un barreno,
Se escucha un ¡válgame Dios!
y...queda un minero menos.



Cartel del XVIII Festival Nacional del Cante de las Minas

Nueva sede del Festival

El Festival Nacional del Cante de las Minas dice adiós a los Jardines Mery. El festival se despide de una vez para siempre de la simpática terraza de verano del Cine Mery, para ubicarse definitivamente en el viejo Mercado Público construido por los arquitectos de la tierra, Cerdán y Beltri.

El Alcalde D. Antonio Sánchez Pérez hace su presentación al pueblo ya que el próximo año no estará al mando del consistorio unionense, y presentado el pregonero de esta edición que abrirá la puerta al cante flamenco y minero.

Luís María Ansón, Pregonero

Veintiuno son los cantaores seleccionados en esta XVIII Edición del Festival Nacional del Cante de las Minas en sus tres jornadas, dos de semifinales y la final, y entrega de los premios a los distintos cantaores del concurso de Cante, que son los siguientes.

Antonio Ayala Paredes.
Blas Maqueda López
Carmen Delgado Benítez
Cristóbal Guerrero Escalona
Encarnación Fernández y Fernández
Francisco Miralles Gonzales
Gregorio Saborido “El Garri”
Ildefonso Pinto Benjumea
José Pedrosa Herruso
Juan expósito Sáez
Juan Jiménez Martínez “Macareno”
Lisardo Gabarre Montoya
Manuel Ávila Rodríguez
Manuel Fernández Escudero
Manuel Gómez Romero
Marcelino Sánchez Alonso
María del Carmen Medina López
Miguel santos López
Rafael Heredia Flores
Ricardo Peñuela Fortes
Rogelio Beltrán Domínguez “El Puebla”



Cartel del XIX Festival Nacional del Cante de las Minas

Pregón del XIX Festival Nacional del Cante de las Minas

Carmen Conde Abellán

Escribí algunas veces sobre el cante de las Minas, y hasta hice una novela, “La Rambla”, que dedica más páginas al ambiente minero y su cante. Pero nunca hice el pregón de nuestra fiesta de La Unión. Confieso que no sé lo que es un pregón porque lo que recuerdo como tal, es ofrecer a gritos fruta, pescado, helados, caramelos... Aún tengo en mis oídos unos pregones de mi niñez de Melilla, la otra ciudad de mi infancia:

Venid, muchachos, venid
Con mucha gracia y salero
A comprar el pirulín
A Juanito el Carbonero
Pirulines de la Habana.

O este otro:

Hay pastelillos de crema
Del submarino Peral,
Hay pastelillos muy buenos
A cinco chicas ná más.

Se me ocurre si no estuvierais todos aquí, gritar por mi parte:

Venid contentos, mineros,
Venid, todos, a esta fiesta
Que se fundó por obreros
Y gente de mucha cuerda.
Venid...!

Después, deciros lo que para mí es el cante; éste, es el nuestro; el que brota debajo de la tierra y resuena para que lo oiga la mar que tan cerca tenemos.

Primero se lo oí a mi padre, que era un obrero como nosotros; cada cual con su herramienta. La de él, como joyero que era; las mías, papeles y pluma. Con unas y con todas se fue haciendo la civilización que no debemos destruir sino elevarla.

Mi padre y mi madrina cantaban juntos coplas de aquí y cartageneras. Las oía en mis años primeros, estremeciéndome. No sabía lo que me pasaba y ahora lo llevo sabiendo mucho tiempo: me pasaba por la sangre la voz como pasan los relámpagos por el cielo; iluminando y anunciando el estallido del rayo.

Iban también a mi casa un ciego con su guitarra que entre oración y oración metía una ronca queja minera. El oído era una caracola que lo recogía era el corazón de mi pueblo, de mi gente, de la nunca estuve ni estaré separada pase lo que pasare. Aprendí a amar a la patria queriendo al pueblo. Al pueblo que canta como se canta aquí: sin amenazas, sin revanchismos, con la conciencia de sus avatares y su palabra de amor en los labios. Porque nuestro cante no inspira malos quereres; nuestro cante dice lo que le pasa al que trabaja, que desea la luz del día; lo que le pasa al que ama, que quiere juntarse con su amante. Y otras veces dice que recibe mal salario de los que si tienen Oro, es porque el minero lo fue sacando de la mina. La protesta es noble, bien nacida en el cante nuestro: no hay más pólvora que la necesaria, para ir abriendo la galería.

Era costumbre antaño que los discursos (este no lo será) contuvieran buena parte de la historia nacional o local, con objeto de que los oyentes pudieran apreciar la cultura de los hablantes, su erudición. No soy historiadora ni siquiera con el auxilio de libros aparentes, y mucho menos erudita. Vosotros sabéis quien es y os habla fraternalmente como hija adoptiva que es La Unión desde 1978: una mujer que se echó a escribir como si se echara a la mar sin saber nadar; el instinto de salvación por una parte y la vocación por otra, me han ido ayudando mucho. Hasta hoy. Y hoy es un día que exigiría otro mejor pregonante, eso sí, no iba a quereros como yo.

Nosotros estamos unidos por la tierra misma, las minas, la mar, el Mar Menor, Cabo de Palos. Hablamos la misma habla, no muy atildada por cierto. Conocemos el aire que nos rodea, los problemas viejos y nuevos que trae el vivir con dificultades variadas. Y si estamos aquí esta noche celebrando el Festival del Cante de las Minas, es porque hombres amantes de lo nuestro lo crearon para que todos los años, España y hasta el más allá se acuerden y confirmen en que La Unión no sólo vive sino que canta. Ahora que el mundo se ha empeñado en llorara duelos a diario, aquí se está haciendo una pausa para que las voces de los cantaores suban a semejanza de las palmeras y nos alivien el ánimo con su pasión y su hondura. Desde muy lejos se les oye cantar aquí; pero es mejor que, como yo hago desde hace varios años, se venga a oírlos de cerca; a escuchar el resonar de sus pechos a fuerza de echarle corazón a la copla.

No es cosa que yo os cuente lo que de sobra sabéis mejor que nadie: la historia minera de La Unión. Tampoco citaré la de la ciudad en que nací – a sólo diez kilómetros de distancia -, porque se que estáis enterados. Más insistiré en los siglos de cultura que cuenta, cultura heterogénea que le llegó por el mar y fue amasándose en la sangre bajo la piel de todos nosotros. Decía el poeta García Lorca de quien encontraba ya hecho, “que tenía cultura en la sangre”.

Como la gente de nuestra mar; como nosotros, sepamos o no sepamos cosas de las que se aprenden estudiando. Hay un señoriíto nato, un talante que se hereda, y con esas dotes es posible cantar cuando se está dentro de las minas. Y seguir cantando cuando se sale de ellas, porque se tiene brío, hombría y hembra para cantar. Quien en la mina también tiene a las mujeres de los mineros y la copla va de una boca a la otra como van los besos. Si ahora el mundo no canta o canta

con letras absurdas y músicas alborotadas, en La Unión se canta con gravedad y en el cante se dicen palabras muy señoras.

Puede que tenga razón aquel refrán que asegura: “Que el que canta su mal espanta”. Perfecto. En La Unión se espantan los posibles males, cantando; volcando en letra y música mucho corazón padeció y enorme fuerza vital. Cuando el hombre coge su guitarra y le dice al amigo, ¡vamos a echar una copla! Se está afirmando lo más noble del hombre: su unión con la naturaleza: el cielo, los astros, las criaturas... Y se hacen casi en silencio, apenas abiertos los ojos, las manos en las rodillas: comunicándose el hombre sus propias fuerzas a través de sí mismo: hecho voz, hecho palabra, hecho ruiñeñor o coro de todas las aves.

Comprobaréis que no aludo a oras cosas: la economía, el para, la decepción o el triunfo. Es porque todo ello, sin nombrarlo exactamente, cabe en el cante. En una copla cabe una revolución. Pero la nuestra es una protesta humana sin crueldad; la del hombre que está ya de vuelta de todo; esto es, la del sabio.

Porque no está la sabiduría en almacenar en la memoria rimeros de libros. Eso es muy importante y hacia conseguirlo estamos luchando cada cual en su brecha. La sabiduría innata, que es la del que trabaja por dentro, piensa, cavila, medita despacio en cualquier parte que esté, es una sabiduría respetabilísima porque se le va incorporando la sangre.

Las letras del cante son antiguas, clásicas. Casi todas las hicieron los cantaores mismos arrancándoselas de su experiencia. Más, ¿por qué no crear nuevas coplas en los nuevos tiempos? Cuidado: siguiendo estos moldes: limpieza de intención, mucho corazón noble y sin que pierdan la melancolía que les otorga grave belleza como nostalgia... cuando se teme perder el gozo de vivir se hace una mezcla muy delgada con la pena que se manifiesta. Trabajo y ansia de reposo o deseo de amor y su logro = y seguridad de que se disfruta...

Pensaréis que hay otros pesares: la pobreza que no tiene remedio, la explotación que no acaba, el desengaño ante la sociedad ajena a todo cuanto miles de voces.

¿Y qué?

Pues nada más que esto: vuestra constancia en acudir a la llamada del Festival Nacional del Cante de las Minas que acoge a todas las voces autorizadas, y la constancia también de quienes velaron y velan porque no se pierda lo que decís cantando, pues esa es la historia de la humanidad. La nuestra. Muchas gracias.



Cartel del XX Festival Nacional del Cante de las Minas

Pregón del XX Festival Nacional del Cante de las Minas

Manuel Ríos Ruiz Año

Distinguidas autoridades Sras. y Sres.

Queridos amigos, resulta para mí una íntima y profunda satisfacción, volver a esta querida comarca flamenca, para ser pregonero de su cante, de su famoso Festival Nacional del Cante de las Minas, tarea en la que me han precedido muy ilustres compañeros de las letras, y buenos conocedores de su escenificación artística y popular.

Modestamente, tengo que reconocer, que mi aportación, a la exaltación del cante minero, no puede tener otro mérito si acaso lo tiene, que el fervor lírico, que siempre he sentido por esta tierra y por su gente, por lo que tienen de su raíz andaluza, y por su espíritu de lucha y de trabajo, verdaderamente inabarcable y quizás nunca totalmente reconocido, de ahí que a la hora de componer el pregón de este Festival del Cante de las Minas me brotara romancera mente la palabra, tal vez porque el romance es sin lugar a dudas, el molde literario de todo lo esencialmente popular, la manera versificadora donde el pueblo siempre exployó su voz cantora en torno a su historia, a sus tradiciones, a sus gestas más legítimas y sentidas, mi pregón pues de este Festival del año 1980, quiero que baya de estampa en estampa, pasando por la evocación y entreviendo el presente, dejando constancia poética de unos valores populares y auténticos espirituales y humanos, que La Unión arrastra y conserva en el tiempo, que perduran y dan razón y fe de cuanto le caracteriza como comunidad sensible, como pueblo amante de sus más entrañables saberes y sentimientos, esto es sencillamente lo que quiero glosar cantar en una decena de estampas, en diez romance escritos más con el corazón que con la pluma, y en siete líricas tarantas, versos que dedico a todos los mineros de ayer y de hoy, y a los hombres que desde el año 1961 hacen posible la celebración, de este Festival del Cante de las Minas, tan importante para la revalorización y conservación del arte flamenco.

Romance primero:
Salutación y pleitesía al canto minero:

Vengo desde Andalucía
Hasta esta cuenca minera
Para rendirle a sus cantes
La pleitesía de mi tierra
Mi tierra para mi suerte
Es Jerez de la Frontera.
Por ser del canto la cuna
Tiene del canto la almendra
Sabe que cada quejío
Que a puro flamenco suena
Es cuchillo que se clava
Lo mismo que una barrena.
Y que la taranta tiene
Los tercios bajo las piedras
Copla es de resucitados
De muertos que aún bajean
De hombres de pelo en pecho
Y el alma llena de grietas
De gente carbonizada
Soñando con su quimera.
Y cada minero frisa
En su garganta una lleva
De dolor y de poesía
Que le sustenta y le quema
Que se le convierte en dicho
Y le corre por las venas
Como farol encendido.
Con una planta tremenda
Que la voz sube a los cielos
Cuando el corazón la siembra
El minero y la taranta
Una jondura que aprieta
Los entresijos del seno,
Con emoción y belleza
Mientras por las galerías
Por las tripas de la sierra
Se estremecen como Ángeles
Minerales y cadencias
Que un minero cuando canta
Es un dios que se revienta.

Romance segundo:

Milagro de dios cantaor y minero:

Dios estuvo por aquí
Cuando creaba los misterios
Y enterró una moneda
Al fondo de cada cerro
Y los metales de Díos
Se embarazaron creciendo
Se hicieron nudos de plata.
Nació el plomo del fuego
Y como una cabalgata
El hierro forjó su hierro
Pasó cuando amanecía
Y toda la tierra ardiendo
Se quemaba y abrasaba
Lirios y los almendros
Una familia de pájaros
Retinaba sus recuerdos
El nombre de una mujer
Roja naranja de aliento
Y un niño chico de flores
Que estaba tomando el pecho
Todo se quedó brillando
Y se hundió en los adentros
De cada rizada ladera,
De cada cima y su vuelo
Como se hunde un cometa
Que llega desde otro tiempo
Convirtiéndose en rescoldo
Para el pico y el barreno
Dios que lo quiso y lo hizo
Sudó, saco su pañuelo
Y secándose la frente
Igual que cada minero
Respiró aire caliente
Se sintió tizado y seco.
Y cantó por vez primera
Cansado y satisfecho
Lo digo como lo siento
Esta es mi mina la eterna
Mi vida entera mi entierro.
Cada vez que a ella baje
Llevaré conmigo un sueño.

Taranta que bien cantó,
Taranta que sigue siendo
Un tatuaje en su frente
Un sentimiento secreto
Que va creando mil leyendas
Con mil colores diversos
Historias que los Fenicios
Tuvieron por universo
Lances de cartagineses
De romanos y de griegos
Pero antes d. salomón
Que era un sabio y era un genio
De La Unión ya se llevó
Plata y música a su templo
Y me ha dicho un colibrí
Que me regaló un Tarteso
El que anida en el costado
Y se me mete por dentro
Que aquí lo que sí pasó
Que Díos que siempre es bueno
Se le metió en la cabeza
Ser cantaor y ser minero.

Romance tercero:

Ralea y alucinación de la minera jondura;

Los siglos fueron pasando
Sobre pizarras de arena
En sus cabezas La Unión.
Sangre clavos y chimeneas
El humo le iba poniendo
La vejez por cada alteza
Mientras que por cada calle
El bullicio era de feria
Y cada boca de mina
Una jonda herida abierta
Pidiendo manos y brazos,
Cinturas cumbres de fuerza
Hombres valientes y recios
De buena raza y paciencia
Que se jugaran el vientre
Por bajar a los infiernos
Despedazar su candela
Y arrancar de su memoria
Negra y grises estrellas

Los metales como golpes
Las cenizas como pellas
Y vinieron en catervas
Andaluces de las eras
Donde ya tenía el cante
Confabuladas sus quejas
Rancias coplas que al fundirse
Con el hierro y la barrena
Sonaron en sus bujías
Como fatigas parejas
La Unión se llenó de vida
Que de la muerte perpleja
Volvían para salvarse
Levantando vino y copla
Y en cada taberna un grito
De tristeza como estopa
Le daba al minero gesto
De legendaria historia,
Del heraldo que pregonaba
Sensaciones angustiosas
El drama del destino,
Saliéndole por la boca.
Y hizo sé palenque el pueblo
De tanto vitoree y forja
De tanto verso alumbrado.
A la luz de las farolas,
En los colmaos con espejos
Repisas cuartos manolas
Se cantaba y se bebía,
Del poniente a la Aurora
Los ricos se echaban vino
Por un doblón una arroba
A los barreneros bravos
A picadores de sombras
Para espantar del semblante
Esa turbia mariposa,
Esa idea que ha los pobres
En las cejas se nos posa
Cuando en el sueño se siente
Una amenaza que ahoga,
Y hay que decirle al viento
Un par de cuentas y cosas
Para quedarnos tranquilos
Con nuestra propia persona.
Y así se fue rematando

Un cante sobre la escoria
La alucinación que expende
De esta tierra misteriosa
Que tiene por la Taranta
Su mina jonda y sonora.

Romance cuarto:

Estampa y espíritu del Rojo el Alpargatero;

Con los pelos coloraos
Como fue tan buen flamenco
Recordar su estampa viva,
De posadero y maestro,
Con su leonina dorada
Atravesando el chaleco
Y una mirada de hormiga.
Viéndolo todo por dentro
Él asumió el ambiente
Y fue del ambiente el eco
Dándole punto y donaire
A todo el cante minero
Su nombre quedó escrito
Para siempre por el viento.
Y en las calles de La Unión,
Prevalece su recuerdo,
Y el calibre de su voz.
Sus melismas y su encelo
Con su taranta levantada
En cada quiebro,
Y mecida en el mensaje
Tan medida en cada quiebro
Así era y así cataba
El rojo el Alpargatero,
Con los pelos coloraos
Como fue tan buen flamenco
Noches enteras de cante
Noches sublimes diciendo
Un evangelio de penas,
Un rito que en el silencio
Iba levantando el bello,
Y resucitando muertos,
Que repelú el que hervía
Desde el costado al pescuezo,
Que pellizco por el alma
Le pegaba a cada cuerpo

Que hombre monte cantando
Con el color del infierno
Y que música tan santa
De su garganta saliendo,
Al compás de la guitarra,
Al calor del sentimiento
Así era, así cantaba
El Rojo el Alpargatero.
Con los pelos coloraos
Como fue tan buen flamenco
Como pudo darle al cante
Su justo sonido espeso
Su sutileza morena,
Dejando caer los flecos
Que toda copla columpia
En su brinco y embelezo
Nadie lo sabrá ya nunca,
La Unión le guarda el secreto
Aquí estuvo y aquí cantó
El rojo el Alpargatero.
Otro milagro de Díos,
En esta tierra de fuego.

Romance quinto:

Metal y retrato de Conchita La Peñaranda;

De rompe y rasga su seno
De lirio y oro su cara
Su cuerpo como un resorte
La voz de miel y de caña,
Fama le dio a La Unión
Conchita La Peñaranda,
Rruiseñora de la copla,
Por los tablaos de España
Bandera abierta hondeando
La pura la buena casta.
Un cartel en dada esquina
Y el corazón en casa,
Que gran artista luciendo
Al lado de la guitarra
Y que mujer para amar.
Después de cada Taranta.
Más que plata era platino,
Más que luz una lámpara
Al alumbrar la oscuras

Galerías de las almas
Y al salir de una honda mina
El minero la buscaba
Lo esperaba y lo quería.
Conchita La Peñaranda,
Tan estrella de esta tierra
Como un pico y una pala.

Romance sexto:

Nombre y luz para la historia de la pena;

Quisiera contar y cantar
La faz de cada minero,
Y todo el peso del tiempo
De sus atajos sin cielo
Cuando grita la Taranta,
Junto al vino y junto al viento
Y convoco al pechinela
Cantando por esta cerros
Al pajarito tan trino,
Con su copla conviviendo
A juanillo el Albañil,
Al peluca y al Herrero,
A chilares al que tenía
Tanta fama de maestro
Enrique el de los Vidales
Acordándose de un sueño.
Al Chinaque todo roca
Y la voz como el barreno.
Al panocha entelerido
Por el fon y por el trueno.
Al Nolasco tan gitano
Tan tizón, y tan de cuero
Al porcelana brillado
Entre cante y manganeso,
Al Lagarto, detenido
Entre copla y pensamiento.
A Juan Mena y Celdrán,
A Pencho Gómez surgiendo
Un quejio de Esmeralda
De un pico marro puñeto.
O nombre hombres, ofendas
Resoles duendes y reflejos,
De una época y de una raza
Que en La Unión tiene su credo,

Que sigue con Alarcón,
Con Fanegas y Pedreño.
Con el Paco de la fuente
El Rampa y Pepe El Mendo,
Con el Hurí y boscadas
Dándole metal y celo,
Y con Tomás el Antiguo
Que nombre más cartelero,
Con Juanillo, El Apaño,
Que alegría ser tan verso,
Con Manolo de Peralta,
Y tantos otros tantos pueblos,
Que morir no se podía
Cante tan viejo y tan bueno,
Cuando volvió Antonio Grau.
El del rojo el Alpargatero,
Con la herencia de su padre
Guardada dentro del pecho,
Para que Antonio Piñana,
Juan de la Loma y Andréu,
Le dieran a la Taranta
Lo que siempre fue su Reino.
Todo el Cante de Levante
Desde la mina el Lucero,
Y en la voz de Pencho Cros,
En su corazón minero,
Abierto todo en canal,
De puro estremecimiento.
La Taranta cual Paloma,
De alas negras y pico negro,
Es ya más copla que nunca,
Camino del firmamento.

Romance séptimo:
Silueta y coronación de Emilia la Satisfecha;

Aquella mujer etérea,
Hecha de azufre y nácar,
Niña la de aquel barbero,
Del año maría-castañas
La que se murió tan lejos
Por el mar tan separada,
Fue una hembra de azúcar,
Con la mina en la garganta
Emilia la Satisfecha,

Era su nombre de maga,
Y su cante la Gabriela.
La Purísima Taranta,
En sus labios un gorrión
Un saltito de la gracia,
Una caricia quejándose,
Como si fuera en volandas
Llenó a La Unión de coplas
Cuando era una muchacha,
Y después el mundo entero,
Le dijo ole en las tablas,
De cada enorme Teatro,
Que con su cante llenaba,
Emilia la Satisfecha
Con la lengua en las entrañas
Era hija de este pueblo
Y ha este pueblo pregonaba
Que nadie como ella dijo,
Lo que este pueblo pensaba.

Romance octavo

Esencia y destino de la Taranta;

La taranta como un Rito,
Levanta su velón negro
Cuando ella se pone en pie,
Una gloria de esqueletos
Todos los que la han cantado
Dicen que están en el cielo,
La Taranta es Oración que se clama
Y un espejo donde se ve
El espíritu confundido y compañero
Del relámpago del sino
Que vive cada minero
La Taranta que es de pozo
Como el agua y el aliento
Honda nace respingando
Como un potro con el hierro,
Como un arroyo de cobre
Buscando el fanal del viento,
Y en su asunción parece
Manantial del lamento,
La Taranta duelo y liza,
Poema en vilo y embelezo
Entre su música lleva

Una realeza emergiendo
La nobleza de los hombres
Que ganan el pan muriendo
Con la sumisión vendita
De ser tú de carne y hueso
Son de Díos sobre la tierra
Donde díos quiso ponerlo
La Taranta que sostiene
En cada verso un silencio,
Aprieta dentro los amores
Que no tuvieron sus besos,
Que solo fueron dolor
En los desmontes del sueño
Por eso suena a romance
En cada tercio y arpegio
La Taranta como un trovo
Entonado por el tiempo
Nos deja perplejos el alma
Y encendido el pensamiento
Porque en su fondo y su forma
En su motivo y concierto
Se juntan los detractores
Del gozo y el sufrimiento
Por eso dicen los mengües
Que tanto saben de muertos
Que el cielo y sus veladores
Lo llenan los taranteros,

Romance noveno:
Supervivencia y esplendor del Cante minero;

Nunca muere lo que vive,
Con la fuerza de la raza.
Y en la ciudad de La Unión
En sus calles en sus plazas
Se respira aquel delirio
Que le puso nombre y fama.
Alucinación y jondura
Y toda aquella esperanza
Que el molino transmitía
Y el capazo acarreaba
Que el vino con su retemblor,
De reverbero y retama,
Sonsacaba y relucía,
En cada puerta y ventana.

En las coplas tartaneras,
De Cartagena a Totana,
Atravesando las minas
Y quedándose paradas,
Y un día Julio Romero
El de Córdoba lejana
Vino hasta aquí a pintar
Una minera temprana,
Y se llevó con los ojos,
Una mujer La Taranta.
La Taranta que sacó
Un Papa del cante que cantaba
En el Café Habanero
A las tres de la mañana
El Rojo el Alpargatero
Compartiendo copa y labia,
La Taranta que Escacena.
Divulgó por toda España,
La Taranta que nació
Una prieta madrugada
En la calle de Canales,
Y vive chica y galana
Que no se muere lo que nace
Con la fuerza de la raza.

Romance décimo:

La flamenca venturanza de La Unión;

Cante jondo de las minas,
En La Unión tiene su Gala,
Un Festival que ilumina
La tradición que realza,
Aquí en este recinto
Mercado de la palabra,
Las voces serán candiles,
Las guitarras luminarias.
Los corazones mineros
Irán latiendo Tarantas,
Y el ayer será otra vez,
La flamenca venturanza
Que siempre vuelve y resuma
La popular indosincracia,
En cada copla tras puesta,
Por el alma y la garganta
Cante jondo de las minas

En La Unión tiene su Gala.
Un memorial levantado,
Un código que se volara
Evocación y venero
Todo el rumbo de una casta
Poniendo el bello de punta
Y en vilo la semejanza,
Con la copla que de sal
Convivieron de las entrañas
Cante jondo de las minas
En La Unión tiene su Gala.
Cuando agosto llega el 15
Y el año 1980 se casa
Con una luna naciente
En seca madrugada,
Ceremonia y rendibú,
En fiesta grande alcanza
Mantener viva la estrella,
Flamenca de sus pestañas,
Cante jondo de las minas
En La Unión tiene su Gala.
Para que nunca se pierda
Todo cuanto se ganara
Con tanta fe y tanto arte,
Tanta pasión y tanta lágrima,
Por este pueblo que tiene.
El trabajo por diana,
Y el orgullo de cantar
Como nadie la Taranta.

Y finalmente, una reunión de cantes mineros en honor de Pencho Cros
Taranta de la Taranta:

Soy la copla del minero
Y me llaman la Taranta
Yo canto lo que más quiero
Un dolor que se levanta
Desde la tierra hasta el cielo.

Taranta de la jonda pena:

Tú tienes en la garganta
Minero de jonda pena.
La vida negra que canta
Entre barrena, y barrena,
El farol de la Taranta.

Taranta del buen querer:

Cuando cobre mi dinero,
Y deje en el tajo el pico
Por lo mucho que la quiero
Le compraré un abanico
Con un toro y un torero.

Taranta de la Santa ilusión:

Le pongo al Cristo una vela
Si esta mina fuera mía
Como es mía mi Carmela.
Nunca más se apagaría,
En mí casa la candela.

Taranta de la esperanza loca:

La vida deja detrás
Al que la muerte camina
Yo quiero resucitar,
Y en saliendo de la mina
Mirar al cielo y cantar.

Taranta de la pura verdad.

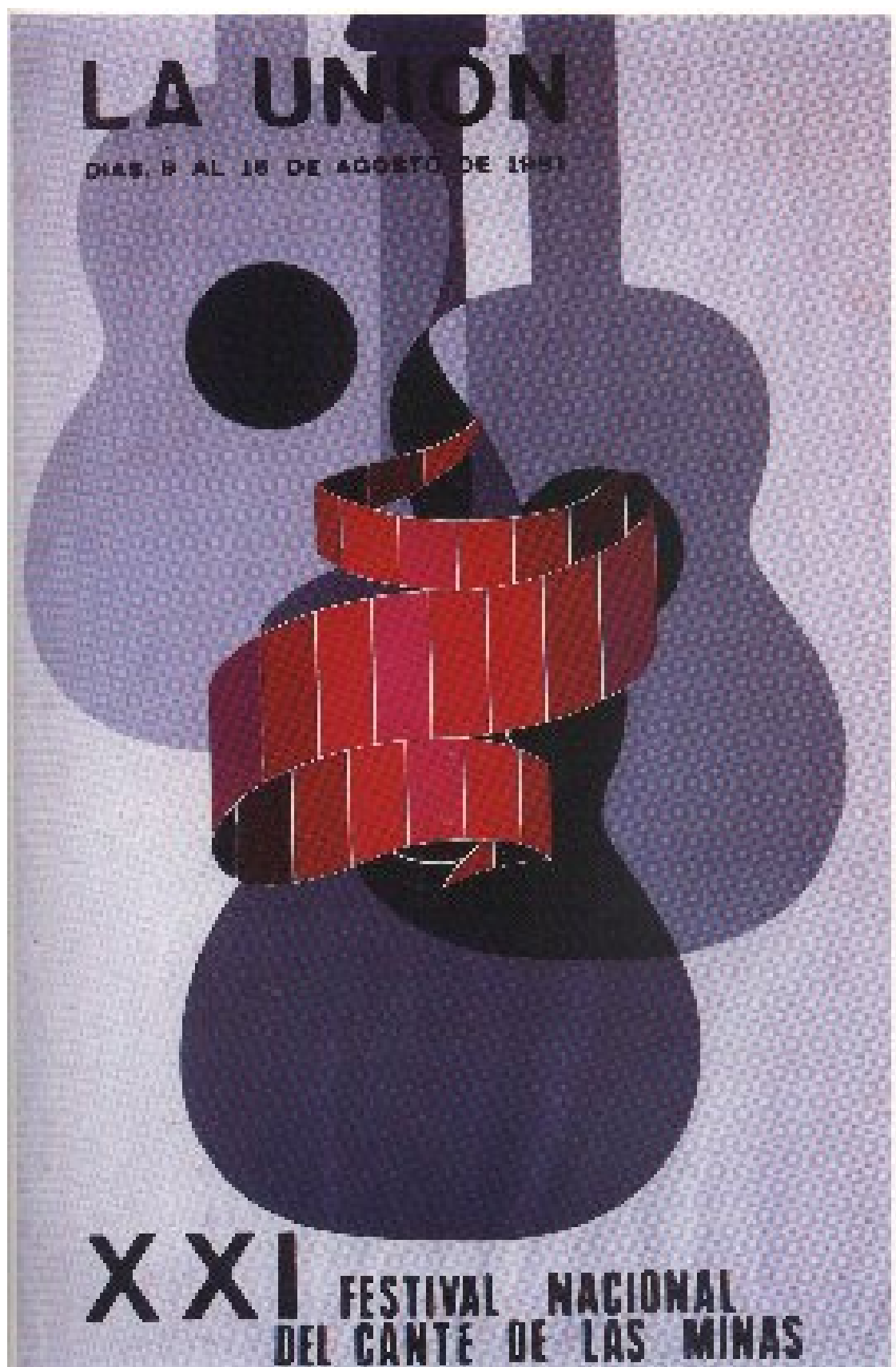
Galería que revienta
Minerico que se muere,
Y nadie lleva la cuenta,
Que solamente le duele
A la sangre que sustenta.

Taranta de La Unión:

De La Unión tengo el quejio
Soy flamenca y soy minera,
Y canto lo que he vivio.
Con mi garbo y mí solera,
A Díos le quita el sentio.

En el XX Festival Nacional del canto de las minas treinta y seis son los cantaores inscritos, dieciocho los seleccionados que son los siguientes.

Antonio Castillo Sarabia
Antonio Ferrer López “El Camionero”
Antonio Ranchal Sotomayor
Antonio Suarez Fernández
Basilio Villalta Grande
Blas Maqueda López
Francisco Avecilla Sevillano
Ignacio Gallego Bellón
Ildefonso Pinto Benjumea



Cartel del XXI Festival Nacional del Cante de las Minas

Pregón del XXI Festival Nacional del Cante de las Minas

Francisco Vallecillo

Excmo. Señor, Ilmo. Señor Alcalde, señoras, señores, amigos: Si nos atenemos al significado más extendido y entendible del vocablo pregón en su forma de discurso literario para propagar y anunciar alguna celebración o festividad, generalmente tradicional, mi presencia aquí resultaría ya de por sí tan ociosa como innecesaria. ¿Qué podré yo añadir a cuantos en veinte ocasiones anteriores han anunciado y propagado, han pregonado la celebración del Festival Nacional del Cante de las Minas?. Pero, como es cierto, creemos en el pregón al que con su claridad mediterránea aludiera así el mismo Gabriel Miró: “vocean su pregón los alcalleres delante de sus tablas de amuletos de barro, de colodras, de marmitas, de cántaras recias y lisas...”. Creemos en el pregón como antecedente de la saeta flamenca. Creemos en el pregón que sirve para cantar la belleza de alfares y de coplas, de vasijas, cántaros y cuencos evocadores de la polícroma belleza de las tierras hispanas, de sus voces y sus cantos, de sus trajes y sus costumbres. Creemos en el pregón que anuncie esta celebración de un Festival minero y flamenco como un surtidor de estética que sobresale, como sobresale el flamenco todo, de la hermosura de nuestro variado folklore. Y sobresale porque el flamenco no es folklore y el folklore, ni folklore andaluz siquiera, porque el flamenco no es un canto popular que el pueblo canta, el flamenco es una forma de expresión específica, encomiable e incomparable, que solo grandes cantaores, muchas veces mendigos con sangre de reyes orientales por las venas, pueden divulgar en sus formas puras y sus estilos fundamentales en una ortodoxia paradójicamente indómita, intuitiva e insobornable.

Pero hemos hablado del folklore y no podríamos en este pregón saltarlo sin más, estando en una tierra, la de Murcia, tan rica en esta manifestación siempre espectacular y vistosa de costumbres, músicas y tradiciones populares. Yo no sé si esta Murcia tiene algo que ver con la Murcia o con la Murtia que la mitología nos identifica con Venus Murtea de los romanos que tuvo su templo entre el palatino y el Aventino y que fue llamada Diosa de Molicie. Pero esta Murcia nuestra, atrayente, subyugante, incitadora, es capitana en un folklore en el que destaca la indumentaria femenina, relajada de flores bordadas, las flores en el moleño de paño grana bordado, el delantal y pañuelo que ocultan el armador o pistilo siempre con los motivos florales presentes, la peineta con las flores. Las flores siempre como una constante. Y en la música y la danza de sus parrandas huertanas, las pardiscas, las jotas y las alegrías Murcianas y el cante de las auroras y el baile de las malagueñas, la danza que más se arraigó en el suelo de esta tierra bendita.

Habría que decir con este motivo, siquiera sea sucintamente también, algo sobre el flamenco. Nos detendremos un instante solamente aunque no sea más que para pregonar que el flamenco, razón de ser de este Festival Nacional del Cante de las Minas, constituye un hecho natural de primera magnitud y esto ha proclamarse así frente a la creencia contraria, hasta cierto punto extendida, que nace de gentes evidentemente incultas e ignorantes, que para el caso es lo mismo. La cultura es algo que se contiene en el conjunto de conocimientos científicos, literarios y artísticos de un pueblo. El flamenco es arte elevado a una máxima calidad lírica. La cultura flamenca refleja el conocimiento de un pueblo a través de esta clase de sentimientos poéticos y el hecho de que representa una rama de la cultura popular no disminuye su importancia, sino antes al contrario, la engrandece y la exalta. Por eso el flamenco representa un caudal artístico incuestionable y además y sobre todo, imparangonable, imposible de imitar fuera de los límites geográficos perfectamente definidos, dentro de los cuales nos encontramos felizmente esta noche.

Aquí con poco más debería terminar, porque ya hemos dicho bastante para la extensión que requiere un pregón, con mayor motivo cuando este Festival goza ya de un crédito y de una fama que nuestras torpes palabras no van a poner más relieve de lo que por sí mismo ya tiene adquirido y demostrado con pleno derecho. La proximidad geográfica es en este caso una tentación para terminar con el socorrido y salvador ¡viva Cartagena!, que para el caso debería ser un ¡viva La Unión!

Pero bien no vamos a caer en el tantas veces inevitable tópico de hablar de la historia reciente y densa de esta Unión, de herrerías y El Garbanzal, ni vamos a cometer el pecado de la reiteración haciendo un canto apologético de aquellos personajes míticos que jalonaron el escalafón de los cantaores que dieron brillo a La Unión y a Cartagena, a Cartagena y a La Unión, sí nos detendremos un instante para glosar dos peculiaridades de esta afición que generalizando conocemos con el nombre de Minera. Su defensa de la ortodoxia de los cantes de la tierra y su entronque en el pueblo.

Más que de su ortodoxia sería apropiado hablar del que a veces parece su exagerado concepto de la ortodoxia. En efecto, ninguna otra afición flamenca lleva con tanto rigor la defensa de la pureza de los Cantes de las Minas. Al margen de donde puedan estar las raíces más hondas de la genuina pureza, aquí se hacen un verdadero culto de esta ortodoxia que acaso, como en otros tantos cultos, en más de una ocasión pueda derivarse incluso hacia cierto paganismo. Ningún aficionado fuera de estas tierras defiende con tanto rigor la que cree ser para su respectivo criterio, incólume y virginal, su propia teoría de cada cante. Esto, queridos amigos, no es un defecto. Podría ser un exceso si no revelara en primer término una desmedida afición que infunde tanto respeto como admiración.

La otra faceta admirable de esta afición es el entronque de estos cantes con el pueblo, el amor y la pasión que suscitan. La manifestación más elocuente de esta circunstancia es el modo con el que todo el pueblo asentado en este rincón flamenco y en buena parte de toda la tierra murciana que acoge este Festival.

El modo, que tantas veces he comentado con la palabra y la pluma, con que el pueblo de La Unión vive su Festival, hasta qué extremos se inserta en él para aparecer como un personaje más del mismo, acaso el personaje más importante de todos. Esto es lo que he visto, en esta absoluta medida, en ningún otro sitio que no sea aquí. Es un orgullo que podéis sentir profundamente , flamencos de la sierra y el campo de Cartagena. El orgullo de vuestra ubérrima riqueza Cantaora que nacida al soplo tembloroso de una inmigración a la que acogió vuestro pueblo con la generosidad que ha unido siempre a los pobres, a los desheredados y a los perseguidos del mundo entero, tomó aquí su carta de naturaleza para dar, a la sombra de esta Sierra minera, esa recreación de La Taranta de la que preclaro estudioso del flamenco pudo decir que era una verdadera joya del Cante Jondo. Taranta, cante fundamental, árbol de fecunda sabia, verdadero Cante Jondo al lado de su hermano El taranto Almeriense. Y con la Taranta La Cartagenera enriquecida con tantas aportaciones personales, mayestáticas y solemnes siempre. Y La Minera, reina de este Festival, y la Levántica y el Fandango Minero y los Cantes del Pajarito y de Pedro el Morato y el Cante del trovo, maridaje éste feliz de unos colosales maestros de la juglaría que con él rindieron un permanente homenaje al sentimiento flamenco. Cante de las Minas, jalonando desde estas tierras el devenir todo de un mundo que ha exprimido hasta la última gota el magma y el pozo infinito de toda la Jondura del Cante jondo.

Y aquí deberíamos terminar para no excedernos en este pregón, cuando La Unión y su Festival Nacional gozan, como ya he dicho, de un crédito y de una fama- el primer festival monográfico del ancho mundo flamenco – que nuestras torpes palabras no van a poder acrecentar.

La XXI edición del Festival Nacional del Cante de las Minas se van a abrir ante vuestra atención y vuestro recogimiento, que darán paso a la repetida alegría y fervoroso entusiasmo de siempre por algo que es vuestro, del pueblo de La Unión en primer término, de Cartagena, de Murcia y de España entera, porque cuando tantos y tan deseados defensores de oficio se empeñan en defenderla, vosotros, encarnación genuina del pueblo formado por las gentes comunes, podéis enorgulleceros de estar haciendo patria en esta joya que es trasunto de las milenarias civilizaciones que os cimentaron. De estas civilizaciones, como las que arrancaron aflorando del oscuro túnel de la prehistoria, ahí al lado, en la Mastia de Avieno contara en su hora marítima, limite confuso de Tartesios, luego en la Cartago Nova del emporio Cartaginés, hispánica cabeza de la romana provincia Cartaginense, zarandeada y sometida por invasiones de alanos, godos, vándalos y suevos, denominada más tarde por la breve influencia de los bizantinos, en los que algún estudioso ha creído encontrar vuestra afección a los orígenes del flamenco a través de la música griega por ellos adoptada. Sois también subsidiarios de la civilización

musulmana a la que uno, que no tiene afección en declararse un poco moro, se siente por flamenco verdaderamente adicto.

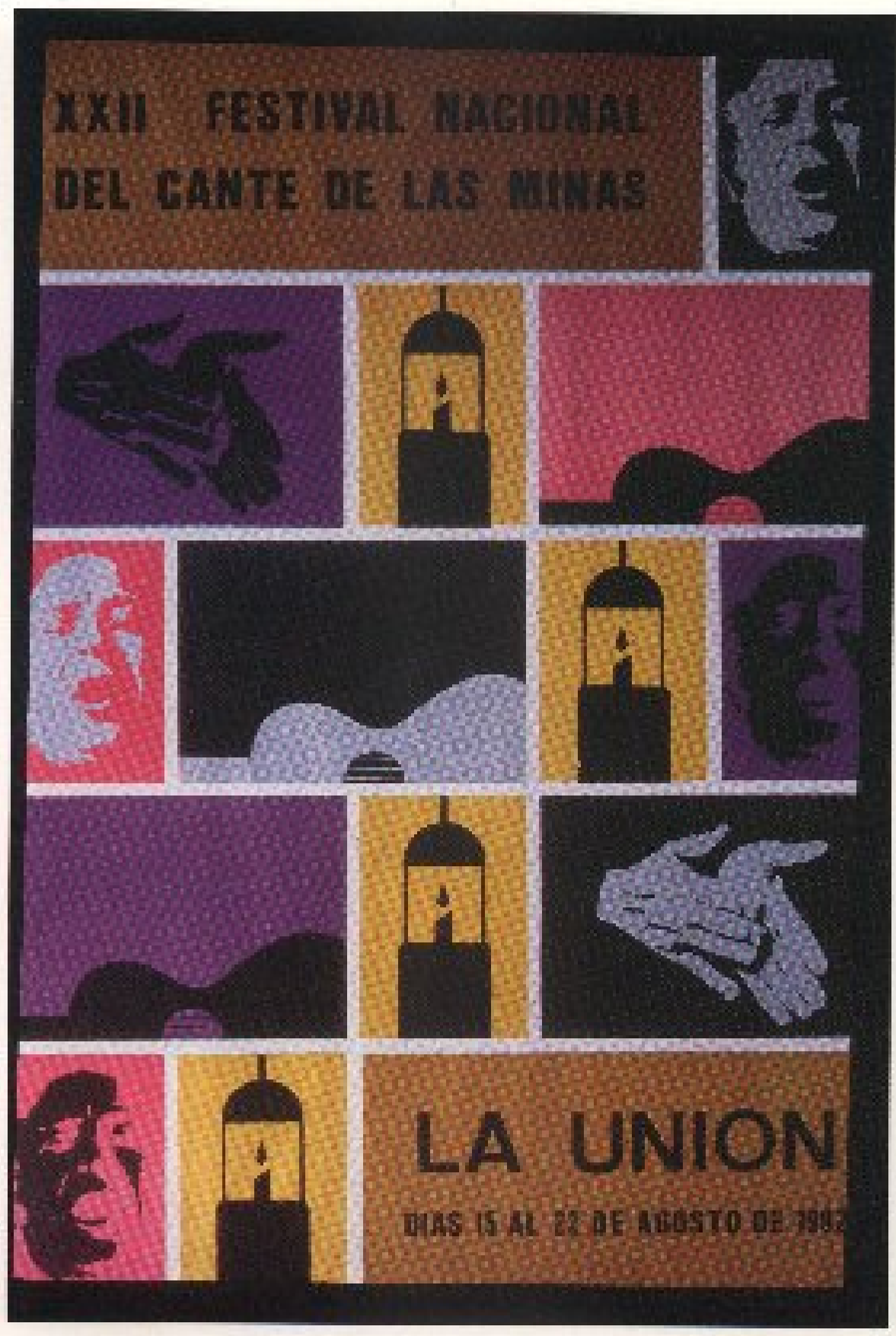
No es perderse en imaginaciones ni es darse a elucubraciones fantasmagóricas el pensar que en esta tierra, asentada en el extremo oriental de la Penibética, la influencia de tantas culturas y el trasvase de pueblos y razas en el devenir secular de la historia, conformaron una especial predisposición. Acaso una premonitoria intuición que hubo de servir más tarde a esta excepcional órbita de atracción del flamenco, a través de las primeras y no siempre tímidas manifestaciones de protesta social encabezadas por la población minera, especialmente a raíz de las agitaciones de 1898 en La Unión, muchos de cuyos cantes, como ha escrito Caballero Bonald, se ciñen ideológicamente a esas acusaciones, las más recias y valiosas resultantes flamencas de la taranta y de su hermano varón el taranto y la cartagenera, que pueden entenderse como el más acabado ejemplo de los cantes múrcianos y aún de todo el cante de Levante.

Quisiera disponer ahora del DOM divino de la poesía para percibir en toda su belleza y haceros percibir los ritmos ocultos que permanecen en mi interior, pidiendo a la voz cálida que introdujera, a través de un pensamiento y de una frase feliz, el orden que reclama este desorden anímico en el que podemos introducir, como pretendía André Maurois, una armonía inteligente que por ello pudiera hacerse poética. Aquí pudiéramos decir, que no acabar, con Lope: un soneto me manda hacer Violante y en mi vida me he visto en tal aprieto. En fin, y voy a terminar.

Vuestro Festival va a iniciarse ya, un año más, así hasta veintiuno, cosa tan poco perenne y tan artificiosa para los elegidos. Se va a todos como una hermosa flor que cada año florece en el pueblo minero y flamenco de La Unión. Por unos días vamos a olvidar los sinsabores y las durezas del trabajo. Vamos a apartarnos de las dificultades de la vida porque cantaores y tocaores, flamencos de la tierra levantina y de la rica tierra andaluza, van a competir ante este excepcional jurado popular y van a poblar de trinos y arpegios, de voces canoras y ayes lastimeros, las cálidas noches caniculares junto al mar por el que, a través de la historia del mundo, nos vino siempre el soplo anhelado de la cultura y de la belleza. Id haciendo vuestras voces, cantaores y troveros, id imaginando estilos y ecos, domeñando rimas e imaginando metáforas y consonancias en vuestra siempre fértil y brillante imaginación, afinad tocaores vuestras guitarras, sonantas flamencas, alquitaras moras, majañís gitanas, para prestar vuestro apoyo que infunda el soplo máximo de los estilos de todos los cantes. Aquí os espera el pueblo minero de La Unión, que esta noche ha engalanado este precioso recinto con la belleza de sus mujeres.

¡Al aire!, ¡al aire ya mismo los estros de la repentización trovera, las coplas quejumbrosas y dolientes, los tonos y los medios tonos, los arpegios y los silencios de las guitarras!

Señor corregidor, porque así lo demanda el pueblo, a usted corresponde dar la orden. Arriba el telón del Festival Nacional del Cante de las Minas.



Cartel del XXII Festival Nacional del Cante de las Minas

Pregón del XXII Festival Nacional del Cante de las Minas

Juan de Dios Ramírez Heredia

Excelentísimo señor presidente de la comunidad Autónoma de Murcia.
Ilustrísimo señor Alcalde del Excelentísimo Ayuntamiento de La Unión.

Amigos y compañeros, una vez más vuelvo a sentir la grabe y seria responsabilidad de dirigiros la palabra, responsabilidad que en este caso viene dada por la larga tradición ya de este Festival Nacional del Cante de las Minas, donde hombres ilustres han tenido la posibilidad de glosar para todos ustedes las excelencias de vuestro cante, donde se ha tejido año tras año la mejor historia de vuestro folklore y de vuestra cultura, donde han paseado ante estos mismos micrófonos y sobre este mismo escenario las mejores figuras del cante del baile y de la guitarra no solo del buen decir para poner de manifiesto su arte y su capacidad interpretativa todo aquello que para vosotros es tan importante y que para mí ciertamente también lo es, por eso mis primeras palabras, son de reconocimiento de mi propia y personal incapacidad de deciros algo nuevo, para traeros aunque solo sea una pincelada que pueda ilustrar lo fatídico de lo novedoso de lo que asta ahora se a dicho y sobre lo mucho que se a escrito con respecto a los cantes de Levante y con respecto a los cantes mineros, por ello me gustaría tan solo que en esta noche mis palabras no fueran más que un remachar con los acentos del martillo en la mina con los ecos de un hombre que pretende ser sincero, remachar digo una vez más sobre lo mucho que ya se ha dicho, sobre lo mucho que se a escrito, sobre lo bueno que se a dicho y se a escrito en esta tierra y que forma parte indudablemente de vuestra riqueza cultural, de aquello de lo que os podéis sentir inmersamente orgullosos.

Por otra parte, mis vivencias personales en La Unión, esta tierra que como ha dicho vuestro alcalde he visitado en tantas ocasiones, donde me siento tan a gusto como en mi propia casa, donde he tenido la posibilidad una vez más de dirigiros la palabra en mil ocasiones distintas, bien para ser Heraldito del trovo como para presentar la gala flamenca, para disertar sobre vuestros cantes en cualquier rincón de vuestra provincia y fundamentalmente en este entorno minero cuando así se me ha llamado, por eso cuando recibí la invitación este año de compartir con vosotros estos minutos de alegría de inequívoca alegría que representa cada año, el descorrer las cortinas y empezar una nueva jornada del Festival Nacional del Cante de las Minas, sentí una grabe y seria preocupación porque me decía a mi mismo y que les voy a decir yo de nuevo a los unionenses, para mí venir a La Unión representa el estar en familia de compartir con vosotros unas horas o unos días de franca y sincera amistad, nada más y nada menos. Pero no pude desoír la insistencia de mis compañeros unos ciudadanos encargados de la organización de esta XXII edición del Festival Nacional del Cante de las Minas, por eso estoy aquí para cumplir con un compromiso y al mismo tiempo hacer frente a un hermoso y comprometido reto, por ello antes de nada quiero pedir disculpas a los muchos entendidos que

esta noche están con nosotros, ellos saben infinitamente mejor que yo porque de ellos he aprendido lo poco que se del cante de las minas en sus escritos y en mis conversaciones particulares con ellos a lo largo de tantos años hoy hace once o doce años que continuadamente estoy viniendo a La Unión y mantengo contacto con todos vosotros, por eso sintiéndome en familia, queridos amigos voy a intentar desgranar una cuanta pira, voy a recordar algo de lo que ya sabéis como quien habla en casa, como quien le habla a su hermano a su madre a su amigo o ha sus parientes, si queréis poniendo un poquito de énfasis gitano en mi voz pero nada más, como se habla entre la gente que uno quiere y entre la gente que a uno sabe que le quiere. Por eso del compromiso y la seriedad del compromiso por una parte, y el saberle en familia por otra son los dos pilares en los que se asienta inequívocamente mi disertación de esta noche.

Hace unos meses me invitaron los organizadores de la Universidad Popular de Cartagena a disertar sobre los cantes de las Minas, estuve ahí en la gran ciudad compartí con aquellos hombres, y con los interesado en aquel tema también unos minutos de conversación y tuve posibilidad una vez más de decir prácticamente lo que voy hoy a decir, y voy a repetir esta noche pero yo recuerdo que una de las bases fundamentales en las que yo sostuve mi intervención de aquella tarde era en decir a quien me escudaba con la misma atención con que vosotros lo estáis haciendo todos, que os podíais sentir orgullosos de vuestro arte, que os podíais sentir felices de esa enjundia que tiene el Cante de las Minas, de esa profundidad, de esa melancolía, de ese dramatismo que encierra el cante minero, porque el cante minero inequívocamente como todo el folklore andaluz y flamenco pero este de una forma espacialísima está pensado en tres columnas fundamentales que le dan autentica personalidad que le permite someterse al bisturí de los estudiosos e investigadores más exigentes, que puede aguantar la prueba y el transcurso de los años así lo ha demostrado, de cualquier embate, de cualquier situación política o social, de cualquier momento de esplendor folklórico o de tristeza folklórica, porque vuestro arte minero porque vuestro cante fundamentalmente es un compendio de cultura de arte y de sentimiento, yo les decía a las personas que me escuchaban entonces que porque estoy convencido de esa realidad, porque cultura arte y sentimiento hay en el cante de las Minas, este es un cante que tiene una vocación y una proyección de futuro indeleble que tiene una proyección de futuro contra el cual nadie va a poder, porque siempre existirá un corazón minero donde el cante de la mina va a encontrar su mejor tabernáculo, porque siempre va a existir el coraje y el nervio de un hombre, de un obrero, de un trabajador, que se va a identificar con ese cante, y que lo va a utilizar como vehículo de expresión para decir a través de él todas sus penas o todas sus alegrías cuando las tiene. Porque a través del Cante de las Minas a través de vuestro cante, y vosotros fundamentalmente hombres y mujeres de esta comarca, debéis de sentir os orgullosos de ellos a través del cante en momentos difíciles de este país nuestro y no me estoy refiriendo evidentemente a los últimos cuarenta años exclusivamente, estoy remontándome a muchas decenas de años atrás, cuando el obrero se a sentido amordazado, cuando el trabajador de la mina no ha

encontrado ni un periódico ni un micrófono ni una emisora de radio, donde a través de la cual poder cantar sus penas y sus melancolías, denunciar sus necesidades y poner de manifiesto sus injusticias, ese hombre ese minero, ese trabajador lo ha hecho a través del cante y el cante se ha convertido en la mejor emisora de radio, en la mejor emisora de televisión en el mejor periódico que podían leer hasta los que nunca han sabido leer.

Por eso os digo compañeros hombres y mujeres de esta tierra que vuestro cante es un compendio de cultura de arte y de sentimiento está ahí entre vosotros, tal vez como vuestra única y vuestra mayor riqueza, pero del que debéis estar orgullosos porque ha cumplido y aún pienso que sigue cumpliendo con una extraordinaria función social con una función eminentemente de comunicación.

Mirad uno de los fenómenos más curiosos del flamenco en su conjunto, que para mí lo hacen ser una las manifestaciones artísticas más importantes entre todas las manifestaciones que pueblan el territorio Español es que no es propiedad del que lo canta, el flamenco en su conjunto y el Cante de las Minas porque no es propiedad del artista que lo interpreta, es propiedad de todo un pueblo, es propiedad de toda una comunidad, el Cante de las Minas no es exclusivo del minero, es de todos vosotros, es todos los hombres y mujeres de esta tierra, de esta comarca, es de todos los hombres y mujeres que se sienten identificados lo que se cante significa, con lo que ese cante intenta transmitir, primer fenómeno digno de ser tenido en cuenta, el cante en su conjunto y vuestro cante en particular corresponde a todo el pueblo en su conjunto, y forma parte de vuestro principal patrimonio cultural.

Pero el cante al mismo tiempo, el vuestro sobre todo de ahí mi profunda admiración por el flamenco y por el cante de Levante en particular, cumple con una función extraordinaria de comunicación a la que me refería anteriormente pero sobre todo el cante minero y el cante flamenco en su conjunto no tiene un protagonista exclusivo, el flamenco y el cante de las minas tiene un protagonista colectivo porque cuando un hombre se suba a este escenario dentro de unos días y esta misma noche también y sea capaz con lo que canta, con lo que dice sea capaz de romper barreras que a veces existen entre el que canta y el que escucha, cuando esa barrera desaparece y todos vosotros sentados ahí en vuestras sillas, os identificáis con lo que se está cantando y notáis que en vuestra piel los bellos empieza a erizarse, y que dentro de vuestro cuerpo ahí algo que se revela, hay algo que se mueve, hay un sentimiento que nos impide estarnos quietos, tranquilos en la silla, entonces se está formando del cante, fundamentalmente del cante de esta tierra, esa expresión maravillosa, esa imagen y un colorido, que ni los pinceles más acreditados serian capaces de plasmar, que ni las músicas más selectas serian capaces de interpretar, que ni el orador más completo seria capaz de describir, cual seria el comportamiento colectivo de un protagonismo que a todos os corresponde porque os sentís una misma cosa, un mismo ser, el que canta y el que escucha fundidos en un cante minero.

Amigos míos, yo creo que cultura arte y sentimiento se conjugan de una manera tan magistralmente hermosa en vuestros cantes mineros, que quien pudiera poner en duda esa realidad demostraría ser inmensamente ciego, demostraría no conocer las esencias más puras de las vivencias populares de los hombres y mujeres que no son demasiados versados en las letras que ustedes quieren pero han aprendido en esa escuela, la mejor de las escuelas, la mejor de las Universidades, que es la escuela y la Universidad de la propia vida, vosotros sabéis perfectamente, como a través del cante estáis encontrando en esas letras magistrales que habéis oído tantas veces y que la propia capacidad creativa de vuestros hombres y de vuestras mujeres enriquece cada año más la expresión de vuestra problemática ahí está el cante de las minas, cultura de un pueblo, sentimiento de un pueblo, arte de un pueblo, dentro de unos días en esas sillas de ahí arriba se van a sentar hombres de la prensa como los hoy están sentados ya, y van a juzgar lo que aquí se va a cantar lo van a escribir en los periódicos y lo van a dar en los medios de comunicación audiovisuales, se van a convertir en interpretes de lo que aquí acontece y lo van a trasladar muchos más kilómetros allá de donde se está realizando este magno Festival Nacional del Cante de las Minas, ellos van a ser portavoces de alguna forma de la inquietud de la cultura y el sentimiento del arte que aquí se va a poner de manifiesto, ellos tienen una gran responsabilidad que duda cabe, una responsabilidad aquí quería yo llegar a parar.

Queridos amigos míos, lamentablemente del flamenco en su conjunto y del cante minero, que forma parte para mí consustancial con todo el flamenco en general se ha escrito mucho, pero no es menos cierto que se ha escrito bastante mal, que se ha propagado de nosotros los flamencos, los aficionados al cante una imagen que en la inmensa mayoría de las ocasiones no nos pertenece reconocerlo con migo. Cuando se ha hablado de flamenco, y sobre todo cuando se ha hecho fuera de esta tierra, y fuera de Andalucía, triste y lamentablemente se ha confundido nuestra imagen, con la de borrachos, pendencieros, hombres y mujeres mas o menos disolutos, personas sin capacidad para la seriedad, personas sin capacidad, para tener en definitiva, unos criterios justos y rectos con los que organizar nuestra propia convivencia. Se ha identificado el flamenco con la juerga barata de charanga y pandereta, de bares de mal nombre, y de lugares de cuya identificación es fácilmente recordable por todos vosotros. Y cuando hemos leído eso, cuando hemos oído esos comentarios, hemos sentido en nuestro interior una sana e injusta indignación, porque no estamos dispuestos a aceptar que nadie critique a nuestro cante. No estamos dispuestos a aceptar que nadie critique nuestro arte, no estamos dispuestos a aceptar, que nadie tire fango sobre lo que para nosotros es una manifestación de un brillo esplendoroso, porque corresponde a nuestra única riqueza en estos momentos, cual es la de manifestar lo que pensamos y lo que decimos ha través de unas coordinadas artísticas que hacen del cante de las minas una visión y un espectáculo absolutamente distinto a todos los demás. Y ese es el segundo punto al que me quería referir.

Arte, arte, hay arte en el Cante de las Minas, hay arte y la prueba está en que cuando empiece propiamente las jornadas del concurso, unos hombres los miembros del jurado, cuya responsabilidad, es infinitamente superior a la mía que en estos momentos al dirigiros la palabra, se van a encontrar con la dura y difícil, y siempre criticada tarea de tener que catalogar a unos cantaores, de tener que dar una puntuación, de decir quien lo a hecho mejor, y quien lamentablemente en ese momento no lo hizo tan bien. Y por qué sucede esto porque hay unos hombres que pueden juzgar si un cante ha sido bien hecho o no ha sido, porque hay arte, y el arte tiene sus reglas, y todo lo que tiene reglas, es factible de ser medido, se va a medir el cante aquí, se va a medir la capacidad interpretativa, de quienes van a discurrir de estas tablas a lo largo de estos tres días del concurso. Y como hay arte en ello, porque nadie puede cantar si no tiene el conocimiento necesario para poder aplicar correctamente esas normas que hacen posible el cante. El arte se va a poner de manifiesto, y unos hombres cuyas ganancias ciertamente no les arriendo, tendrán que catalogar, tendrán en definitiva tendrán que juzgar, tendrán que premiar, ha quien consideren que son merecedores del premio. Cultura a la que me refería anteriormente, arete al que acabo de hacer referencia ahora, en esta brevísima pincelada, y sentimiento.

Amigos míos, sentimiento, que sería del cante flamenco en su conjunto, que sería del Cante de las Minas, particularmente si no estuviera imbuido del sentimiento, ese sentimiento en definitiva, que es el que le da la propia sal, verdad que no concebíd con migo en que alguien pudiera interpretar vuestros cantes con una partitura delante, con la frialdad aunque ciertamente con la exigencia métrica, de una lectura correcta del pentagrama le podría dictar. Es necesario para cantar, es necesario para interpretar tener sentimiento, y el sentimiento en el flamenco, y en el cante de las Minas es la salsa fundamental que le da al cante su autentica, y su mejor personalidad.

Amigos míos, no quiero ser excesivamente largo en mi intervención de esta noche, ha pesar de la seriedad y del interés con que me estáis escuchando, y que veo además en la fijeza de vuestras miradas y en la expresión con que vais de alguna forma intentando degustar que más quisiera yo, lo que os estoy diciendo, pero no es merito mío, no es merito mío, de hecho como ya dijo en una ocasión, aquel gran poeta, hasta que el pueblo las canta las coplas, coplas no son , y cuando las canta el pueblo ya nadie sabe el autor, que bien lo dijo Machado, hasta que el pueblo las canta las coplas, coplas no son. Y el pueblo ha cantado y sigue cantando vuestras coplas, el pueblo ha cantado y sigue cantando porque el pueblo siempre lo ha hecho así, aquello que más le duele, aquello que más le impresiona, aquello en definitiva que le llega más hondo en sus propios sentimientos.

El pueblo andaluz y el pueblo murciano, el pueblo unionense y el pueblo de Cartagena, el pueblo de las comarcas fundamentalmente mineras, de esta tierra y de la vecina Andalucía, han sabido cantar ha lo largo de la historia sus penas, y sus alegrías, poniendo esos tres aditamentos que refería al principio de cultura de arte y de sentimiento pero es que sólo lo ha hecho este pueblo. Muchas veces los poetas talvez como los mejores interpretes del sentimiento

popular han escrito cosas maravillosas con las que el pueblo se ha sentido identificado, que posteriormente a hecho suyas, y que como decía Machado, y nadie sabe el autor.

Yo os decía anteriormente queridos amigos os decía anteriormente que el cante de las minas ha servido para hacer posible el que el hombre minero que el trabajador, pudiera hacer llegar al exterior sus inquietudes y sus penas, yo a propia intención esta noche no he querido hablaros ni lo voy a hacer, ni del Rojo el Alpargatero ni de toda la retahíla de nombres que conocéis perfectamente, y de los que me imagino de tantos y tantos pregones anteriores se os a hablado de aquí, yo no os voy a hablar ni me voy a detener en la historia de La Unión que todos conocéis sobradamente ni siquiera en las pinceladas anecdóticas que representaban ya lo sabéis de aquel encender los cigarrillos puros con billetes de cien pesetas como aquí se hacía, ni machacar insistentemente en decir que esta era la tierra donde se consumía más coñac de toda España, ni deciros cuales eran los cafés cantantes que aquí y en Cartagena existían, no me quiero parar en todos esos detalles que están escritos en los libros, y que inequívocamente sería creo yo por mi parte un repetir una vez más lo que tantos obligadamente han tenido que decir des aquí o desde otra tribuna, cuando del cante de las Minas sé ha hablado.

Yo he querido, he pretendido, y sigo pretendiendo llevaros un mensaje de autenticidad desde el punto de vista del análisis sentimental del cante no exento al menos así lo pretendo, de una mínima rigurosidad científica, estoy intentando llevaros. Amigos y compañeros, el sentimiento exclusivo, que al levantaros esta noche de aquí, os podáis sentir con razón, una vez más felices de pertenecer a esta tierra, contentos fundamentalmente el soporte que a hecho posible el mantenimiento de los cantes de las minas. Pero es obligado que duda cabe el hacer por mi parte una referencia al pasado, una referencia que en este caso pretendo que sea simplemente literaria, una referencia amigos míos, que hace hincapié sobre todo en lo que os decía anteriormente, de la capacidad que tiene el cante de las minas para ser vehículo de comunicación y expresión del minero que antes estaba allí abajo sepultado, que hoy sigue aunque menos, y que en esas minas a cielo abierto sigue todavía respirando ese polvo infernal que en la inmensas ocasiones hasta acabar pronto con su vida, hay unas letrillas que recoge Pepe Blas Vega, maravillosamente en uno de sus estudios, un hombre que se ha dedicado mayormente al estudio de los cantes mineros, y que yo inequívocamente tengo que recordar para todos vosotros como demostración inequívoca de lo que estoy diciendo por si alguien ajeno de este fenómeno flamenco pudiera pensar que mis palabras tenían una gota, una miaja de demagogia en las expresiones duras con las que me refería anteriormente del trabajo del minero. ¡Hay!

Los mineros son leones
Que bajan enjaulados
Trabajan entre peñones
Y allí mueren sepultados
Para darle al rico millones.

De la entrada de la mina
Sale el rico mineral
Para que tengan berlina
Los hijos de don Pascual.

Mineros PA trabajas
Si PA ti no es el producto
Pa el patrón son las alhajas
Pa tu familia el luto
Y para ti la mortaja.

Son letras que las han cantado los hombres de esta tierra, estaban refiriendo una realidad, estaban contando en definitiva, estaban clamando con la belleza inequívoca que encierran estas letras, la tragedia, la dureza, la negritud para ellos inequívocamente representada de ese trabajo en las minas. Todos sabéis que aquella época en esta tierra al minero ni siquiera se le pagaba, ni siquiera se le pagaba con dinero, alguno puede que incluso, a través de la comunicación de sus antepasados pueda recordarlo, al minero se le pagaba con vales, ni siquiera se le pagaba con dinero constante y sonante, para que con esos vales fuera a comprar la comida o lo que necesitara en los establecimientos que estaban ubicados aquí que mire usted que casualidad eran regentados por mismos dueños de las minas, todo quedaba en casa.

Mal dolor les de a los vales
Y al borde que los creó
Por no pagar con reales
Aún estoy soltero yo.

Decía un minero ante la evidencia y por falta de disponibilidades económicas porque cobraba su trabajo con vales.

Bendiga Dios al ministro
Que obligó a pagar con reales
El trabajo del minero
Ya se han quitado los veles
Como y bebo donde quiero.

Así decían estos hombres, pero mirar que casualidad, y si me lo permitid agudizando un poquito el ingenio, porque estoy completamente seguro de que todos, somos capaces de hacerlo cuando estas letrillas se estaban escribiendo, daba la casualidad, cuando estas letras las cantaban los mineros de esta tierra, teníamos en el gobierno español, un Ministro de Hacienda que ciertamente no lo hacía demasiado bien, un Ministro de Hacienda, que estaba llevando al país a la ruina, un Ministro de Hacienda que de alguna manera hacía posible, con su mala

gestión de gobierno, el que la gente lo estuviera pasando muy mal, y el poeta de entonces, igual que el minero cantaba lo que yo, os he dicho y que vosotros conocéis reflejando en la mina. El poeta de entonces, refiriéndose al Ministro en cuestión, que tan mal llevaba la Gobernación económica del país, no pudo por menos de decirle. Hay señor Ministro D. Martín Garay, señor Ministro usted nos está engañando, usted nos está sacando el poco dinero que hay, ni es mis enseñaron tal doctrina y desde que usted domina, la nación con su maniobra que ha cobrar no cobra, y el que paga se arruina. Eso decía el poeta, justamente refiriéndose a los Ministros que en aquellos tiempos gobernaban nuestro país, y por favor nadie saque paralelismos en estos momentos, salvo la libertad personal de cada uno para encontrar y mirarse en el espejo que más les guste.

¿Hay?, no hay mal que cien años dure, decían todavía los poetas de aquella época, y eso es lo siempre ha dicho la voz popular, no había mal que cien años durara pero ya iba siendo hora de que los cien años se cumplieran para que los males desaparecieran cuanto antes. A principios de siglo se decía en Madrid, nosotros como comprendemos que en España no hay dinero ya, y esto lo interpretaban maravillosamente bien, mis paisanos gaditanos precisamente con aquellas letrillas cómicas y los tanguillos de Cádiz, tan propios de los carnavales que todos conocéis también, decían refiriéndose al mismo fenómeno duro al que estoy haciendo referencia, y nosotros decían los gaditanos, como comprendemos que en España no hay dinero ya, nos vestimos con traje de buzo haber si lo hayamos en el fondo del mar. De alguna forma he venido a buscar esta letrilla amigos y compañeros, al pensar en el fondo del mar, y al pensar en el fondo de la mina, he encontrado esa identificación, esa simbiosis de pueblo de pueblo obrero y de pueblo trabajador, como inequívocamente es este pueblo en el que estamos, pero no hay mal que cien años dure se cantaba entonces y se sigue cantado ahora, si cuando los mineros de esta tierra, y los poetas de Madrid y los marineros de Cádiz lo pasaban tan mal, unos en su barco, otros en sus fabricas, y los otros sumergidos en la mina, la voz popular de entonces, en tono de un ligero cachondeo no podía de cantar lo siguiente.

Ya se fue el verano
Ya vino el invierno
Dentro de muy poco
Vendrá el gobierno
Que turu ruru que turu ruru.

Compañeros los poetas d'entonces, los hombres de entonces, que realmente habían de hacer frente a la vida, que tenían que hacer frente con valentía con una migajilla de buen humor con unas grandes dosis de esperanza, con una mínima seriedad en el pueblo para tirar ha delante. Para tirar adelante con todas las dificultades del mundo. Antes era un Ministro D. Martín de Garay al que refería anteriormente, y al que la copla supo criticar tan acertadamente, hoy los poetas de hoy, los mineros de hoy, el hombre y las mujeres trabajadores de hoy, no dicen lo que le decían antes a D. Martín de Garay, hoy dicen otras cosas más sencillas pero al mismo tiempo graves y trágicas.

En el cielo manda Díos
En la tierra los Cristianos
Y en el Aceite de Oliva
Mandan los americanos.

De alguna forma, han venido a trasladar al momento presente al poeta popular, el hombre en sentido popular aquello que en definitiva le preocupa, aquello que para él constituye la mejor prueba inequívoca prueba de su iniciativa. Decía el otro poeta refiriéndose a la angustia del trabajador campesino identificado en igualdad de quehaceres con el hombre de la mina.

Que culpa tiene el tomate,
Que está tranquilo en su mata
Que venga un hijo de puta,
Y lo meta en una lata.

De hecho cuando el poeta, con esa frescura popular, está criticando una situación, está poniendo de manifiesto algo que a él le duele, algo que indefinitiva le preocupa, y esta convirtiendo. Amigos y compañeros en el mejor vocero de todos, ahora voy a terminar contando una pequeña victoria, os voy ha contar una anécdota que muchísimos años ya, y que de alguna forma, esta tierra de La Unión, estos hombres y mujeres conocidos y amigos míos, la inmensa mayoría nos recuerdan con vuestro trabajo y lucha de cada año, por hacer una ciudad más importante, por hacer un pueblo más justo, por hacer una convivencia mejor entre todos vosotros. A mí que conozco vuestra realidad me recuerda al alma me emociona y me hace recordar porque vosotros os lo merecéis, porque lo estáis consiguiendo día a día, codo con codo, utilizando a todos los hombres y mujeres de esta tierra, por conseguir un pueblo mejor, por conseguir un Festival más digno, repito hombres y mujeres me recordáis esta sencilla historia, que yo os voy.

Dicen que en un pueblecito del sur de Francia, había un minero carbonero para que nos entendamos mejor, cuando yo digo carbonero, inculto y analfabeto no sabia ni leer ni escribir, ese carbonero todas las mañanas cojia un saco y se iba al monte cortaba un poco de leña unas cuantas ramas y las cortaba, y hacía un poco de carbón de picón y se iba al pueblo de al lado, y se ponía en una esquina y se ponía a pregonar el carbón que él había fabricado horas antes en el campo, las mujeres y los hombres del pueblo iban a la esquina y le compraban el picón, y el carbonero con ese dinero que conseguía comía él y su familia, cada día guardaba algunos dineros que había ganado, y un día tuvo dinero suficiente para poderse comprar un Burro, y el carbonero se iba al campo ya no iba con el saco a cuestras, iba con un Burro al campo, y podía quemar más leña, podía cortar más madera, podía en definitiva hacer más carbón, y más picón cargaba el burro con tres o cuatro sacos y se iba al pueblo a vender el carbón y el picón, como tenía más carbón y más picón vendía mas y podía ahorrar más y pudo juntar para comprarse un segundo burro, ya el carbonero trabajador, el

carbonero obrero se iba al campo con sus dos burros quemaba más leña, hacía más carbón, cargaba hasta arriba los dos burros y se iba a los pueblos cercanos ha vender su carbón y su picón, vendía más carbón y ganaba más dinero, podía ahorrar más pesetitas, compró un tercer burro, y llegó un momento en el que el carbonero pudo contratar los servicios de un carbonero que se encontraba en paro, que no tenía trabajo, y le dijo quieres trabajar con migo, y los dos vamos a comprar un burro más y hacemos más carbón, y vendían más carbón y llegaron ha tener mas animales, y a contratar más carboneros hasta un total de veinticinco.

El carbonero analfabeto llegó ha instalar una red de carbonerías en todos los pueblos cercanos al de su nacimiento cuenta la historia del carbonero que un día el carbonero que fue a un pueblo ha intentar comprar o alquilar un local para instalar otra carbonería, y él preguntó allí, oiga quien me puede vender o alquilar una casita donde yo pueda poner una carbonería, y le contestan el que le puede vender es el Ilustrísimo señor Marqués, que todas las tardes se va al casino y se sienta en ese pasillo, nuestro buen carbonero ya lo conocían en todo el contorno y se fue al casino. Pero en ese casino solo podían entrar los ricos, era el casino de la gente de una aristocracia venida a menos, era del Sr. Marques y del Sr. Conde que ya no le quedaba dinero que se lo habían dilapidado todo, pero que seguían siendo el Sr. Marques y el Sr. Conde que iban por la tarde a tomarse el cafecito, que le duraba el café toda la tarde, pero que aquello era algo así como su templo sagrado. Pero el carbonero entró, el carbonero era valiente y pidió un café y se sentó a esperar que entrara aquel rico amo del local que él quería alquilar, junto a él estaban tres venerables señores que conocieron al carbonero y no se atrevieron a decirle carbonero, que haces aquí si a ti no te corresponde estar sentado en este local.

Esa es la realidad de vuestro pueblo, vosotros estáis ascendiendo habéis nacido de la nada, habéis nacido del hambre, de la miseria, de la marginación, de la explotación, como se pone de manifiesto en vuestros cantes mineros, no lo digo yo, lo decís vosotros con vuestros cantes, me lo estáis diciendo con vuestros cantes cada día, pero vosotros no os hundís, vosotros estáis ascendiendo como el carbonero minero de mi historia.

Cada año el Festival más esplendoroso cada día más bonito el escenario, cada año con más entusiasmo en la organización del mismo, cada día surcando con mayor interés, cada día más identificados con el que hacer colectivo de vuestra comunidad. Amigos míos de La Unión porque vosotros estáis ascendiendo cada día más, porque vosotros sois los dueños de vuestro arte. Yo os auguro y os prometo, en la medida que uno puede investigar las corrientes de movimiento copiar de las comunidades, que vuestro Festival tendrá vida eterna, porque vosotros vais a hacer porque de hecho ya lo sois desde hace ya mucho tiempo los verdaderos estandartes del sentimiento popular del flamenco y del Cante de Levante, cuando un hombre o una mujer, cuando un minero y una mujer de un minero, rompen en trompetillas, y son capaces de decir aquí hay un hombre del Levante aquí hay una mujer de La Unión.

Muchas Gracias:



Pregón del XXIII Festival Nacional del Cante de las Minas 1983

Enrique Tierno Galván

Ilmo. Sr. Sras., y Sres.: con una especial alusión a él Alcalde de este lugar; a mi buen amigo y colega, que ha tenido frases tan cariñosas, y por el afecto, exageradas con relación al pregonero de esta noche.

No, no puedo ofrecer otra cosa, más que una reflexión sobre la mina; el ejercicio de las facultades y de la actividad del minero, y del cante. Que esa actividad y ejercicio, han producido reflexiones, si Vds. quieren, de un profesor habituado a él análisis de los fenómenos culturales, y que ve con objetividad las posibilidades de encontrar lo que hay detrás, de la expresión a través del canto, de las fuerzas sociales del proceso industrial, de las condiciones de una comunidad definida por la explosión de la tierra y de sus riquezas.

Los lugares; este lugar concreto donde hay minas, no se eligen por el amor a la naturaleza; no se busca los sitios recónditos, floridos, amenos los lugares apacibles. Se busca sobre todo y principalmente, el metal que se codicia. Y así este lugar que en sus tiempos fue ameno, que tenemos descripciones de que estos collados, las alturas, incluso los altos cabezos, estaban cubiertos de vegetación y vegetación abundante, se buscó y se encontró por los primitivos navegantes, griegos y fenicios. Por noticias que ya había y noticias claras, de que en estas tierras abundaban los metales, se hicieron las ciudades, los pueblos y las minas; y formarlas por la mano del hombre. Y la búsqueda y el logro del lugar, se perpetuaron durante siglos en la permanencia constante de quienes lo explotaban, transcurrió la historia con acontecimientos diversos.

Pasaron los hombres y se renovaron los tiempos, pero aquí siempre hubo una población que estaba arañando, buscando, sumergiéndose en las entrañas de la tierra, para encontrar el metal codiciado; y en esa permanente explotación siempre había un protagonista, que en el fondo fue el mismo protagonista; el invariable protagonista: EL MINERO. Cuyo protagonismo está definido por las condiciones sicológicas; las condiciones personales, las definiciones antropológicas, de carácter personal que defienden a el hombre, que lucha por el metal debajo de la tierra, en las oscuras galerías. Y que por, está definido por las instituciones sociales que aprietan, oprimen, reclaman, y cada vez con más codicia, solicitan más, del metal buscado.

Y así el minero aparece, aparece en la intimidad y en la exterioridad, como el testimonio claro, como el testimonio deslumbrante de una constante contra dirección. Por un lado es el hombre que está sumergido, sumergido en la tierra, empleando la metáfora marina, para lo es de suyo terreno: está metido en el corazón de la tierra honda, y en ese sentido es prisionero; pero por otra parte, cuando sale de la prisión tiene la clara conciencia, de que el mundo avanza, se transforma, la industria progresa, porque él ha arrancado ese mineral preciso, para que no cese de dar vueltas la rueda constante; el progreso que no acaba.

Es pues doble el aspecto del minero: el hombre sumiso, sacrificado, enajenado, vendido, entregado al poder de la tierra, y al poder de los que

dominan sobre la tierra. Pero por otra parte, es en su penuria y flaqueza, el instrumento sin el cual no habría riqueza, industria, ni poder, ni evolución. En estas tierras ha habido, en estas tierras se ha manifestado el poder victorioso del hombre... y del hombre humilde. Aquí es, como tantos otros lugares del mundo, donde se ha puesto en claro, que por encima de los poderes, por encima de las instituciones, por encima de las grandes construcciones de la inteligencia... hay algo que permanece; que no puede tocarse; que no puede destruirse; que sigue y seguirá: EL TRABAJO Y EL TRABAJADOR, como testimonios permanentes de la grandeza y de la estabilidad humana. (Grandes aplausos).

¡El Minero!, el minero constituye el elemento máximo de lo que es el trabajo: el trabajo de entrega; el trabajo de enajenación; el trabajo que absorbe, y que rinde, y que tiene la fuerza mítica de robarnos y hacernos presos de ese enorme poder, que es el poder de la tierra. Que las alturas, en los collados, en las elevaciones, en esas lomas que se alzan en torno nuestro, en los altos picos, en los extremos de los cabezos; ahí ha estado un trabajador que ha hondado y ha sacado lo que era; lo que era necesario para que el mundo no se parase. Ese trabajador: ese trabajador ha ido construyendo, ha ido haciendo su intimidad, de acuerdo de lo que de él se exigía, una intimidad que estaba oprimida por grandes fuerzas, por enormes poderes.

Un hombre también contradictorio. Cuando salía de la mina; cuando salía de la mina que a veces iba acompañado de su hijo, cuando aparecía la luz; quería volver a encontrarse. Quería recobrar su personalidad: romper la enajenación; descubrirse otra vez a sí mismo, estar con el sosiego de saber que tenía la condición humana, y no la condición de instrumento, como hombre instrumento. Había hecho caminar al mundo, pero no ya como hombre instrumento, no como hombre herramienta. Simplemente como hombre, tenía la obligación inexcusable de saber ¿Quién era?, de saber encontrarse, de poder testimoniarse y definirse. Y ¿Y qué medios tenía para esa definición y testimonio?, ¿con qué contaba?

En las épocas remotas y en las más próximas: en el siglo I y en el IV; o en el VI, en el siglo XVI, ¿con qué contaba?, ¿Dónde estaban los medios?... para qué ese minero, robador de los secretos de la tierra; propulsor del progreso, maquina inexcusable para que la civilización avanzase. Cuando se encontraba así mismo, ¿con qué se encontraba? Formal y materialmente, se encontraba con la ignorancia, formal y materialmente se encontraba con el desamparo:... ¡El protagonista del mundo!, estaba a solas consigo mismo, en una orfandad absoluta, en la pobreza; en muchos casos, en la miseria y, en otros, en una fortuna coyuntural que pasaba enseguida, desaparecía y se esfumaba.

Y ese hombre que había de buscarse a sí, había de buscar el medio del encuentro: la ocasión para descubrirse, y la fórmula de hallarse. Y esta fórmula, la ocasión y el medio, tenían que estar dadas por algo que naciese de sí mismo, que fuese compatible con la soledad, que fuese compatible con la propia intimidad atormentada. Que no fuese compatible sólo con el hombre instrumento, sino esencialmente con EL HOMBRE. HOMBRE! Y profunda

compatibilidad con la naturaleza humana y la condición humana, y no simplemente con la herramienta, la encontró cantando.

En el cante, en los cantos mineros, se ha producido el secreto profundo de la aparición del canto. La repetición e innovación mental y psicológica del medio, la repetición mental y psicológica de los ruidos que llenan los oídos, que llevan al cerebro una multitud de percepciones, que se transforman después en música. Y el minero hombre: no es el minero herramienta; el minero hombre: la persona,... cuando quería resolver la contradicción y encontrarse, y descubrirse, y saber quién era, a ese mundo de ruidos que se producían en el seno del silencio de las minas; en la alegría desmedida que a veces surgían en la superficie de la tierra, como compensación a la soledad que había vivido dentro.

De ese conjunto de sonidos, el minero obtenía lo que había de ser el ritmo y el progreso, para el nacimiento y desarrollo del cante como medios, para el encuentro consigo mismo; y en ese encuentro consigo mismo en el fondo, subyaciendo a aquello que constituía la muestra externa de su manifestación personal; en lo que subyace y queda en el fondo, lo que el minero descubría en sí profundamente, era ¡dolor!; y en muchos casos el dolor se expresaba en queja: dolor y queja, referencias a la muerte. Referencias a quien no sabe proteger, referencias a la Divinidad. Pero todo ello dentro, dentro de ese vaso irrompible, aunque transparente, que es la conciencia en la que el dolor anida. ¡El Dolor!, ¡la pena!, ¡el lamento!: porque el minero, en los cantos sobre todo, se ha lamentado.

Sin olvidar, sin olvidar en ocasiones la conciencia de su propia condición de ser, con los demás; la solidaridad; las referencias que los otros están con nosotros. Cantos en los que aparece el dolor, y aparece la solidaridad a través de un ritmo, que repite lo que nos rodea fuera y nos rodea dentro: la soledad absoluta. Y también ese desbordamiento que a veces se produce cuando la compensación exige que salgamos por unos momentos del silencio abrumador. Y esos cantos, son los cantos que produjeron el conjunto de elementos que constituye la enorme riqueza del cante de la mina; riqueza que está definida, no sólo por lo que el minero produjo desde su encuentro, desde el hallazgo de su propia naturaleza; desde el descubrimiento de lo que él era, como ser que se ha entregado al proceso del trabajo oscuro y permanente en beneficio de los demás y que a él le ha producido vacío, soledad, desconsuelo.

No sólo eso, sino que el minero, los mineros que han constituido la comunidad, han sabido asimilar, reproducir, cambiar. No sólo es el minero: son también los mineros en una comunidad de agentes, que han sabido entregarse unos a otros, lo que han hallado de uno y otro lugar. Gentes que venían de los sitios remotos abstraídos por el trabajo; por la ilusión de un trabajo rápido, con jornal alto, por el descubrimiento de nuevos yacimientos que prometían, que habrían de ser de cimientos, no sólo para los que tenían las tierras, sino para el que trabajaba la mina, promesa que quedaba la más de las veces reducida al puro esfuerzo de trabajar.

Pero concurrían de los cuatro lugares, de los muchos rincones de España. Aquí concurrían, aquí se asentaban, aquí se unían y tramaban y, constituían la red comunitaria. Y el minero absorbió, y asumió, y sintetizó: y de la

complejidad y condición por el hallazgo de su conciencia, la conciencia última, la conciencia del trabajo enajenado que está reclamando compensaciones.

Ese minero, no sólo, no sólo sacó a la luz de su alma el canto, sino que asimiló y, a su vez cambió. Porque no hay nada que sea más complejo y sintético a la vez, que el canto de las minas; porque no hay nada en donde se den mayores testimonios de otras aportaciones. Pero también es muy cierto que en ese canto, los elementos variables son constantes: un canto de síntesis y al mismo tiempo de variación.

Es verdad que existen normas, es cierto que existen criterios, es verdad que hay esquemas: pero no es menos cierto que el esquema de la estrofa, el linaje ya constituido como estructura a la que hay que obedecer, se rompe a cada instante por la acción personal del cantautor; y que el minero cantor, introduce siempre elemento personal variante; elemento personal que dé sentido propio al canto. Porque en ningún caso se interrumpe el extraño proceso de la conexión, entre la individualidad de cada minero en cada caso en cada instante, con el conjunto de coplas que el minero puede cantar. Porque además de la copla que ha descubierto y, que ha constituido en cada canto, la variación de su propia tortura y de su propia personalidad.

Ese minero y el canto, se ha enriquecido, se ha matizado, ha ganado en posibilidades en cada uno de los instantes: no hay medio, no hay medio de recoger el canto y reducirlo pura y simplemente a un esquema definido y constante, no hay medio... puede haber algún modelo, puede haber algún modelo, pero en cada caso el minero interrumpe, aligera, suprime, aumenta; y pone el tono y lo que quiera y desea, y lo que sueña: fundamentalmente lo que sueña.

Porque el minero se ha encontrado; ha expresado en el encuentro, a través del canto, el sueño de horas, el sueño que ha superpuesto a ese trabajo mecánico, con el que ha conseguido que marchase permanentemente la rueda de la civilización.

“Porque cuando la mina era mina, en el trabajo más oscuro y penoso, con el mayor riesgo y desafío, el minero soñaba; y no hay nadie que sueñe más, que el que ahonda y cava, y está bajo tierra; nadie sueña más. Y esos sueños tienen que hacerse después claridad y testimonio; y la claridad y testimonio del sueño fue el canto; y el canto como ensoñación, se hizo variable en cada momento; y variable que tenía su permanencia en el alma del minero. Y de los que él escuchaba, interpretaba y entendía, también en cada momento”.

Apenas caben interpretaciones de las tarantas, apenas caben interpretaciones, porque la interpretación se rompe cuando se intenta generalizar; porque toda interpretación tiene que ser interpretación de un instante, de un momento del momento en que se canta. No admite mayores ni más largas interpretaciones; la interpretación mayor se resuelve, siempre la interpretación menor de cada caso, cada variante, cada impulso, cada ritmo, y cada sentimiento. Y es que el minero, ese minero que hizo posible la marcha de nuestra patria fuera más o menos permanente y constante, vinieron de uno y de otro ángulo de la nación, pero que aquí se condensa, y se expresa, y sintetiza, y

formula con la mayor claridad; ese minero sabía y sabe, y ha de saber que no hay nada que sustituya su propia y definida canción, una canción que nace de otro elemento portentoso en el canto.

La conciencia de que nunca ha habido una mayor conexión y más profunda, que entre el texto de una letra, la guitarra que acompaña y el contexto que encierra estos varios elementos, dándoles forma y urna, para que tenga el sentido. Y ahí la interpretación se escinde y se multiplica, y va por muy diversos caminos lo que el interprete hace, lo que el guitarrista ayuda, lo que están haciendo aquellos que con él concurren. Que también se introducen. Y que es este mismo mundo, lo que es el mismo pueblo, el lugar donde está, los quehaceres de dentro y de fuera, las sensaciones, la soledad y la compañía, la alegría y la tristeza, el humor que no falta en ocasiones, la observación maliciosa, y en el fondo de todo, ¡el dolor!.

El trabajo, el trabajo que se manifiesta como canto, el trabajo que se manifiesta como lamento, el trabajo que se manifiesta como promesa, el trabajo que se manifiesta como sumisión, el trabajo que logra liberarse y se manifiesta como encuentro, pero en el fondo de todo, ¡el trabajo!. Si en algo hay que decir que tiene sentido este Festival, es en cuanto es, Festival del canto de las Minas; es el Festival del trabajo; para el trabajo; por el trabajador y para el trabajador; en cuanto a que es un Festival de clase y para la clase.

Ahora [grandes aplausos] el trabajo alcanza su máximo sentido en este canto, pocas veces encontraremos otros cantes, donde el trabajo esté tan manifiestamente expresado. En otros momentos y lugares, de los muchos cantes, canciones que en la tierra hay, se manifiesta el espíritu religioso; el espíritu lírico, el espíritu dramático. Pero el trabajo, cual tal, está aquí. Porque es en el seno del trabajo cuando la canción ha surgido, porque es un canto de clase, y quizá ahora, cuando han pasado los momentos más tristes o penosos, cuando el lamento no tiene ya tan profundo sentido, cuando conservamos la tradición, cuando nos volvemos a ella para contemplarla y que nos enseñe y nos instruya; lo que estamos aprendiendo es que el trabajo tiene que cambiar de condición, que el trabajo si se expresa en el canto, tiene que ser un canto que no esté definido por el lamento, que no esté definido por el dolor; que no entre definido por la queja, que no esté definido por la explotación, que no esté definido por la enajenación.

Hay que luchar como han luchado los mineros, porque el mundo avance, pero hay que luchar para que el canto que se produzca, sea un canto en el que el recuerdo del canto pasado, esté incluido como esperanza, y no simplemente como dolor. Hemos de buscar ahora la esperanza como canto del trabajador, la esperanza como canto del trabajador; [grandes aplausos] el nuevo mensaje, y que sea este recuerdo; este recuerdo que ahora suena en discos, este recuerdo y presencia que ahora es aplaudido y solicitado, este Festival, al que vienen gentes de muy lejos, gastando fortunas en el viaje; que este Festival sea el testimonio de la grandeza del trabajo y del trabajador, cuando sea y empiece a ser testimonio de la alegría. De un trabajo que sea liberación y no sea opresión. Este

será el trabajo que busquemos, y por ese trabajo luchamos, y ese es el trabajo que vamos a lograr. [Grandes aplausos]

Trabajo liberado, trabajo en la libertad, trabajo en la paz. Que no hay ninguna copla del minero que sea agresiva, que no hay ninguna copla que sea amenazadora: ni entonces la ha habido, ni hoy la habrá; porque el minero hombre cabal, al encontrarse a sí mismo, encontró un mundo de silencio, de orfandad y de tristeza; pero también encontró la paz, y si alguna vez la perdía en el desafuero, al salir al exterior y buscar la compensación, cantando volvía a encontrar la paz. “Que nos sirva de lección: CANTES DE PAZ QUE NACEN DEL TRABAJO OPRIMIDO, Y CANTE DE PAZ QUE VA A NACER DEL TRABAJO EN LIBERTAD”.

LA UNION

XXIV Festival Nacional del Cante de las Minas

12-18 Agosto 1984

Declarado de interés turístico nacional



PREGÓN DEL XXIV FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS

Antonio de Senillosa y Cros (1984)

Señor Alcalde, señoras y señores de La Unión, amigos, compañeros:

Cuenta de un Ministro del anterior régimen, que aun está en política que cierta vez encargó a sus colaboradores que le escribieran un discurso, que él tenía que pronunciar, y les pidió que durara exactamente media hora.

El ministro empezó a hacer el discurso, y empezó a notar esa serie de cosas, que nota un conferenciante cuando aburre, primero hay unos movimientos diversos en las sillas, la gente se mueve inquietamente en la silla, luego empiezan a mirar el reloj con angustia, y la tercera parte es más definitiva, se acercan el reloj a la oreja para ver si se ha parado. Yo espero que no me pase esto porque bien o mal seguramente más mal que bien. Os juro que he escrito cada palabra golpe a golpe y palabra a palabra.

Ilustrísimo señor Alcalde, muchas gracias, muchas gracias por esto inmerecido que habéis dicho, señoras y señores de La Unión, amigos, compañeros:

Tan solo un insensato como yo que tan solo se diferencia de los locos en que no está loco, podía aceptar meterse a pregonero sin haber sido monaguillo antes, sin apenas conoceros, sin apenas haber recorrido La Unión ni tener más que pequeños conocimientos en esa maravilla que es el Cante de las Minas y en esa joya rara que es el trovo. Pero en mí vence siempre el amor, el corazón, la pasión a la conveniencia, al interés, a la comodidad.

Quizás no sea bueno ser así. Pero es mejor que le pierda a uno la pasión que perder la pasión. Y además, como decía León Felipe, “no sabiendo los oficios, los haremos con respeto”.

No sin emoción pues voy a hacer, pues el pregón del XXIV Festival Nacional del Cante de las Minas, a echar el praeconium de los romanos, o sea, a publicar en voz alta y en un sitio público algo que conviene que todos sepan. No sé bien si conseguiré hacerlo bien, si seré un buen pregonero capaz de interesaros, divertirlos o emocionarlos y, sobre todo, capaz de divulgar algo que es ignorado para que venga a noticia de todos. Voy a intentarlo con vuestra benevolencia, aunque tengo para mis adentros que mejor hubiera sido que fuerais vosotros los pregoneros y yo quien os escuchara, como haré luego respetuosamente con la muestra de vuestros cantes y vuestros trovos.

Pero como por desgracia para vosotros no es así, espero que Dios reparta suerte. Voy a comenzar diciéndote, ciudadano de La Unión, que yo no creo en esa imagen fácil y un cacho cursi de estar arriba y de estar abajo porque el cielo no está ni arriba ni abajo, es una cómoda alegoría eso de estar arriba o estar abajo. Porque el cielo no está ni arriba ni abajo ni a la derecha ni a la izquierda, ni tampoco los muertos buenos van a la gloria y los malos arden eternamente en

el infierno. Los muertos existen en nuestro recuerdo y, si les amamos, van envejeciendo al mismo tiempo que nosotros. En cuanto al cielo, está en barbechos precisamente está en medio del hombre, del pecho del hombre que tiene fe en el hombre, en aquel que hace, pese a las circunstancias adversas, el heroico esfuerzo de intentar ser feliz, de sentirse bien en su propia piel, porque no hace daño a sus semejantes. He aquí una sencilla receta de fácil recomendación para gozar del cielo en la tierra: ser solidario de los otros hombres. Porque no se es eternamente libre si no lo son también quienes nos rodean y nuestra patria nuestro país debe ser también allá donde se lucha por la libertad. Dejémonos pues de resentimientos y de corporativismos excesivos que están ahogando la vida de nuestro país.

¿Y cómo va a existir un infierno para aquellos cuya vida ya fue un infierno? Mucha sangre y mucha cárcel desde aquel revolucionario 4 de mayo de 1898 y, ay, mucho más recientemente: “Si no somos capaces de reconocer que nacemos gracias al fosforo de nuestros muertos” –ha escrito Salvador Alcaraz- dejémoslo todo, no vale la pena seguir hostigando nuestras conciencias”.

Del infierno gustaba hablar en los evangelios San Mateo, que lo menciona quince veces, pero es que Mateo era recaudador de contribuciones y, por eso mismo, le gustaba dar disgustos. En cambio, San Juan, hijo de pescador y discípulo amado de Jesús, no lo menciona ni una sola vez. Porque sentirse amado hace al hombre ser bueno.

Los tarantos, que son el más antiguo de los cantes mineros, pienso que se trasladaron, según dice Caballero Bonald, desde Almería a otras zonas, al mismo compás que la mano de obra minera. Aquí, en la sierra murciana de La Unión, se irían desdoblado en otras distintas formas de mineras o cantes de las minas, donde por primera vez se perfila un atisbo de protesta local.

*Los mineros son leones
Que los bajan enjaulados
Trabajan entre peñones
Y allá mueren sepultados
Dándole al rico millones.*

Y a partir de las revueltas laborales de los mineros, el 4 de mayo de 1898, surgen en La Unión tarantos que tienen que ver con los conflictos sociales, pero a los que se les da, a menudo, en sello personal e individualista.

*Mal dolor le de a los vales
Y al borde que los creó
Que por no pagar con reales
Aún estoy soltero yo.*

Pero no siempre es así, y esa enorme protesta verbal que son el grito y el lamento, ese primer “quejio” en el que se intercala un silencio para que pese

más, a veces se dulcifica un poco y se convierte en resignación y hasta en agradecimiento unas veces.

*Bendiga el cielo al ministro
Que obligo a pagar con reales
El trabajo del minero
Ya se han quitado los vales
Como y bebo donde quiero.*

Y otras veces se vuelve arrogancia, soberbia que nace del orgullo del pisoteado de un pueblo que es rico y es espoliado.

*Soy piedra que a la terrera
Cualquiera me arroja al verme;
Parezco escombros por fuera
Pero en llegando a romperme
Soy un metal de primera.*

Porque a ese pueblo le robaron sus riquezas que aprovecharon a todos menos a sus legítimos propietarios. Ya Aníbal se llevaba de aquí 300 libras de plata diariamente; los romanos, con 40.000 hombres en las minas, sacaban 20.000 dracmas diarios. Y así desde entonces, bien lejos en los tiempos y en la historia, y hasta ahora, mientras los otros se enriquecían y entraban a saco en vuestras minas que eran esquilmadas y exportada vuestra riqueza a otros lugares, sin que ello reportara beneficio alguno para la Unión a vosotros, aquí, únicamente, no os quedaba más, como beneficio, que unos vales y unos pulmones rotos.

*De la entraña de la mina
Sale el rico mineral
Para que tengan berlina
Los hijos de Don. Pascual*

Poco importa ahora que a Andrés Salón no le guste la minera, que considera un taranto facilón, y ensalce justo entusiasmo esa preciada joya del Cante de Levante que es la malagueña de la Peñaranda, o que Julián Pemartín opine que “las mineras son el cante propio del municipio murciano de La Unión”, o que para Esteban Bernal en cambio sea enorme mérito la minera pues su ejecución lleva con sigilo unos melismas y unos medios tonos, o incluso esa otra gran autoridad en los temas de La Unión, Asensio Sáez, le moleste que llamemos “Cante de Levante” al cante minero cuya base musical fue, seguramente, el cante de “madruga”, antiquísimo cante flamenco.

Sin entrar en la polémica pienso que en los cantes, como en los pueblos o en las naciones, no existen inicios sino indicios o, si los preferís, vagos orígenes.

Por eso yo me fio de la intuición, que es el conocimiento previo. Al fin y a la postre, el hombre culto es aquel que tiene deseos de saber más que sabiduría. Una computadora podrá ser sabia, jamás será culta, porque la cultura es obsesión de saber y una manera de entender la vida, una manera de habérselas con la vida.

Yo veo, sin pretender sentar cátedra, en la misma poesía turca, como en toda poesía popular, una cierta analogía o coincidencia con el flamenco. Decidme si esta vieja poesía otomana:

*Mis espinas se volvieron rosas
Mi roca se convirtió en diamante*

No podían ser una soleá o una minera.

Sea de ello lo que fuere, la minera es un cante desnudo, doloroso, compuesto de temblor y estremecimiento, de un ahogo y una marginación que Félix Grande encuentra en todos esos cantares. Una mezcla de ayes y silencios, es una música con sabor a gas, a galería, a oscuridad y a derrumbamiento, llena de muerte, si, pero de esa muerte que no es más que un desesperado amor a la vida.

Muerte y vida. Extraño sino el de esa entrañable unión que es La Unión, dualidad entre vida y muerte, entre un pueblo joven y también viejo de más de dos mil años entre Herrerías y el Garbanzal, Murcia y Cartagena que lo rodea todo él, entre la sierra y la mina, entre sueño y ensueño, trabajo e indolencia, a caballo entre la convidada y el sablazo, el piropo y el insulto, la pasión y el despegue, la nitidez de sus cielos y los humos que la enturbian, entre el mar de Cristal y los 10.000 metros cúbicos diarios de fango que rellena el 80 por ciento de la bahía de Portmán y se extiende desde el cabo de Palos a Cartagena.

El unionense oscila entre el despegue indiferente y la pasión. Prefiere, con mucha razón, la navaja cabriteras de dos filos al tanque, y el pistoletazo cara a cara a la bomba atómica o a los misiles; ama la libertad, respeta el trabajo pero también la diversión, y decidió siempre oponerse a todo aquello que intente esclavizar al hombre. Porque quiere ser dueño de su propia historia, protagonista de su misma y única vida. Como también yo soy así, quiero conocerlos y ser un unionense más. Os prometo que atenderé a vuestros trovos con mirada inocente y oído puro y virginal porque ¿os lo voy a confesaré?, jamás he escuchado trovero alguno en carne y hueso y apenas sé del trovo lo que de él he leído.

*Trovar es saber unir
El verbo y la inspiración
Saber pensar y sentir
Y en bello crisol fundir
Pensamiento y corazón.*

Dice Ángel Roca. Fundir pensamiento y corazón. Otra vez esa dualidad unionense que posee en alto grado Asensio Sáez con el que, al leerle, y al

conocerle, mucho he aprendido a conocerlos. Espero seguir mi instrucción y en este tema estoy bien dispuesto. Porque en poesía o en prosa, hablando o cantando, solo me interesa realmente aquello en lo que el autor se mete dentro.

Enseñadme, pues por favor, a amar esta ciudad alucinante y yo os prometo que seré fiel a ese amor. Porque uno es también del lugar que elige. Por eso mismo, sé que os iré amando a medida que os vaya conociendo pues conocer es ya amar y amar es comprender.

Os prometo que recorreré vuestras calles porque las ciudades son libros que se deben leerse con los pies. Estrecharé vuestras manos y os daré la mía ya ardiendo de amistad. Conoceré con vosotros, si queréis, el pan amargo del minero. Escucharé vuestros gritos y vuestras quejas – y también vuestros amores expresados en esa respiración que tienen los pueblos que es el cante. Os escucharé, sí, con más devoción que si fuera a oír misa.

Sé ya que me van a conmovir vuestros cantes. Manolo Caracol, a quien yo conocí admiré, iba al manicomio a visitar a Macandé como quien va a rezar a una iglesia, demasiado silenciosa muchas veces, o a aprender a una Universidad desgarradora, y Manolo Caracol se arrinconaba humilde y respetuosamente junto a la callada locura de Macandé. Esperaba, esperaba de manera parecida a como tantas veces han esperado los pueblos de sus sacerdotes, de sus obispos, de sus políticos, una protesta ante la justicia. Caracol esperaba. Esperaba hasta que el loco bueno de Macandé gritaba un escalofriante primer quejío de cante que era un puro grito sin palabras. Y entonces, Manolo Caracol le buscaba las manos y lloraba. Lloraba en silencio, como lloran los hombres por miedo al ridículo.

Sí, yo voy a escucharos con emoción y con devoción, pero también con esperanza. Porque como el hombre se encontraba muy triste con el recuerdo, Dios decidió darle al recuerdo una hermana. Y la llamó Esperanza.

Con esa esperanza os dejaré, amigos, y compañeros de La Unión. Con la esperanza de un país en paz, en justicia, en libertad. Y también que sea un país más divertido y con más amor, y más tolerante.

Hay en el evangelio dos parábolas dos hipérboles que creo que son más hermosas una es a hijo prodigo el hijo prodigo se va, el padre sabe que va a cometer un disparate el hijo, pero no puede retenerle, el hijo se va fracasa, y vuelve al cabo de muchos años, a ruinado destrozado, no arrepentido pero derrotado, y pasando hambre, entonces el padre se adelanta a su encuentro y entonces uno está temiendo que el padre le diga aquellas cosas que decimos los padres le decimos ya te lo dije hijo por ahí que darle la lección, pero el padre no, el padre se acerca le abraza lora y le dice gracias hijo porque has vuelto.

Y luego ay una parábola también hermosa que dice de la mujer adúltera cuando la quieren dilapidar, a la mujer adúltera. Jesús va escribiendo en el suelo unas extrañas cosas que nunca se supo lo estaba escribiendo, y entonces en un momento determinado, dice si vosotros no la podéis condenar, porque dice él quien esté limpio de culpa que tire la primera piedra, y Oscar Way, que era un hombre muy irónico decía que entonces que la parábola esta, se levantó uno y empezó a tirarle piedras cuando todos los demás se iban, y que entonces Jesús le

dijo pero quien eres tú que le tiras esas piedras a esa mujer, que estas tan limpio de culpa, y Oscar Way le decía muy respetuosamente, yo soy el marido.

Pero lo cierto es, que Jesús va escribiendo una serie de cosas y le dice vete mujer, si ellos no te han podido condenar, tampoco yo puedo hacerlo, y no la condena.

Hace unos momentos, muy pocas horas mis nuevos amigos Salvador Alcaraz, Juan Jiménez, Ricardo Carrión [...], una serie de nuevos amigos que espero que ya van a ser durante muchos años, amigos porque el amor debe medirse el amor y la amistad debe medirse por duración, me paseaban por vuestras tierras. En la arena, yo veía el mar era un atardecer muy bonito, unos niños estaban jugando medio desnudos con el agua, el atardecer era muy hermoso. Y era de un color rojo. Que es el color de la esperanza.

Muchas Gracias.

En la XXIV Edición del Festival Nacional del Cante de las Minas, cuarenta y cuatro son los cantaores inscritos, siendo clasificados para las semifinales veintiún cantaores/as, que son los siguientes.

Antonio castillo Sarabia “El Geditano”
Antonio Ferrer López “El Camionero”
Antonio Izquierdo Castellanos “Merenguito”
Antonio Suarez Fernández
Basilio Villalta Grande
Carmen Ruiz Palomero
Cristóbal Guerrero Escalona “Barquerito”
Cristóbal Ruiz Martín
Ildefonso Pinto Benjumea
Francisco Javier Martín Quero
Francisco de Paula Luna Navarro “Curro Lucena”
José Antonio López Rufo “Rufo de Santiponce”
José Castro Martínez “Joselín”
Juan Castro Jiménez “El Péti”
Manuel Ávila Rodríguez
Manuel Calero Varilla
Manuel Ferreiro Díaz
Mari Carmen Medina López
Miguel Mariscal Barbero
Rogelio Beltrán Domínguez “El Puebla”
Ricardo Peñuela Fortes.

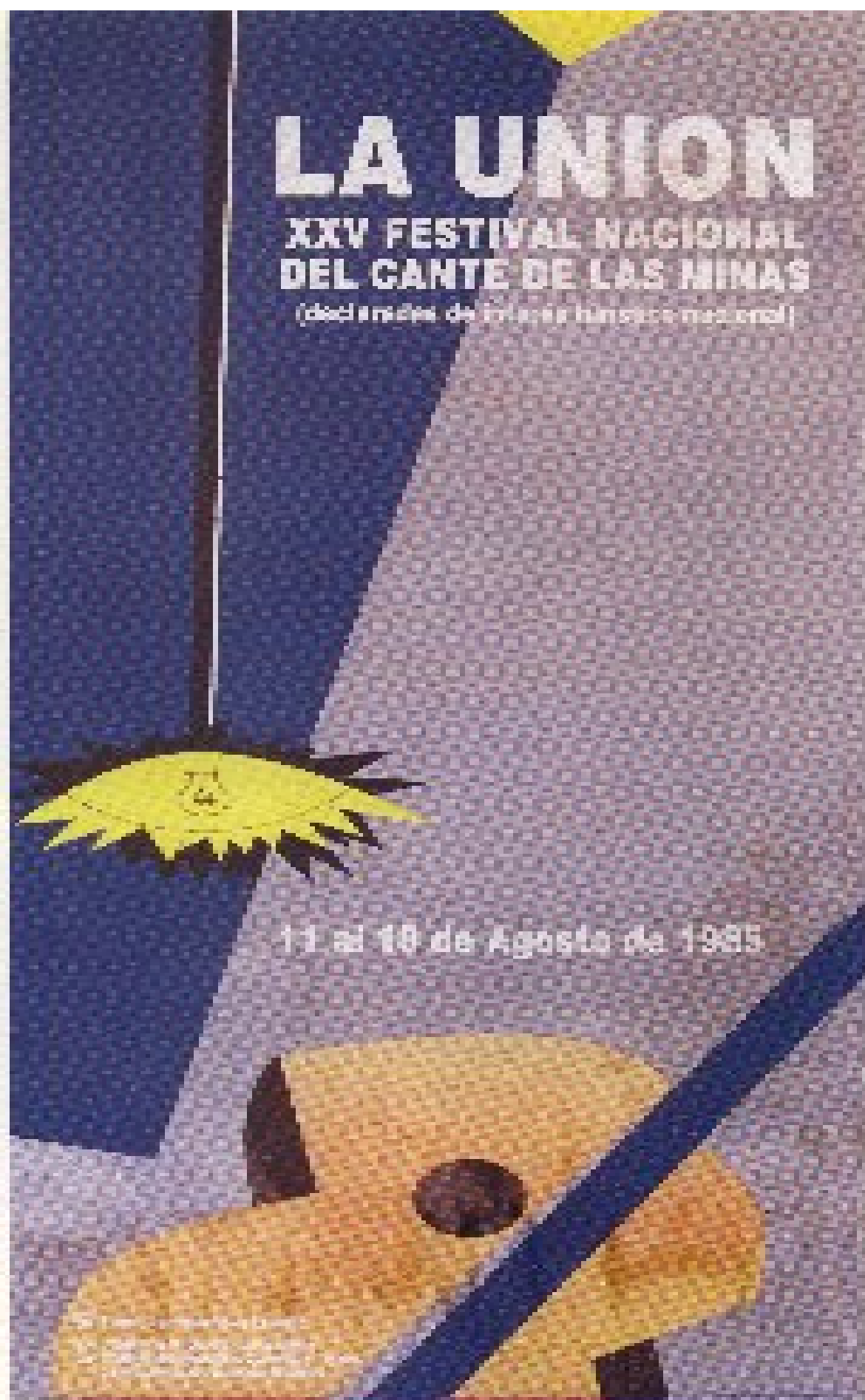
En la primera jornada de cante se le rinde un caluroso homenaje a la memoria del recientemente desaparecido Antonio Mairena. Actuando en el mencionado homenaje de José de la Tomasa, acompañado por la guitarra de Paco Peña.

También se le tributó otro recuerdo en memoria del gran aficionado al cante de las Minas, al prestigioso Médico y escritor Eduardo Bonet, miembro del jurado durante varios años.

Siendo altas horas de la madrugada los presentadores del Festival Jaime Cros, de la SER; y María José de Radio Murcia, se disponen a dar lectura al acta del jurado que está compuesto por los siguientes señores.

Fernando Lastra Sánchez, como Presidente.
Antonio Montoya Gracia como Vocal
Deogracias Martínez Escudero
José María Fernández Pérez
Luís Caballero Polo
Leandro Bermúdez Rodríguez, como Secretario.

Nerviosa expectación. Los ánimos tensos. La decisión del jurado de otorgar el primer premio de mineras y el trofeo de Lámpara Minera, al cantaor sevillano Antonio Suarez Fernández y premio en los cante Grande andaluz, primer premio de cartageneras al cantaor Basilio Villalta Grande, primer premio de Tarantas al cantaor Cristóbal Guerrero Escalona “Barquerito de Fuengirola” y primer premio Resto de cantes de Levante al cantaor Javier Montenegro por el cante de la malagueña, y segundo al cantaor Manuel Ferreiro Díaz. Los segundos premio de los cantes mineros, son para los cantaores Curro Lucena, Antonio Castillo y Merenguito



Pregón del Festival Nacional Del Cante de las Minas, 1985

José Luís Castillo Puche

Queridos amigos todos de La Unión y amigos del cante:

Aunque hoy me veis aquí como vuestro pregonero, lo cual me llena de gozo, quiero que sepáis que yo no soy un visitante ocasional de esta tierra, sino un visitante fijo, enamorado y nostálgico, que guarda desde la lejanía un recuerdo permanente de vuestros peñones, vuestros socavones, vuestros castilletes que yo llamaría minaretes, porque nacen de la mina y ascienden al cielo entre pechos altivos, esos montecillos carcomidos por la mina y llenos de sabor de otro tiempo; también de esa franja iluminada que lleva a través del serral hasta el mar. Soy un enamorado de esta tierra y escribí de ella siempre que pude.

Porque La Unión, entre los paisajes de mi tierra murciana es tierra inolvidable, entre lo abrupto y lo llano, entre los malvas y los azules, entre los bermellones sangrientos por el polvo de la mina y los amarillos descompuestos como pudridero que se hace cobalto de gloria al amanecer, soledad para el éxtasis al atardecer, toda una escenografía fascinante, rincón de amorosa decadencia que poco a poco vimos y vemos tomar nuevo rumbo hacia la cresta altiva de la actualidad, de la actividad y la reincorporación de testimonio vivo, gracias a este Festival del Cante de las Minas.

Amo a La Unión y amo a sus gentes, gentes más bien de silencio, aunque una vez al año dejen salir de la profunda galería secreta del alma, de sus gargantas desgarradas y enronquecidas por la pena y el ansia, esas canciones de la copla unionera y unitiva, y digo unitiva porque si aplicamos el corazón a este cante de la mina, veremos que nunca refiere una pena individual o intimista, como otros cantes, sino una pena colectiva y solidaria, una pena participativa, una asociación del hombre con el hombre ante el sufrimiento. Esas Tarantas Mineras qué vais a escuchar a lo largo de esta semana, son coplas del dolor sí de dolor casi siempre, pero nunca coplas desesperadas, porque vuestra copla que se está haciendo ya universal, en ora buena sabe encontrar paz en la tensión del drama y sabe sobre todo poner una gota de humor sobrenadando el sufrimiento, como vuela la ilusión, sobre las blancas velas de los airosos, aunque destartalados molinos, en la quieta dulcedumbre del paisaje.

Me encante venir a La Unión, porque esta tierra es brava y ardiente en su aguante, y así lo ha sido a través de la historia; porque ha sabido ser grave y serena en el silencio de su declive, porque es crispada y conflictiva en su cante, este cante que va a ser una vez más, ya desde hace veinticinco años, la delicia de todos nosotros a lo largo de esta semana. La Unión puede ser en la superficie resquebrajada y reseca, con presentimiento de ventalle marinero y sueños de

huerto lejano, pero en el fondo, en lo hondo, en lo jondo, diremos con el cante, hay aquí algo compacto, fusionador, inmutable, con sueños de ajetreo comunal. Laboral y confraternal, como lo fue en el pasado que al menos cada año, con motivo del Festival del Cante de las Minas, se hace de nuevo un sueño de realidad.

Acertasteis con el nombre de La Unión, aunque no hayáis sido vosotros quienes la bautizaron así; porque es evidente que quien junta y reúne cosas dispares, elementos extraños, venturas y penurias, puede llevar muy alto ese nombre de La Unión. Porque es una especie de milagro que este pueblo, con un pasado fabuloso y bullente, haya sabido recobrar, restaurar y resucitar en los años oscuros el cante que lleva la esencia del pasado, el dolor y la injusticia de la mina, la miseria del trabajo mal remunerado y ejercido en condiciones inhumanas, la pena del minero siempre acosado por pérdidas, enfermedades y explotadores. Porque todo esto está en vuestro cante está, y por eso hacéis bien en conservarlo, en recobrarlo y exaltarlo en estos Festivales que son yo digo y lo pienso y lo digo así los más originales, los más importantes y los más serios sobre todo, que se celebran en estos veranos vibrantes de festivales de todo, festivales masivos de rock, Festival casi minoritarios de jazz, de folklore...; pero este festival que por eso mismo se va imponiendo en el ámbito Nacional y hasta Internacional, tiene algo que otros festivales no tienen, no pueden tener, porque este festival tiene historia, tiene tradición, y tiene un contenido cultural, ancestral, humanísimo. Para mí solo los festivales de jazz y los de flamenco se le pueden comparar. Aquí está la música, aquí está el dolor, aquí está el sufrimiento de todo un pueblo, y por eso este Festival es ya una institución cultural de primer orden en España. Vuestro Cante nace ligado al mundo laboral nace ligado a la opresión, a la injusticia, a la forma inhumana del trabajo más duro de todos los tiempos, un trabajo que habéis de saber y lo sabéis, comenzó siendo de esclavos y que aún hoy, en el siglo de la alta tecnología, no ha conseguido ser un trabajo a la medida del decoro humano. Pero fue sobre todo duro, esclavizador y esclavizado en aquel tiempo en que nació vuestro Cante, porque en el alterne macabro de los horarios abusadores, el minero a veces tuvo que vivir casi en penumbra y oscuridad perpetuas, porque para él precisamente estaba fabricada la Lámpara, nada mágica por cierto, del carburo hediondo, y para él no estaba hechos ni el sol ni la luna ni las estrellas.

El minero era como una lámpara vacilante, un miedo acechante, una esperanza de vida sin esperanza, metida en una fiambra de mucho ruido y pocas tajadas. Por eso, queridos amigos del Cante Minero, tenéis que pensar que si el minero no hubiera tenido garganta y voz para su Cante, hubiera sido tan solo una sombra espectral desfilando agónicamente por entre las galerías de la mina, nada teatrales por cierto.

Por eso, queridos amigos, estamos aquí hoy: para rendir homenaje y para enaltecer y rescatar del olvido para siempre el mejor legado, la herencia más sublime, el recuerdo más emocionante que nos dejó aquel minero, su cante, y por eso La Unión y este Festival son algo más que un Festival cualquiera, son un símbolo, un símbolo único y macizo, capaz de pulverizar el mineral que resurgía

al sol con luz purísima, y también capaz de pulverizar para siempre la injusticia del trabajo, recuerdo permanente de aquel minero que recordamos en la copla.

*Corta piedra blanda y dura
Siempre con la suerte en pos,
Trabaja su sepultura.*

Sepultura en vida era la mina para aquel hombre del siglo pasado, sepultura en vida que, con tanto sacrificio, apenas le permitía malcomer y malvivir a él y a su familia. Vuestro alcalde Don Andrés maestro en tantas cosas os lo ha recordado.

Por eso os digo este Festival, queridos unionenses, no puede ser un mero concurso de gargantas privilegiadas y de arte excepcional, aunque también naturalmente debe ser eso; pero tiene que ser además un recuerdo y un homenaje al minero de La Unión, un ser que sí pasó a la historia ha tenido el mérito de crear una copla y un estilo nuevo y diferente en la época; porque el Cante Minero de La Unión ha añadido riqueza y ha sido una aportación creadora a lo andaluz, ha añadido originalidad y perfección, contenido y sentimiento al cante andaluz; no ha sido una mera copla o repetición, sino una recreación sobre lo andaluz, un estilo que daría lugar al Cante minero y de Levante, con carta de identidad propia.

El carácter de cante minero, aunque no se cantara en la mina, sino en la taberna, en la tertulia, en los cafés y los tablaos, es su identidad, su personalidad, su característica, incluso frente al cante andaluz, aunque este haya sido su origen y su raíz.

Detrás de este Festival ha de estar siempre la mina y su pena: los montones de escoria que el tiempo no ha sido capaz de borrar y las bocas abiertas, trágicamente abiertas, de las minas: Cabezo Rajao, bien Rajao, Espíritu Santo, que Dios nos asista; Cabezo de Don Juan, que sería acaso un Don Juan Cabezota; Monte de los Lobos, que los lobos siempre se encuentran en un lugar para devorar a alguien, y muchos murcianos y andaluces echaron los bofes ante la jauría siempre insaciable de los industrioses explotadores de la época.

Y ya lo dice la copla:

*Con rabia en el corazón
Así cantaba un minero:
Yo me quedo con el sudor
Y el amo con el dinero
No tiene perdón de Dios.*

Este carácter social, laboral, es la originalidad del Cante Minero, un carácter que no existe en lo andaluz donde la queja es más bien de tipo amoroso, familiar, racial, existencial o religioso, siempre en una comunicación hacia dentro, y por eso decimos existencial, porque no deja de cantar el destino del hombre, su soledad y desamparo existenciales, pero no se refiere al mundo del

trabajo. El Cante Minero tiene en cambio la originalidad única de ser un Cante de protesta social, de solidaridad laboral frente a la injusticia.

Hay cantes y manifestaciones folklóricas que son puro onanismo entre voz y palabras; acaso entre voz y naturaleza, entre voz y soledad del hombre. Pero no es el tono del Cante de la Mina, con sus filones y raíces arcaicas y su perentoria necesidad de comunicación con los otros con los demás compañeros, es un cante de comunidad profesional, un grito que quería decir “compañeros dejadme hablar al menos, dejadme despedirme de los míos, dejadme clamar por una situación, la mía y la de mis compañeros, injusta y oprobiosa, dejadme decir al mundo en torno al cual ha sido el mal giro de esta ruleta de mi suerte y al de mis compañeros, dejadme que cante en mi copla algo nada más sobre el mal reparto de la existencia, vida ciega entre fugitivas sombras de la noche, con la amenaza constante del derrumbamiento y de la silicosis; un numero más en la correa sin fin de la cadena de los esclavos de la tierra en lo que tiene de más sórdido y negro, la sepultura en galerías interminables. Dejadme contar y cantar, en fin, cuán injusto es el mundo que aplaude nuestros cantes un rato, pero enseguida nos deja ir de nuevo, al atardecer o al alba, a encerrarnos en las veceras de una tierra que arriba puede ser paraíso, para algunos, pero que abajo es siempre pulga torio y casi siempre infierno para el minero”.

Por todo esto era justo y es admirable el milagro que La Unión ha llevado a cabo y que ya es patente en estas bodas de plata del Festival del Cante. Porque un milagro ha sido este de salvar, de resucitar y poner en pie el viejo cante, milagro que se ha podido realizar gracias a los ilustres unionenses, intelectuales de esta época, de esta tierra, poetas ilustres, entre los cuales tengo que nombrar a María Cegarra y a Asensio Sáez.

De la torrentera seca de las minas, del fuego apagado de los hornos, de las poleas rotas y de los vagones sin carga, pudo nacer y brotar este sentimiento de rescate, como quien conjura para su presencia un espíritu que estaba vivo entre los escombros y las escorias. Un milagro que sólo puede realizarse cuando las energías, el entusiasmo y el amor, sobre todo el amor, de los hombres unidos en una empresa tan digna y admirable como es la organización año tras año de este Festival único, necesario y alentador. Tenía que ser La Unión, este pueblo con un nombre tan bello y significativo, quien llevara a cabo esta empresa, y es que La Unión es una entidad histórica y cultural con enorme capacidad de representación, de pervivencia y de significación.

La Unión, no ya por su pasado de esplendor, sino más bien por este milagro de su Festival, reclama y exige la presencia de Murcia entera, y más delante de la nación. A todo se llegará, porque ya son veinticinco años de esfuerzos y ahora comenzarán a sentirse los frutos. Yo tengo gran fe y una fervorosa esperanza en que este Festival ha de llegar a tener el lugar que merece y para mí merece el primero de todos.

La historia no es una cosa que se hace y muere. La historia se está haciendo cada día, se está construyendo permanentemente y hay pueblos que tienen la capacidad de construirla y reconstruirla; hay pueblos capaces de resurgir de su propia escoria y La Unión está demostrando ser uno de ellos,

núcleo de vigor físico y espiritual, de su legado de sentimiento y hermandad, de su mensaje cantado de dolor y solidaridad humanos que terminarán haciendo de este Festival una verdadera mina, no de oro ni de plata, pero sí de admiración, de respeto, de devoción dentro de la mina de nuestros corazones.

Aunque La Unión está en la otra punta de mis tierras de nacimiento, Tecla y Jumilla, pueblos de mi niñez y adolescencia, hay otros pueblos murcianos que han sido para mí imperativo creador, inquietud social, preocupación global por nuestra región. Uno de estos pueblos es La Unión, donde encontré mina y pueblo, fragua y templo, yunque y mercado, casino y aula, para mi entrega total a la tierra murciana. Aquí también, en La Unión, nuestros más inefables y exquisitos poetas, no dejaron de sembrar juicios y protesta en nuestra sensibilidad, y ya que hablo de poetas con raigambre y celo por estas tierras deberé citar a Antonio Oliver y a Carmen Conde, de los que también aprendimos algo en la aventura de narrar. Y aquí en La Unión, uno puede encontrar línea y luz, preocupación social y afán espiritual, pureza en la lucha y obstinación en la búsqueda de una identidad y un estilo, fuerza y tirón para pasar, de la soledad y la decadencia, en un salto prodigioso, a la cumbre del fervor artístico, tradicional y nuevo a la vez, en este Festival que es un triunfo colectivo, obra de todos, de los troveros, los cantaores, los guitarristas, los copiadores, los letristas, las autoridades, los escritores, los periodistas, el pueblo entero, porque esta es la obra de un pueblo capaz de hacer que la atención, en agosto, se centre clamorosamente en este Festival, tarea cultural que es ya una institución de las más respetables e interesantes de la comunidad murciana.

Por todo eso, repito lo que os dije al principio, que es para mí motivo de gozo extraordinario abrir con este modesto pregón la puerta del cante, donde lo bronco y lo áspero no nos quitará el paladeo del arte puro. En la lista de este año, como corresponde a unas bodas de plata, veréis que son lo más selecto y hondo de la Andalucía profunda, lo más puro y desvelado de su tristeza hecha lamento eterno, y aquí en este tablao que es la Catedral del cante minero, sonarán los aires, las tonadas y los troníos de esa Andalucía que en su cante nos va dando la interminable agonía de pueblo sabio y antiguo.

Nuestro Levante está unido al sur, más que por carreteras y trenes y aviones, por el cante y la música, melodías que siguen siendo quejidos y lamento, un especie de forma de tragarse el dolor con música, el resuello cortado por la pena, salmo a la postre liberador, pero antes de ser liberación son protesta y denuncia, un modo de sacudirse con gritos, con ayes y con música, todas las opresiones y abusos que recaían fatalmente sobre los “emplomaos”, los hombres del carburo, la espectral población de La Unión que, con sus tarantas y tarantos, sus cartageneras y murcianas, coplas que parece que queman, pálpito de un cante que, por encima de la resignación, como pasa esencialmente en la canción andaluza, aquí se hicieron protesta y cante de solidaridad en la penuria y la explotación.

Ahora, como pregonero, sólo me queda pedirlos que sepáis escuchar el aluvión de selectas coplas y prestéis vuestro aliento a los artistas, troveros y cantaores, que durante la semana van a hacer muestra decantada y exquisita de

su arte único y admirable. Ojalá este Festival, que ahora cumple los 25 años, se convierta cada vez más en encuentro experimental e interpretativo, con respeto a la tradición y a la historia pero a la vez redivivo, renovador y creador, para un autentico encuentro fecundo y hermanado del canto de Levante y del florido y quejumbroso Sur. Estos Festivales tienen que ser una peregrinación estudiosa, critica, casi investigadora, elaborada y seria, hacia el origen, desde la veta primigenia y genuina del canto andaluz hasta su transformación originalísima en canto minero y de Levante.

Y para terminar, amigos de La Unión y de los uniones con la tierra, con los sueños, con el futuro, que comience el canto, como una piqueta que vuelve de la historia y vibra en nuestros corazones, como el retumbar de un barreno que no cesa, como un grito que nos une a todos y que hace miel en las galerías del alma.

Escuchad con atención y con amor vuestro canto y vuestro plante, vuestros trovos y retrovos, este Diógenes colectivo buscando al hombre con el temblor de una lámpara minera colmada de aceite de amor.

Y termino, por no ser menos, aunque profano en el canto, con una copla que yo me invento, aunque no sé si su ritmo responde al canon de la minera.

Va por vosotros:

En verano en La Unión,
Es cosa de sumergirse,
Pero no en el Mar Menor
Sí en el canto de la mina
Queja rancia y peregrina
Que nos rompe el corazón.

Pero esto, señores tiene una réplica, porque el Mar Menor también es una mina, aunque de otro metal:

El Mar Menor y La Unión
Son pies del mismo talón
Y por eso tras el canto
De las coplas de Levante
Nos damos un capuzón.

Que así sea.



Cartel del XXVI FESTIVAL NACIONAL del CANTE de LAS MINAS

Pregón del XXVI Festival Nacional del Cante de las Minas

Emilio Jiménez

Sr. Alcalde: Dignísimas autoridades, querido pueblo de La Unión señoras y señores, queridos amigos en el flamenco:

Decía un escritor inglés, que el amor es como un sacramento que hay que recibir de rodillas con los labios y con el corazón, así recibo yo hoy diciendo señor yo no soy digno. Estas palabras del el Excmo. Señor alcalde de La Unión y con el aplauso de todos los unionenses que me han acogido al subir a este estrado. Para vosotros.

Hombres recios amigos de la pena,
Buceadores de sol por las tinieblas,
Hombres de un mar hundido y orillas
Que se traga la vida en sus mareas,
Hombres que os adentráis con pliegues
Tenebrosos del vientre de la tierra
Y unidos aspiráis, madre e hijo,
El amargo sabor de sus soleras.
Hombres fuertes, de Gólgota y cruces,
Con calles sin geranios y azoteas,
Gigantes hombres con lágrimas de humos,
Niños-hombres de sueños y de ausencias,
Eternos hombres-niños de agonías
Que sólo en el cantar prestáis la queja
Pavonada y curtida por la mina
Con el pellizco en flor de una minera.
Amantes hombres de amores malheridos
Con la muerte escondida en cada beso,
Qué vais rezando a un Dios desconocido
Y lloráis al mirar el universo.
Templados hombres, mineros de lo oscuro,
Argantonios de reinos en la umbría.
Para vosotros mi voz dejar quisiera:
Cabal, minera y jonda por vuestras galerías.
Será vuestro mi grito, y vuestro cante
La esperada razón lastimadora
Que me grite, me chille y me levante
Y me explique porqué tu copla llora.
En mis alforjas traigo un mal poeta,
Pero en ellas he echado el corazón.
¡Anónimos cantores!, ¡mineros de la vida!,
A vosotros dedico mi pregón.

En cierta ocasión queridos amigos, en la liturgia de lo jondo le preguntaron a mi paisano Juan Belmonte aquel trianero que bordaba verónicas al aire a orillas del puente de Triana, maestro, tiene usted miedo cuando se arrima delante de los toros, a lo que respondió, el soberano lidiador por siempre y para siempre fijador del toreo de nuestro siglo, a veces hijo, tengo demasiado miedo para tener un solo corazón. Si él que sabía y podía y mandaba y creaba todo un mundo de arte, en cada lance tenía miedo, y suspiraba para que su corazón no se le rompiese en prismas al remate de un muletazo incierto, que no suspirará este pregonero, para que el suyo no se desangre en la laguna de la palabra y su voz no se quiebre como la mimbre de los ríos de la suerte suprema y mágica, cuando en la plazoleta de las grandes intimididades, de triunfar en faenas y silenciosas muertes, al templar de los clarines, al revolotear de las campanas mineras, el portón de un nuevo cuarto siglo de una andadura que ha sido ejemplo clarificador, y testigo fiel, balanza y equilibrio, en la interpretación de estas comarcas que derramáis en el alma sin alma de vuestras minas, en la fértil y los surcos besanas de vuestras huertas, y en la otra mina, azul y jonda de la mar abierta ciego al infinito de tanta luz los ojos. Como Juan Belmonte, hoy siento el miedo terrible por la responsabilidad al haber aceptado ser el oficiante de vuestra consagración diaria albacea testamentario de vuestros afanes conjuntos para ser el pregonero de la mercancía de vuestros cantes, y de los hombres que se hirieron y nos hirieron con ellos el entramado paisaje de los ríos de los adentros, a todos los rincones en los que exista un solo hombre que sepa degustar el amargor hiriente de la tierra, en la más plena y fecunda intensidad de la copla. Miedo respetuoso, cabales de la hondura, porque desde aquel 1968 tan próximo y lejano en que Salvador Jiménez, colgaba las flores de sus versos por plazuelas y balcones y ventanas de la calle Mayor, han sido muchos los poetas, escritores, periodistas, ensayistas e intelectuales desangrando claveles de versos y poemas con las fachadas se vuestros sentimientos, coronando con blanco jazmines y moñas de biznagas, el corazón en luto de muchas de vuestras hembras, y depositando los pétalos frágiles de un puñado de rosas ensangrentadas en las tempranas manos de unos niños, macerados en el alambique de unas penas que escapaban a su universo de estrellas y de años. Y canta la mujer minera.

A la nana, nanita,
Calla amor mío,
Que un barreno a tu padre
Ya lo ha dormí o.
De mis pechos en luna

No te retires,
Que la mina canalla
Tu vida pide.
No se la doy,
Porque tú eres mi luna
Por donde voy.
Ea la ea, mi niño,
Ea la ea,
El sol de mis entrañas:
¡Bendito sea!

Desde hace muchos años, poetas, trovadores, juglares y pregoneros hablaron de ti hablaron de La Unión de su trabajo en sus altos vuelos de plegarias y cantaron la mágica esencia de unos cantes amamantados en los pezones venerables de la vida conjunta y solidaria en la hogaza común de la desgracia y la felicidad: candeal y crujiente y compartida, como un pan, parida en la tahona de la familiaridad, de la vida y de la muerte también conjunta.

Comprended, pues, queridos amigos, como gloriosos subalternos que sois de este lidiar compartido, que el miedo de este trianero, acunado con los mejores encajes cantaores de la cava gitana de mi barrio, es el de quedar mudo ante tanta palabra hecha y construida por expertos de la oratoria y la literatura. El miedo terrible de haber sentido tanto y tanto el cante en mis canes, de haber bebido tanto de su jugo, que ni aún borracho y ebrio se sus aromas, acierte con palabras a explicaros qué es el cante. El miedo amigo, de las vivencias cuajadas en mis retinas me deje ciego ante tanta verdad vuestra hermosamente honda, hermosamente visible y manifiesta y palpable. El miedo en fin de no saber si estarán faltas mis manos en el momento cumbre de la embestida del toro y en el glorioso coraje de la suprema suerte, igual que el cantaor en solitario cuando se temple en su ayayay seco que lo araña por dentro y parece que lo remueve y lo va a romper. Miedo de que sean mis manos débiles y torpes cirineas para ayudar con ellas la cruz diaria de vuestros afanes labrantíos, para mantener en ellas, incluso, siempre encendida, por siempre y para siempre la Lámpara Minera de esa ilusión que a todos nos alumbra cada noche.

¿Y qué sino miedo que estalla a borbotones es el propio tuétano de los cantes que se erizan y enredan temerosos en el árbol madre de la copla?

Que yo a la mina no abajo,
Capataz, yo en tierra llana:
Porque se murió en el tajo
Mi pare en cualquier mañana,
En sus entrañas no trabajo.

Y de ese ¡ay!, ese miedo soterrado dolorido y profundo, con la verdad por delante, sin tópicos de panderetas con madroñeras, de castañuelas de granadillo para re piquear al mundo la alegría, sin almidonadas enaguas, huérfanos e hipotecados en la vida y en las esperanzas y en los recuerdos, sabe mucho La Unión, tanto que su cante despreciado no pocas veces en los tecnológicos microscopios de los laboratorios flamencológicos- es, no solo para el poeta, sino para el pueblo llano: el embalse de sentimientos y saberes, como un resucitar de lirios en cada quejio asumido como propio, como una levantada primaveral y llegada de un Cristo en la agonía, como un haz de luces y de sombras, como un haz de luces y de sombras que a la vez, es un mediodía de un cante que es un rayo en madrugada. En su libre compás queridos amigos, que suenan todos los decires de su amargor sublime, de esa queja que se eleva por encima de la tierra, que se sortilegia y se engalana con el espíritu de su trágica nacencia. ¡Es la minera!, es la copla por mineras hija menor, dicen de la taranta y la cartagenera, pero madre mayor, Virgen dolorida y traspasada en el pecho de sus coplas por los siete puñales cabalísticos de una torrentera de desdichas, adversidades, desventuras, golpes, tribulaciones, azares y mala suerte cuando no de muerte continua.

De ahí, La Unión, queridos amigos, que tu voz me sepa a sangre en el litúrgico canto de los perfiles idos; que tu voz me sepa a macho cabrío en los presentes que modula tu son y tu sonio y tus y tus buenas maneras; y a tu futura esperanza: porque tú eres cofre, arca, joyero, alianza, sagrario, tabernáculo, catedral, vientre al fin, que cobija hoy, y lo hará por siempre y para siempre, los amargos sabores de plomizas angustias, de perpetuas vejaciones, de humillaciones... ¡tantas!, que te llevaron a inventar tu propia y desolada verdad, como le inventan a un cuerdo la locura, dejando en la tuya por los silenciosos patios del desaliento ese concierto para instrumentos desafinados –del que nos hablaba Vallejo Nájera- y del que surge y brota y se dobla en un lamento serio y preñado de cordura, la raíz y la razón testimonial de tu cante, y de la copla que se duele en él como verónica y madre acompañante.

Para mí:

Lleva amargor tu voz, sabe tu cante
A salobres desgracias de unas minas
Que dieron sombra y luto a las esquinas
Del corazón ya herido de Levante.
Por heridas de muerte, itinerante
Tu copla se enredó en las espinas
Floreciendo una rosa en las ruinas
De un viejo corazón siempre sangrante.
A lamento me sabe el llanto puro,
A lágrima constante, a desazón
De esos ojos que sueñan primaveras
Que en verde se vuelva tanto oscuro
Paisaje, amargo y dulce de La Unión,
Con el pellizco en flor de tus mineras.

Porque yo, amigos, compañeros, mineros de hornadas, gentes de la mar, de la tierra honda y de la huerta, de la pluma, la palabra, la gubia y el pincel, como estos que han hecho esta belleza artística, se cuánto vale el cante en los labios del oficiante, y cuanto se desprecia por esos acólitos de la ignorancia que subliman los cantos de sirena de una sociedad consumista intentando romper los sólidos andamiajes de la voz más pura, del sentimiento más ancestral y de la razón más telúrica de la tierra que en ella nos apiña y nos une y nos condensa y nos abraza, tercio a tercio, grito a grito, falseta a falseta, desplante a desplante, por amor del cante, del baile y del toque: que es aquí en La Unión el cáliz sublime en el que el Dios de los mineros va dentro milagreando nuestro amor por encima de los desolados surcos de la vida.

¡Mineros de La Unión! ¡Anónimos Cantores!: Vengo de la boca machacada y herida de la trágica mina de Triana: hembra hermosa y paridora de los más lastimeros quejios de las fraguas, lastimados y amaratados en sus más rabiosa intensidad por la mudez obligada de una inquisición – asesina, y no Santa, que tapó con sus vendas de potros, torturas y hogueras y persecuciones esos gritos que soltaban los gitanos en la cava y se agotaban – con la condensación de un ay- estremecedor e histórico – entre los muros del Castillo de San Jorge, orillas de ese puente trianero en el que un siglo después de tanto martirio para ahogar y taponar la voz de un pueblo, ese mismo Juan Belmonte, con más miedo que nunca, tal vez por el recuerdo de la cercanía de tantos crímenes, bordaran su capote de sueños una paloma de paz por cada tarde.

Vengo amigos, de aquella Triana muda y hermética que escondía por los humildes rincones de sus casas de vecindad y sus añejos corrales el latir virilmente bravío de la Toná y sus desgarradas matizaciones de carceleras, deblas y martinetes:

Los jerais por las esquinas
Con velones y farol
En alta voz que decían:
¡Mararlo, que es calorró!
¡Calla y no me cantes,
Que quiero vivir,
Que andan los jerais por las esquinitas
Pa Hacernos sufrir?

Vengo de la Triana sí de la persecución y del insondable misterio que guardó a una mujer de luto, como la Siguiriya, en el pozo redondo de su alma en pena cuando frailes y guardias buscaban al criminal que se arrancaba en solitario abriendo con el bisturí de la voz dolida la herida de la tierra, renegaba de su sino o, terriblemente, decía en un ¡ay! A pecho descubierto, incluso en los días señalaitos de Santiago y Santa Ana: ¡Basta ya de tanto asesinato!

Día de Santiago

Cantaba el gitano
Al ponerse el sol,
Cómo mararon a mi bata y bato,
Miren qué doló.

Vengo de la Triana que fue recipiente y alambique y testigo y centro y fiel y balanza de ese universo de cantes y de coplas de la madre soleá, a la que también le cubrieron los labios, la voz y el corazón con las vendas espeluznantes de la esclavitud, hasta hacerla gritar, ya libre, la terrible maldición que recoge y registra el pueblo en su cancionero de recuerdos:

Quisiera Dios y que a ti te falte
El pan, el sol y la candela,
Y los dineros que tengas
Que se los trague la tierra.

Vengo de la Triana de los tangos de los bautizos corraleros, de la Triana de la fiesta compartida a trozos... pero, en el fondo, soy hijo de aquellos que aún antes de El Planeta, de Frasco El Colorao, de María de las Nieves, de Los Cagancho, de Los Pelaos, de La Andonda, Los Aparejeros, La Gómez o La Cuende, habían sufrido en sus carnes el doloroso parto del cante, pagando con su sangre incluso esta revolución endiosada de gritos, ecos, pellizcos, matices y latidos que hoy pregonamos, gracias a ellos, ante las autoridades extasiadas que hoy rigen nuestros destinos políticos y veneran a los artistas, ante los muchos medios de comunicación que a principios de siglo no valoraban el oro de un tercio y sí la puñalada vengadora de una noche de juerga volcando la ruina de la patria a los pies de una gitanería andante, ante vosotros: artífices del arte en luna llena que tenéis, afortunadamente por ellos, la admiración y el respeto de vuestro pueblo, por Dios los metales de vuestras voces, los pies para el arrebató, las manos para acariciar las cuerdas de la mina profunda de la guitarra, un plato sobre la mesa y la cama hecha, abriéndose la sementera de la esperanza a cada paso. Ante vosotros, pueblo hoy de La Unión, porque, como otros muchos pueblos hermanos, os convertisteis desde el principio de la desgracia de mi barrio en baluarte invencible de sonoras sensibilidades, ganando la batalla al crimen de una fe dudosa y mimando los plantones que desde El Conquero onubense a Cartagena supieron plantar con sus ejemplos, por los siglos de los siglos, muchos de esos pregoneros-cantores de la tierra que ya no están con nosotros: hijos de la madre artista Andalucía, hijos a su vez de los primeros hijos de una raza, a los que aún, y que cada noche de tanto miedo y de tantas persecuciones, de tanto arte en su cuerpo les tiembla la voz, y se les rompe como un cántaro de Lebrija, cuando comienza la liturgia honda del ayeo. Por eso queridos amigos me duele tu ¡ay! Es ay, ay, que encerráis dentro de la mina, en la taberna en el cuarto.

¡Grita minero, tu ay!

¡Échalo del corazón,
Porque en la tierra no hay
Un ¡ay! como el de La Unión
Cuando vosotros cantáis!

Y no se encuentra porque vuestra queja es profunda como la que desgranaban los anónimos cantaores trianeros y vuestros cuerpos, como los de ellos, también han sido perseguidos y amaratados por las manos del capital hasta que la misma copla se reveló en la revolución primera de los cantes y dando gracias al Cristo de los Mineros surgió la letra popular precisa para cantar y gritar gran parte de vuestra historia:

Bendiga el cielo al Ministro
Que obligó a pagar con reales
El trabajo del minero.
¡Ya se han quitao los vales:
Como y bebo donde quiero!
No hay vale que valga tanto
Como el que mi cuerpo vale.
Mis miedos y mis quebrantos
Hay que pagar en reales...
Porque es mucho lo que aguanto.

Y es el miedo y la sinceridad y la fe ante la tragedia pronta que, de tan diaria, ni siquiera gozará de titulares. Solo el pueblo, en una toná que no sale ni de Triana ni de La Unión, sino de lo jondo de un corazón tallado en sustos, da de nuevo la talla de su hombría diariamente:

Estando abajo en la mina,
Sonó una grande explosión
Que a mi cuerpo hizo ruina:
¿Qué le deberé yo a Dios?
Que en la voz de los mineros
Dos madres van en sus labios:
La que está llorando en casa
Y la Virgen del Rosario.
Y si no es verdad
Lo que estoy cantando
Que venga otra cargazón
Y mi muerte lleve en brazos.

Abrid, queridos amigos, con el miedo de mi pregonar por calles y plazuelas y rincones que desconocía en sus interioridades, que no en sus entrañas perfiles aquí en La Unión.

Seguí con ese mismo miedo en el zurrón de mis andaduras y llegó, al fin, con el mismo miedo de esos siglos de anteayer no por las persecuciones posibles que nunca han de volver por el paisaje de los hombres, sino por la que se está

abriendo caminos con pasos agigantados teniendo como maestros inquisidores de la gran verdad del cante a no pocos artistas que están talando y destrozando las raíces y ramas frondosas de ese árbol del arte que es del pueblo soberano y sólo al pueblo pertenece.

Nunca podrá morir la copla y ese grito compañero que al pueblo la ha llegado como herencia de generación en generación, aún a costa testimonial de su propia sangre. ¡Defendamos, hermanos, el cante en su mayor grandeza, en su cabal integridad, en su pureza arcaica ¡Que no nos cambien el oro por plata ni las vetustas, rancias y señoriales piedras de una cultura hermosamente étnica la trueque nadie por ese futuro vano de aceros, aluminios, purpurinas y tubos de neón. Que la guitarra sea siempre esposa fiel y amante y concubina del cante, y él, en su mayor esplendor, sea siempre el faro que nos alumbre por las explanadas de los grandes mares, la linterna que abra paso a los senderos y la Lámpara Minera que nos oriente en el mundo de las tinieblas! Que no pase nunca esto.

Cantó sola una minera
Una noche en La Unión
Con aires de peteneras:
¡Qué resuciten mi voz
El día que yo me muera!

Pero ¿Dónde nace el grito, queridos amigos en que pesebre nace ese Dios sangrante y luminoso del cante de vuestras minas que ha todos nos lleva como magos –oro,

Incienso y mirra-arrodillarnos esperanzados en el belén de La Unión ante esa gestación magna y reina que nadie puede fechar?

Decía Luís Rosales que no se puede teorizar sobre el cante ni escribir de él, porque hacerlo es el mismo despropósito de enamorarse de una mujer por ver tan sólo su fotografía. Y es verdad, una mayestática y sonora verdad.

El cante tiene alma. Y el de las mineras, en los paisajes rompedores de Levante, es para el pregonero el máximo indicativo de expresión por estos contornos y para los degustadores del buen cante.

Como en la Sigüiriya, su valor supremo hay que encontrarlo en la simplicidad arcaica de su andamiaje, en la cuchilla hiriente de sus coplas y en el poder de convocatoria que en ellas se refleja por los vericuetos del cante: a la verdad telúrica, al tuétano mismo de la gran savia, a los límites emocionales que sobrepasan las dimensiones y los criterios técnicos, porque aquí, amigos, en La Unión, y en todos los centros del sentimiento, tiene más quilates el espíritu con que se canta la tragedia que la tragedia misma, porque en él se reencarna, por medio de la liturgia del oficiante, escenas revividas en la voz que fueron de los abuelos de nuestros abuelos y hoy siguen siendo nuestras, siempre nuestras y, como nuestras, tenemos la obligación de defenderlas desde la atalaya amorosa de un buen aficionado.

Me encanta la minera como mujer, como copla, como bandera que a pesar de los vientos de sus desgracias diarias busca nuevos horizontes. Por eso, pueblo de La Unión, quiero que permitan al pregonero la libertad de que vuestra copla

se haga voz esperanzada, de que la acune por unos momentos: blanco y verde el corazón, y de ella misma sea interprete y protagonista para cantar, sin ritmo y sin guitarra, a sus hermanas andaluzas.

Huelva, chica y marinera
De atlántico corazón:
Soy tu hermana: la minera.
¡Fandanguéame cuanto quieras!
Sevilla, niña elegante.
¡Sevilla, siempre Sevilla!
Madre de los buenos cantes.
¡Que el corazón de Levante
No falte en tus seguiriyas!
Córdoba, romana y mora,
Altar de San Rafael,
Silenciosa y amadora:
Que Cayetano Muriel
Recuerde mi voz sonora.
Cádiz, tacita de plata,
Ser del sur de Andalucía,
La que el compás disparata,
Llévame por tu bahía
Con la perla por fragata
Azulada de verdiales
Málaga, niña querida,
Mimada flor de los mares:
¡Cúrame con malagueñas
Mis heridas abismales!
Jaén, la del fuerte olivo,
Paridora de tarantas
Con la mina de testigo:
Esa pena que tú cantas
Es la misma que yo vivo.
Tu Boabdil lloró en la esquina
De una torre de la Alhambra
Y nació una Granaina.
Lleva a tus ojos de zambras
Las lagrimas de las minas.
¡toma un taranto, Almería,
Para aromar el quebranto
De tantas desalegrías...
Y préstame sólo el llanto
Pa Cuando lleguen las mías!
Soy trágica minera,
Soy madre fuerte
Ahora y en la hora

De nuestra muerte.
Y Andalucía
Esa madre que sufre
Con mis herías.

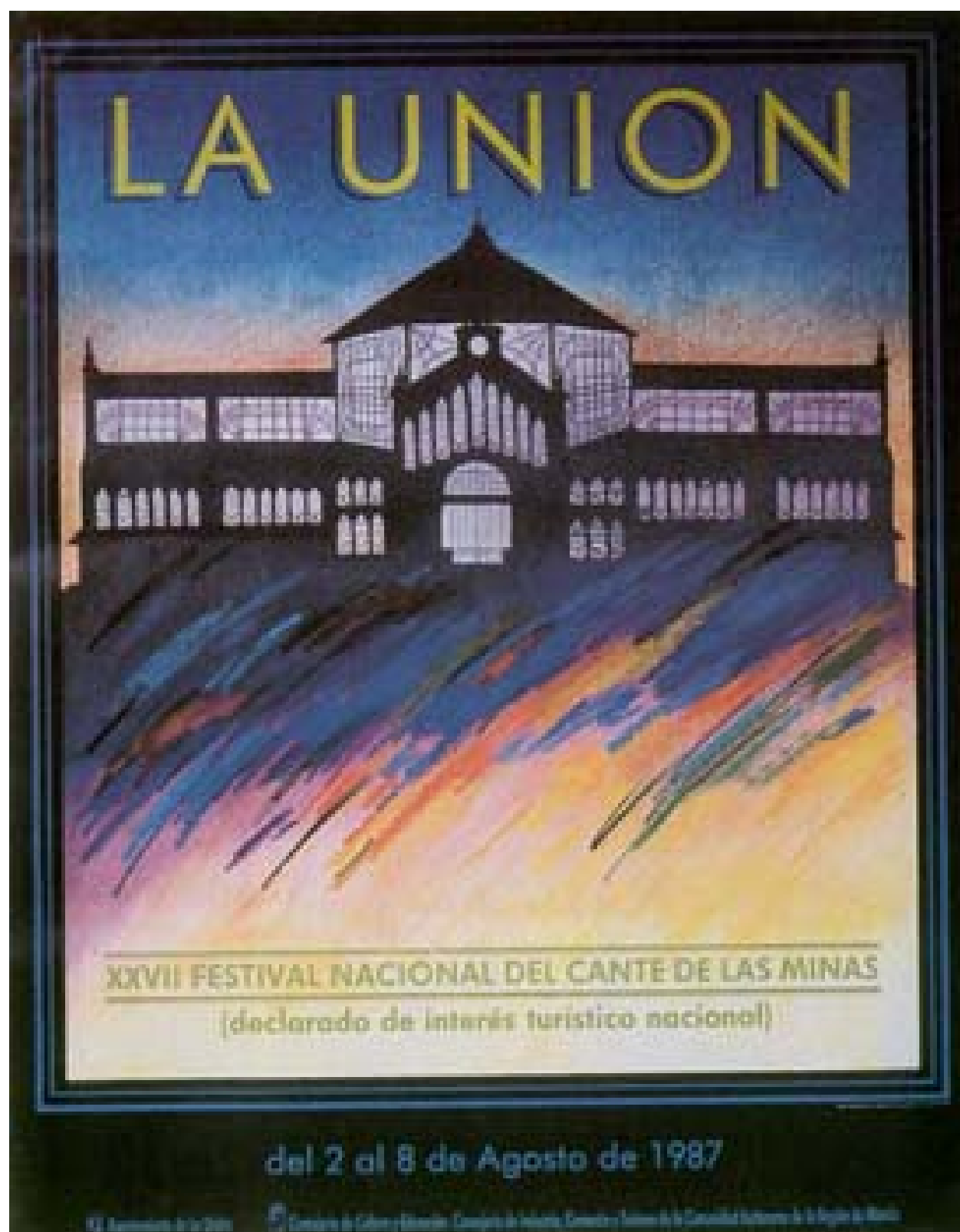
Dice un refrán, queridos amigos, que el vino bueno no ha menester pregonero, pero, muy a pesar del dicho popular, los vinos buenos tienen que venderse para los labios y paladares exigentes a través del cante popular.

Mi voz ha sido una voz sin partituras, y, tal vez por eso, sólo he pregonado vuestro cante como razón de ser este Festival ya rancio- del que mucho sabe el pregonero de silencios Asensio Sáez-, olvidándome a conciencia de aquellos hombres que desde Perico Sopas hasta Antonio Piñana se enmarcan en la historia de vuestros aires junto al Alpargatero, El Niño de San Roque, el orgulloso Pedro El Morato, la que perdió la vergüenza siendo tan mujer de bien: Conchita La Peñaranda, Eleuterio Andreu, Antonio Grau, Paco el Herrero, Chilares, Enrique el de los Vidales, Manuel Romero, Encarnación Fernández y Pencho Cros, quien va a poner la voz, el corazón y el alma dentro de unos momentos en este mismo recinto para enseñar al pregonero qué es el cante en su absoluta verdad, en su desnudez integral, sin necesidad de intervalo por medio del verso y la palabra.

Yo, por si acaso, como aquellos viejos pregoneros que cantaban las excelencias de las aceituna aliñas, verdes y morás por las callejas pobres de mi barrio, hoy he intentado cantar las vuestras y el trágico bagaje de tus hermosas mercancías. He intentado con miedo el temblor de vuestros cantes, he querido comprarlos para aprender y al final, ni merco ni gano. Sólo las faltriqueras de mi corazón van repletas del cariño y el amor de vuestra Unión.

¡Vendo tarantas...
Que traigo mineras,
Murcianas.
Cartageneras...
Negros tarantos del fondo
De la entraña de una mina.
Hoy vendo por las esquinas
Quejios, graves y jondos
De la tierra levantina...!
Pero no quiero vender
Un cante que vale veinte,
Para que me paguen tres.
No me hace falta el dinero.
Hoy pago por un suspiro,
Por el grito de un minero,
Tan solo por un latido de La Unión,
Hoy pagar quiero.
Voy pregonando los cantes
Para afinar y aprender

En mi voz la de levante...
Y no sé si aprenderé.
Grueso llevo mi zurrón:
¡tarantaaaas,
Cartageneraaaas...
Compro Murcianaaaas,
Mineraaaaas,
Levanticaaaas,
Tarantillaaaas,
Tarantos del buen carbón...
¿Quién me cambia este pregón,
Para quedarme a la orilla
Del corazón de La Unión,
Tan lejos de mi Sevilla?



MI PREGÓN CANTAR QUISIERA...
PREGÓN DEL XXVII FESTIVAL NACIONAL
DEL CANTE DE LAS MINAS. AGOSTO DE 1987

GÉNESI GARCÍA GÓMEZ.

El pueblo de La Unión me invita hoy a subir a esta tribuna para que pregone su cante y pregone su festival, para que convoque a las gentes a concurrir este mercado público, tradición y vanguardia laica, un día para el comercio civil; santuario, hoy, de las letanías del cante minero. Desde aquí, las salmodias de sus melodías luchan contra los límites que intentan devolverlas fragmentadas, bregan para hacerse oír dentro y fuera de estas líneas precisas de hierro y cristal. Que, al mismo tiempo que nos enmarcan, nos recuerdan la capacidad económica, progresista y civilizadora del pueblo que un día lo levantó. Con su Iglesia Catedral y su mercado, ha dejado La Unión señales en piedra de lo divino y lo humano, dos hitos en la que fuera aquella apasionante aventura de construir en decenios lo que en los burgos más avanzados había producido, lentamente, el devenir de los siglos.

Y, para cumplir esta misión de pregonar el cante, cantando debería hacerlo, como era lo propio entre los pregoneros populares, tantos y tan decisivos en el mismo origen y evolución del flamenco. Desde Tío Luís, que pregonaba su agua en Jerez, hasta el trágico Macandé, que estrenaba cada día el pregón de sus caramelos; desde las Mirris hasta Juan Breva, quien aprendiera de su madre, en la soledad de los caminos, a cantar los dulces frutos que vendían; desde los alpujarreños aguadores que regaban de notas las estrechas calles granadinas, hasta nuestros arrieros del Sureste, de buena mañana vendiendo verdulería...

Mi pregón cantar quisiera
Como ayer se pregonaba.
Por las calles y callejas,
El dulce arropé, y las brevas,
La verdulería y el agua.

Pero, ya que no cantando, si quiero dejar ahora que mis palabra apasionada de otro tiempo, la que yo mantenía orillada, prejuiciosa contra la retórica hasta taparle la boca a la pasión, vuelva a fluir a borbotones... Hoy retomo, para mejor aproximarme al lirismo del cante que pregono y al que convoco, todos los pulsos cálidos que la madeja de mi vida tejió en este pueblo; hoy dejo que mis palabras se tiñan de la afectividad emocionada que me vincula a La Unión, a este mi pueblo, porque es el pueblo de mis amigos, los que lo son porque ya hemos consumido juntos, como manda la sabiduría popular, nuestra fanega de sal.

Al subir a este estrado a pregonar el cante, me habéis ofrecido una oportunidad que yo quisiera aprovechar prendiéndooos para mis palabras, porque no hago desde aquí sino devolver a este pueblo lo que este pueblo me dio. Por cuyas calles, plazas, tabernas y escenarios oí por primera vez el cante, y por cuyas esquinas atisbé, atenta y fervorosa, los rincones de su misterio. Pero, no conforme con esa experiencia inmediata, quise ir más allá: indague, pregunté, estudie, comparé, viajé, gestioné, escribí..., y tuve mis interlocutores en el cante, en las gentes, en los libros, en la experiencia...

No es la primera vez que pregonó el cante de las minas. El interés de otras gentes me han llevado con este mensaje desde Asturias hasta Andalucía, desde Extremadura, Madrid y otras de Castilla hasta Levante, desde las agrupaciones flamencas hasta las aulas universitarias, desde las editoriales de discos sonoros y de libros hasta los medios de comunicación... No es extrañar, por ello, que en La Unión se inició, más veinte años hace.

Eran los tiempos en que, flotando aún en el aire los ecos del cante de Piñana, de Orozco, de Canalejas, de Eleuterio, como triunfadores del Festival, ganaban su primera Lámpara Minera Pencho Cros, con esa voz paya que, al quebrarse, serpea, telúrica, por todos los recodos de la mina... Los tiempos en que José Antonio Piñana pulsaba ya con firmeza, anunciando la realidad de su futuro, las cuerdas de una inspirada sonanta... Eran los tiempos en que todavía Antonio Fernández preparaba su guitarra, bañándola en mineral, y Encarnación velaba una impronta gitana, valiente y poderosa para recorrer sin alivios las dificultades agrestes de las músicas mineras...

Eran entonces que Antonio Grau andaba por estos pagos, colgado del brazo de Antonio Piñana, insistiendo en musitarle, con el hilo quebradizo de su sabia voz, la herencia de su padre, El Rojo, haciendo verdadero, a vista de todos, aquello de la tradición oral..., encuentro entre ambos que, junto a la propia convocatoria del Festival, habría de significar el impulso capaz de rescatar del olvido los cantes de la tierra. Los tiempos en que hasta el mismo alcalde, con el que el Festival caminaba, quiso echar su cuarto a espadas en aquello del cante entrando en la polémica que trataba de cerrar la minera hacia una forma estable, indiscutida y única para el cante más discutido de entre todos los mineros. Eran tiempos aquellos en los que La Unión insistía en la búsqueda de su identidad olvidada, para fundamentarle de nuevo, más que en la abundancia de los metales, en el filón de sus cantes...

Eran tiempos de muchas cosas, ya olvidadas algunas, muchas otras permanentemente en el recuerdo y en el sentir. En el sentir y en el recuerdo de todos está alguien a quien de manera expresa nombro porque recientemente se nos ha ido, el entrañable Pedro Pedreño, en quiero simbolizar lo que puede hacer colectivamente el desinterés de un pueblo por cosas tan suyas, tan nuestras, como la que aquí esta noche nos reúne. Tiempos, en fin, eran aquellos en los que ya se gestaba la claridad de un marco que engrandecía el desarrollo del Festival, que mejoraba la claridad año tras año por el buen estilo de un grupo de unionenses, depurados de la estética tanto como amantes de su pueblo. Reconocimiento unánime que merece ese colectivo de artistas y artesanos que

han ido creando, alrededor de los cantes mineros, como ahora mismo podemos contemplar, todo un mundo de arte alrededor del arte de cantar.

Todo un ciclo vital redondo, completo, y que espero que sea cíclico a modo grecoborgiano, de nuevo hasta vosotros me ha traído, con el canto y la vida de los mineros entre los brazos, en este imaginario cesto cuyo contenido, que presento a modo de pequeños cuadros de ambiente y de cante, pregonó y ensalzó, y que a La Unión, y a vosotros, unionenses, de siempre mis amigos, brindo y dedico.

Cuadro primero: “Los Cultos vienen y Opinan”

El proceso de transformación de ciertos cantos y bailes populares hacia un nuevo estilo, más tarde género flamenco, se había iniciado con el entusiasmo romántico-costumbrista, ávido buscador de diferencias. Romanticismo que si, por una parte, se postraba fervoroso, de rodillas, al oír aquellas formas musicales de lo popular incontaminado, por otra, se ponía en pie, haciendo guiño picante, porque veía en el espectáculo la tragedia, preflamenco una fuente de sensualidad con la llenar la copa de los placeres de la vida. Más tarde, con la aparición de los cafés de cante, los movimientos religiosos, por unas causas, y los intelectuales racionalistas y críticos, los krausistas y sus herederos, el proletariado militante de principios de siglo..., por otras, fueron adversos al flamenco urbano, al que se veía, desde estas posiciones, como expresión de irracionalismo oscurantista, adversario de la moral y del progreso social.

El modernismo, entretanto, cuenteaba el racionalismo del 98, con el que convivía, reivindicando aristocráticos mestizajes ancestrales: si el maestro Rubén contaba con indios legendarios, incas sensuales y altivos aztecas, Manuel Machado se inspiraba con en árabes de alma de nardo y enigmáticos gitanos cantaores. Los modernistas vivieron lo flamenco, sintiéndolo en las dos direcciones que el romanticismo había amputado, extremándolas, apurándolas: como motivación estilística idealizada, popular, primaria y directa, de un lado, y como ahíta experiencia vital, de otro, como cómplice en las alucinatorias citas que los poetas sostenían en la vida y la muerte, clientas del burdel. A pesar de su atención por el flamenco, los modernistas no lo sacaron del oscuro ostracismo de su marginalidad. Por las mismas razones que los noventayochistas repudiaron el cante, al ver en sus manifestaciones urbanas el símbolo del atraso que combatían, los modernistas lo utilizaron para espetar su repudio a los bienpensantes. Así mientras el cante se expandía, desde la serranía y la sierra, la calle, el barrio o la taberna, renovándose sin agresiones en su faceta popular, era discutido, entre fervorosas adhesiones de unos y rechazo violento de los más, desde el café cantante y el espectáculo musical, espacio que se estaba haciendo posible su desarrollo profesional.

Tendría que llegar la generación del 27, colmada de innovación y tradición a un tiempo, brillante cima de nuestra cultura, cuando sensualidad e intelectualidad dejan de oponerse en la valoración de la condición humana, para que dos leguajes aliados, el de la música, con Falla, y el de la poesía, con García

Lorca, abrieran una y definitiva brecha en la estimativa social para que el cante. Que abandona su dimensión idealizante y folklórica de “alma de pueblo” para convertirse en “cultura de la sangre”, y que abandona su otra dimensión vergonzante de flamenco canalla para dejar que sus sonidos negros partieran en dos el hemisferio. El cante entra de derecho en el mundo de la cultura a partir de su nueva formulación lorquiana, y, como consecuencia, dejó de ser ignorado o despreciado por la actividad social comprometida con el progreso, como hasta entonces había sucedido. Aquel flamenco ligado al lumpen y al café de cante nunca pudo ser vehículo de leguajes sociales, mientras que un flamenco que había recibido la vindicación cultural e integradora del 27 pudo ser consensuado para el lenguaje de la cultura, sumar sus mitos a los que la mítica mediterránea, darse la mano con Judith, con Antígona, con Medea, con las Bacantes..., incluso pudo llegar a albergar compromisos ideológicos desde las mismas tribunas que otras veces lo habían combatido.

Cuadro segundo: “Deja el Sol Toma el Carburo”

Pero los cantes que hoy pregonamos, los cantes de las minas, estuvieron socializados desde siempre, imbricados en la historia, desde que, un día, la sierra minera del Levante de Cartagena amaneció, casi como por ensalmo, ocupada por gentes que llegaban, ansiedad y esperanza en los rostros y coplas telúricas entre pecho y garganta, hacía el lugar donde la tierra ofrecía sus menas, sus capas de carbonatos dispuestas para ser tomadas con las manos... Un día en que la riqueza y la pobreza cambiaban incesantemente de manos. No existía, por entonces, más antagonismo que el de cada uno con su propia suerte, a la que todos emplazaban ansiosos, con una piedra por ensayar siempre en las manos, con febriles prisas por registrar la pertenencia, apenas una manche ferruginosa indicara perspectiva de mineral... Al final de la jornada de trabajo-aventura, tabernas, ventas, ventorrillos y tenderetes, que se multiplicaban en los caseríos, la sierra y la playa, se llenaban de gentes y de cante, de cante que se convertía en minero de o de Levante, porque en minera de Levante se transformaba la masa de población campesina que hacía la sierra se encaminaba, cruzando paisajes evocados por Antonio Oliver:

En el polvo
Van las flores
Los rumbos y los senderos
Y los cantos
Con que olvidan los obreros.
Polvo de trenes y carros.
De autobuses y galeras...
Sudeste.
Pueblos lejanos...

Griegos, fenicios, romanos,
Árabes y bizantinos.
Edades sobre los montes.
Robusta luz
Polvo fino...

Situación nueva que provoca unos usos y costumbres diferentes a los de la generalidad popular y campesina, porque es otra la forma de vivir la vida, porque otras son las expectativas, las ansiedades, las fijaciones, las evasiones...

Desde entonces, y por primera vez en el mundo temático del flamenco, los protagonistas del cante permanecerán inmersos en el mundo de la producción económica y del quehacer laboral, lo que convierte al cante minero en la crónica popular de su época, y lo diferencia, tanto en los cantes flamencos más próximos a la tracionalidad popular, como de los que llamamos cantes gitanos.

La mayoría de los cantes flamencos se detienen en los aspectos más populares de la tradición folklórica. Así ocurre en toda la variedad de fandangos y malagueñas, cañas, polos y peteneras, de los cantes de Cádiz, de las soleares, de las bulerías, de los tangos y los tientos, ligados a la tradición andaluza, que se entretienen, a menudo, en el localismo y en el ingenio, en lo lúdico y lo festivo o en lo reflexivo y sentencioso; en lo amoroso, en lo afectivo vivido a distancia, sin comprometer la intimidad...

Te tengo comparaíta
Con el correo de Vélez,
Que en cayendo cuatro gotas
Se le mojan los papeles.

Eres delgadita y alta
Como junco en la ribera,
Y entre toas las del barrio
Tú te llevas la bandera.
La mujer y la cuerda
De la guitarra
Es preciso talento
Para templarlas
Flojas no suenan,
Y si se aprieta mucho
Salta la cuerda.

Anda salero,
Traes de cabeza
Al mundo entero

Pero hay entre los cantes flamencos dos grupos de ellos que se despegan de los esquemas tradicionales, para resultar como en los extremos que limitan el cante en sus más radical diferencia: los cantes más gitanizados, dramáticos e individuales, románticos e intimistas, las tonás de la marginalidad racial y las siguiríyas de la diferencia grupal y racial, de una parte; y de otra parte, los cantes mineros, tarantos, tarantas, mineras, murcianas, cartageneras... que determinan la gran parte de sus temas como voceros y narradores de la vida cotidiana. Son sus coplas las que nos cuentan los avatares de aquella aventura inédita, las que nos testimonian cómo se despreciaba, en la primer época de la esperanza, todo trabajo a jornal ante la posibilidad de ser propietario (...no quiero ser jornalero, tengo que encontrar un tajo/ a ver si gano dinero...), y en otras que nos indican cómo, tiempo después, con muchas expectativas frustradas, se llegaría a trabajar hasta por un vale. Sabemos por ellas desde la comunicación y el transporte sobre acémilas, carros y tartanas, hasta la incipiente industrialización que supusieron el tren y el cable aéreo.

Sabemos de los partidarios y de sus fortunas inciertas (de las tres mejores minas/ fui partidario en La Unión/ pero la suerte maldita/ su derrotero cambió/ y yo hice mala partida); de las fundiciones (De Cartagena a Herrerías/ no se cría ni una mata/ pero en cambio si e cría/ una hermosura de plata/ que funde Santa Lucía); de problemas de sanidad y seguridad en el trabajo (La obligación del minero/ cuando entra en su trabajo/ es sanear lo primero/ por si un liso traicionero/ se desliza de su tajo); de las costumbres, de la vida y del amor... Sabemos por las coplas del cante minero lo que va desde la secular insumisión por la pobreza frente a la riqueza (Vale más un minerito/ con ropa de trabajo/ que todos los señoriños/ calle arriba, calle abajo), hasta la consciente e ideologizada protesta social, esta última más trovera que cantaora...

Lo gitano y lo minero representan los extremos opuestos que en la geografía,- desde Andalucía la baja hasta el Levante Mediterráneo-; en los temas, desde el intimismo lírico y personal hasta el narrador de lo colectivo-; y en la formulación musical,- limitan el cante. Pero lo que sí tienen en común lo gitano y lo minero, como factor generador de diferencias respecto a la tradicionalidad popularizada que sustenta a los demás cantes flamencos, son unas experiencias vitales más traumáticas, experiencias que son las que más poderosamente han contribuido a diferenciar sus cantes. En el caso de los gitanos, ha sido su propia marginalidad la que han generado en ellos una expresividad mendicante y lastimera, una especial disposición para llevar sus lágrimas, su desgracia, su dolor y sus fatales amores al cante, en forma recurrente, casi obsesiva...

¡Que desgracia terelo
Hasta en el andar!
Como los pasitos que p´adelante yo daba
Se me van p´atrás.
En el hospitalito
A mano derecha

Allí tenía la madre mía de mi alma
La camita hecha.

En toas las partes del mundo
Sale el sol cuando es de día.
A mi me sale de noche
¡Hasta el sol va en contra mía!

Del color de cera virgen
Tengo yo mis propias carnes,
Que me ha puesto esta gitana
Que no me conoce nadie.

Para los mineros, habituales campesinos, soleados y curtidos de aire libre, el traumatismo de su experiencia vital está en el pozo. Por eso se lamentan de la oscuridad como ningunos otros pueblos tradicionalmente mineros. Toda la vida del minero del luminoso Sureste está pendiente de esa negrura, de esa muerte potencial desde que a diario se regresaba, resucitando, la que, en gran parte, se apodera de su cante:

El minero en su negrura
Siempre trabajando abajo
Corta piedra blanda y dura,
Y con su mayor trabajo
Va abriendo su sepultura.

En la cuba nuevamente
La lenta ascensión del pozo,
Un incontenible gozo:
¡Resucitar de repente!

Por eso, en el cancionero de las minas aparece de pronto aquel campesino reciente, recuperándose de la sacudida de lo hondo, de haber cambiado el cálido sudor bajo el sol mediterráneo por la angustia fría de galerías y tajos, hablando por boca de minero repentino, sorprendido allá abajo... dispuesto a olvidar, en la mañana del domingo y luciendo su apostura, que un pozo oscuro se ha cruzado en su vida:

Dame la blusa planchá
Y el sombrerito jampón
La fajica colorá,
Las boticas de tacón,
La petaca y la gayá.

Cuadro tercero: “ALTO EL BAILE. YO PRIMERO Y DESPUES, NADIE”

No estaba el minero solo para olvidar “el tacto frío de la mano que nadie ha visto”, pero que él sentía en cada bajada al pozo. A la salida, el reparo, la laguna o la copa de cazalla lo ponían en contacto con arrieros y tartaneros, tratantes y posaderos... Eran, sobre todos, los arrieros cantores por tradición que gustaban de la bullanga y la copla, gusto que dejaban en herencia, junto con las caballerías, los padres a los hijos... día hubo, no muy lejano, en la hoy es estrépito de motor sobre el asfalto, o sustancia tóxica esparcida por tubos de escape, era chirriar de carros y polvo de mineral, a tonelada por recua y con un arriero cantaor al frente, o un carretero con el látigo en alto, tosquedad y fiereza engañosa en el semblante, siempre a punto de invocar, increpando, al cielo y a la tierra. Las vicisitudes del trabajo los ponían frecuentemente, mal encarados y peor hablados cuando se mojaban por la lluvia en la sierra, o cuando atascaban a causa de barrizales..., o cuando las bestias hacían porra y se paraban en baches, en cuestas... Sus bocas disparaban, entonces, toda la retahíla convencionalmente blasfema si a las primeras voces, moderadamente estimulantes, “Marinera, Estudiante,...Oooh, Currito!, las bestias no respondían. Tan popular como el espectáculo del carretero encallado en el barro, se ha hecho la copla que Marín, el trovero de lo cotidiano, a uno de ellos dirigiera para calmarlo:

Si a mí se me atasca el carro
Ni blasfemo ni me aburro,
Porque yo al carro me agarro
Y saco el carro y el burro
Aunque estén llenos de barro.

No menos popular que arrieros y carreteros, aunque respondiendo a una caracterología más urbana, suburbial y hasta airada, la memoria de las gentes y la literatura costumbrista recuerdan bien al tartanero, muy ligado, como arriero, a las cuestiones relativas al cante, pero, en este caso, más cerca del ambiente profesionalizado de los cafés y menos del popular de tabernas y ventas. Un novelista cartagenero de entre siglos dibuja los perfiles prototipitos del tartanero, gestionando y celestineando, a caballo entre el amor, el cante y el presidio. Hombre de látigo y mula, de condición chulesca, varonil arrogancia arriscada y matona. Además, y a diferencia de los arrieros, tanto en las letras del cante como en las estampas de costumbres, el tartanero está con frecuencia asociado a la íntima alegría del viaje que conduce hacia las inquietantes urgencias del amor:

¡Qué tu cascabel no canta
Y mi corazón se ahoga!
Jaca:
¡Trota!
¡Qué de llegar con el hondo
Cielo de la media noche!
Jaca:
¡Corre!
¡Qué aun hay mucho camino
y ella es la que me espera!

Jaca.
¡Vuela!
Tartana cascabelera,
Con que gusto yo me iría
Por la ancha carretera,
Al trote y con la alegría
De tu jaca postinera!
Hermosa flor de Levante.
Mocita cartagenera,
Si quieres ser tartanera
Sube conmigo al pescante
¡Que mi jaca es muy ligera!.

A lomos de su puntero o liviano, habían transportado los arrieros el orgullo por su mejor caballo, mula, carro o carreta. Pero los tartaneros competían con ellos, hombro con hombro, retándose siempre por las mejores prendas, en la sempiterna competencia de las coplas:

Aunque soy un arriero,
Cuando me monto en mi macho
No envidio al mejor ricacho
Ni al mozo más pinturero.

Por La Unión, pidiendo guerra
Van y vienen los arrieros,
Con la vara en la correa,
La navaja en el chaleco
Y la alhábega en la oreja.

Los picaros tartaneros,
Un lunes por la mañana,
Le robaban las manzanas
A los pobres arrieros
Que venían de Sotana.

De Cartagena a Herrerías,
Yendo por la media legua,
Un tartanero decía:
“En Alumbres no hay quien tenga
Tartana como la mía”.

Arrieros y tartaneros acarreaban la tradicional actitud de alegre orgullo Popular y campesino, potenciado y convertido en satisfecho estilo de minero. Por eso, encontraremos allí, por aquel entonces, al más hábil barrenero, al de mejor fortuna, la mejor recua, tartana o novia..., que siempre son las que posee el cantaor, quien no tiene asimismo, cante o trove, rival en coplas. En cualquier

tema que traten, predomina siempre una arrogancia ingenua, un alarde típicamente popular y folklórico por el que el cantaor, ya se presente como tal o como arriero, o tartanero, o minero, mucho más, si van de trovero,... o enamorado, o hijo de su tierra,... disfrutará siempre de las mejores prendas y donaires. Nadie podría competir con él en cualquier en que el afortunado se plantara, como aquel tío Marín, minero y cantaor de Sender, que aparecía con sus coplas, apenas se rasgueaba una guitarra, diciendo:

Alto el baile:

Yo, primero, y luego, nadie.

A la mina se llega con apostura y disposición, con la seguridad de pertenecer a un mundo de hombres que ya traían, desde sus raíces campesinas, el marchamo popular de calidad venturosa que los pregonaban en el campo y en la mina, que los tartaneros repetían en las lindes del amor, que los cantaores interpretan en sus repertorios. Arrogancia popular que se ve afirmada en el mundo de la minería, elevada de tono y de grado por las circunstancias sociológicas que se dan unidas a aquella experiencia: la aventura, la importancia de la buena estrella, el éxito, que la capacidad económica atestiguada...

En el espacio temático del minero, tales alardes no son tan unánimes como en el de arrieros y tartaneros, cantaores y troveros, porque se encuentran neutralizados por tantos otros cantes en los que se impone la desgracia, potencial o real, a que el trabajo de las minas los sometía, a cuya atracción se sentían, por otra parte, sometidos por una llamada oscura:

Minero:

Cuando estas bajo la tierra

¿Sientes nostalgia del cielo?

¡Siento!

Minero:

Cuando estas bajo los montes,

¿Tienes sobre ti su peso?

¡Tengo!

Minero:

Cuando sales de la mina,

¿No quieres volver adentro?

¡Quiero!

Pero también los mineros, a menudo, fuera cual fuese su especialidad, reivindican el número de uno de los de su clase, con el mismo desgarro popular y campesino tradicional. Y, entre ellos, el barrenero aparece como el mayor protagonista. El ser un buen barrenero era una de las especialidades más cotizadas entre los trabajadores de la minería, por la especial habilidad personal que la elección y aplicación de las posibles y variadas técnicas requería. Así que, también ellos, se apuntan a esta corriente reivindicativa de los mejores atributos:

Porque tiro la barrena,
Me llaman el barrenero,
Siendo yo el mejor minero
Que ha nacido en Cartagena.

Me han hecho a mí manigero
Por tirar bien la barrena.
¡Soy el mejor barrenero
Del coto de Cartagena,
¡Y el que gana más dinero!

Cuadro Cuarto: “ y te quiero porque puedo”

La tradicional arrogancia masculina de los cantos populares es conducida en el canto minero hacia su punto álgido, se exagera y se dispara, y se presenta en forma paradigmática en la fabulosa figura del partidario enriquecido, ostentoso y derrochador. Porque inmerso el hombre en una situación de riesgo y aventura, donde la suerte, la fuerza, la habilidad y el temple eran necesarios para afrontar el peligro de la explotación, el éxito espoleaba esta arrogancia, tanto en la minería como en el mundo que vive a su alrededor. Se comprenderá bien, entonces, por qué este canto, desde tales actitudes catapultado, jamás se quejaría de ingratitudes de amor, a lo que tan proclives son otros espacios flamencos. Mostrarse fatalmente dominado por el amor, supondría reconocerse en manifiesta debilidad, actitud impensable entre aquellas posturas arrogantemente potenciadas, altamente convencionalizadas, que recorren todos los grados del orgullo popular en festiva competencia.

Tengo una novia en portmán,
Otra tengo en Herrerías,
Con la una me anochece,
Con la otra me sale el día.

Yo vivo en Santa Lucía,
Lo mejor de Cartagena.
Tengo mi buena tartana.
Mi novia, guapa y morena,
Es del pueblo de Totana.

Si en el canto minero no hay lamentos por amores ingratos (sólo aparece, inquietante y misteriosa, la infidelidad de aquella enigmática Laura. La de los laureles) en cambio, la ternura afectuosa por la compañera es manifiesta, al tiempo que permite al varón hacer alarde de su propia capacidad de consumo, señal de que el éxito le había acompañado. La expresión del amor se circunscribe frecuentemente a la esfera doméstica, al efecto por la esposa, afecto que, transforma en regalos el ansiado salario. Como aquel minero de la copla, el

que, comprando alucinadamente botas y refajo, no parece sino ilustración viva de la crónica histórica, la que nos dice que las primeras compras del minero, al cobrar la quincena o al vender las partidas del mineral, eran los botines respunteados o el pañuelo de seda para la mujer. Triunfante familiaridad, que el salario hacía posible y que afirmaba de paso, el poderío y la magnanimidad del enamorado:

Vengo de las carboneras
¡Mira lo que te he comprado!
Una botas de cartera
Con los botones al lao.
¡Te las pones cuando quieras!

Deja que cobre en la mina
Y te compraré un refajo,
Y unas enaguas muy finas,
Que te asomen por debajo
Dos palmos de percalina.

Mi marido es un minero
Que sube y baja a la mina,
Y me da lo que yo quiero,
Porque soy canela fina.

Las manifestaciones de amor en la copla minera no nos tocan, como en el caso del canto gitano, por la concepción de una pasión cósmica, que pone a hombres y mujeres bajo su dominio poderoso y desgarrado. Ni nos mantiene en los cauces folklóricos de la tradicional expresión amorosa del flamenco andaluz. El amor en la copla minera se incrusta en la propia experiencia física y social de la minería, la única en la que el cantaor de flamenco asocia su identidad de trabajador, asalariado o por cuenta propia, al mundo expresivo y afectivo que el canto le proporciona.

Cuadro Quinto: “MANTÓN DE MANILA PARA LA VIDA, NEGRO MANTO PARA LA MUERTE”

Por su parte, las mujeres cumplían la mayoría sus días como esposas efímeras de aquel hombre que sometía su vida y su salud al riesgo del trabajo cotidiano. Era frecuente por ello que las mujeres quedarán viudas, convertidas así en verdaderos símbolos de la mina que mata, alegorías enlutadas que plasman la tristeza y el total desamparo que la muerte del hombre se sucedía.

Mujeres, madres, hijas, hermanas, esposas, compañeras y viudas... cumpliendo el rito ancestral de su destino. Amadas en el hogar por aquel hombre que manifestaba orgullosamente su capacidad económica para regalarlas, alegraban otras veces sus vidas, envueltas en mantones de Manila, al amparo de

la copla y de la copa, del café cantante, combatido como carente de moral desde todos los sectores sociales.

Mujeres que han quedado impresas en la copla minera, fiel como siempre al reflejo de su cotidianeidad, de ser historia vivida en cante. Y dos de ellas han sido especialmente recordadas.

La una es abstracta, difusa, indeterminada dentro del luto que la cubre, sepultada en vida como viuda del minero, casi como viuda de la mina:

¿Quién es la del velo negro
Que triste y sola camina?
Es la mujer del minero
Que murió ayer en la mina
De la explosión de un barreno.

La otra es de todos, concreta y tangible, de carne y hueso y bien señalada en sus apodos y en sus nombres:

Para naranjas, Valencia,
Para aguardiente, Arganda,
Para cantar peteneras,
Conchita la Peñaranda.

Conchita la Peñaranda
La que canta en el café,
Ha perdió a la vergüenza,
Siendo una mujer de bien.

Yo no tengo quien me quiera
Ni quien se acuerde de mí
Quien desgraciadita nace
No merece ni el vivir.

Son las tres de la mañana,
¿Dónde andará mi muchacho?
¡Estará bebiendo vino,
Y luego vendrá muy borracho.

Acaba penita, acaba,
Acaba ya de una vez,
Que con el morir se acaba
La pena y el padecer.

Era la propia cantaora Concha la Peñaranda quien popularizaba estas letras, al tiempo que describía en los escenarios su “caída” por un amor ilegítimo, al que se sometía, humillada y ofendida, y, por eso mismo, digna, aguardando atemorizada la vuelta del amante, invocando la muerte... como mujer que era Concha la Peñaranda, no resultaba indecoroso para ella el público reconocimiento de esta sumisión humillante, popularmente aceptada, hasta tal punto que, reconvertida en el escenario, enfervorizada al auditorio y potenciaba su éxito como cantaora.

Al referirse al temor con que Conchita esperaba amargamente al amante, borracho enchulado, Núñez de Prado escribe: “Mujer de bien, honrada, de gran corazón, se veía forzada a revolcarse entre el barro de una barraganía innoble... adorando al mismo que la martirizaba, ganado para comer con la exhibición de un martirio espantoso...”. Martirio por el que dignificaba a la mujer, del que el público recibía noticia sin rubor. La copla se reserva para marcar, de forma bien precisa, a la mujer pública, nunca nombra ni concreta al hombre envilecido. Por ello no se nos oculta, bien determinadas y concretas, las Conchitas, las Gabrielas, ni las Satisfechas...

A la Gabriela, quien al parecer regentaba un ventorrillo en las afueras, adonde acudían partidarios y gente rumbos, hemos podido retenerla por las numerosas coplas con que la recuerda la tradición:

Dicen que la tal Gabriela,
La de la copla minera,
Siempre fue mujer cualquier.
En el cante era canela,
Y por Levante puntera.

Y la memoria del cancionero minero, en aquella repetidísima taranta que con su nombre se identifica, “Taranta de Gabriela”, por la que se le manda un afectuoso recado tranquilizados. Taranta que tantos cantaores han interpretado y que tan valientemente cantara, por escenarios de renombre, la unionense Emilia Benito:

Si vas a las Herrerías,
Corre y dile a mi Gabriela
Que duerma y no pase pena,
Que antes que amanezca el día
Estaré yo en Cartagena.

Y es que Emilia Benito se había decidido a dar el paso que, aún con riesgo para su honorabilidad, la sacaría del anonimato. Hija de un barbero de La Unión, que le reprochaba su afición al cante, porque barruntaba “que a nada bueno había de conducirla el dengue y el desplante teatraleros. Fue la cantaora más popular de La Unión, y se fue del pueblo, ya mujer, sabiendo lo que las malas

lenguas proclamaban bajo los faroles”, dice Asensio Sáez. Aceptaba oír aquella copla que se le cantaba, adaptación de una popular malagueña, porque acompañaba hasta la mina “Trinidad” al partidario que la obsequiaba:

Mina de la Trinidad,
Cuántos favores me debes,
Cuántas cosas me han tapao
La sombra de tus paredes.

Si la tradición y la copla minera han conservado vivo el recuerdo individualizado, incluso cariñoso y popular, hacia estas mujeres del cante, sus nombres, sus señas, su historia..., al recordar a las otras en las que más se figurativa, las viudas enlutadas, protagonistas del drama en la copla, las refiere siempre en forma indefinida. Porque esas son el dolor, son la abnegación, son la fidelidad, son alegorías de tragedia antes y después de la viudedad esperada, porque siempre fue la mujer del minero una viuda en potencia, viuda para la lírica, viuda para la lírica, viuda para la copla:

Cuando él se va a la mina,
Ella se queda sufriendo;
Callada queda, callada,
Sola con sus pensamientos.

Se le puede llamar viuda
A la mujer del minero,
Que trabaja el día entero
Cavando su sepultura.

No vayas más a la mina,
Ni te aproximes siquiera
Ya oirás mi copla en tu esquina
El día que yo me muera.

Accidentes, enfermedad, muerte y duelo, generan esta simbólica figura de mujer en su centro, abstracción hecha luto, cuyo protagonismo en el retablo de los cantes de las minas es superior al de la madre, señora ésta del mundo de los fandangos y malagueñas, y valor positivo en estos mismos cantes frente a la hembra traidora e infiel. Pero, en los cantes de las minas, las dos caras de mujer omnipresentes y opuestas no son las de la buena madre y la mala amante, como en los fandangos, si no las de la vida y las de la muerte, que no se dan enfrentadas moralmente, como en aquel caso, sino que pertenecen a dos mundos distintos y específicos, producidos por aquella especial y traumática forma de vivir de la minería. Nuevas exigencias que dislocaban la persistente tradición, la inveterada y repetida costumbre, siempre idéntica a sí misma, de lo popular.

Una mujer para la vida, mujer de café cantante, concreta y tangible, para el tiempo abierto de la existencia. Una mujer enlutada, viuda marcando de negro el espacio y dando fin, con sus velos, al tiempo, que se volvía por ella, otra vez, mítico, cíclico y cerrado por la muerte. Son las dos caras de mujer, inéditas, desconocidas por el folklore, pero presentes en el flamenco, acorde con aquella realidad del entorno minero, cuyos hombres se afanaban en ganarle días a la vista.

Cuadro Sexto: “LOS DEMAS COMIAN DE SU PAN”

Y, mientras le ganaban días a la vida, cantaban los mineros, en buena compañía, en tabernas, ventas, mesones, tenderetes, ventorrillos, posadas... Todos se recogían con sus voces, tonos y ritmos, todos afines, entrecruzando modos antiguos y nuevos, música oriental y occidental... Es la primera época popular para el cante de las minas, en la que los cantaores anónimos, no se reconocían individualidad alguna cuando entonaban sus coplas al socaire de la vida cotidiana... Mundo de aficionados que terminaría profesionalizado cuando ya se empezara a contratar a los interpretes, lo que permitiera a aquel de la copla, medio ciego por la terrera polvorienta, ganarse el pan “cantando-cartageneras”. Por lo mismo que poco tendría ya que hacer aquel bronco minero de la rota garganta, el que asustaba a las señoras... cuando la voz de ruiñeñor empezaba a ser necesaria. Fue la presencia de Antonio Grau Mora la que aglutinó, entre La Unión y Cartagena, la incipiente dedicación al cante como medio de vida. Aquel hombre, a un tiempo empresario y cantaor, daría síntesis a todo el antiguo proceso popular de gestación de cantes. Si la profesionalización del cante, la que lo iba convirtiendo en género flamenco, se referencia, en la baja Andalucía, en la figura de Silverio Franconetti, en el Rojo el Alpargatero encontraría, en el Sureste, la réplica que el éxito comercial del primero propiciaba por doquier.

Tirios y troyanos admiten que el Rojo fue el creador del cante de las minas en su formulación de cante flamenco. Lo que sí es cierto es que, añadida a la verdadera incidencia que el Rojo tuviera en el desarrollo de estos cantes, fue la suya una popularidad tan grande, reflejada con tanta insistencia en la numerosas coplas que de él nos hablan, que nos lo imaginamos gran patriarca cantaor, dueño de tabernas y posadas, señor de la afición local, seguro de sí mismo, el amo de los negocios en los que los demás, que de él dependían, se ganaban la vida, comían de su pan y si cesar lo alababan. Si, en general, arrogancias y aposturas formaban parte de las relaciones cotidianas, parece que apuntaron más alto en el caso del Rojo el Alpargatero, a quien Núñez de Prado supone natural de Cartagena, y a quien describe contratando y recibiendo a sueldo a los otros artistas, dominando todo el espacio cantaor profesionalizado, comparado con otro cantaor, el Canario, para hacer buena la recia calidad de su marchamo de hombre, de macho a la usanza de la época:

“En la arrogancia del Canario hay algo de femenino, dice el biógrafo vuelto audazmente psicólogo. Se siente en ella mucho más el deseo de deslumbrar y subyugar a la hembra que el ansia de vencer y de dominar al macho...es la vanidad que se exhibe; no es la bravura que se impone... es la presunción; no es la fuerza... Por el contrario, en el Rojo el Alpargatero se ve la soberbia viril que no tolera ser discutida, que no se abdica por nada ni por nadie, que sólo admite ser la única o desaparecer...”

La línea profesional del Rojo el Alpargatero sería prolongada, hasta el presente, por Antonio Piñana Segado, quien la recogería asimismo del hijo del primero, Antonio Grau Dauset. La línea popular no se había perdido, sin embargo. Por el contrario, fue la dedicación de cantaores la que permitió conservar el recuerdo y la práctica del cante de las minas durante los años de la decadencia económica y posteriores a la desaparición del café de cante, en cuyo seno las coplas características de asunto minero habían sufrido un desplazamiento para dejar paso a los temas de la intimidad, a las penas del corazón, algo que el público de aquellos locales, nocturno, sensibilizado por la densidad del ambiente recibía con más entusiasmo. Siempre lejos, desde luego, del radical lirismo, trágico y perturbador del cante gitano. De modo que el presente pudo recoger y reunir los logros profesionalizados y conscientes de la copla del café, con los ecos que la memoria popular conservaba sobre los primeros cantes de las minas.

Cuadro séptimo: “Cantes abiertos de los ancestros, Cantes cerrados de los Maestros”

Respondía en cierta ocasión el grande, el recordado maestro Antonio Mairena, desde su propia casa en sevillana, a unas preguntas que sobre el taranto y los cantes mineros le hice, mediando mi amigo Lucas López, diciendo tajantemente “El taranto no es folklore”. Llevado por profundo conocimiento del cante, de forma taxativa lo aseguraba, y en su seguridad, estaba rechazando, como yo misma lo hago, la extendida afirmación de que todos los cantes de Levante, también los cantes mineros, son resultado de la evocación de sencillos fandangos populares, colectivos y bailables. Lo cierto es que la riqueza modal, tonal, cromática..., que aparece en algunos cantes flamencos de Andalucía Oriental y Murcia, entre ellos los mineros, es mucho más antigua, musicalmente hablando, que los reduccionistas y accidentalizadas formas de fandangos, fandanguillos y verdiales que se dicen primigenias, pero cuyos resultados rítmicos de elemental ejecutoria proceden de una creciente y popularizada simplificación. Si en algunos cantes flamencos de Málaga, de Granada, de Cartagena... está presente o subyacente un esquema rítmico originario, cosa técnicamente posible, no cabe duda de que los materiales cromáticos, cadencias y modulaciones que se han incorporado son muchos más antiguos. Materiales que proceden de esa espiral inacabada que, alimentándose desde sí misma, reabsorbe constantemente en música, sin solución de continuidad, lo culto y lo popular, lo sacro y lo profano, lo oriental y lo occidental que fundieron en sus músicas las culturas cruzadas cristianas y musulmana.

En la historia de la música, el ritmo instrumental es tan primitivo como el canto vocal. Pero se da una separación: se canta “ad libitum”. Es decir al capricho o fantasía de la voz humana, y se toca a ritmo. El canto vocal no se amolda, no se cuadra al ritmo instrumental sino en proceso posterior, del que la voz humana tiende de nuevo a salir, buscando la salmodia, la libertad de su propio origen, para volver de nuevo a ser reducida a un ritmo instrumental, con lo que gana en simetría, regularidad y repetición, pero pasa por un empobrecimiento que facilita su ejecución y hace más fácil su popularización.

En toda la geografía flamenca se dieron, en efecto, sencillos cantos para bailar, pero había simultáneamente otros de mayor riqueza ya que eran potencialmente flamencos, pero que, siendo más aptos para la interpretación en solitario, en desplazamientos, en ciertas faenas de trabajo campesinas, en funciones paralitúrgicas populares..., tenían menor difusión. Porque, en el ánimo del hombre, el ritmo y el no ritmo tienen distintas funciones: el “ad libitum” libera las almas en busca de trascendencia, y por eso lo prefieren todas las músicas sacras, religiosas..., mientras que rechazan el ritmo acusado porque sujeta el cuerpo a la tierra, calienta la sangre e incita las pasiones. Los cantes flamencos dramáticos y solemnes, tonás y seguiriyas, mineras y tarantas, no pueden nacer de sencillas y populares canciones folklorizadas: si acaso, reclamarían de éstas, en algunas ocasiones, la libertad expresiva que a la voz individual se le hubiera limitado. Y, si puede ser cierto que, de forma inmediata, las soleares más solemnizadas proceden de otras más ligeras y bailables, o que la cartagenera de Chacón se desarrolle a partir de ritmos abandonados, no es menos cierto que la voz y la expresividad flamenca de la melodía en libertad existía con anterioridad y podía, por ello, realimentar el cante. A Antonio Mairena se le han discutido sus grabaciones a ritmo de los antiguos romances, porque otros testimonios hay de que se cantaba como tonadas salmódicas... Pero la discusión es inútil, porque la versatilidad de la interpretación romancística no impide el que fuera tronco, a un tiempo, de tonás gitanas y de soleares flamencas, aquéllas para la pena mendicante, éstas para la alegría colectiva.

Para la interpretación de los cantes mineros es necesario poseer un registro melódico que, yendo de pecho a garganta, permita al cantaor evolucionar por toda la gama semitonada de sus propias escalas. Y, en este momento quiero recordar cómo se hacen posibles estilísticas distintas para estos cantes, con dos ejemplos entre los muchos que podría citar de aquellos profesionales que, con amor y sabiduría, los han ejecutado, manifestando así la alta calidad, la variedad expresiva que permiten al interprete: la estilística paya de Antonio Chacón, genial recreador sobre las formas aprendidas en Levante a las que supo y pudo darles la mayor riqueza cromática de notas por la que su voz resbalaba, sin repeticiones monocordes que consumen más tiempo físico que expresivo, y la gitana de Camarón de la Isla, cuya garganta ha sido el órgano en el que ha resonado, de forma distinta y profunda, el cante minero.

Los cantes mineros, cuyos modos musicales greco-bizantinos están cruzados con otros de música popular occidental, se resuelven en arcos melódicos libres a los que la guitarra acompaña para dar la salida, apuntar los tonos cumbres del cante e intercalar sus propias fantasías. Pero, al no ser cantes a compás, la guitarra los secunda, los subraya, pero no los mide ni los limita, lo que permite al cantaor llevar y traer su cante desde los tonos tensos, disonantes y profundos del quejío, hasta la distensión, consonancia y calma de las resoluciones finales. Mineras, tarantos y tarantas no son cantes cerrados, acabados, conclusos... Estos cantes están abiertos a tantas posibilidades como permitan sus límites de grandeza, y de hondura flamenca y minera. Los cantaores los han dotado de categoría y de valor y han contribuido a su rica variedad. Pero no los han sujetado bajo formas acabadas, a moldes que los limiten, aunque muchas de esas formas sean particularmente modélicas.

Las cartageneras participan, a un tiempo, del mundo musical de la taranta y de la malagueña. “Malagueñas con hierro en la garganta y un poco de pena salvaje y solitaria, que en la malagueña de Málaga es pena dulce, como un mar. “Eso es la cartagenera”, dice Ramón J. Sender en su inolvidable “Mr UIT en el Cantón”. Sus variedades están ligadas a los nombres de los maestros que un día las cerraron y limitaron, como cantes acabados, cartageneras del Rojo, cartageneras de Chacón, de la Trini... Por ellos decimos que, al interpretarlas, el cantaor se encuentra con los maestros, mientras que el mundo anónimo de tarantos, tarantas y mineras, el cantaor se reencuentra con lo ancestral, con un mundo musical sin nombre. Entre tarantas y cartageneras, tarantos y mineras, levánticas y murcianas, el mundo de los mineros encontró en sus ancestros y desarrollo en sus maestros un potencial musical expresivo que diera salida a sus alegrías efímeras y a sus angustias inevitables.

Requisitoria final: “VENID A ESCUCHAR, A LOS MINEROS CANTAR”.

Estos son nuestros cantes, los que en noches venideras nos ofrecerá este XXVII Festival. Por la verdad de sus coplas, por la verdad de sus músicas venid todos a escucharlos..., a los mineros cantar. Venid los que oís aquí mismo y los que de lejos lo hacéis. Los aficionados y los curiosos, unionenses y cartageneros, los de más allá del puerto y de los puertos, y venid los camperos y comarcanos, murcianos capitalinos y huertanos de los azahares...Y los de más lejos, los que al sol del Mediterráneo cambiáis por unos días los ritmos de las noches y los paisajes de los días...Acercaros a escuchar los cantes mineros, porque son el pasado, para no perderlo, y son el presente, para vivirlo... Venid a escuchar la épica lírica de este pueblo que cuajó en sus cantes su capacidad, ancestral y mediterránea, de hacer leyenda de la vida cotidiana, de mostrarnos con sus coplas el espectáculo legendario de lo vertiginoso de su ascensión, de lo precipitado de su ruina, de sus crisis agazapadas bajo los esplendores modernistas que os contemplan, como el plomo se agazapa en los rincones de su alma, la que aún sigue cantando y cantando:

Echándole fantasía
Me hice casa con balcones,
Y cuando ya la tenía,
La vida de mis pulmones,
El plomo la deshacía.

No sé si será del plomo,
O de la pena que tengo
Siento aquí dentro un ahogo,
Que me deja sin resuello,
Que me mata a poco a poco.

Y venid también a atestiguar el renacimiento, y, en él, escucharemos todos los cantes de la vida, puestos en pie cuando cante Gabriela:

Morenita de canela,
En pie se pone el café
Cuando canta la Gabriela.
Nadie le echó tanto aquel
Al cante de la minara.

Satisfechos con la Satisfecha, a llorar las penas de la Peñaranda..., orgullosos con el mejor barrenero que traspasa esta tierra sin ceder su puesto, atentos a las artimañas de los tataneros, solidarios con las fanfarrias inocentes de arrieros y las competencias sin fin de los troveros...; mirad si queda algún partidario de los de”¡Todo de mi cuenta, nadie pague nada!”, desdibujado entre el humo fantasioso del café.. Arrimaos a las mujeres de buena estrella, que ya no hace falta que os tapen las sombras de las paredes..., y reparaos con reparos de caminante en ventas y posadas, al aire de los que saben de esto..., y paraos sin prisas donde veáis una guitarra, que hable de cante por sus seis cuerdas de sabiduría infinita.

Y al despedirme de vosotros, dando fin a mi pregón, nuevamente, y con la voz de la copla, os convoco:

Venid, finalmente, todos...
Porque aquí, no en otra parte,
Se hace el trinidad:
Minera del malacate,
Cartagenera del mar,
Tarantas de trajinantes.

Porque aquí, no en otra parte,
Está el cante de verdad
Y está la verdad del cante,
Que nunca ningún cantar
Encerró tantas verdades.

La Unión, 2 de agosto de 1987.



Cartel del XXVIII Festival Nacional del Cante de las Minas

Pregón del XXVIII Festival Nacional del Cante de las Minas, 1988

Asensio Sáez García

Cuando se me propuso el pregón correspondiente a la versión de Festival Que hoy comienza, uno se negó en principio: por una parte, alegando no merecer tal honor, que es lo que se dice siempre para quedar bien; por otra, al considerar que nuestro cante, sin duda uno de los más hermosos y dramáticos de toda la historia jonda, se pregonara solo.

Pronto caí en la cuenta, sin embargo, que si la acepción más ajustada y aparente del verbo pregonar es, entre comillas, “hacer una cosa pública una cosa para que venga a noticia de todos”, pronunciar yo el pregón del Festival no venía a constituir para mí otra labor que, en última instancia, resultará distinta de la que uno, mejor o peor, viene desarrollando desde siempre, a través de sus libros, artículos, conferencias, incluso cuadros; esto es, precisamente el “pregonar”, de alguna manera, el tema de La Unión, que es en tanto como decir su cante, que no en vano el cante viene aquí a constituir parte consustancial del cuerpo y el alma de la ciudad. En cuanto a mi precipitada afirmación de que nuestro Festival no necesita ser pregonado siquiera por aquello de que el buen paño en el arca se vende, vino uno a discurrir de inmediato que por múltiples y robustas bondades alcanzadas por un producto, de poco habrían de servirle hoy, fuera del montaje publicitario que asalta y bombardea periódicos, pegatinas, pancartas, vallas,...etc. Invitando a recobrar el paraíso perdido a través del oportuno uso de determinados detergentes, refrescos, bonitos del norte, filtros de amor, silicona para las domingas... Bueno y no digamos de aquellos spot televisivos, vencedores de nuestra sobremesa, interrumpiendo las mejores secuencias de Buñuel o Fellini, para aconsejarnos la marca de un coche que jamás poseeremos o la fragancia de aquella loción que si te decides a usarla ya sabes que te las llevas de calle, cosa que no es verdad, que tengo yo un amigo en Albacete que va por la mitad del frasco y todavía no se ha comido una rosca.

Y el santo se me va al cielo, a lo que íbamos: quiere decirse que, por todas las razones expuestas, anda uno metido en estas lides pregoneros; pobre palabra mía desplegada bajo la noche de agosto, en vuelo bajo esta deslumbradora piñata de cristal y hierro del viejo mercado. Y bien le gustaría a uno, bien que le gustaría disponer esta noche del don de la elocuencia; primero, claro, por unionense; segundo, por su larga vinculación al Festival, al que tantos, tan entrañables lazos me unen, pero yo he venido aquí a hablar de mí, sino lógicamente a lo que pudiéramos llamar exaltación de un Festival que sólo la generosidad y entrega de unos hombres, regidores de los destinos de La Unión, hicieron, hacen posible. Párrafo de gratitud, por tanto, para Esteban Bernal Velasco, Antonio Sánchez Pérez, Andrés Martínez Canovas y Salvador Alcaraz Pérez. No olvidemos, no olvidemos nunca que fue precisamente el Festival del Cante de las Minas el que volvió a acreditar, continua acreditando, tanto en el ámbito nacional como más allá de nuestras fronteras, el nombre de La Unión, tantas veces maltratado por un destino injusto.

Por eso resulta válida la decisión de airear el Festival, presentándolo cada año en distintas ciudades, y más si esos ámbitos pertenecen a la geografía andaluza, entroncando así a nuestro cante a sus verdaderas raíces, como el otro día ocurrió en LINARES, la hermosa ciudad hermana, de tantos y tan profundos arraigos jondos, y el pasado año, por citar sólo un par de ejemplos, en la propia SEVILLA, en la que a LA UNION le fue concedido el privilegio de presentar su certamen nada menos que en los REALES ALCAZARES, entre azulejos, tapices, arcadas y surtidores, como si nuestra copla, una autentica Reina hubiese venido a resultar. Llegados siempre a este punto, ¿podremos olvidar lo que la imaginación andaluza vino realmente a suponer para la historia de LA UNION ¿. Ya una copla primitiva hace mención a este trasiego andaluz-unionense, tratado luego musicalmente muy bien, por cierto, por Arturo Pavón en su “SUITE FLAMENCA”.

Tengo que poner espías
A ver si mi amante viene,
Al pie de Torre García.
No sé para mí que tiene
El camino de Almería.

Aceptadas, pues, las influencias andaluzas, no es de extrañar que, a lo largo de la siempre pintoresca historia de La Unión muchos de nuestros hombres hayan estado más cerca de aquel personaje pemaniano, conocido “el Séneca”, que del regordete, simpático tío Pencho salido del lápiz de Man. Abundan las anécdotas a este tenor, como la protagonizada por el unionense Ramón Perelló, autor, como todos sabemos, de la letra de “Mi Jaca”, y, claro, de tantas otras canciones andaluzas popularizadas por Imperio Argentina, Antoñita Moreno, Manolo Escobar... Un Ramón Perelló fue presentado a Serafín Álvarez Quintero, Serafín le presentó a Perelló:

_ Bueno, usted será de Sevilla, ¿verdad?

_ Pues no, no señor, no soy de Sevilla

_ Entonces será usted de Córdoba.

Precisó al fin Perelló que había nacido en La Unión, aclaración que hizo exclamar a Álvarez Quintero:

_ ¡Bueno, hombre, bueno, de todos modos provincia de Sevilla!

Aún entendiendo, por supuesto, el sentido figurado de las palabras de Álvarez Quintero, la anécdota dice mucho a favor del aire andaluz que sobre La Unión ha pesado siempre.

Otra anécdota más reciente es la protagonizada por Manolo Sanlúcar, que pasa un día por La Unión y me dice:

_ Te voy a dar una sorpresa. ¿Sabes qué llevo entre manos? El proyecto de una suite que voy a titular “Las nueve provincias flamencas de Andalucía”.

_ ¡Hombre, serán ocho_ exclamé yo, ingenuamente, pobre de mí.

Me aclaro entonces Manolo Sanlúcar:

_ Toma nota. Si las ocho provincias que geográficamente cuenta Andalucía, le sumas La Unión, a ver si no te salen nueve...

De pandereta y folklórica, en el sentido peyorativo del vocablo, fue tachada un día la decisión de bautizar la pequeña pero simpática plazuela que se ubica frete al Ayuntamiento de La Unión, con el nombre de Julio Romero, “cantaor” antes que pintor, había demostrado a La Unión. ¿Cuántos saben hoy que muchos de los cuadros más famosos fueron pintados, según atestiguó Rafael, hijo de Romero de Torres, cantando o tarareando coplas de La Unión? Oigamos el testimonio del propio Romero de Torres: “Salí de Córdoba y me fui a La Unión, donde conocí la vida de los mineros. Allí cante flamenco”.

Aunque la pintura venció al fin al cante, “las relaciones entre Julio Romero de Torres y La Unión merece un detenido estudio- escribe el cordobés Miguel Salcedo Hierro-, estudio que yo prometo realizar para incorporarlo a la segunda edición de mi libro sobre el museo del pintor”. Precisamente en su visita a La Unión hace unos años, Salcedo Hierro escribe la siguiente décima:

El corazón del minero
Que va siempre por delante
Vino a estudiarlo en su cante
El pintor Julio Romero,
Pero al quedar prisionero
De sus dolores y espinas,
Con sus esencias más finas
Dio rumbo a su corazón
Quedándose él en La Unión
Y su cante de las minas.

No quiere decirse con todo lo que atrás queda, que en modo alguno La Unión deje de enorgullecerse de su murcianía, pues justamente de tierras murcianas nació un día, como nadie ignora a estas alturas, al ser segregada de Cartagena, que más que ciudad hermana así viene a resultar: Cartagena matrona, madre Cartagena podríamos decir, ¡qué bonito! Y es verdad que ésta que tocamos materia hartamente comprometida viene a salir, sobre la que hay que andar con pies de plomo, por aquellos matices promovidos por las consabidas desavenencias existentes entre los términos “murciano” – “cartagenero”, - “cartagenero” – “murciano” y que, de rebote, más de una vez ha hecho bailar a los unionenses con la más fea, pues mientras Murcia, acaso por puro despiste, ha hecho la vista gorda en determinadas ocasiones, empujando a La Unión a descansar a la sombra de la municipalía cartagenera, Cartagena, a su vez, no ha visto con excesiva complacencia determinados entronques unionenses con la capital, a saber si por otro mal entendido de creernos en la luna de miel con el centralismo murciano. Y no, no es verdad. Si existe un pueblo de gestos abiertos y mano franca extendida a unos y a otros, acaso un tanto escéptico, eso sí, por aquello de haber sufrido en su propia carne todas las ambiciones, todas las codicias, ese es La Unión, hasta el extremo de gustar introducir en cancionero aquella copla pacificadora que borra todo posible matiz de discordia, y que uno, en su modestia, propondría como fórmula de algún modo conciliadora:

Cartagena me da pena
Y Murcia me da dolor.
¡.Cartagena de mi vida,
Murcia de mi corazón!

Andaluza por la copla, murciana por la sangre, esta es La Unión, siempre ofrecida como ejemplo de ciudad insólita, “fuera del orden general de los pueblos de España”, escribe un día el embajador Jiménez Caballero, tras su visita a La Unión, cuando seguramente ya venía proyectando el escritor la fascinante aventura histórica de casar a Pilar Primo de Rivera con el fhürer. Acostumbrada La Unión a un destino mitad adverso, mitad glorioso, que desde los tiempos de Roma hasta nuestros días ha venido sellando el estilo de la ciudad, a La Unión le vienen resbalando muchas e inútiles desazones, muchas estériles apetencias, hasta dotar a sus habitantes de una impronta digamos señorial, un tanto manirrota a veces de verdad. Por ejemplo: aquel minero enriquecido que casó a su hija en La Unión, le hubiera bastado, para quedar bien, con una torta de merengue de la confitería de Ernesto Martínez y una copa de anís del mono, pero prefirió con la Casa Lhardy de Madrid, a la que trajo a La Unión para servir el banquete. Como creyente, al unionense la hubiera resultado suficiente levantar un templo más o menos decoroso en consonancia con el numero de fieles correspondiente al distrito parroquial, pero no, le gustó contar con las hechuras catedralicias de su iglesia principal, pomposa sede de su patrona, la Virgen del Rosario, Minera Mayor de La Unión,. Nuestros troveros en fin, van más allá de los poetas que necesitan papel y pluma para el nacimiento de sus versos, mientras ellos, los repentistas, digo, dilapidan los suyos, quemándolos generosamente como una bengala de deslumbradores fuegos irre recuperables. Ni al que para encender sus puros quemaba un billete de Banco ni siquiera al tío “Revelao”, cuya cachonda aventura hubiera hecho feliz a Don Camilo José Cela, se les hubiese ocurrido otras soluciones más funcionales que las que, por unionenses, manejaron.

Todo lo cual ha venido a producir, en última instancia, un modo de ser más cerca de la ensoñación que de la eficacia, circunstancia que, conozcámoslo, ha llevado a veces a La Unión aquella mañana de San Silvestre de 1859 en que se segregó de Cartagena, ya que al decidirse por el sabroso cogollo de la minería, menospreció un termino municipal que por razones geográficas la hubiese llevado posiblemente hasta Cabo de Palos y La Manga. Muy señor mío, ¿un poblachón de pescadores, una inútil y solitaria franja de arena?, ¿para qué, a ver, dígame usía para qué? Se equivocó La Unión cuando, en plan de ciudad alegre y confiada, creyó a pies juntillas en la profecía del historiador Amador de los Ríos, según el cual iba a eclipsar muy pronto el poder de Cartagena, ahí queda eso. Se volvió a equivocar cuando hizo caso omiso a las soluciones propuestas por Andrés Cegarra Salcedo para remediar la crisis de la minería. Se ha equivocado de nuevo al cargarse en los últimos años la modesta pero encantadora tradición arquitectónica de la ciudad, que todos sabemos que la

tiene. Y a ver, a ver qué escribirían ahora de nuestras casas, de nuestras calles, tomadas en otro tiempo como típicos modelos funcionales y estéticos, un Gonzáles Ruano, un Antonio de Obregón, un Castillo Puche, la misma Fundación Marh que en su libro sobre Murcia ha alabado el perfil arquitectónico de La Unión y tantos, tantos otros...

Por las veredillas de las equivocaciones, por los senderos de los aciertos también, endereza La Unión la andadura de sus cantes, nacidos un día como puro desahogo personal-

Quien canta su mal espanta. O echas fuera los malos humores que la vida viene criando en los adentros, o se te convierten en veneno, tú dirás, primo. ¡Ay si a todos nos fuese dado, como al minero cantaor, el don de desprenderse en una copla de aquellas penas que la existencia hace nacer en los entresijos del alma! Cuidado, sin embargo. No todo es negro en nuestro cante. Cierto que la historia de la vieja mina, con su escalofriante desamparo, pudo dar paso a coplas como la que sigue, totalmente la síntesis de una novela por entregas, un boceto para un cuadro de Solana:

Para tu familia el luto
Y para ti la mortaja.
Si pa ti no es el producto,
Minero, ¿pa qué trabajas?

Pero cierto también que, recobrada la alegría de vivir a la salida de la mina, respirando de nuevo el olor picante del hinojo y el tomillo, con el duro amadeo en el bolsillo y el vino peleón aguardando sobre el mostrador de madera de la taberna, la copla podía ganar en costado jaranero y optimista del amor, la amistad y hasta la glorificación del oficio:

Vale más un minerico
Con su ropa de trabajo
Que todos los señoritos
Calle arriba calle abajo

Porque no es verdad que La Unión haya resultado nunca una ciudad triste, como otros tantos pueblos mineros, teñidos de gris, tocados por el aletazo de los humos, de los cielos nublados. A La Unión la ha salvado siempre el luto de su paisaje. Ocurría que al minero le bastaba ser devuelto a la superficie, una vez consumida la jornada laboral, para encontrarse inmerso en un ámbito jocundo en el que contaban los mares a pares, el molino, la palmera, la higuera, el sol... Abajo, en las profundidades de la mina, quedaban miedos y resquemores. Ahora el corazón podía aferrarse a la más hermosa de las palabras: vivir.

Deja que cobre en la mina
Y te compraré un refajo
Y unas enaguas muy finas
Que te asomen por debajo
Diez varas de percalina.

Son coplas por todos sabidas, elementales, ajenas a todas las etiquetas que con el tiempo tanto habrían de preocupar a los flamencólogos que después vendrían. La verdad es que el minero debía traerle sin cuidado todo lo que no fuera su propio dolor, su propio gozo. De ahí los errores en cuanto a la nomenclatura de los cantes se refieren. Cuenta Andrés Salóm como el mismo Chacón, tan ligado a La Unión, por cierto, llegó a registrar varios cantes con el nombre de “murcianas”, cuando la mayoría de ellos no eran más que malagueños y cartageneros. Y ya que hablamos de Chacón, sépase que de algún modo vino también a equivocarse al llamar a la minera “cante de hombres solos”, mineros de pico y marro, de pozo y vagoneta. No contó Chacón con Conchita la Peñaranda, ni con los futuros éxitos de Emilia Benito, ni claro con los de Encarnación Fernández... De la primera, heroína de copla y romance, contar y no acabar, pues habiendo empezado su jacarandoso currículum como la planchadora de La Unión, terminó poniendo en pie a las gentes del Burrero, el famoso café cantante de Sevilla. De Encarnación Fernández da fe su propia copla succulenta, toda ella –copla y mujer- en posesión de los más apasionantes duendes gitanos, ¡Si hasta por tener tiene Encarna el mismo nombre que la dueña del café Gijón!

¿Y qué decir de aquel volcán de llamado Emilia Benito, una especie de Lola flores todavía sin problemas de Hacienda, un cromo de almanaque plantado en mitad del escenario, envuelta siempre en la ola de un mantón de Manila y coronada por la lengua de Pentecostés de una peineta de carey? . no, uno no la alcanzó personalmente, pero sí a sus hermanas, más jóvenes que Emilia aunque, eso sí, bastante entradas en años a la sazón. Muy acicaladas, muy recompuestas. Me visitaron en La Unión, ya muerta Emilia en Méjico, para solicitarme la reivindicación de la memoria de su hermana, como si hubiera algo que reivindicar, como si en la historia de la Unión el nombre de Emilia Benito no contase con letras de Oro. Resulta que, enteradas de la próxima aparición de la segunda edición de mi “libro de La Unión”, me solicitaron muy amablemente, muy comedidamente, la supresión de algunas anécdotas, al parecer en exceso folklórica, entre comillas, protagonizada por Emilia, y a lo que yo, en honor de ellas, accedí, por lo que luego y fueron agradecidas, me enviaron desde Valencia, donde residían, una caja de dulces y una imagen de la Virgen de los Desamparados, rodeada de bombillas de colores que al ser enchufadas se encendían en una autentica apoteosis. Por lo visto, ambas señoras poseían el mismo concepto personal del regalo que del folklore.

“¿Pues que decir de la varonía del cante, nómina deslumbradora que empieza con el “Rojo el Alpargatero” para entroncar, muchos años más tarde, con Antonio Piñana, precisamente abriendo marcha en la concesión de las

“Lámparas Mineras” del Festival? Detenerse en los datos de aquellos que componen nuestra historia del cante minero, está claro que llenaría el papel de muchos libros. Queden aquí, en representación de todos, dos hombres excepcionales correspondientes a dos “cantaores”, muerto uno; vivo entre nosotros, quiera dios que por muchos años, otro. Acabo de nombrar a Eleuterio Andréu y a Pencho Cros. Represente ambos a toda la brillante relación de interpretes en cuyas gargantas, algunas de ellas excepcionales, nuestra copla tomó cuerpo.”

Sé que no sólo “cantaores”, sino hechos importantes, anécdotas pintorescas, páginas coloristas que al cante de La Unión atañen, quedan en el tintero, pero uno se acerca ya a la frontera de aquellos minutos convertidos para su pregón, amen de que, antes que dé la palabra, éste es el tiempo de la copla, que ya ha sonado “la hora bruja en que el quejio llama a la puerta de La Unión como un potro incontenible”, son palabras de Pedro Rodríguez, aquel lujo del periodismo español, que se nos fue cuando tantos proyectos le quedaban por llevar a cabo, como hace poco se nos fue Luís Gijón, tantos años trabajando con nosotros, como ahora se nos ha ido Pedro Ginés Celdrán, perteneciente al colectivo de “Pintores del Festival”, que ha hecho falta ver su puesto vacío definitivamente en estos días de preparación del certamen, para convencerte de que Pedro Ginés no es que se le ha hecho tarde en llegar, es que ya no va a llegar nunca.

Esta es, decíamos la hora en que La Unión vuelve a ser más ella, más ciudad “cantaora” pero también más ciudad minera. Peor vamos a ver, ¿Quién había caído en la tentación, seguramente ofuscado por los graves que sobre nuestra minería hoy pesan, de creer que La Unión podría dejar de ser minera? ¿Pero qué iban a hacer entonces las cinco abejas que revolotean en nuestro escudo, una vez desmontados de éste la lámpara minera. El pico y el marro?

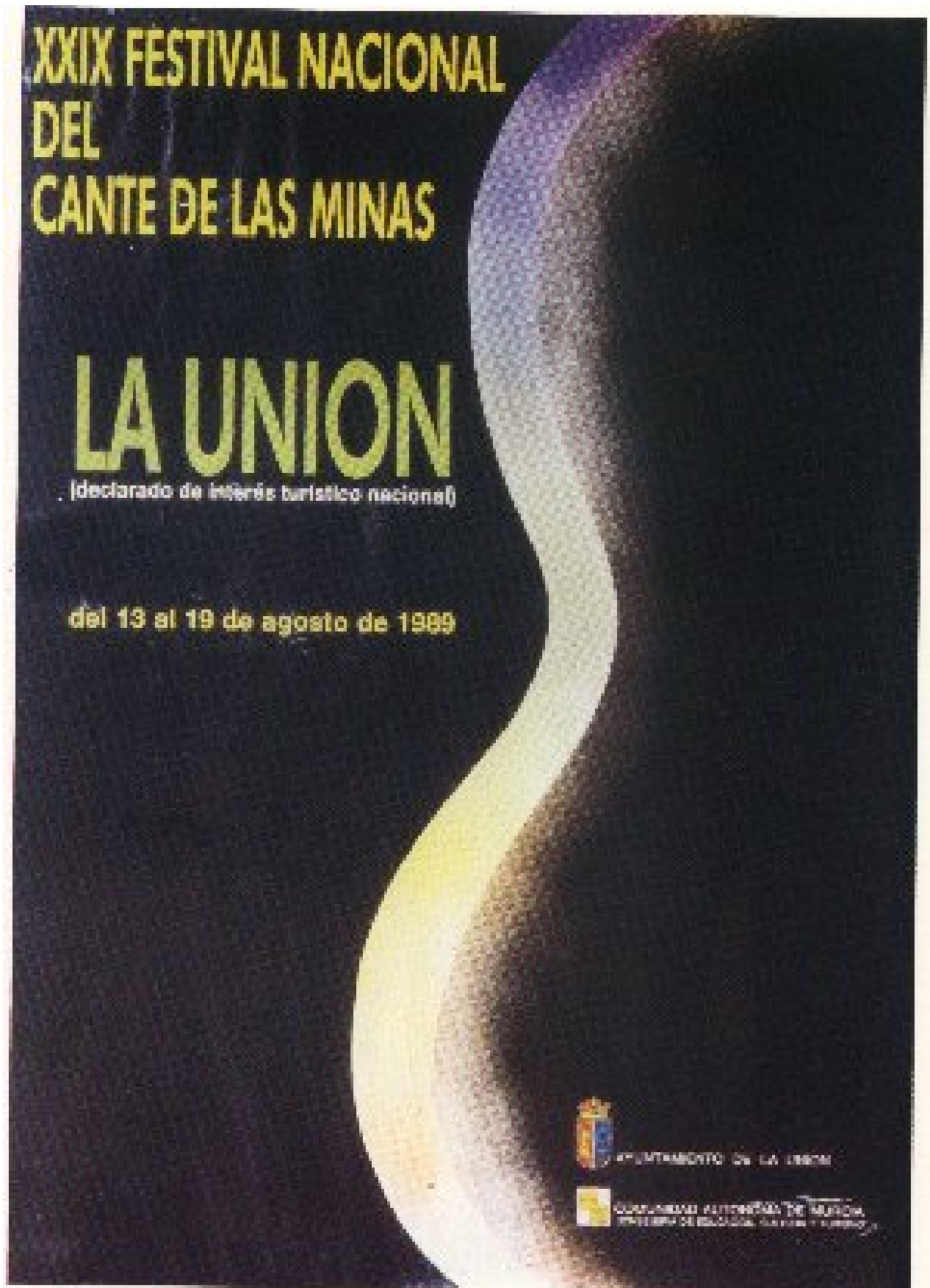
Asumiendo precisamente su destino minero para el que fue nacida La Unión inaugura hoy su nueva versión del Festival Nacional del Cante de las Minas. Un riesgo puede acechar en el futuro sobre él: la momificación producida por la ausencia de nuevas savias jóvenes, acaso excesivamente engaitadas por la cultura de la hamburguesa y la litrona. Cristóbal Páez, otro pregonero del Festival, ya lo decía en cierta ocasión: “Estamos luchando por Conquistar rebaños de coches, por ganar el trofeo de un piso cerrado con olor a nicho, enrolados en esta sociedad de consumo que olvida las palomas y las guitarras”.

Sepamos nosotros conservar este legado cultural que es el cante de las minas, esta herencia inapreciable de la que el unionense debe sentirse orgulloso, entendiendo el compromiso que, de alguna manera, le atañe no sólo en la supervivencia de su Festival sino en el perfeccionamiento y mejora de éste.

Eso sí, cuando rescatada definitivamente de todos los olvidos y menoscabos de otros tiempos, la copla minera enderece su andadura camino del long-play, o de los potentes focos de un gran programa televisivo o del lujoso tablao profesional con entradas a precios prohibitivos; cuando por cantarla impecablemente, al gusto de los señores flamencólogos, una factura le ponga

precio a la copla, no olvidemos que en su tiempo, ya lejano, hubo alguien que en el fondo de la mina, a la tenue luz de un candil y a cambio de su dolor personal e intransferible, la inventó gratis.

Nada más. Muchas gracias.



Cartel del XXIX Festival Nacional del Cante de las Minas

Pregón del XXIX Festival Nacional del Cante de las Minas

José Sacristán

Antes de dar lectura al pregón, antes de nada quiero manifestar mi estado de ánimo, debo confesar honrado y abiertamente que me siento nervioso emocionado, y agradecido de verdad. Por razones de todo tipo. Yo soy de pueblo y me gusta la gente de pueblo, y me gusta el cante flamenco, y cuando el cante además, es la consecuencia artística del esfuerzo y del trabajo, ya son muchas cosas juntas, y esta es mucha responsabilidad, vamos a ver como quedamos. No oculto eso ni emoción ni mis nervios, ni mi agradecimiento, por supuesto.

Buenas noches, vengo a cumplir ante vosotros, la dos veces noble tarea, este pregonero en este Festival del Cante de las Minas, dos veces noble y creo que digo bien, una por serlo el juglaresco oficio de pregonar, y otra la más noble sin duda de las dos, por ser vuestro cante el motivo de mi presencia aquí y ahora.

Este pregón, tienen además, algo más que lo singulariza, y es que son, somos dos, los pregoneros, mi amigo y paisano vuestro Pedro Beltrán, que lo ha escrito, y yo que simplemente lo leo, y no es sólo capricho ni dejadez en el lance, no, es simplemente el afán, o costumbre de mantener el dúo eterno del teatro, autor y actor, este oficio de pregonero tiene el muy ilustres abuelos, el más eminente es el mismísimo Homero, el rey de los poetas que en el mundo han sido, en sus dos obras sublimes, La Ilíada y La Odisea, no se pregonan las glorias de Ulises, y de la guerra de Troya, uno de los escasísimos ejemplos, de guerra digna por digna causa, rescatar a una mujer raptada Elena, cuya belleza pregonaba también el poeta, en el propio cante hay letras que son pregones, una breve pincelada en el cante por Caracoles.

Regoldonas que se acaban
Hermosas, como recién casadas
Caracoles, caracoles,
Mocito, qué ha dicho usted,
Que son sus ojos dos soles
Y vamos viviendo, ole.

Más redondo, más amplio más claro está el pregón en la letra de Mirabrás,

Venga usted a mi puesto hermosa
No se vaya usted salero,
Castañas de galarosa
Yo traigo camuesas y peros
Malacatones de Ronda
Y suspiritos de canela.

También, en la llamada música culta, ha puesto su impronta inspiradora el pregón, la melodía ley motivo de la danza quinta de Granados, es el pregón de un “botijero”, en principio decía, llevo botellas, llevo botijos finos, hacen el agua fresquita.

Pero el pregón, ha sufrido el maltrato de la sociedad de consumo, como tantas otras cosas, de aquellos ingenuos anuncios, pregones de los años treinta, como la mujer moderna con razón, usa contra dolores “Veramón”, como aquel otro, “aceite ingles”, parásito que toca muerto es, a la sofisticada publicidad de hoy, que constituye un autentico lavado de cerebro, al indefenso posible comprador, hay un largo camino de brutal manipulación noble es mi pregón de esta noche, porque noble es la razón que lo inspira y mueve.

El Cante de las Minas, cante singular y genial pues genial viene de genuino y genuino es de alto grado vuestro cante, no hay en el alegría juguetona de fiesta, no recogen sus ecos las paredes del cuarto o del tablado cosa por cierto muy respetable, ni se difunde por el aire limpio de tranquilos campos, es la oquedad de la mina, templo de la dramática y cotidiana aventura del minero muchas veces rota por la tragedia porque la madre tierra suele enojarse cuando le hurgan las entrañas la que recoge su sonar, o el tremendo paisaje del camino que a la mina lleva, paisaje dantesco y solemne en su aspereza, en la que choca y se esparce el cante por un aire que barrunta tragedia a veces en la severa y humilde síntesis de una copla, se cuenta una tragedia que precisaría de largo escrito en otras manos, y es premeditado el uso de la palabra tragedia en su más puro sentido.

Porque el minero entronca con el héroe de la tragedia griega cercado por el destino, pero ha diferencia del héroe griego que no puede evadirse de un destino que ya tiene marcado, el minero acepta el suyo y no deserta de su oficio, es un héroe cotidiano y voluntario. Pocas veces se dan en el arte como en estas coplas la belleza y el dolor unidos en un tan armonioso maridaje en que lo bello no empaña lo dramático dulcificándolo, y no es que estos cantes se olviden del amor, y hasta del humor también lo tienen presente.

Cuando salgo de la mina,
Y mi novia me da un beso
El beso me sabe a gloria
Revuelto de manganeso.

Pero considero una osadía venir a La Unión a este Festival a dar la lección magna sobre el cante que lo motiva sería algo así como ir a la academia de la Lengua Española ha dar una conferencia sobre los orígenes del Castellanos. O aún peor por lo que el cante tiene en él mismo su mejor pregonero. De sobra es conocida la opinión de Gracian lo bueno si es breve dos veces bueno, yo no sé o mejor dicho nosotros no sabemos, que tanto importa, tanto monta Sacristán como Beltrán, no sabemos si es bueno o malo nuestro hacer de pregonero, pero si queremos ceñirnos a la brevedad, otra razón y de peso, al margen del consejo

de Gracian, es de que la copla es breve concisa, sabia síntesis y sería un contrasentido traicionarla con un alargamiento impropio y por no funcional aberrante. Pero hay algo que de alguna manera tuerce estos propósitos, y es que estos cantes prenden y retienen como los labios de una mujer, no debe quedar sepultado en nuestras alforjas, un ruego que nos bulle en el alma, que el cante no se fosilice, que se renueve bueno es conservar esas reliquias heredadas de los maestros viejos.

Fueron los cuatro pilares
Del cante cartagenero
La Peñaranda, chilares
El rojo el Alpargatero
Y Enrique el de los Vidales.

Esos maestros y algunos más fueron los puntales del cante por creadores ese es el ejemplo que nos legaron, crear bien esta conservar lo ya hecho por ellos, pero que se sigan también sus pasos que no pare el transcurrir de la savia nueva en troncos viejos. Y ahora solicito como juglar el buen vaso de vino, que pedía para mí Gonzalo de Verceo, muchas gracias de verdad por haberme traído, por habernos traído, muchas gracias por haberme por habernos escuchado, y muchas gracias por esa recompensa, pues creo estar en lo cierto, al pensar que no nos vais a negar el vaso de vino que reclamo para los dos.

Quisiera poner, eso sí, el broche final rindiendo un homenaje al patriarca de los cantes mineros Antonio Piñana, paladín y sumo sacerdote de los cantes de esta sierra. Y ahora ya de verdad, qué otra cosa que decir o dar paso a estos Cantes.

Muchas Gracias



Pregón del XXX Festival Nacional del Cante de las Minas.

Luís Caballero

Después de haber nacido no lejos de Tráana, a la que amo y en la que tantas veces me inspiro, después de pertenecer a una familia rematadamente andaluza y cantaora, después de haber tenido uso de razón flamenca a los siete años, después de haber cantado con profesionales consagrados a los trece, después de haber escuchado a tantas y tantas figuras cumbres durante mi ya larga vida y no menos larga pasión por el cante, después de cuarenta años estudiándolo, explicándolo y contándolo, después de haberme pasado veinte años junto a Antonio Mairena, después de conocer el cante por dentro y por fuera y rendirle el más respetuoso y entrañable culto, me veo en la irremediable necesidad, sino de empezar de nuevo, si de abordar su existencia algo más allá de su simple presencia. ¿Qué aficionado no se lo ha oído decir a todo veterano cargado de experiencia? .Cuántas veces escuché decir a Mairena: “Si viviera hasta doblar los años que tengo no acabaría ni de aprender a cantar, ni a saber de cante ni lo que es el cante”.

En principio yo estimo que a partir de este medio siglo de estudios y resurgimiento, si no de todo el cante, como debió ser, si en una parte, así como de una afiliación lamentablemente heterogénea, el hecho de disponerse a hablar de cante honrada y respetuosamente obliga a despojarse total y absolutamente de todos esos absurdos localismos, racismos, fanatismos e intransigencias que de algún modo también se deja notar en las autoridades de la palabra y de la pluma.

Pero no es esa mi tribuna. Para bien como para mal la mía es una silla de anea porque fui y a duras penas sigo siendo cantaor. Así que nadie espere, como digo siempre, encontrar en esta sencilla y breve disertación erudición alguna. Estáis ante un cantaor más que el llamado cante flamenco y que después anda preguntando y preguntándose qué es lo que canta y qué es el flamenco, a lo que siempre me contesta la lógica con una interrogación y un punto negro. Y aunque seamos todos los que sufrimos la misma duda, y nos hagamos todos, la misma pregunta, nunca sobrarán razones para seguir insistiendo en el misterio de la noche del cante.

“La noche, el cante, el grito: pareciera que son hermanos”, dice Félix Grande. El misterio que envuelve la existencia latente del cante como fenómeno espiritual nos hace esperar una respuesta que nunca llega de manera concreta y total - ¿Por qué? ¿Será porque el cante no se escribe ni se inventa? .Como cantaor yo digo que es verdad cuando la enduendada y mágica intuición poética andaluza de Lorca dice que el cante no tiene horizontes. Yo diría que no busca ni se busca en el interior, que no ve ni se ve fuera de sí, que sólo se encuentra y se encuentra hacia adentro. El cante es substrato sonoro de una hondura abstracta que como el viento se siente, solo se consiente, en el alma, con el alma o desde el alma, pero no se ve con los ojos de la razón. Así deben ser otros gritos musicales que yo añoro pero que intuyo ocultos por los entresijos del alma

dolorida del hombre que llora, el cantaor cierra los ojos para cantar, yo digo que los vuelve hacia los adentros de sí mismo como un minero del espíritu buscar en el pozo hondo de lo inexplicable el mineral de unos argumentos, únicos sin duda en la cronología de la música, les llega desde la sangre a la tierra, o más exactamente: desde la tierra y la sangre, lo que es igual a ser hijo-barro de aquel lugar donde se nace que es la tierra, la tierra que te hará a su modo, que moldeará tu vida. Y no es la primera vez, ni quiera Dios que sea la última, que llegado a este extremo no me asalte la escueta y bella razón poética de Francisco Aguirre que dice “De la tierra, esa... viene de la tierra, viene de la contienda, del asalto, del...atropello de las arterias del planeta. Viene de la preponderación del fuego, del confuso lenguaje de los yacimientos, del desconcierto de los minerales. Esa música es ciega como las raíces y es con las semillas. Sabe a tierra como la boca de un cadáver, viene de la tierra; redobla a geología. Esa música es parda, compacta como los diamantes, no dictamina: sólo muestra la incertidumbre de lo vivo, el vértigo que va desde el sustrato a la calamidad que grita. Esa música narra el agujero que delata en los sonos su ascendencia. Esa música es todo ese agujero, un sordo que reclama la primera edad, el primer llanto en la primera.

Desde este punto de partida comprendemos con Félix Grande que “La vida en un enorme capital de desconsuelo y consuelo. De gratitud y rebelión. Pero sobre todo, de música, la portentosa actividad del hombre que junta al desconsuelo y al consuelo”.

“Pero sobre todo de música”, recalca este eminente pensamiento andaluz de Mérida. La música, el desahogo del ahogo sentimental. El suspiro, el ay, el quejio el lamento...El desconsuelo y el consuelo naturalmente coordinado por la tierra del hombre que vive, piensa, habla, siente y canta. Después vendrá todo lo demás, como viene las ramas después de las rices y el tronco y el tronco del árbol.

Sin negar el depósito sedimental que la música oriental diseminara por nuestra península el cante flamenco es uno como andaluz, y todo punto y lugar donde el cante se cante y pueda reconocérsele como autentico sigue siendo Andalucía, una Andalucía del cante donde éste brota caprichosamente repartido por zonas y pequeños rincones que comienzan o terminan en Extremadura y terminan o comienzan en Murcia. Otra incógnita que identifica al cante con la tierra donde se canta es la pronunciación verbal que caracteriza al pueblo andaluz, fenómeno que sigue repitiéndose en las regiones murciana y extremeña. Sobre la larga y ancha geografía de esta Andalucía a que estamos refiriéndonos abundan, como bien sabemos, toda una amplísima variedad de contrastes físico-étnicos encargados de difenciar el ángel del flamenco es sus tres facetas.

Mejor será que lo expliquen figuras extraordinarias de este arte popular donde la geografía cuenta por sí misma. Antonio Mairena venía a decir que ciertas formas andaluzas de hablar y sonar hablando resultaban un tanto inadecuadas para el logro total y característico que forma parte de la esencia musical del cante flamenco. Mientras en cuanto al baile yo tuve la suerte de ser testigo de una íntima conversación donde, entre otras consideraciones y algún

que otro ejemplo práctico, la gran bailaora-bailarina Pilar López nos demostró la evidente percepción que diferencia el baile de tierra montañosa con el de tierra llana. (Siempre la tierra) viene oscuramente a ser más que emancipaciones fandangueriles tonadas supercribadas por el tamiz recreador de varias generaciones cantaoras.

De todas formas la realidad no miente y ahí están las voces maestras de ayer grabadas y las de hoy vivas para demostrar que las malagueñas, las granadinas y todo el cante de Levante ocupa un lugar de honor en la suprema tribuna del cante grande. Y al decir con Machado todo el cante de Levante advierto que este andalucismo poeta se refería, como me refiero yo, a todo el cante andaluz de andaluz de Levante, como pudiera haber dicho, y tantas veces decimos, todo el cante de Huelva o de Cádiz. La disociación local que en algún escrito leímos alguna vez enumerando cantes como por ejemplo la minera, la cartagenera y restos de cantes andaluces no tiene el menor sentido de distinción para los que cantamos el cante flamenco que es como andaluz. ¿Podría demostrarme alguien, si cambia el desarrollo estructural que se exige al cantaor por la interpretación de una minera, una siguiiriya, una taranta, y un fandango de Alosno?.

“El cante jondo, la música y el baile flamenco, constituyen un arte exclusivamente español de las provincias de Andalucía y Murcia, con salpicaduras en las de Badajoz, Albacete, Alicante y Valencia”. El musicólogo de todos los que investigan en este enredado campo que hoy nos ocupa, a mi entender es quien más garantía ofrece, y esto último lo dice Hipólito Rossi. Este, en su verdaderamente práctico y estimable libro “Teorías del cante jondo” no tiene inconveniente en asociar la provincia de Murcia con las andaluzas siempre y cuando de las raíces del flamenco se trate. Asegura que el cante fundamental de Levante es la taranta, para terminar diciendo de ésta que es una bella joya del cante jondo. Y es a partir de este cante minero, que pudiera ser o no ser de Linares, cuando los demás van tomando carta de identidad levantina para que los recreadores del cante grande, como Chacón a la cabeza, lo hayan estilizado hasta hacer una obra del arte jondo.

Un ejemplo puede representarlo la electrizante agilidad rítmica de los pies de aquella magnífica y elástica bailaora gitana que fue Carmen Amaya. El segundo la fantasía poética que desde el concepto geográficamente llano del baile reconoce la desgraciada imposibilidad que la propia Giralda sufrirá siempre para bailar como Venus sin brazos. Los brazos son los que bailan. Tú lo sabes. Por eso, aunque tienes pies, no quieres saber de bailes, y estas mutilada y quieta, morena de eternidades.

He ahí dos conceptos propiamente andaluces de hacer y dirigir estéticamente el baile flamenco por obra y gracia circunstancial de la tierra.

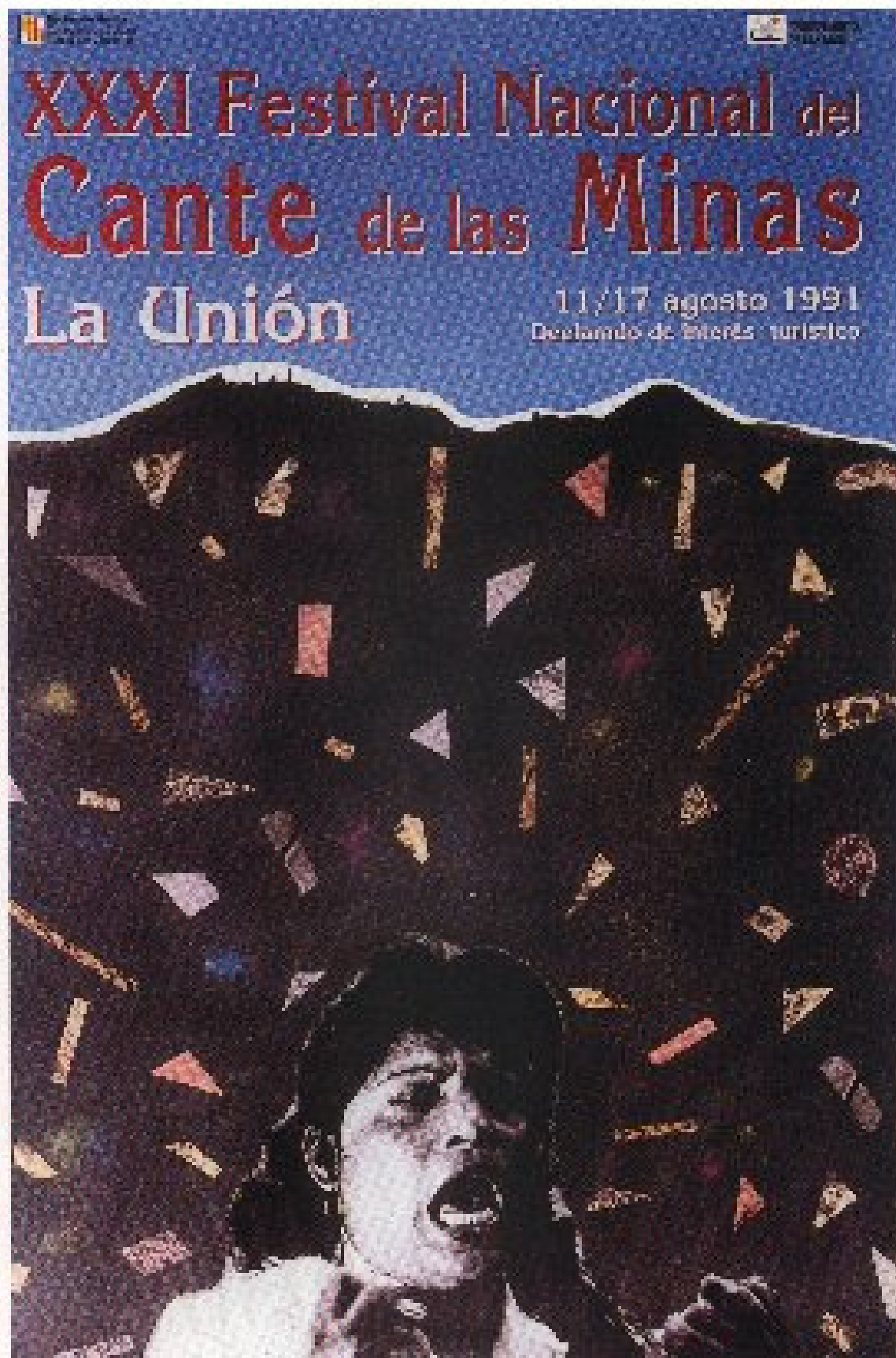
Creo que sin pormenorizar se puede hablar sin equivocarse de tres formas naturales de sonar los cantes; la atlántica, la mediterránea y la interior. Y aunque seamos los cantaores los que más por intuición que por erudición investigadora hagamos hincapié en la tierra como dictaminadora del cante, también la literatura tratadista de tan enigmática cuestión divide en dos esta reunión de

raíces que constituyen el país andaluz, la occidental y la oriental, con lo que, sin más remedio están, a grades rasgos, estableciendo diferencias terroflamencas.

Los cantes que se dan en Andalucía Oriental parecen labrados entre los esquemas malagueños. Los abandolaos pasan por Granada llegando hasta la cordobesa Lucena, donde sus fandangos recuerdan aunque desde otro aire rítmico, al taranto, mientras que los granadinos, o de yerbabuena, siguen la línea de la malagueña-verdial en la que Juan Breva se especializó sentando cátedra.

Pero no son estos estilos de tan acusada raíz folklórica los que enlazan con la solemne maternidad tarantera. Estos otros son, o pudieran ser _por mi parte estoy de acuerdo_ los procedentes de unas ignotas tonadas de arada de las que en su día un hijo de esa zona cantaora dio noticias. Y he aquí otra gran duda: O la liviandad del antiguo fandanguillo comercial ha restado prestigio histórico al antiquísimo fandango andaluz o la malagueña.

Huelga a estas alturas insistir en una bien conocida y tratada escala de valores altamente considerada. Así, pues, desde mi modesta condición de antiguo cantaor, concluyo agradeciendo a esta tierra cantera de cante la maravilla músico espiritual que, siguiendo el misterioso devenir geográfico de la hondura, hizo un día exclamar al genial cantaor Don. Antonio Mairena la conclusión admirativa que debería servir de emblema a esta magna exaltación de los cantes propios, “¡Que buen cante tenéis!”.



Pregón del XXXI Festival Nacional del Cante de las Minas 1991

Félix Grande

Vecinos de La Unión, huéspedes de La Unión: he sido invitado a abrirle la puerta a la XXXI edición del Festival Nacional del Cante de las Minas, primero, debido al cariño y a la generosidad de Juan Jiménez, el Director del Festival; segundo, debido al rumor que asegura que soy un buen aficionado al flamenco y que soy un poeta. Ya sabéis que cuando uno es víctima de los rumores la vida se nos vuelve desazonada. He reconocer que yo hice cuanto pude para que ese rumor se me pegase al nombre como se les pegaban el coraje y la pena a la mirada de los mineros de La Unión. Hace ya doce años que el premio Nacional de Poesía fue asignado a uno de mis libros, y el año siguiente a mi libro Memorias del flamenco le fue otorgado el premio Nacional de Flamencología allá en mi querida Jerez de la Frontera. Por ambos premios me siento agradecido, y de los dos me siento orgulloso, pero ese doble honor me hace sentirme hoy doblemente asustado. Me pregunto: ¿Qué esperarían de mí los habitantes de La Unión? Y esta pregunta me da miedo, porque nadie tiene el talento necesario para medirse con la esperanza de una comunidad. Ustedes tienen que creerme: en este instante, Félix Grande tiene miedo en La Unión. Pero no se preocupen: igual que los mineros bajaban a la mina precedidos del miedo a perder, en la explosión de un barreno, las manos o las piernas o la vida, pero bajaban a la mina, yo acabaré de abrir la puerta de este Festival aunque la explosión de su prestigio me haga perder el mío. Sé bien que sólo dispongo de una palanca para abrir esta puerta de mineral solemne y música perfecta: es la palanca de la sinceridad. Yo he aprendido sinceridad en dos espléndidas universidades: la Universidad de la poesía y la Universidad del flamenco. La Poesía y el flamenco no saben mentir. En la poesía las palabras regresan hacia su verdad. En el flamenco no se dice más que verdad y en él tan solo suena la verdad. Cada palabra, cada sonido, cada silencio del flamenco son absolutamente verdaderos. Graduado por lo tanto en sinceridad, puedo agregar ahora: si digo que me siento infinitamente honrado por haber sido elegido pregonero de este Festival Nacional del Cante de las Minas, ustedes tienen que creerme; si añado que la responsabilidad de este instante me sobrecoge, y si les digo que me siento como un examinado enfrente de su tribunal, ustedes tienen que hacerme el favor de no dudar de mí.

He usado la palabra tribunal. Quiero aclararles que el tribunal ante el que yo me siento ahora no está formado únicamente por ustedes, los que me escuchan y me juzgan en esta noche del 11 de agosto de 1991. En este tribunal están también mirándome a los ojos todos los mineros que fueron mutilados o muertos en las entrañas de la tierra por las explosiones de los barrenos y por la injuria de la explosión, todos los mineros que fueron exterminados o humillados por los accidentes y por las injusticias. En este tribunal están también mirándome a los ojos todos los habitantes de La Unión del siglo XIX que ya

cayeron bajo el derrumbamiento de los años del olvido. En este tribunal están, muy serios, mirándome a los ojos, los treinta mil hombres que en el año 1919, el cierre de las minas, se quedaron pobres como las ratas, sin trabajo, sin destino y sin otra fortuna que unos cantes oscuros, unas limosnas negras que hoy, con su resplandor, nos iluminan, nos ciegan de riqueza a nosotros. En este tribunal están también presentes, escuchando y tal vez vigilando mis palabras, todos los que fueron interpretes y, en ocasiones, creadores de la casi infinita variedad de los cantes mineros: Conchita la Peñaranda, el Pichinela, el pajarito, Juan Ramón el Peluca, Juan el Albañil, Enrique el de los Vidales... y Patricio Alarcón, Pepe el Mendo, Juan el Apaño, Manolo Peralta, Paco el de la Fuente, Tomás el Antiguo...y Antonio Grau Dauset, y el Maestro Piñana...; consentidme que no menciones a los artistas vivos: Dios sabe que no excluyo sus nombres por olvido ni por desdén, sino porque en el mundo de leyes del flamenco los muertos tienen preferencias: el tribunal son ellos. Naturalmente, el presidente de este tribunal que desde hace ya más de un siglo se ha ido reuniendo para que yo esta noche me sienta al mismo tiempo afortunado y desvalido, el presidente de este tribunal misterioso y exacto es Antonio Grau Mora, a quien la inmortalidad recuerda como el Rojo el Alpargatero, y a quien me gustaría besarle las mejillas y pedirle perdón porque no se cantar. ¿Comprendéis ahora por qué al encargo que me habéis hecho de abrirle su puerta de pena y de grandeza a este Festival Nacional del Cante de las Minas no lo puedo sentir únicamente como un privilegio, sino también como un agobio? El tribunal ante el que me hallo vosotros sois parte de ese tribunal, y me preocupa vuestro juicio, pero vosotros me hacéis sentirme acompañado, en tanto que el agobio me lo otorgan los examinadores anónimos, los examinadores invisibles y los ocultos maestros legendarios), el tribunal ante el que me estoy examinando de mi amor al flamenco, y más urgentemente de mi amor a los cantes mineros (no es casual la palabra amor: la he escrito con deliberación: he recordado que el poeta Juan de Yépez, apodado la inmortalidad San Juan de la Cruz, aseguró que “al caer la tarde, todos seremos examinados de amor”), el tribunal ante el que me hallo está formado por toda la historia de La Unión, por todos cuantos vivieron, cantaron, sufrieron y murieron en La Unión; por todos aquellos andaluces de la miseria que vinieron a buscar trabajo a La Unión y aquí tuvieron hijos, compañeros, fatigas y sábados de cante; por todas las tumbas- esas minas definitivas que guardan tantas vidas murcianas y andaluzas que en La Unión vertieron su sudor, sus lagrimas, sus risas y sus hijos y que convirtieron un paisaje estremecedor, una geología fatigada por su propia energía en una de las ciudades más mitológicas, más orgullosas y más imprescindibles en toda la nación del flamenco; una ciudad donde el flamenco, sin sonar arrodilladamente, como suenan las palabras que susurramos a la memoria de nuestros muertos, suena a la vez de pie, como suenan las palabras que tienen toda la razón; una ciudad donde el cante camina , al mismo tiempo, de rodillas y con altanería; una ciudad que ha logrado que en el cante se junten la arrogancia y las lagrimas; una ciudad que ha conseguido que al cante se le note, junto a la pena de vivir, la furia de vivir, una ciudad que ha logrado que al cante, además de los amores y de las desventuras, se le noten los trabajadores,

los compañeros, la solidaridad y el afán de justicia. Don Antonio Mairena os dijo: “qué buen cante tenéis”. Es la verdad. Tenéis un cante que no sólo es toda una academia de dolor y de angustia, sino también una academia en donde las palabras y la música señalan con el dedo a la Historia.

Por cierto, no quiero que penséis que he venido a halagar vuestra vanidad. Soy consciente de que todos los cantes que venimos llamando grandes son chorros de infortunio que contiene una denuncia anónima. En cada cante oscuro, un hombre, una mujer, sufren y firman su dolor. Pero también hemos de ser conscientes de que en los cantes de las Minas, al pie del documento del dolor no hay ni una sola firma: hay multitud de firmas. Al pie de una Taranta, de un taranto, de una Minera, hay un chorro de firmas voluntarias, una congregación de rúbricas mineras que no dicen tan sólo aquí estoy yo, sino que aquí estamos nosotros. El flamenco, la impresionante cueva en donde el yo se expresa y se alimenta de su intimidad, al pasar por la mina se transforma en al impresionante cueva en donde el yo se multiplica en forma de asamblea. El flamenco, ese confesionario en donde cada criatura relata su radical marginación, al pasar por la mina se convierte en asamblea en donde todos piden la palabra. Para decirlo de una sola vez: los cantes de las Minas son la casa del Pueblo de los cantes flamencos. Si yo no hubiera dicho esto hoy aquí, entre vosotros, me hubiera ido de La Unión pensando que soy un embustero. No he venido a mentir. Por el contrario, he venido a celebrar la opulenta verdad del Cante de las Minas.

Esa verdad está formada por varios ingredientes. Permitidme que no os agobie yo a vosotros recorriendo el complicado mapa de los orígenes, las etapas de formación y de aflamencamiento, las señas de identidad que singularizan a cada cante y las que los convierten en miembros de una profunda y apretada familia. Esos datos (muchos de los cuales, por lo demás, no están enteramente establecidos) son conocidos por vosotros. Pasemos por encima de ellos y señalemos lo esencial es que los cantes mineros han dado origen a una poética a la vez intimista y libertaria. Lo esencial es que los cantes mineros han motivado una gran parte de los famosos sonidos negros del flamenco. Lo esencial es que las emociones que se autoproclaman en los cantes mineros han proporcionado a la guitarra flamenca la ocasión de crear unas músicas lujuriosamente profundas y llenas de unos fogonazos de sombra y de una dolorosa majestad que nunca habían sonado en ninguna guitarra de este mundo. Lo esencial es que en los cantes de las Minas, ya lo dije, la firma del dolor personal es multitudinaria y se mezcla con la firma de la pena social. Y finalmente, lo esencial de los cantes de las Minas es que, por su propia potencia expresiva y por la enorme carga de autenticidad de que son portadores, han alcanzado a ser, ya para siempre, lo que llamamos cantes grandes. No sé si existen lo que llamamos cantes chicos son chicos de verdad o son en ocasiones festivamente gigantescos. Pero si creo que entre los cantes que llamamos grandes están los cantes de las Minas. No faltarán especialistas (quizá por el contrario, serán muy abundantes) que se sientan contrariados por esta afirmación. No pretendo enojar a nadie, ni payo ni gitano, pero pretendo ser sincero, y es la sinceridad, y la memoria, quienes me aconsejan repetir públicamente lo que ya muchas veces a mi mismo me he dicho

cuando escuchaba cantes de las minas: los cantes de las minas forman parte del cante al que llamamos grande. Una Taranta puede tener la tensión expresiva y los chorros de sombra que tienen los cantes por Siguiríyas, un Taranto puede reunir la majestad y la exactitud propia de los cantes por Soleá, y no somos inmovilistas ni víctimas de la sordera o de la ingratitud, tendremos que reconocerlo y proclamarlo y festejarlo.

Cantes Mineros, cantes grandes: no es sólo mi opinión (creo que la mayor parte de los cantaores opinarían lo mismo, y al fin y al cabo la opinión más sabia es la suya), ni es ésta la primera vez que se mencionan juntas una Taranta y una Siguiriya. Leyendo con gratitud y con afecto un libro he comprobado que esa proximidad se produjo hace ya casi un siglo, aquí, en el pueblo de La Unión. Ese libro se llama La Unión. Aproximación a su etnología y ha sido emocionada y primorosamente escrito por Asensio Sáez. “Que buen cante tenéis”, os dijo D. Antonio Mairena, quien por cierto era un maestro en todo, excepto en el dudoso arte de regalar elogios. Permitidme que agregue: “Y que buen cronista tenéis”. Asensio Sáez, en una de las páginas de su libro de amor al pueblo de La Unión, nos informa de un hecho que quiero resumir aquí. Casi con toda seguridad a principios de nuestro siglo XX, se encontraba en un café cantante de La Unión el pintor cordobés Julio Romero de Torres, de quien ahora sabemos que debió ser quizá un muy estimable cantaor. Lo cierto es que una noche, para apaciguar ciertas tensiones entre diversos cantaores y su público, Julio Romero de Torres subió al escenario y cantó una Taranta. Le aplaudieron para que repitiera. Quien nos informa de esa escena (Juan Mendoza, en el periódico La Tarde, de Santa Cruz de Tenerife) agrega que Romero de Torres, tras la Taranta cantó una copla cuyas palabras dicen de este modo: Morenita mía (O hermanilla mía) que buena gitana: de un peasito de pan que tenía/ la mitad me daba. “Ya os habéis dado cuenta: es la letra de una Siguiriya. Ya os habéis dado cuenta. Con los ecos puestos en pie por la Taranta, un cantaor se arrodilló hasta la Siguiriya. Ya os habéis dado cuenta: que hay un instante en la historia cantaora de La Unión en el que una Taranta se arrodilla para dar paso a un cante grande, hay un instante en el que una Siguiriya se pone en pie de la mano de una Taranta: hay un instante, en fin, en el que la Siguiriya y la taranta se abrazan como dos mineros que acaban de salir vivos tras un derrumbamiento. Ocurrió aquí en un café cantante de La Unión. Ocurrió en este pueblo. Ocurrió en este siglo y ocurrió para siempre. Estos dos mineros, la Siguiriya y la Taranta lloraron y abrazados como supervivientes, piden ser recordados por vosotros, vecinos de La Unión, con orgullo; y por nosotros, vuestros huéspedes, con respeto. Y todos, vosotros y nosotros, hemos de ver en esa escena lo que, aún más que claro, es luminoso en ella: que los cantes mineros se abrazan de tu a tu con cualquier cante y que las lagrimas y las protestas que brotan de los Cantes Mineros son del mejor metal flamenco.

Mi tiempo como pregonero está llegando a su límite. Ahora me gustaría cantar una Taranta o una Siguiriya – son rugidos complementarios-, pero no se cantar. De repente me siento como huérfano y pobre. Pobre, porque no se cantar. Huérfano, porque he notado cómo los miembros de la parte secreta del tribunal

de los cantes mineros se han ido retirando. Rojo el Alpargatero ha regresado a su mina de eternidad. Los mineros que no murieron en la mina se murieron de viejos. Los habitantes de La Unión del siglo XIX se han ido alejando en silencio. Los treinta mil hombres que en el año 1919 quedaron sin trabajo y sin destino, no sólo ya están, sino que nadie sabe en donde concluyeron su vida ni bajo de que tierra descansan. Durante media hora nos han acompañado, pero todos se han ido, han regresado hasta el sepia de sus retratos o el ocre tierra de su olvido. En silencio vinieron, en silencio se han ido. He sido examinado de mi amor al cante de las Minas y el tribunal se ha retirado sin decirme si he sido absuelto. Me han juzgado en silencio y luego me han dejado completamente solo delante de vosotros. Y a vosotros os han dejado solos frente a mí. Con todas esas soledades juntas ¿Qué podemos hacer? Tal vez podemos hacer algo: tal vez debamos recordar que con la soledad reunida de todos los mineros se fueron levantando los Cantes de las Minas, se fueron levantando con la solemnidad que hay en la soledad, en la pena, en el coraje y en la resurrección. Tal vez debamos recordar que desde el sonido del trabajo, desde el sonido del dolor, desde el sonido de las catástrofes y desde el sonido de unas cuantas gargantas hace tiempo apagadas, se juntaron, para siempre, algunas de las músicas más hermosas del mundo.

Muchas gracias.

LA UNIÓN



XXXII FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS

DEL 1.º AL 35 DE AGOSTO 1992
DELLARADO DE ENTRE RÍOS Y JUJUY NACIONAL

Pregonero del XXXII Festival Nacional del Cante de las Minas.

Pencho Cros.

Buenas noches querido público, señoras y señores. Para que voy hacer una presentación si aquí soy demasiado conocido voy a leer mi pregón no he nacido para hablar no soy pregonero, aunque hoy, Merced a las amables presiones de unos amigos y los organizadores del Festival Nacional Cante de las Minas sienta que mi gastado corazón se encoge y agrieta como una mina explotada, al comenzar este pregón de la XXXII edición del Festival Nacional del Cante de las Minas.

Pero quiero decirlo de nuevo, no he nacido para pregonar. Con la palabra los cantes de nuestra tierra, nuestros cantecitos mineros, si no, para decirlos cantando, creo y lo digo sin asomo de vanidad que algo se cantar podría decir para demostrarlo que en tres ocasiones he ganado en este Festival que hoy inicia una nueva edición la preciada Lámpara Minera, pero eso algo que todos sabéis, además como alguien dijo de mí mismo tampoco soy artista de grandes escenarios, o tablaos así como testigo de mi destino.

Como cantaor, pondré a las noches estrelladas de invierno, a las estrechas callejuelas unionenses, y porqué no decirlo buscar hasta el último garito, buscado ansiosamente para poder tomar la última copa de la noche, donde echar al viento la pena o la melancolía de un cante.

El arte es un estremecimiento interior un quejio que no tiene explicación racional para quien lo hace, pero creo que sí la tiene para quien escucha, quiero con esto decir que quien escucha flamenco puede ser tan importante como quien lo canta, una vez hace ya muchos años, tuve que pedir a alguien que entre el desconocimiento y la mofa, lanzaba “oles” a destiempo le dije, que guardase silencio o que se marchara.

Y muchas noches en mi juventud he buscado desesperadamente la última tasca abierta, para encontrar a quien quisiera escuchar flamenco, es muy difícil cantar, pero es casi tan difícil encontrar al aficionado intimo y respetuoso que sepa escuchar, a ese habría que pagarle también como al propio cantaor, por eso he huido durante toda mi vida, de los grandes públicos indiscriminados lo voy ha decir con las palabras que ha escrito de mí Paco ICARO.

Pencho Cros, no ha sido nunca hombre de grandes escenarios lo que a él de verdad le gusta es entregar su alma cantando junto con cuatro amigos que le cuadren. Pero no debo hablar de mí sino de La Unión, y de su Festival de sus cantes que son la raíz cultural de nuestro pueblo de la Minera, que es la pena del minero hecha cante. Nací en el año 1925 en una Unión que todavía ni siquiera había soñado su Festival, y conocí un mundo ya muy lejano duro y triste, en decadencia pero que todavía conservaba aquellas minas del pasado, sustituidas luego con las nuevas tecnologías. Hace un tiempo lo dejé escrito en un poema que quisiera leer hoy aquí.

Poesía

Ya no se oyen taranta
En el fondo de la mina
Ni suena la barrena
Con aquel golpe del marro
No se oye crujir el carro
Ni quejarse el malacate
Sacando lento el mineral
Aquel trabajo cansado
Que era la gravimetría
Ha sufrido una innovación
Por un sistema flotante
Te encuentra hundido en el fangue
Y en una espuma enreao
Que has perdido tú brillante
y hueles mal.
Recuerdo aquel garbillo
Como metal de primera
Luciendo todo su brillo
Iba para la fundición
Llamada los cuatro hermanos.
Aquellos fundidores del pueblo soberano
Alberto y enmascarado
Y aunque sigue siendo bueno
Te verías despreciado
Por llevar tanto veneno.

Hoy en día todo es diferente La Unión ha cambiado han cesado aquellas oscuras galerías, y los besos revueltos en manganeso y ha muerto tal vez aquella cultura que creo a la Unión como una nueva California. Pero nació su Festival que ha contribuido a su creación y conservación y divulgación del tesoro cultural del cante. Es lo que nos queda ese grito desgarrado del pasado. Ese rajo minero hecho cante.

A veces desesperado a veces festivo y amoroso. No quiero ni puedo alargarme, el Doctor dice que debo cuidar mi desgastado corazón. La salud que me queda no debo abusar de las emociones fuertes y esta es una de ellas, me han metido en un buen lío, pero quiero agradecerlo porque lo han hecho con su mejor voluntad, y quiero agradecer también su amistad en este momento de emociones y vocaciones, a Enrique Hernández, Antonio Martínez, Antonio Fernández, a Francisco Guerrero, Pedro Alcaraz “El Barato”, y al ya desaparecido D. Manuel Adorna. Acabo pero con la música, y la poesía que se dan la mano, quiero hacerlo con unas letras y unos versos que hablan de mí, y del mal trago que estoy pasando.

Ya más viejo que la tos
Pregonero inoportuno
El pregón de Pencho Cros
Va detrás del treinta y uno
Para ser el treinta y dos.

Con tantos sabios primero
El Festival de La Unión
Quiso hacerme pregonero
Y no sé por qué razón
Si yo solo soy minero.

Minero de marro y cante
De amanecer con el pozo
La oscuridad por delante
Nunca tuve mejor gozo
Que entonarme por levante.

Con la nana por minera
Desde niño me dormía
Y cuando minero era
La minera se venía
Con migo compañera.

Que la minera es lamento
Quejio de pena y rabia
Cante jondo y sentimiento
Sentencia segura y sabia.

No quiero escucharte más
Que lo tenemos “toó hablao”
Pa que volver a picar
Si el tajo está rematao
Y no queda mineral.

De la Unión soy pregonero
Pregonero de la Unión
Tierra a la que tanto quiero
Que me rompo el corazón
Con este pregón minero.

“Gracias”

XXXIII FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS

DECLARADO DE INTERÉS TURÍSTICO NACIONAL



LA UNIÓN

DEL 8 AL 13 DE AGOSTO DE 1993



Excmo. Ayuntamiento de La Unión

Pregón del XXXIII Festival Nacional del Cante de las Minas

Hombres y mujeres y niños que me oís. He creído que el mejor pregón que podía haceros esta noche es el de contaros las impresiones personales que he tenido, año tras año, Festival tras Festival. Las impresiones que he tenido como viajero espectador, anual y privilegiado, de esta semana de utopías, que se repite y que conozco desde hace más de treinta años. Por eso he titulado mi pregón:

Viajero de La Unión

Justo Nieto, 1993

Y así empieza:

Soy viajero de La Unión y vengo a la cita minera. La cita obligada de los cabales. Paso, a paso, un paso hoy y otro mañana, con días que duran años. Vosotros y nosotros. Vosotros pueblo de La Unión y nosotros los viajeros de La Unión, hemos venido juntos a tomar la dosis anual de droga de dioses. Que eso y no otra cosa es el flamenco: droga de dioses. Hemos venido juntos al XXXIII Festival del Cante de las Minas. Que eso y no otra cosa es la copla.

Llega el viajero a la Unión o lo que es lo mismo, llega a la calle Mayor. No se está en La Unión hasta que no se llega a la calle Mayor, es sabido, aunque por sabido ya ni se dice, que la calle Mayor de La Unión está hecha por un golpe plano de una enorme espada. Así se hicieron todas las calles mayor de todas las ciudades del mundo, minero uso y desarrollo tecnología cuando en muchos lugares de España la tecnología era adorada como un fetiche u odiada, pues nunca ha estado bien visto el hacer cosas con las manos.

El viajero deja la calle Mayor y pasea por las otras calles. Las otras calles de La Unión siempre están en cuesta, debe de ser para que el aire circule mejor. El viajero pasa por la iglesia del Rosario. Hay pocas iglesias en La Unión. Debe ser porque donde hay muchas iglesias hay más necesidad de pecar, y si quitando la ocasión se quita el peligro.

El viajero encuentra a los cabales o los cabales encuentran al viajero. Los cabales de La Unión son al mismo tiempo el segundo corazón y el sistema nervioso del Festival. Son omnipresentes y omnipotentes. Todo lo saben y todo lo pueden. Lo mejor que le puede pasar a un viajero de La Unión es caer en el área de influencia de los cabales. Es merecer la atención de los cabales. Cada uno de ellos aporta su particular magisterio, influencia y experiencia.

Los cabales hacen de jurado oficioso del Festival. Representan la sabiduría popular en su memoria histórica. Con los cabales no falta el pan recién hecho con aceite y sal a las cuatro de la madrugada, ni una muestra de buen cante en el Chorrillo.

Los cabales suelen estar siempre donde toca, por eso son cabales. Antonio Martínez, El Coto, Enrique Frías, Adolfo Rodríguez, ruidos infernales de motos con escape libre, todos rivalizan en demostrar su magisterio, cátedras humanas que todos llevamos dentro:

“Así no se canta la minera”.
“Esa soleá apolá, ese macho se le ha ido”.
“Del jurado de este año no nos podemos fiar”.
“Para Taranta la del Puebla”.
“Pencho canta la minera como los ángeles”.
“Dicen que uno de los hijos de Pencho le ha salido al padre”.
“El taranto hay que rematarlo a lo derecho”.
“Que mala suerte tiene Rabadán ¿Quién? Si, hombre, Paco Rabadán”.
“Encarnación no canta este año”.

Y así, en cómplice ritual de sentencias y dogmas, los templos paganos del flamenco legitiman y garantizan la mística del Festival. En los templos paganos del flamenco.

“Los aires levan mentiras
El que diga que no miente
Que diga que no respira”.

Otros templos en ruinas atraen la atención del viajero. Instalaciones y talleres, restos arqueológicos de un pasado industrial en el que se domo al hierro y al acero, y en donde los talleres de La Maquinista de Levante fueron el buque insignia. La Unión, no solo fue un pueblo Fernández lleva La Unión entera dentro del cuerpo. Este año están tristes los gitanos, pero solo se les nota a los más jóvenes, a los niños gitanos sí que se les nota. Están tristes porque este año tampoco viene Camarón. Porque no puede venir Camarón de la Isla está cantando en las estrellas.

Mira el viajero los montes de La Unión. Los Montes huérfanos. Huérfanos de toda esperanza. Montes de piel reseca con esqueletos mudos de castilletes de bocamina. Hay quien asegura que cada Festival, si uno se a la boca de un pozo que fue minero, y no sopla el viento, se oye como el lejano rasgueo de una guitarra, aunque no se distingue muy bien si los sonos vienen de lo hondo o de lo alto, de las entrañas del monte o de lo alto de las noche. Montes de La Unión que han alimentado con el fruto de su vientre mil culturas. Ser minero debió ser profundamente serio, casi, casi, como trabajar en las entrañas de un barco petrolero haciendo funcionar sus calderas y sus motores. Debió ser tan serio como serio es hoy no tener trabajo y tener familia a quien alimentar.

El viajero descubre los templos paganos del flamenco: la peña flamenca el Bar Minero, El vinagrero, el Bar Pagan, La Plaza de Joaquín Costa... y tantos otros, en donde en caótica armonía de palabras, de cante sin guitarra por que no hay guitarra, de músicas enlatada, de olores de fritos y tabaco, de ruidos celestiales de niños que lloran, y de con los espadaños de plano que un gigante dio sobre la tierra. Y aun se dice que hoy día las calles Mayor de las ciudades nuevas se siguen haciendo así. Después el ser humano hizo las otras calles. De

forma parecida se hicieron los montes de La Unión. Se sabe, porque está escrito en los libros viejos, que un Dios enfadado, cogió un gigantesco Marro y la emprendió a marrazos con la tierra. El viajero mira mientras recuerda, o viceversa, reflexiona mientras mira y anda por la calle Mayor. Y entre el ver y el sentir, el viajero desgrana la memoria. Todo es casi como era hace treinta y tres años. Parece que el tiempo no ha pasado por La Unión. Realmente habría que decir que La Unión no ha pasado, pues el viajero sabe que el tiempo no pasa, pasamos nosotros. El tiempo es inocente, el tiempo solo nos presta el reloj.

Mira el viajero a los gitanos y a las gitanas de cara de bronce. Bellos y bellas, como faraones. Orgullosos. Magistrales. Ellos saben muy bien que el Festival de la copla minera no se podría hacer si los gitanos no vinieran. Por eso lleva puestas sus mejores galas. Blanco sobre bronce. Negro sobre blanco. Negro sobre negro. Van en familia. Como la familia Fernández que lleva un Festival de las minas dentro del cuerpo. ¡Qué digo un Festival!. La familia Adolfo Rodríguez Conde, Pencho Cros, Pepe son cabales de La Unión y aun hay muchos más. El viajero intenta comprender el espíritu de La Unión ese duende que le hace a uno ser adicto a La Unión. Hay ciudades que a uno le dan igual. No es el caso de La Unión. La Unión emana e imanta. Despide y atrae. Rechaza unas veces y engancha otras. El duende del cante en La Unión, trasciende a lo minero. En toda la historia del Festival, solo Eleuterio Andreu, Pencho Cros y alguno más han sido de los pocos interpretes de la minera que han conocido de cerca el trabajo de la mina, y sin embargo, la minera ha sido bien interpretada por muchos participantes en los diferentes Festivales. Y hoy, cuando prácticamente todas las minas de La Unión están soñando, sigue apareciendo nuevos valores, nuevos interpretes de la copla minera, que auguran un prometedor futuro al que desde mucho tiempo ha sido y es hoy el primer Festival de cante flamenco de España que es lo mismo que decir al mundo. No tiene explicación fácil lo que pasa en La Unión, un buen día debió instalarse en nuestra sierra el duende que da vida, que no hay explicación, a lo flamenco. Quizás llegaría acompañado a los primeros andaluces que vinieron a trabajar a La Unión. Y debió ocurrir entonces, como ocurre hoy día con todos los duendes recién llegados: que se adaptan con facilidad a todo lo que es autentico. Y nada debió ser más autentico y contradictoriamente más misterioso al mismo tiempo, que el trabajo de la mina. Autentico por el sudor, el miedo, y la silicosis no admiten falsificaciones. Misterioso, porque el ser humano desconocía, mucho más que hoy, las leyes de la física, las leyes naturales que rigen lo que el hombre rodea, y por ello fue fácil que surgiera la religión del flamenco en el templo de la mina. Po que es bien sabido que todas las religiones serías están basadas en una proporción adecuada de autenticidad y de misterio.

Así debió ser. El duende flamenco de La Unión se desarrollo en tan favorable ambiente creció y tomó confianza. Fecundó el aire y el agua, fecundó los vientres de las mujeres y las esquinas de las calles. Impregnó las piedras y los baba oles. Y así garantizó que habría, por lo menos, en La Unión un millón de años más. Minero, del espíritu del flamenco aquí, en La Unión, que si nos dijieran ahora mismo que a las cinco de la mañana entre el primer turno de

picadores en las minas del Cabezo Rajao, nos lo creeríamos. El duende del Cante en La Unión trasciende a lo minero.

“Aunque taponen las minas.
Será cada vez mejor.
El Festival de La Unión.
Aunque taponen las minas”.

Esa es la mística biológica del flamenco. El cantaor canta pena y brasa, de igual forma que por Alcoy desfila el moro exuberante y prieto. No se les intente comprender. Nadie sabrá nunca las mil razones biológicas, ni los mil matices del alma del que canta, ni el millón de penas-razones indefinibles de las que es poseso.

Cantar copla es desnudar el alma. Por eso lo correcto es cantar de noche, de madrugada, cuando los chiquillos están acostaos, para que no se escandalicen viendo los desnudos del alma.

Cantar copla es la angustia de los sentidos, de todos los sentidos, es un acto profundamente culto. Por eso los cantes flamencos se interpretan individualmente. Solo se canta bien si uno se siente angustiosamente solo.

Poco a poco el viajero va volviendo a la realidad, deja de mirar, de imaginar la memoria. Se aproxima a la sede del Festival, se aproxima y llega al edificio de Mercado, con sus columnas que parecen palmeras del Caribe. Todo lo que tiene futuro tiene forma de palmera. Solo tiene futuro lo que tiene solidas raíces y flexibilidad para dialogar con todos los vientos variables. Este edificio que nos envuelve es la Santa Sede del Festival.

Es la hora del pregón que anuncia este festival y este año le toca hacerlo al viajero. ¡Ser pregonero en La Unión!. ¡Es como ser poeta en Granada!. Veinticinco han sido los pregoneros que han anunciado y cantado el Festival minero. Las mejores plumas y los mejores corazones que siempre ha habido. Nombres como Carmen Conde, Génesis García, Jaime Campmany, Asensio Sáez, Pedro Rodríguez, Tico medina, Luís M^a Ansón, forman parte de esa lista de elegidos. Esta noche, especialmente esta noche, quiero recordar a uno de ellos, a uno de los mejores, al mejor de los mejores, a D. Enrique Tierno Galván. Hace 10 años que estuvo con nosotros. Su pregón de canto al trabajo minero sigue vigente. La prosa del profesor Tierno Galván era una prosa abierta. Porque hay otras prosas cerradas, rotundas, definitivas, prosas a las que solo se les puede decir amén. Y si embargo, la ideología de la prosa del profesor Tierno Galván amparaba con facilidad, de modo natural, la existencia de otras ideologías, con los mismos argumentos básicos. Podíamos decir que era una prosa democrática.

Su prosa era como definir las reglas de un juego, en el que cambian millones de jugadas diferentes posibles. Mi partículas homenaje esta noche al pregonero Tierno Galván va a ser el trazar una vía más, una explicación más a los cinco ingredientes fundamentales que él manejó en La Unión hace 10 años: trabajo, sufrimiento, dignidad humana, cultura y flamenco. No existe ninguna

explicación racional que relacione estos conceptos. Ni siquiera es fácil saber que significa realmente cada uno de ellos.

No dignifica el trabajo y no debería significar el sufrimiento que produce, porque el trabajo no debiera hacer sufrir. No significa el ser patrón o ser obrero. No significa el servir o el ser servido. El que no haya habido cambios esenciales en la estructura de las relaciones productivas y en el sufrimiento asociado a estas, es más bien un ejemplo de la incompetencia humana para evolucionar conceptualmente, que un castigo divino. Solo dignifican los frutos del trabajo. Sólo dignifica la satisfacción intelectual cultural de acabar una tarea, de doblegar la naturaleza, la materia. Y si esto no satisface intelectualmente si uno es ajeno a lo que se ve obligado a hacer entonces solo dignifican los frutos de los frutos del trabajo, como el alimentar a una familia pongamos por caso. De esta última clase debieron ser las satisfacciones que tenían los que trabajaron en las minas, hace más de cien años, cuando llegó el duende.

De igual manera que un himno oficial del Festival podría haber un pregón oficial. Si hubiera un pegón oficial del Festival ese debería ser el que en La Unión hizo el viejo profesor.

Cuando dentro de unos minutos termine mis palabras me gustaría que vds. Y yo, guardáramos cinco segundos de silencio como homenaje a todos los que hicieron posibles el Festival Minero y que hoy no se encuentran con nosotros porque les falló la luz del alma.

Cinco segundos de silencio.

Un segundo de silencio por todos los cantaores muertos que supieron atrapar el duende del flamenco.

Un segundo por todos los trabajadores del mundo. Por todos los que trabajaron, en las mina o fuera de la mina, y que con los frutos del trabajo dignificaron la condición humana.

Un segundo de silencio para todos los poetas, los pregoneros, los que han glosado, cantado y divulgado el Festival y que se nos fueron para siempre.

Un segundo de silencio para todos los aficionados, los viajeros de La Unión, los cabales, los enamorados de La Unión y de la copla que, durante muchos años, han hecho con su presencia, que el Festival no esté desnudo del amor del pueblo.

Un segundo de silencio por el que fue viajero de La Unión D. Enrique Tierno Galván.

A estas horas el viajero no es sólo un viajero de paso y de oportunidad. El viajero ya es carne de La Unión y tributario con vosotros, pueblo de La Unión, del mismo arroyo. Por eso quiero que el mensaje final de mi pregón sea de esperanza. Sólo tendremos futuro si somos solidarios. Si no renunciamos a ninguna de las posibilidades que ofrecen el uso del espacio, la tecnología y las ideas. Un pueblo como La Unión que ha hecho tantas revoluciones que tiene un duende flamenco que le protege, tiene necesariamente que coger las estrellas con las manos.

Estamos en una sociedad que ya no tiene coartada para ignorar lo que pasa. Podemos saber si se enciende una cerilla en el extremo de la galaxia, o

podemos ser testigos del llanto por hambruna de los niños de África. ¡Y eso que la vida de un niño vale más que el Quijote y al novena sinfonía de Beethoven juntos!, pero como un millón de veces más. Estamos en una sociedad que para ser moderna tiene que progresar incesantemente, que esta obligada a cambiar a mejor, lo que hace, cada vez, en menor tiempo. Estamos en una sociedad con más problemas que nunca, pero también con más herramientas de resolver problemas que nunca ha tenido nadie.

No se puede renunciar a nada. No se puede renunciar a usar el mundo. Solo funcionaremos si hacemos funcionar a los que hoy no funcionan. Hay que ser solidarios. Si no hubiera otras razones, que las hay, habría que ser solidarios por puro egoísmo. Solidaridad y no renunciar a ninguna posibilidad. Y cuando parezca que ya no quedan posibilidades, provocarlas. ¡Provoquemos posibilidades!

Este es mi mensaje de futuro.

¡Pueblo de La Unión! ¡Viajeros de La Unión!

Yo os pregonó a todos que se inicia el XXXIII Festival del Cante de las Minas.

Yo os pregonó que tendremos el privilegio de asistir a una manifestación de la cultura humana única en el mundo.

Yo os pregonó que es el más completo, y es el mejor Festival de Cante, bajo la noche de España.

Muchas gracias.

L A U N I Ó N



**XXXIV FESTIVAL NACIONAL
DEL CANTE DE LAS MINAS**

DEL 7 AL 13 DE AGOSTO 1994
DECLARADO DE INTERÉS TURÍSTICO NACIONAL

Pregón del XXXIV Festival Nacional del Cante de las Minas

Fernando Quiñones

Un museo, un museo. Venir aquí a La Unión, desde Cádiz y por estas duras calendas agosteñas. Venir a pregonar un Festival de cante y no tener de entrada en la cabeza más que un Museo. Un Museo que ni en fotos conozco, pero que espero conocer muy pronto, si hay suerte. Un Museo (o una parte de un Museo) no son cuadros ni esculturas, ni con grandezas monumentales o ricas halajas, sino con martillos, con piquetas, con espuelas, con campanas, con escaleras, con prendas de vestir emocionadamente bien conservadas: alpargatas de esparto, pobres gorras, delantales, rodilleras...

Ese es nuestro Museo esta noche y para este XXXIV Festival del Cante de las Minas, un Museo con herramientas y ropas primitivas, no de arte y artistas, sino de mineros, unos mineros que no se llamaron Pepe, Juan o Paco, sino, hace dos mil y más años, Artemio, Clivio, Tulio, Severo, Marcio. Y ellos fueron los dueños (tal vez, ni eso) de esas tristes prendas de esos instrumentos guardadas por ese Museo se encierran ya de algún modo, desde el fondo de los siglos, el dolor y la angustia que suben de la hondura sombría, que llenan, como a cualquier Galería inundada de las profundidades, los Cantes que aquí nos tienen hoy un año más. El llanto Minero que cuenta con mucho más de 22 siglos y no es posible imaginar que también entonces pudo tener una música, unos “cantes” entre comillas- de fuerza y desahogo, tatarabuelos milenarios de la Minera, la Taranta, la Cartagenera, el Taranto, los cuatro palos esenciales del Cante de las Minas, Los Trovos a un lado, ya hablado también las derivaciones esenciales: la Levántica, la Minera, y los Fandangos Mineros y los Cantes de madrugada.

Minero, pa que trabajas
Si pa ti no es el producto
Pa el patrón son las alhajas,
Para tu familia el luto
Y para ti la mortaja.

Voy a permitirme pedirlos un pelillo de paciencia a favor de la verdad y vamos ha oír juntos unas líneas en prosa que viene a decir lo mismo, que a su manera incluyen esa copla. Unas líneas – no llegan a cuatro- que nos parecerán escritas ayer o antier; no les pongo, quito o tergiverso una sola palabra, y dicen: “Los trabajadores de las minas hacen ricos a sus dueños porque los rendimientos rebasan el límite de lo creíble. Los mineros, bajo tierra, en las galerías día y noche, van consumiéndose, y muchos mueren por la dureza del trabajo”. Pero, si atendemos a su edad, estos reglones que parecen reproducir o haber inspirado la copla de antes, también podrían estar en ese mismo Museo: los escribió Diodoro, un historiador del tiempo de Cristo y del emperador Augusto, sobre las minas de Cartagena y su contorno, las minas de Hispania y de aquí. Ahora bien: ese dolor añejo que resudan esas palabras y estas tierras, vienen de antes, viene de... ¿se atrevería alguien a ponerle una fecha segura? Desde luego, iberos y cartagineses también conocieron ese dolor minero, el mismo que enciende los

cantes de este lugar y de este Festival prestigioso. Os solicito otro pelillo de paciencia, que me dejéis sacar a la luz, hasta este escenario, un poco más de mineral antiguo de la veta con la que he dado, pozos, soleras históricas de nuestro tema y de La Unión. Se cree, por ejemplo, que el General romano Publio Cornelio Escipión (un generalote de solo 24 años) se emperrea en la toma de Cartagena no por tratarse de un puerto y posición fundamentales sino por su riqueza en minerales que, según Tovar y Blázquez en su “Historia de Hispania romana”, movió a Asdrúbal a fundar la Ciudad y financiarían mucho más tarde la segunda guerra púnica, destinando esa sangre, sudor y lagrimas, las de las minas, a más sangre, sudor y lagrimas, las de las guerras (“Malditos los dineros/ que ganamos en las minas”, dice otro cante). Así, en los últimos meses del año 210 antes de Cristo y como nos cuenta la larga y novelesca, la casi cinematográfica descripción de otro historiador de Roma, Polibio, Cartago la Nueva, Cartagena, pasa de Cartaginesa a romana y en efecto es enorme el botín, sobre todo en metales (“De las tres mejores minas fui partidario en La Unión”). Estrabón el griego habla de cuarenta mil trabajadores en las minas de aquí, con rendimiento diario de 25.000 dracmas para las arcas romanas (“Y yo empujando un vagón/ cargao de plomo y piritita/ en la mina la Ocasión”). Pero ay, nada se sabe por aquí de las ciertas mejoras de trato que, desde el siglo II, se dio a aquellos remotos mineros en las explotaciones del suroeste, Río tinto, etcétera. Aquí y entonces, no. De aquí de las tierras de La Unión, de las minas cartageneras, sólo un dolorimiento antiguo conocemos (“Por mi derechita andaba/ toó lo encontraba cerraos”...)

También mi Cádiz, su Caleta en la que a diario me baño, fue puerto de minerales a lo largo de la edad Antigua, Estaño, plata; y de los que hoy rebosa aquella Caleta es de caballas (no sé como estará por aquellas orillas, ahí en el mar de Cartagena, la cuestión de de las sabrosas caballas; tantas debió haber hace veinte o más siglos que ese nombre de Escombreras- os cuento esta curiosidad- nunca tuvo que ver con escombros, ni mineros ni de ninguna otra clase; viene el nombre en latín de la caballa, que la lengua italiana aún conserva levísimamente cambiado: “sgombro”). Pero dejemos el mar y volvamos a las minas, escuchemos de nuevo, tras el espeso telón de los milenios, las dramáticas voces tantos años después, hechas tercios de cante que hormiguearon por aquí estas honduras, “las entrañas del planeta” en la expresión de Pablo Neruda, quien cantó ese mundo terrible y misterioso de la hondura, novelado antes de lleno por el austriaco Graneen, por el francés Zola en su esplendida “Germinal”, por el español Pérez Galdós, que también se asoman al tema. Y junto a semejantes monstruos y obras literarias, no sé como podré mencionarme, añadir, ya que me veo aquí, que uno tiene escritos y editados un poema y dos relatos mineros, “El Sanador” y “Los únicos muertos de La Humosa”, y que hasta cuento con una breve referencia autobiográfica “minera”, ya que los primerísimos meses de mi vida discurrieron junto a las bocas de la mina del Perrunal, provincia de Huelva, mina de la que fue Médico mi padre.

Pero si estamos hablando de minas, de cantes, de mineros, de escritores, y de todo ello gira en torno a la prestancia, la fuerza y las raíces de este festival

único del Cante de las Minas, no dejemos pasar ni otro minuto sin mentar las penetrantes, compendiadoras páginas que sobre el tema nos ha aportado Génesis García Gómez en su libro señero, en su interpretación sociocultural como lo subtitula ella, “Cante flamenco, Cante Minero”. Difícil dar con datos tan firmes y aclaratorios, con conceptos tan enriquecedores sobre los por qué y cómo del Cante de las Minas, como los que esa mujer cartagenera nos ofrece en el capítulo doce de su libro, unas cien páginas de obligada consulta para cuantos quieran informarse del asunto, y en las que reluce- ya lo dije en Almería-una especie de erudición en gracia, de saberes documentales y documentados, provistos de una calidez y un sentir que no suelen acompañar esos trabajos, o tienden, por pasión y sentimentalismo, a confundirlos y desvirtuarlos, cosa que no ocurre, en absoluto, con los rigurosos textos de nuestra autora.

Incluso con alguna breve objeción de bordo, muy a gusto andaría glosando ahora ese libro de Génesis García Gómez, que abarca todo el flamenco, pero aquí estamos para lo minero y a ello me voy a atener y en corto, no sin dejar de mencionar, de entre esas cien páginas excelentes, aspectos tales como el de su exposición sobre la historia moderna de la minería comarcal, desde la apoteosis unionense del siglo pasado hasta los años 20 del nuestro “con la atónita caída-cito- de aquel mundo increíble, del que no podríamos decir si produce más asombro lo vertiginoso de su ascensión o lo precipitado de su ruina”; o bien sus análisis sociológicos, desde el de “La Unión, ciudad modernista” hasta el de la curiosa satisfacción o jactancia de oficio, rayana en la altivez, que, junto a sus componentes llorosos o protestatarios, muestran el repertorio de las letras mineras, sin olvidar las observaciones de la autora en torno a esas “dos maneras de testimoniar” que son el cante y el trovo. Alguien a quien aprecio y respeto Romualdo Molina, no está de acuerdo con que el cante de las minas no era un cante de mineros, sino de profesionales. Pero cabe argüir: ¿acaso no fueron también profesionales a su modo El Planeta y El Fillo? Y, ¿fue por eso su cante menos expresivo del ser y del vivir gitanos? O, ¿vamos a negar la total existencia de mineros creativos, letristas, troveros, cantaores?

Amigas y amigos, no es cosa aquí de entablar una larga y pesada polémica; lo es acordarse (y va seguirlo siendo) de ese afortunado texto de Génesis, y ahora quiero, debo acordarme, también como “autor minero”, entre comillas, de aquel cuadro octavo con regusto a carboncico y a laguna, “la Mina”, de mi musical flamenco “Andalucía en pie” que hace unos diez años dirigió José Tamayo. En una escenografía opulenta, admirable, y entre actores, bailarines y cantaores, comparecían seis “mineros” entre los que figuraban “Fosforito” “Faico”, “Faraón”, la bailaora Milagros como la viuda, caleros, guitarras... y las letras que para aquella estampa escénica, también con diálogos, me saqué de la manga y de la afición. La primera de esas letras, la de la Taranta linarense, también la hace y la hizo muy bien Carmen Linares. Ceñida expresión de un drama como el aquí ocurrido al acabarse los yacimientos:

Que no te puedo olvidá
Tierra de La carolina,
Ya te quedaste sin ná
Con lo que fueron tus minas...
¡Como una, mare agotá!

Y las otras tres letras las hice pensando en esta parte, en esta Unión a la que, por una cosa o por otra, aún no me había acercado mi bastante viajero vivir, La Unión que ahora piso por la vez primera:

Eso a mí no se me olví
Cuando a la mina bajé:
Que al perder la luz del día
Yo nunca supe por qué
Las lágrimas me caían.

El personaje de la viuda en aquella estampa escénica, Milagros la bailaora, escuchó e interpretó con el cuerpo y el alma enteros las dos letras que le escribí a su nombre, el hombre aludido por sus compañeros pero que no aparece. Porque según le cantaba Antonio Fernández “Fosforito”:

De la mina, Luis Montero
Ayer bajó y no subió,
Que estando en el picaero
El techo se le jundió,
¡Que lastima de minero!

Y el otro cante, el último, sobre el hombre tragado por las profundidades, cante que puse en boca de un barrenero valiente, era este:

Al poner los barrenicos
Yo me acordaba del Luís
Tomándonos despacico
Una botella de anís
En la taberna del Quico.

Y creo, sí, que hay zonas en las que el arte flamenco se ha desarrollado con especial intensidad; pienso que ciudades como Sevilla (concretamente Triana), como mi Cádiz o Jerez de la Frontera, son verdaderas Mecas del flamenco, pero me resisto a pensarlas como cunas casi únicas según pretenden otros lo mismo que combatí siempre la pobre y equivocada división de los cantes en “grandes” y “chicos”, una división que ha creado muchísimas confusiones y que es tan falsa como que, yo lo escribí, “No hay cante chico ni grande./ Lo que cuenta es la grandeza/ de quien lo vive en sus carnes”, queriendo decir- ya lo habéis entendido- cualquier fandango o balería puede ser

y es artísticamente grande en boca de un intérprete importante, mientras una toná o Siguiriya quedan mermadas, chatas, chicas, si es un cantaor corriente el que las interpreta, o si es uno de esos que, por bien que lo hagan, no te tiran un pellizco ni aunque le compres unos alicates. Pero lo estaba diciendo sobre excesivo chovinismos y favoritismos geográficos es que las cunas del flamenco no pueden contarse con los dedos de una manos ni las de las dos manos, porque son muchas, están allí donde haya nacido el estilo y aun la variante de un estilo.

Podemos imaginar el mapa esencial del arte flamenco centrado en Andalucía y con dos alas abiertas a los lados, una al sur de Extremadura, y la otra, más en alto, radicada aquí, en los secos cerros cartageneros y unionenses, padres con Jaén y Almería del duro y rico, del jondo (nunca mejor dicho) Cante de las Minas. ¿Algún punto, alguna otra “Cuna” que salga de ese mapa? Pues sí. El casticismo cante de caracoles, neta variante de las cantiñas, puede adjudicársele a Madrid, por lo menos en muy buena parte, y luego tenemos los “Cantes de ida y vuelta” (denominación que creo haber inventado, y por suerte ya no es mía, sino de todos), esos cantes, de la guajira a la milonga, urdidos por bocas hispanoamericanas y andaluzas (como la de Pepa Oro) en quien sabe qué Habanas, en qué Ríos de la Plata, en qué Cartagena la de Indias no está de aquí.

Así que aquí estamos en otra de las Cunas del Cante, ¡vaya que sí! Asomémonos a uno de los caudales, o mejor en este caso hablar de filones: la largo filón de las letras que, junto con su música, alimenta y definen el Cante de las Minas. Amigos unionenses y huéspedes, voy a arriesgarme un poco (porque así se sabe lo suyo de todo esto⁹ y a aventurar que siempre me parece haber notado ciertas diferencias grandes entre las músicas flamenca y aun las letras costeras, y las de la tierra adentro, o sea, entre las que tienen por marco el mar y lo respiran, y las nacidas y criadas en el campo y en la Mina, estas últimas, de quejas y tercios más largos y fuertes; aquellas, no menos auténticas ni fáciles pero más sincopadas. Más quemado y seco, al igual que un aguardiente alto, el flamenco del interior, mientras que el de la costa no más sustancioso sino acaso (¿Cómo decirlo?) más “mojaito” y fresco, según corresponde a su medio natural, decisivo en todos los folklores. Pues bien: las letras del cante minero, y su música, son también una historia de su medio. En esas tierras podemos rastrear el áspero vivir de sus protagonistas, conocer sus protestas y lamentaciones, sus deseos y jactancias, buenas también para aventar el miedo. Como en ese inmenso descargadero de las Herrerías, explotado hasta finales del siglo II, se acumularon unas 276.000 toneladas de escorias, así en las letras tradicionales del cante minero se acumulan de algún modo las vidas y las muertes de quienes ocuparon las páginas 33 y 34 de mi libro de poemas “Circunstancias y acordes”, los hombres que...todo

Lo sacaron a dentelladas

Del bátrato asalariado

Lo jalaron buceando

De los intestinos de la tierra

Tanteando la noche ciega de las rocas

Muriendo a manos del Señor Grisú

Silicóticos gigantescos malpocados únicos
Pedros Juanes Roques
Gonzales Cantos Reyes
Hombres anónimos del polvo de Karmak o de Antofagasta
Los que contribuyeron y quedaron
Tendidos como vetas antes de tiempo
Los que ampliaron esta ciudad
Y al hicieron prospera y afamada
Y ancharon con sus torsos el plano urbano
Rascaron con sus lenguas las margas y filones
Hasta trazarle barrios avenidas
La derrota y el crecimiento demográfico
Vieron partir los trenes la salud y las tardes
Bajaron al infierno cada día
Y cumplieron con los sensibles
Extremos terminales de sus venas
Con sus neuronas y su semen,
Sus cumpleaños y su cante...

...ese oficio amargo que el destino les depara.

Y así como nos íbamos a enterar, a través de su cante, de lo que pensaban, de lo que sentían esos hombres “cortando piedra blanda y dura”, hablando del cable de Portmán con su vida por el viento, pidiendo de Domingo “La Blusa planchá y el sombrerico Jampón, trazando una carretera de cantes entre Cartagena y Linares “por olivares y limoneros”, siento que, como en el cante de verdad, solamente al romperse un hombre puede salir de él un metal de primera; el celestial encargo de mandar a preguntar al “donde dejó el legón y el capacico terrero”, o imaginándose, iluso, levantarse la casa propia mientras la vida de mis pulmones el plomo la deshacía; picaresca arriera y tartanera; amores y amoríos arriscados; imágenes o visiones opuestas, como aquella maravillosa del cantaor almeriense y tartanero Pedro el Morato, el doble trance de vender verduras al alba, como pobre, y, como señor del cante, el de ser elogiado por la Emperatriz en el palco de un Teatro Real.

Pero, letras de cante aparte, el dramón de tantos y tantos precipitados de la opulencia a la nada (como la misma economía minera regional), cobran cuerpo incomparable en unas líneas de Ángel Roca rescatadas también por Génesis García Gómez, párrafo que implica una famosa historia unionense, si no la del máximo consumo nacional de coñac, si la de los cigarros puros encendidos con billetes de banco, y que, introito incluido de la escritora cartagenera, reitero aquí para quienes no lo conozcan porque ¿Qué novelón lo iguala? Y sin embargo, todo fue cierto, oigámoslo: “Funesta suerte-transcribo-que el destino reservaba a un personaje todopoderoso en la sierra, Joaquín Piñero, protector de troveros, acusado y no penado por la muerte de su hermano, cuya sombra lo persiguió hasta el fin de sus días: “Hubo quien encontró al hombre que envolvía los puros que fumaba con billetes de mil pesetas, al hombre tenía instaladas sus queridas con lujo oriental en villas que aquel hombre les regalaba, al hombre, que se

jactaba de poseer (Y era verdad) los mejores troncos de caballos y galeras mejor enjaezadas que los grandes de España, hubo quien lo encontró- repite Ángel Roca en un libro cartagenero de 1971- con barba de varios días, la ropa raída, muerto en vida por los muelles de Barcelona”. Suerte muy distinta fue la de una figura que perteneció como se ha escrito (no sé si es adecuado el término, quizá injustamente funesto para los españoles combativos de mi generación) “a la burguesía del cante”: nada menos que Antonio Grau el “Rojo el Alpargatero”, casadito con mujer almeriense, tan vinculado a Almería como a esto (él nace en Cartagena) y al principio, como en una película del Oeste de las hermosas, con suspense y bien hecha, se nos oculta y miste riza su identidad en la copla para revelárnosla después, en su momento justo:

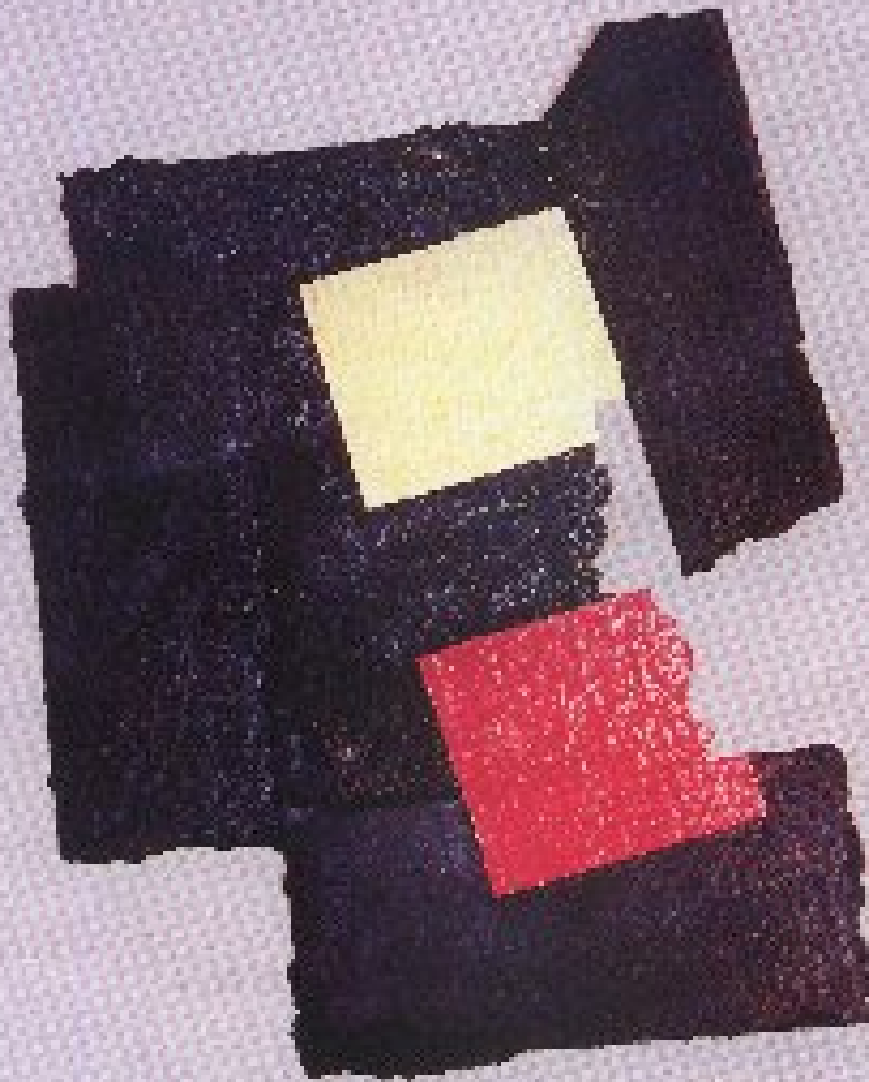
Ha llegado un forastero
A la sierra de La Unión.
No trabaja de minero.
Lo llaman en la Región
El Rojo el Alpargatero.

El Rojo, el Café Habanero, el Arco y Callejón de Canales con sus gustosos “reparos”; la posada de Perico Sopas (también en Cádiz tenemos un señalado y más reciente “Sopas”, vivo aún, de los cantaores carnavalescos de Paco Alba); el enciclopédico don Antonio Chacón, propagador de los cantes mineros levantados por el Rojo : todas, las leyendas verdaderas de este rincón tan singular como consciente de su singularidad y de la significación de su Festival, de este Festival Nacional del Cante de las Minas, ya en su ¡34! Edición, que mañana homenajea con plena justicia a Asensio Sáez, su indesmayable vocero.

Amigas, amigos de aquí y de fuera: luego de escribir estas cuartillas me acompaña la esperanza de no haberos defraudado del todo. Quién sabe. Pero claro: años va que si vengo o no a echar este pregón afamado, me amontonan un peso extra de responsabilidad, si no es algo que pudiera llamarse vergüenza torera o literaria. Un buen pregón es un “collage” o está obligado a tener bastante de esa técnica. Pero busquemos en ellos una comunicación humana- personal sería mucho decir, por los muchos que aquí estamos-, vayamos a la poesía del tema más que a los saberes es sí: bueno, si por lo menos di con las justas proporciones, ya podría darme por contento. Desde la luz de mi bahía, un saludo de todo Cádiz a todo este otro sector que la España añeja late aquí. La que nunca nos deben arrebatarnos hobbies, okeys y rock.

Gracias Muchas gracias.

LA UNIÓN



XXXV FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS

DEL 13 AL 19 DE AGOSTO 1995
DECLARADO DE INTERES TURISTICO NACIONAL



Pregón del XXXV Festival Nacional del Cante de las Minas

Mario Maya

Agradecimiento

Señoras, señores, amigas, amigos todos del lazo que nos une “El Flamenco”. Quiero agradecer, ante todo, la gentileza y confianza que el pueblo de La Unión ha depositado en mí para ser, en esta TRIGESIMO QUINTA EDICIÓN del Festival, el pregonero que abra las puertas, un año más, del arte que en tres palabras (Cante, Toque y Baile” resumen un compromiso.

Compromiso de fraternidad, de cultura, de Universidad, de sentimientos sinceros, de una verdadera Unión de pueblos, de razas, de países, de música, de estética, de ternura en letras, formas y cantes... en tantas cosas que aún faltaría tiempo y papel para expresarlo.

Reitero mi agradecimiento a este pueblo, hermano de mi madre Andalucía, que ha querido que en esta ocasión, el baile esté presente en el nacimiento del Festival de 1995.

Gracias a D. Juan Jiménez, Director del Festival, por permitir que la Danza abra las puertas de este acontecimiento.

Gracias al Excmo. Sr. Alcalde por facilitar la unión, de “La Unión”, con “Andalucía”.

Gracias a D. Manuel Navarro por moderar, a través del teléfono, el miedo que este pregonero sentía al afrontar esta empresa.

Gracias a todos por ser esta noche, una piña común, en lo que nos une. “El Flamenco”.

Y también quiero dar las gracias a las dos jóvenes bailaoras Isabel Bayón y Belén Maya, que conmigo caminan, y me acompañan para hacer más fácil mi función de pregonero.

En primer término, quiero que me acompañe esta hermosa y joven bailaora de Sevilla Isabel Bayón por el mundo profundo del Taranto y la sutileza de Maler.

Si, bailaora de Sevilla, porque...

En Sevilla me dijeron,
Que en La Unión existen minas
Con más venas que en un cuerpo.

Que tienen hombres duros y recios,
Que entregan su corazón
Y son flamencos.

Que abren sus puertas
De par en par,
Con sincero sentimiento.

Que corren por sus venas
El cante, el toque, el baile
La taranta, la cartagenera, los tientos...

Que tiene una hermosa
Con “ángel”, con frescura,
Con pasión y sentimiento...

Que se vuelca cada agosto
Cuando escucha hablar de flamenco
Y se llama Andalucía...

Y también tiene hombres recios,
Grandes de corazón,
Duros como el acero...

Y que entregan su vida,
Con grandes sufrimientos,
En otras minas del silencio.

En Sevilla me dijeron...
Que hay una unión tan grande
A través del flamenco...

Que en tres palabras refleja:
Vida, pasión y sentimiento”,
Sin miedo a ser sincero.

En Sevilla me dijeron,
¡Ay!, en Sevilla, de La Unión...
¡Cuántas cosas me dijeron!

PRESENTACION

Mi expresión artística, la he conseguido siempre, con más facilidad en el baile.

La palabra, o mejor dicho. El hablar ante el público, no ha sido para mí el mejor desahogo; pero, hoy concretamente, quiero que me permitáis alguna que otra faltilla que me pueda salir, sobre todo provocada como producto de mi trayectoria de pregonero (que es ninguna).

Y sobre todo, ante ustedes, que tenéis la gentileza de acompañarme en esta difícil tarea y que sentís profundamente lo que nos convoca, el flamenco.

Sé que seréis benévolo con este...pregonero...que va intentar con el baile, abrir el Monumental Palacio que anualmente brinda este pueblo a todos, para gloria y dignificación del “arte más humano que existe, el flamenco”.

Que la Danza por vez primera abra el Festival Nacional del Cante de las Minas es un honor para todos los que hemos estado y seguimos luchando por engrandecer y perfeccionar la cultura flamenca de profundo arraigo entre vosotros.

Este año por primera vez se otorga, al baile, el galardón de abrir las puertas del Festival Nacional del Cante de las Minas, para mostrarnos como se expresa el flamenco en esta rama.

El baile, expresión corporal de unos sentimientos que se conjugan con el cante y el toque, y que se compenetran, y se cofunden, y se mezclan en una oscura magia gratificante, llegando a imaginar mundos únicos en La Unión de condimentos sonoros y corpóreos.

La constancia del pueblo de La Unión, en mantener siempre en lo más alto El Flamenco, provoca que cada uno, en su forma y en su ser, ponga una pizca de salazón a esta semana tan grande, para avivar más si cabe, ese gusanillo musical autóctono de esta tierra, nuestro Flamenco, con la vista puesta en el próximo año para alzarlo aún más. ¿Acaso no recordamos los comentarios del cante y baile de la mítica “Gabriela”?

Difícil tarea desvelar a través de unas letras de sus cantes la forma de ser de un pueblo con tanto coraje, valor, hospitalidad, y grandeza de espíritu.

Un pueblo que a fuerza de luchar constantemente con las dificultades, ha sabido hacer con sus cantes, lo más agradable posible esta vida minera y dura.

Quiero fundirme con este pueblo que ha sabido, con su Festival Nacional del Cante de las Minas, alcanzar La Unión de los tres palos del Flamenco: Cante Toque y Baile.

Quiero rendir homenaje a compañeros que nos precedieron como El Farruco, Pepa Montes, Merche Esmeralda, La Chunga, y la ya mítica y comentada anteriormente “La Gabriela” y tantos que con su esfuerzo, han hecho posible que sean tan reales como esplendidos, este gran Festival de La Unión.

Quiero confesar la emoción que recorre mi cuerpo, cuando mi propia sangre, en la persona de mi hija Belén Maya, muestra su baile el fruto del esfuerzo, del sacrificio, del silencio, de la soledad del Minero.

Quiebra la cintura

Como tú también, Minero.
Son esfuerzos diferentes...
Son... diferentes esfuerzos.

Tú quiebras bajo la tierra,
Ella encima del suelo.
Tú con amargos tragos,
Ella con aplausos luego.

Qué te duele cada pica...,
Es... como su zapateo.
Tú en oscuras galerías,
Ella en escenarios repletos.

Cuantas similitudes tan dispares,
Que tradición es lo nuestro.
Sin embargo, hay una unión,
Aunque sea de sentimientos.

Tu baile por galerías,
Es su escenario completo.
Los golpes de tu martillo,
Son tarantas de baile nuevo.

Yo, en fin, te diría:
Que aunque no nos parecemos,
En este pueblo tenemos
Una misma lucha. El flamenco.

(Comienza el baile)
Belén Maya por siguiரியas

¡Que no quiero verla!
Que no hay cáliz que la contenga,
Que no hay golondrinas que se la beban,
No hay escarcha de luz que la enfrié,
No hay canto ni diluvio de azucenas,
No hay cristal que la cubra de plata.

¡No... yo si quiero verla!

Final

Como punto final, quiero leer dos fragmentos escritos por dos amigos-poetas granadinos-que, han hecho posible mi trayectoria artística.

El primero pertenece a la obra flamenca ¡Ay jondo!, cuyo texto corresponde a Juan de Loxa, y el segundo fragmento es de la obra, ¡Camelamos Naquerar!, cuyo texto es de José Heredia Maya.

Dos obras que en su día representaron y sirvieron de estímulo social y creativo al mundo flamenco.

Primer fragmento

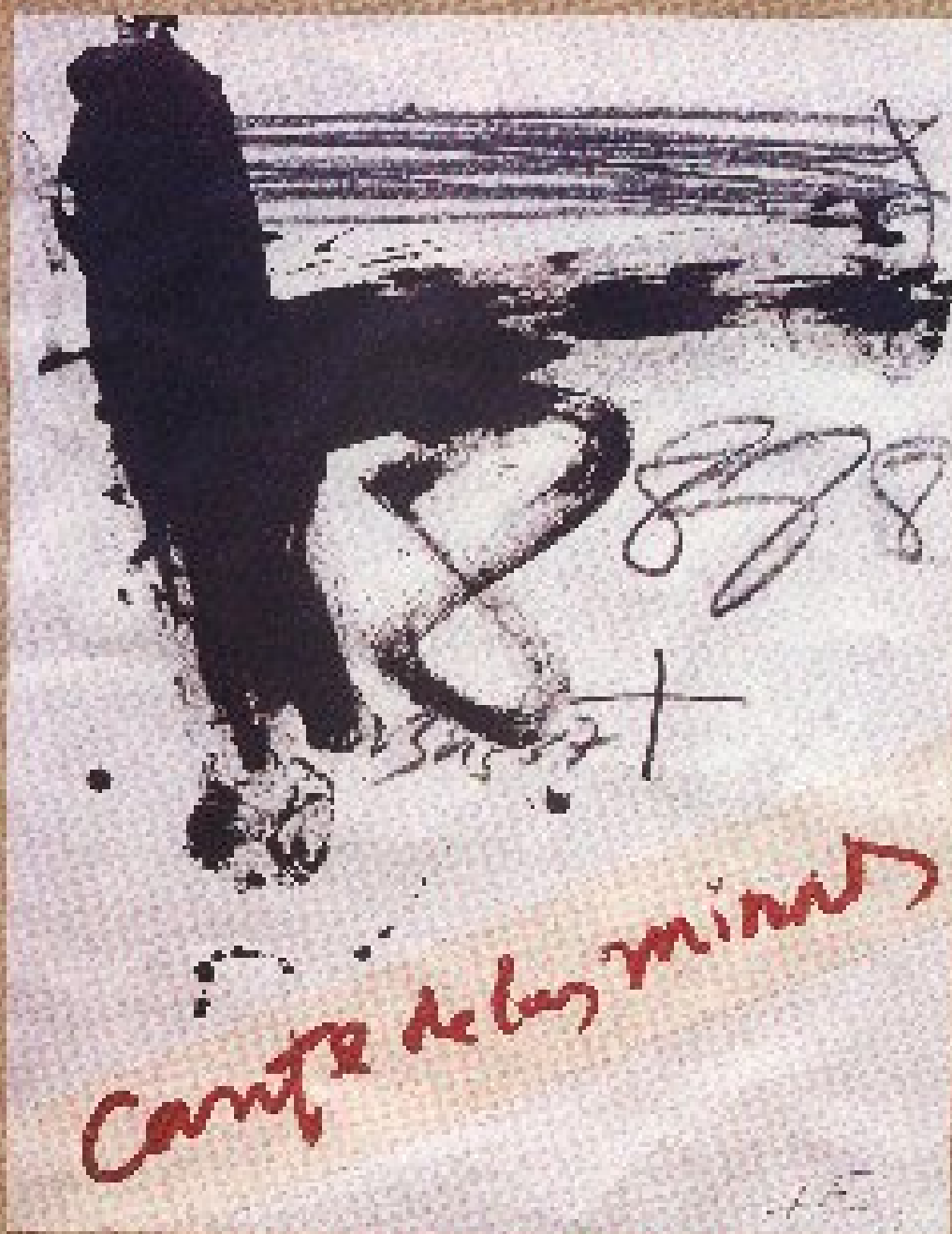
Llegó, dicen, del sur para aguar la muerte
O para que un pájaro
¡Oh amor! Qué vuelo en revolera
Remóntalo cuando gime el talón y sube
Su alada sombra por la pared blanqueada
Que un espejo súbito interrumpe
Quebrando el ritmo o dando temblor de corazón
Son de petenera
Hierática rama que ni un chasquido de sus dedos mueve.

Segundo fragmento

Yo nací hace milenios
Cuando despacio, al paso de las bestias,
El horizonte se horadaba.
Cuando la muerte era un signo de Dios omnipotente
Y no un signo de Dios exterminado.
(Es posible que no existiera Dios
Todavía en la mente de los hombres)
Cuando los niños jugaban con la luna
Y todos, con la misma, se acostaban.

Muchas gracias:

L A U N I O N



XXXVI FESTIVAL NACIONAL
DEL 11 AL 17 DE AGOSTO 1996
DECLARADO DE INTERES TURISTICO NACIONAL

Pregón del XXXVI Festival Nacional del Cante de las Minas

Ángel Álvarez Caballero

En esta tierra, queridos amigos, cada mes de agosto ocurre algo grande y digno de quedar en la memoria de las gentes. Abrís vuestros corazones y nos recibís con un apretado abrazo de cálida bienvenida. A mí y a cada una de las personas-cientos, miles- que se acercan a cualquiera de los actos que conforman capital en el calendario de vuestros fastos. Porque cada una de ellas, cada uno de esos hombres y mujeres y niños, es el destinatario elegido.

Aquí estamos, un año más, con vosotros. Y hoy, por añadidura, lo hago investido del alto honor de ser pregonero de tal acontecimiento. Es decir, que debo lanzar a todos los vientos la buena nueva de que aquí, en este singular edificio que habéis convertido en catedral mayor del flamenco, se inicia ahora mismo una nueva celebración- la trigésimo sexta- de ese ritual ceremonioso y lúdico, pagano y sacro a la vez, que tiene el orgullo de llamarse Festival Nacional del Cante de las Minas.

Festival Nacional del Cante de las Minas de La Unión. Esta tierra es La Unión. Es decir, un territorio que ocupa un lugar pequeño en el mapa físico de España, pero de una extensión ilimitada en el universo del ensueño, el arte, la aventura y la belleza. Un territorio geográfico que hasta puede parecernos duro y áspero, con la severa hosquedad de la naturaleza maltratada por el hombre-y en esta tierra ésa es una herida que salta a la vista con frecuencia-, pero donde ese mismo hombre se ha redimido en cierta manera habitando el aire de ecos y músicas que apenas sabemos de dónde vienen, pero sentimos transidos de grandeza y de Jondura, ateridos por el frío de penas profundas como minas minerales, inspirados por ángeles y duendes que guardan su secreto definitivo...

Confieso que no sé muy bien lo que debo pregonar, porque pienso que mi voz no va a añadir nada nuevo a lo que es de todos conocidos. Lleváis más de un tercio de siglo propiciando aquí un arte esplendoroso, y los hechos son siempre más determinantes que las palabras, sean estas de quien sean y aunque las inspiren el respeto y al amistad que yo profeso a esta tierra. ¿Qué mejor pregonero que la historia? ¿Qué vocero más exacto deseáis que ese largo periplo ya realizado con un rico equipaje de Tarantas y Mineras, de Levántica, Murcianas, Cartageneras y Tarantos?

El arte es siempre un timbre de gloria, y yo- que no soy de esta tierra, y por ello no me siento obligado a ninguna servidumbre chico patriotero- os digo que habéis hecho crecer aquí en arte musical único en el mundo. Único, incluso, en el contexto general del flamenco, puesto que tenéis estilos propios que nunca se dieron en Andalucía y tan hermosos o más que cualesquiera que puedan desde allí proponer como ejemplo. Son cantes, los vuestros, que tomaron formas en tiempos no precisamente felices para esta tierra, aunque la memoria epidérmica hable de auge minero y explosión de riqueza con frecuencia ofensiva e insultante, porque estuvo marcada por el estigma de la crueldad, el dolor y la

injusticia, no sólo en el reparto, sino en todo el largo proceso de su obtención.

Ocurre siempre en circunstancias semejantes. Ahora también pero más entonces, porque los fuertes eran muy fuertes, los débiles totalmente huérfanos de cualquier amparo, la ética en la convivencia social era una entelequia y el concepto de los derechos humanos se había quedado en solemnes declaraciones de principios cuando la revolución Francesa y la guerra de la Independencia de los estados unidos. Hablo en serio, aunque parezca sarcasmo si echamos una mirada a lo que hoy mismo ocurre a nuestro alrededor. No es broma, no, en el final del milenio que vivimos, pero menos lo era hace un siglo en esta tierra, cuando y donde florecía un árbol de cantes grandes, bellísimos y estremecedores.

No voy a volver al repertorio de las miserias que abrieron profundas heridas y que dejaron a los hombres mujeres y niños que se dejaron literalmente la piel arañando riqueza para otros en esta tierra. Hoy todo aquel sufrimiento intolerable queda lejano como un mal sueño, el dolor se transformó en arte y el arte es lo que permanece gozosamente entre nosotros y nos reconcilia con el pasado. ¿Os habéis parado a pensar que de todas las escuelas de cante existentes la de esta tierra es la única que no ha dado un solo género festero? La única. Escuchad, escuchad la música que se oye en esta tierra.

No podía ser de otra manera. El dolor engendra dolor, y en esta tierra se sufrió tanto que el arte que parió hubo de ser doliente por naturaleza. Doliente, y austero, y como alentado por un fatalismo de tragedia irreparable. Recuerdo a aquel oscuro patriarca de lo jondo, Juan Talega, quien me decía meses antes su muerte: El cante bueno duele, no alegra, sino duele”. Y él había nacido y había vivido el cante en Andalucía, allí donde creemos que el flamenco vio la luz por primera vez, pero donde la Siguiriya pudo convivir con las bulerías. ¿Qué hubiera dicho Juan Talega si habitara en esta tierra, de la cartagenera, de la minera? La maravilla, el milagro, es que aquella crueldad de la vida desapareció- relativa-mente, pues nadie puede hacerse ilusiones de que vivimos en el mejor de los mundos- y nos queda incólume, más hermoso que nunca quizás, el arte que en ella se engendró.

Este cante, vuestro cante, es así y no pudo ser de otra manera, porque lo inspiraron y alentaron gentes que a lo largo de sus vidas tuvieron pocas oportunidades de reír, de sonreír, de acceder incluso a los gozos menores de la existencia. Pienso en aquellas mujeres, las esposas-muchas de ellas predestinadas a ser viudas jóvenes-, las hermanas, las hijas de los mineros, cuyo único horizonte en esta tierra fue trabajar con parecida dureza que ellos, por no hablar del alterne en los cafés de cante o la prostitución, para allegar a la casa unos dineros siempre ínfimos con referencia a las necesidades familiares.

No merecía, ciertamente, esa vida la mujer de esta tierra, a quien hoy vemos atractiva, moderna y perfectamente capacitada para asumir las responsabilidades que marcan los tiempos. Evocamos a esta mujer, inconscientemente, a través del único estilo flamenco de aquí que se baila, el taranto, y su imagen se nos parece siempre con la dignidad y el señorío que le

son naturales, y que definitivamente nos impresionan: la dignidad y el señorío de esta tierra.

Tenéis un cante, una música, una danza, que os ennoblecen. “¡qué buen cante tenéis!”, creo que el dijo en una ocasión el maestro Mairena a alguien de aquí. Un pueblo que puede ofrecer tan rico bagaje cultural y artístico jamás será sepultado en el silencio. De ahí la trascendencia es este Festival Nacional del Cante de las Minas, quien habéis sabido convertir no sólo en hecho capital de la vida cultural española, sino también en canal privilegiado de comunicación. Yo sé cuantos desvelos os cuestan llevarlo a término cada año, pero mientras el Festival esté vivo la voz y el ser de La Unión tendrán un eco en el mundo. Un eco que significará las dimensiones de todo lo que hagáis, lo elevado y lo mezquino, por lo que ello debe incitaros también en exigiros, la máxima eficacia y honestidad a toda prueba en el servicio a vuestro pueblo; sobre todo los que tenéis deberes de representación y gobierno por voluntad de este pueblo.

Son muchos años, treinta y seis, los que cumple este Festival. En el mundo del flamenco es una proeza. Ha habido ediciones más afortunadas, otras menos. Creo sinceramente que ahora el Festival alcanza una etapa de madurez nunca conocida antes, y que a partir de aquí puede elevar el vuelo hasta donde quiera. Este cante, este baile y esta música merecen que no os fijéis límites por arriba. Son demasiado hermosos para que os deis por contentos con lo ya hecho. Y afin de cuentas, lo que hagáis por ellos lo haréis por esta tierra vuestra, cuya historia con demasiada frecuencia nos habla de infortunios y humillaciones.

El cante de las minas, su Festival y La Unión forman ya un todo indivisible, algo así como un cuerpo místico de comunicaciones recíprocas. En lo jondo sabemos que la comunicación es un elemento básico, sin el cual no es posible llegar a una idónea celebración de la liturgia del cante; el dar y el recibir, la transmisión de sentimientos difíciles de expresar de otra manera, la sublimación de sensaciones a las que sólo accedemos a través del hecho flamenco. ¿Os imagináis el Cante de las Minas sin su Festival? ¿O el Festival desvinculado del marco tan singular de La Unión? ¿Os imagináis a La Unión sin la perspectiva anual de este acontecimiento cada mes de agosto? ¿Verdad que no, que nada de eso es posible?

Esa unión íntima, esa fusión- por emplear un vocablo que hoy se utiliza mucho en música, aunque a mí personalmente no me guste- entre tierra, música y Festival, han producido en primer término el esplendor de un estilo flamenco: La Minera. Era un género de muy preclara existencia antes de que fuera un hecho el Festival; ni en Almería, ni en Linares, ni en cualquier otro centro minero o cantaor, tuvo vigencia alguna. El Festival lo tomó como cante insignia, vinculó a él su gran trofeo Lámpara Minera y desde entonces se ha ido integrando cada vez mayor medida en los repertorios flamencos. La Unión reivindica La Minera como cante propio: con todo derecho, porque es el cante más representativo en esta tierra. Ahora habéis elevado la cuantía en la dotación de ese premio, convirtiéndolo seguramente en el mejor remunerado de todos los galardones del flamenco actual. Pero eso- el dinero-es lo de menos, y creo que

esto lo suscribirían la mayoría de los cantaores que vienen por aquí: lo que importa, lo que le da ese brillo tan especial, es el honor de merecerlo.

Estáis orgullosos de vuestros cantes, y tenéis toda la razón del mundo para estarlo. Ellos son parte inalienable, seguramente la más fuertemente vinculada a vuestras raíces y a vuestra historia, a vuestra conciencia social en definitiva, de las señas de identidad de esta tierra.

Hay gente por esos mundos- y os lo digo atendiendo a mi propia experiencia- que no tiene idea de qué sea ni donde se encuentra La Unión, y sin embargo sí saben de qué hablamos cuando nos referimos al Festival Nacional del Cante de las Minas. Esto os honra, pues habéis sabido convertir vuestro arte más genuino en blasón de reconocimiento para vuestro pueblo. Porque el arte, aunque esté condenado a ser irremediabilmente más pobre, tiene una jerarquía superior y estará siempre por encima de la industria, de los recursos primarios, de las carreteras y los puentes, de cualquier bien fundado en el mercadeo económico, esa epidemia que hoy parece invadirlo todo, asolando países, vidas y conciencias.

Hubo un tiempo en que los cantes de esta tierra estuvieron en serio peligro de desaparición, porque los teníais medio olvidados. Por fortuna reaccionasteis a tiempo y os volcasteis en la difícil tarea de recobrar la memoria. Corren por ahí historias que atribuyen a un afamado cantaor el que os echara en cara el olvido en que teníais vuestros cantes, y por eso nació este Festival. No hagáis caso. Si aquí no hubiera habido voluntad de recuperarlos, de lucha para afrontar una empresa que con toda seguridad iba a desbordaros, admoniciones semejantes- y las hubo-habrían caído en el vacío.

También os digo que no os deis por satisfechos con lo ya alcanzado. No os durmáis en los laureles. En arte, todo lo que sea ambición de seguir avanzando es conformismo y rutina. Lo peor que os podría pasar, a vosotros y vuestro arte.

Aquí tenéis mucho que hacer aún y estáis obligados a hacerlo. Vuestros cantes son tan hermosos y tan ricos en música y en formas que se pueden crear infinitamente en torno a ellos. Y tenéis ya el marco idóneo para plasmar en realidad todas esas posibilidades: este Festival. Dejad volar vuestra imaginación hasta el infinito, sed inventivos, permitíos incluso unas ciertas dosis de fantasías y audacia.

Y no tengáis ningún complejo, no creáis que quienes venimos a esta tierra porque queréis tenernos con vosotros en el Festival os hacemos ningún favor. Bien al contrario, somos nosotros los favorecidos: nos dais vuestra amistad, ponéis vuestra casa de limpio para recibarnos, nos atendéis con exquisita cortesía y nos brindáis un arte maravilloso... son demasiados regalos los que nos hacéis, y no siempre los merecemos: ¿no íbamos a venir?

No podéis, os lo ruego, que en algún momento he adoptado cierto tono “aleccionador” (y digo esto entre comillas). No es mi propósito. Obviamente yo no tengo nada que enseñaros. Aquí he aprendido unas cuantas cosas, en cambio. La primera de todas que sólo vuestro interés y vuestra generosidad han hecho posible la supervivencia de este Festival, en más de una ocasión seriamente

amenazado de muerte, y su constante enriquecimiento. La segunda, que en estos cantes seguirán gozosamente vivos mientras queden aquí, en esta tierra, hombres y mujeres dispuestos a alimentarlos con la savia de su entrega y su amor. La tercera, que mientras este recinto se siga llenando casi todas las noches que alberga un acto del Festival, esa ciudadanía os está exigiendo continuidad y superación.

Os felicito, queridos amigos de La Unión, en el pórtico de esta nueva edición de vuestro Festival Nacional del Cante de las Minas. Treinta y seis años son muchos años en este tipo de aconteceres. En el flamenco, además, como os decía antes, son una hazaña, porque este arte, no sé porqué, es frágil, de una vulnerabilidad extrema ante demasiadas cosas que no tendrían nada que ver con él. Pero vuestros treinta y seis años son jóvenes, pues están revitalizados por la ilusión y la confianza. Muchos más años así, y seguiréis siendo jóvenes ilusionados como hoy, porque continuaréis creando belleza, y eso es lo más grande a que el ser humano puede aspirar. También os digo que no es fácil, tenéis que hacerlo y os va a costar, cada año os costará más porque cada año tendréis que superaros.

Es vuestra obra, disfrutarla. Admiradla. No enmascaréis vuestro legítimo orgullo en una modestia mal entendida. ¡Que canten los cantaores! ¡Que bailen los bailaores! ¡Que toquen las guitarras! Que este arte que nació de tanto dolor se convierta en una fiesta plena, esa fiesta entrañable que siempre debe ser el Festival Nacional del Cante de las Minas de La Unión. Y gracias de todo corazón por dejarnos compartir, a quienes desde fuera nos acercamos por los caminos de la amistad, la obra bien hecha porque nació del amor y creció en él.

Muchas gracias



XXXVIII FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS



LA UNION (Murcia) España
Del 8 al 15 de Agosto de 1998

Declarada de Interés Turístico Nacional. • Medalla de Oro de la Región de Murcia







CANTE DE LAS MINAS

LA UNIÓN
XL FESTIVAL NACIONAL
DEL CANTE DE LAS MINAS
del 9 al 19 de Agosto 2000

FESTIVAL DECLARADO DE INTERÉS TURÍSTICO NACIONAL - MEDALLA DE ORO DE LA REGIÓN DE MURCIA

ORGANIZA
 AYUNTAMIENTO DE LA UNIÓN
Concejalía de Cultura
Comisión Organizadora del XL Festival
Nacional del Cante de las Minas



Hambre en la Sierra

Allá, muy lejos, muy lejos,
Por la minerica sierra

El lobo del hambre aúlla
 Tan fuerte que hasta mí llega
 Va afilando sus colmillos
 De acero sobre las piedras
 Para clavarlos más fuerte
 Sobre la cuenca minera.
 No hay hogar que no padezca
 Los zarpazos de la fiera
 Que destruye en su camino
 Lo humano, y siembra tragedia
 Ni valiente que la mate
 Porque cobarde se encierra
 En los hogares mineros
 Para asegurar su presa.
 Que trágica es su figura
 Tiene la estampa tan fea
 Como instinto sanguinario
 Para hacer daño en la sierra
 Los minericos se mueren
 Las calles están desiertas
 Ya no trabajan las minas
 Ya no produce la tierra
 Ya no canta el Arriero
 A la cola de su Recua
 Ni lleva plomo, ni estaño
 Ni blenda de “La Lucera”
 Ni se ven los carburicos
 Del turno de La Belleza
 Ni las reatas del Loro
 Cruzar por las carreteras
 Ni la plaza tiene flores
 Ni el tren manganeso lleva
 Ni el redondo vende peces
 Ni el primo la hierba buena
 Ya no canta el barrenero
 Trísticas Cartageneras
 Cuando prepara el cartucho
 Mientras duermen sus barrenas
 Esta la plata dormida
 En el fondo de la tierra
 Y los mineros pidiendo
 Van todos de puerta en puerta
 Pobre de mi patria chica
 Tan alegre y tan coplera
 Y hoy solo tiene miseria
 La Unión, cuenca Minera.
 “Letra de Basilio Martínez Vera”

Se levanta el telón con la composición del Himno a la Unión

Cinco abejas, en su escudo liban
 Como lema, de fértil labor
 En su lámpara se encienden, a promesas
 Vencedoras de la mina y su dolor.
 Caracolas, que llama el trovero
 Que entre mares, sonora canción
 Un pasado alucinante, me bautiza
 Con el nombre venturoso de La Unión.
 Dale al pico marro, que suene
 Dale al compás, corazón
 Que sus golpes acompañen
 De mis penas, la canción.
 Estribillo.
 Es mi bandera la mina
 Y es el trabajo mi honor
 Con, mi, carburo en la mano
 Minero soy, de La Unión.
 Con, mí, carburo, en la mano
 Minero soy, de La Unión.
 En tus entrañas levanta
 Que a Carthago y a Roma llegó.
 Levantando una historia, en la que triunfa.
 La cultura del trabajo y la canción.
 Es mi anhelo, vivir a la sombra
 De tu torre que el viento pulió.
 Con la Virgen del Rosario por patrona
 Como nardo que en la sierra floreció.
 Estribillo.
 Dale al pico marro, que suene
 Dale al compás corazón
 Que sus golpes acompañen.
 De mis penas la canción.
 Es mi bandera la mina
 Y es el trabajo mi honor
 Con mi carburo en la mano
 Minero soy de La Unión.
 Con mi carburo en la mano
 Minero soy de La Unión.
 Trovo y canción Pico y barrena
 Esta es mi tierra Esta es La Unión.

“Estrenado en la edición de 1981”

Y para colmo nacido en el barrio de Triana, el barrio más castizo, el más atrayente y entrañable de los barrios sevillanos, cuna de las más puras esencias andaluzas, y meca donde fervorosamente se conservan y se custodian, la limpia autenticidad de los cantes flamencos.

Emilio Jiménez Díaz, poeta, flamencólogo, un tanto de erudición flamenca, y un cuanto de viva inspiración poética, resume en sí todos los determinantes ideales para constituirse en pregonero del XXVI Festival, porque no de otro modo se puede sentir, y expresar con la apasionada intensidad y amor que le son propios a Emilio Jiménez, toda la alucinante belleza, toda la vibrante emoción, toda la angustiosa de su existencialidad, y el conmovedor acento doloroso, y trágico que entrañan los cantes de nuestra sierra minera, a modo de semblanza biográfica, de nuestro pregonero de esta XXVI edición del Festival hay que decir que acaso su primera y gran vocación fue la poesía, a la que se entregó con enfervorizada dedicación en edad muy temprana.

Pero su fecunda actividad creativa se extiende también a otras áreas de la actividad literaria, y así cultiva el Teatro y obtiene el primer premio de Teatro de Andalucía occidental con la obra buscando en el desván en el año 1968, el periodismo y la Radio atraen igualmente la atención de nuevo a Emilio Jiménez colabora en temas flamencos en las páginas del diario nueva Andalucía, y llega a dirigir la revista Flamenco en la que le acredita el premio Nacional de la Cátedra de Flamencología de Jerez de la Frontera.

Durante tres años mantiene un programa de flamenco en la cadena COPE y realizando el mismo tipo de programa permanece durante un año en Radio Nacional. Espigando en su producción como escritor, le sacamos obras como la ya citada buscando en el desván, Sevilla y su jardín, luces y sombras en la Sevilla flamenca, Sevilla a través de sus poetas, y amor entre mar y piedra, que en las que a través de su temática, observamos la amorosa preferencia del autor por su Sevilla natal, a tan varia y bien cualificada creación literaria corresponde un brillante palmarés en que figura en merecida distinción, tal es en sí que consigue el premio nacional de Flamencología, premio literario ciudad de Sevilla, premio de la Junta de Andalucía, premio de arte Flamenco Ricardo Molina “Tenor”, en él en sí bien contemplada muy superficialmente y expuesta en apretada síntesis la imagen biográfica de este nuestro prestigioso invitado de honor dilecto amigo de La Unión y enamorado cantor de las bellezas de nuestro Festival.

En él se dan en afortunada conjunción los saberes del flamencólogo, y la emotividad interpretativa del poeta, y la ardorosa adhesión del hombre, ha nuestros cantes mineros. Cuando se da la feliz concurrencia de un artífice de su esmerada destreza, y un diamante de alta calidad, la talla resultante debe, y ha de ser necesariamente una bella obra de arte.

Es lo que yo espero, es lo que vosotros esperáis, y lo que seguramente nos va a ofrecer Emilio Jiménez, con este pregón en el que La Unión lanza a los

cuatro vientos de la geografía española el mensaje de apertura de su XXVI edición de su Festival Nacional del Cante de las Minas.

Asta aquí noticia, mensaje, o semblanza, de nuestro pregonero de hoy, a través de mis palabras, una visión, una semblanza, seguramente intacta, seguramente no completa, ha pesar de mis buenos deseos.

Por eso quiero que conozcáis a nuestro pregonero, no a través de mí, no a través de mi palabra, si no a través de su propia palabra, a través de su propia subjetividad, a través de su propia interioridad, e intimidad vertidas en unas preciosas estrofas, en las que cada estrofa, cada verso, tan impregnados de ese afecto, de ese amor, con La Unión y por sus cantes mineros. Este avance, esta noticia anticipada que nos damos de su pregón se titula. Liturgia de un Pregón Callejero. Es un bello poema el que voy a leer ante ustedes, para que a través de él tengan el conocimiento y una noticia anticipada de lo van ustedes a escuchar.



Rumbo y Clasificador en desuso

Vendo tarantas...
Que traigo mineras,
Murcianas, y Cartageneras,
Negros tarantos del fondo
De la entraña de una mina
Hoy vendo por las esquinas
Quejios, graves y jondos,
De la tierra levantina...!
Pero no quiero vender
Un cante que vale veinte
Para que me paguen tres.
No me hace falta dinero
Hoy pago por un suspiro
Por el grito de un minero
Tan solo por un latido de La Unión

Hoy pagar yo quiero
Voy pregonado los cantes
Para afinar y prender mi voz
La de Levante
Y no sé si aprenderé
Grueso llevo el zurrón
Tarantas Cartageneras
Compro murcianas
Mineras levanticas Tarantillas
Tarantos del buen carbón
Quien me cambia este pregón
Para quedarme en La Unión
Tan lejos de mi Sevilla.

“Soneto de Emilio Jiménez”

...A lamento me sabe el llanto puro
A lágrima constante, a desazón
De esos ojos que sueñan primaveras
Que en celeste se vuelva tanto oscuro
Paisaje, amargo y dulce de tu Unión
Con el pellizco en flor de tus mineras.

Minera de triste letra

Letra triste de una minera, poco haría un cantaor si no tuviera una letra que echarse a la boca.

El letrista siempre ha jugado un papel importante a la hora de crear una minera. Las penas de la mina y el dolor de la tragedia han configurado desde sus orígenes la base de la copla minera.

Basilio Martínez Vera, ha creado para La Unión y sus cantaores, infinidad de letras, algunas de ellas premiadas con el máximo premio de Lámpara Minera. Los cantaores dicen que de él que es el mejor, ya que sus letras son cantables y no les crean problemas.

Basilio Martínez desde los inicios del Festival Nacional del Cante de las Minas como buen amante a la poesía, confeccionaba innumerables letras de cante, por ejemplo estas letras

Dame la blusa “planchá”
Y el sombrero jampón
La fajica “colorá”
Las boticas de tacón
El mechero y la “gallá”

“letra cantada por Pencho Cros”

El tajo fue mi testigo
Cobarde mi compañero
El capataz mi enemigo
Sólo a Díos tuve conmigo
Como hombre verdadero.

Carbueros de dos en dos
De cuatro en cuatro luceros
Van alumbrando La Unión
Al Cristo de los mineros
Que pasa en la procesión.

Los cantes de Levante desde siempre han sido muy importantes, proyectan mucha profundidad, mucho dolor, y mucha pena. La tierra que los ha visto nacer con la dureza de la mina, son factores inseparables.

Algunos unionenses tenemos que lamentarnos por la pérdida de identidad que el Festival Internacional del Cante de las Minas de La Unión está teniendo en los últimos años. Antes no existía ni noches ni días en el cante, todo iba unido. La gente se lazaba a la calle y todo era una fiesta continuada durante toda la semana.

Venían presentadores de primera fila y madrinas de mucho prestigio que hacían de embajadores del Festival Nacional del Cante de las Minas allende nuestras fronteras. La cartelería era un lujo, y los escenarios auténticas obras de arte, de eso ya hace mucho tiempo y lamentablemente todos esos cuadros-murales se han destruido.

Nos recuerda mucho a los pintores como Asensio Sáez, Paco Conesa, Hernández Cop, Pedro Gines Celdrán, o Fulgencio Cegarra, etc. Se volcaban con su arte por el amor de un pueblo que los ha visto nacer.

Psicología del Cantaor

¿Qué es la autoestima?

La autoestima es una capacidad exclusivamente humana. Es la forma que uno se valora a sí mismo, de cómo se ve uno a si mismo. La forma en que nos sentimos, influye en lo que hacemos con nuestras vidas, y en la forma que nos ven los demás. Cuando nos sentimos bien con nosotros mismos, actuamos mejor, y desarrollamos mejor nuestras posibilidades. Cada uno de nosotros tiene unas cualidades únicas, y unas habilidades especiales. La autoestima es imprescindible para poder entender nuestra relación con los demás.

La voz sana, es un juicio que tienden a hacer las valoraciones realistas, basadas en análisis objetivos de la realidad, y positivas. Se debe rechazar enérgicamente la voz acusadora.

La voz acusadora es un juicio interior que tiene que ver las cosas de una forma pesimista, negativa y distorsionada.

Las características de las personas con alta estima. Son las que abundan los pensamientos positivos, y predomina la voz sana. Las personas con voz sana. Se sienten contentos consigo mismo, y con los demás, y por consiguiente tienen la aceptación de su cuerpo y de su mente. Se abren confiadamente a los demás. Tienen una visión realista de sí mismo, y sus limitaciones, y desarrollan bien sus posibilidades. Caminan seguros por la vida. Haciendo sus análisis realistas y objetivos, para que tengan en cuenta toda la realidad.

Esto es otro Cantar,

Como la canción del poeta, La Unión cuando llega agosto se engalana de bombillas, la gente anda bulliciosamente y feliz; se acerca la semana grande de La Unión. No todo consiste en asistir a la Catedral del Cante, a presenciar el Festival del Cante de las Minas, durante unos días la vida de la ciudad se transforma, se olvidan las penas; aunque algunos creen que solo hay tristeza en las letras de las mineras que se van desgranando uno a uno en cada cante.

Dos o tres horas antes del inicio del Festival, en los alrededores de la Plaza del Antiguo Mercado público de La Unión, se encuentra repleto de gentes venidas de todas partes del país que caminan calle Mayor arriba y abajo esperando como agua de mayo que empiece la sinfonía del Cante Flamenco y Minero. Todos se conocen de otros años, se forman los corrillos en tertulia y ya se empieza a oír los primeros comentarios sobre las preferencias de unos y de otros.

Las gitanas pasean sus mejores galas mostrando sin rubor una hermosura que quita el sentío. Los gitanos con traje de boda para la ocasión se toman los primeros vinos de la noche; ellos también quieren templar la garganta. Entre el Bar Minero y la cafetería Mayor se distribuyen los adictos al buen cante que comienza a hacer sus apuestas quien está más fuerte este año para alzarse con el premio de Lámpara Minera.

Cuando la velada concluye, los aficionados se desparraman en corrillos en los cafés cantantes y los cafés bares a disfrutar de la fresca, y comentar, a veces, acaloradamente lo visto y escuchado en el transcurso de la velada. Los cantaores se reparten con sus acólitos y entre copa y copa se podían escuchar la más variada gama de cantes ya sin los nervios del escenario demostrando la pureza de los cantes y disfrutando de la compañía amiga. Nadie se puede sentir extraño en La Unión, basta con acercarse a una distancia prudencial del corrillo, para que alguien del grupo te lance un guiño invitándote a compartir mesa, copa y tertulia.

Algunos de los cantaores olvidan que el día siguiente deben volver a la competición, los más sensatos aconsejan que cuiden la voz y no se vean perjudicados por el esfuerzo baldío; pero los consejos sirven de poco y entre el calor del vino y la emoción del momento, la madrugada los sorprende entre desgarro y desgarro.

La Unión, cambia las luces por el sol, del amanecer, cuando los cuerpos andan destemplados de vino y coplas, los lugareños se acercan a los hornos de pan, y en majestuosa cola de espera, recogen unas barras de pan recién horneadas y las untan con tomate, aceite y sal. Sabía costumbre unionense que se repite invariablemente año tras año. El estomago agradece tan humilde y sano alimento y entre bocado y bocado llegan las despedidas, tan solo faltan unas horas para comenzar de nuevo el ritual de cada noche. “Esto es otro cantar”, sin él no sería lo mismo este festival minero.

Homenaje a la Mujer Cantaora

Ya se equivocó D. Antonio Chacón cuando aseguró que La Minera era “un Cante para hombres solos”. Si Don Antonio Chacón hubiera escuchado el desgarro de la reina de la minera (Encarnación Fernández), se le habría erizado el vello como a casi todos los que la escuchan.

Los condicionantes sociales actuales han hecho que la mujer que subía a un escenario estuviera mal vista, porque según él, ese era un lugar tan solo destinado al macho.

Ha habido y hay innumerables mujeres que supieron romper la atadura que las impedía arrancar del alma la tristeza o la alegría de los cantes jondos. Basta recordar a algunas de ellas como muestra de su grandeza; a Concha la Peñaranda, triunfadora en el café del Burrero, en Sevilla, Emilia Benito, Las hermanas de Utrera, La Paquera de Jerez, Carmen Linares, Juana la del Revuelo, Maite Martín, y como no a la reina de los cantes mineros Encarnación Fernández.

Tengo por obligación que recordar a una mujer que en los primeros años del Festival del Cante de las minas y de su voz hablaron los puristas largo y tendido, se trata de Isabel Díaz “La Levantina”, también conocida popularmente por la “Mojaquera”, fue la primera mujer que cantó en el primer Festival del cante de las minas. Tenía “La Mojaquera” una gracia especial para el trato con la gente que le hacía ganarse las simpatías de todos.

En aquel primer Festival del Cante de las Minas, ganó el primer premio de Cartagenas y además en numerosas ocasiones fue premiada en varios concursos de saetas. No había Virgen que desfilara por las calles de Cartagena en semana Santa, que Isabel no la parase para dedicarle una sentida saeta mitad cante andaluz, mitad cante de Levante.

En el recuerdo de los unionenses perdurará para siempre el nombre de Maria del Carmen García Gallardo, desaparecida trágicamente a muy corta edad, víctima de un accidente automovilístico, Maria del Carmen nació el año 1963, y

en 1977 comenzó su andadura como cantaora. En 1978 ganó su primer premio local en el Festival Nacional del Cante de las minas. En 1979 ganó en la pedanía unionense de Roche el primer premio de mineras, donde participaban cantaores que habían conseguido el máximo trofeo de Lámpara Minera, esta fue su última actuación.

Sirvan estas líneas como sentido homenaje a una cantaora que nos abandonó a muy temprana edad.



El hombre culto, es aquel que tiene deseos de saber más que sabiduría, una computadora podrá ser sabia, pero jamás será culta, porque la cultura es

Sánchez dragó, fernando

(1936 -) Escritor, periodista, crítico y polemista, es autor de una extensa obra histórico-literaria, que él mismo ha vivido en intensos periplos alrededor del mundo, a la busca de mundos mágicos sobre los que reavivar el misterio del hombre. Ha buscado siempre la verdad de las cosas, sin temor alguno a los estereotipos que atrapan la realidad y haciendo frente a cuantos desvirtúan oscuramente la calidad de los seres. Así, sin titubeos, tuvo la gallardía de proclamar su admiración sobre José Antonio con estas palabras:

"Que no me duelen prendas a la hora de comprometerme con la verdad (y la verdad es, en este caso, lo que la cabeza y el corazón me dicen); el españolito con más gancho - con más misterio, con más duende, con mas ángel - de esta

terrible centuria que ya se acerca a su fin se llamaba, y se llama, José Antonio Primo de Rivera. Urge sacar del olvido a este personaje, a este heredero de Hércules y de Ruy Díaz de Vivar, a este sumo sacerdote - el último, seguramente - de la religión del iberismo. Quizá su ejemplo pueda darnos una pauta y una llave para abrir la oscura puerta del futuro. (...) y sigo yo pensando, con el mismo nudo de amor y de angustia en la garganta, que José Antonio es el español más interesante (y más desaprovechado) de esta terrible centuria que ya se acerca a su fin" ("La dragonetea", en "Epoca" (revista), Madrid, 15 de abril de 1991).

► Escritores. Intelectuales. Cultura.

Obsesión de saber, y una manera de entender la vida, una manera de habérsela con la vida, los orígenes.

Nana Minera

Con la Nana del Rojo el Alpargatero
Mi niño sueña y sueña
Con ser minero.

Duerme, duerme mi niño
Nanita, nana:
Tu padre va a la mina
Por la mañana
Muy de mañana.

Con la nana, nanita
Nanita ea,
Tu padre va a la mina
Por la vereea.

Cuando vuelva tu padre
Por la vereea,
Le cantamos la nana
Nanita ea

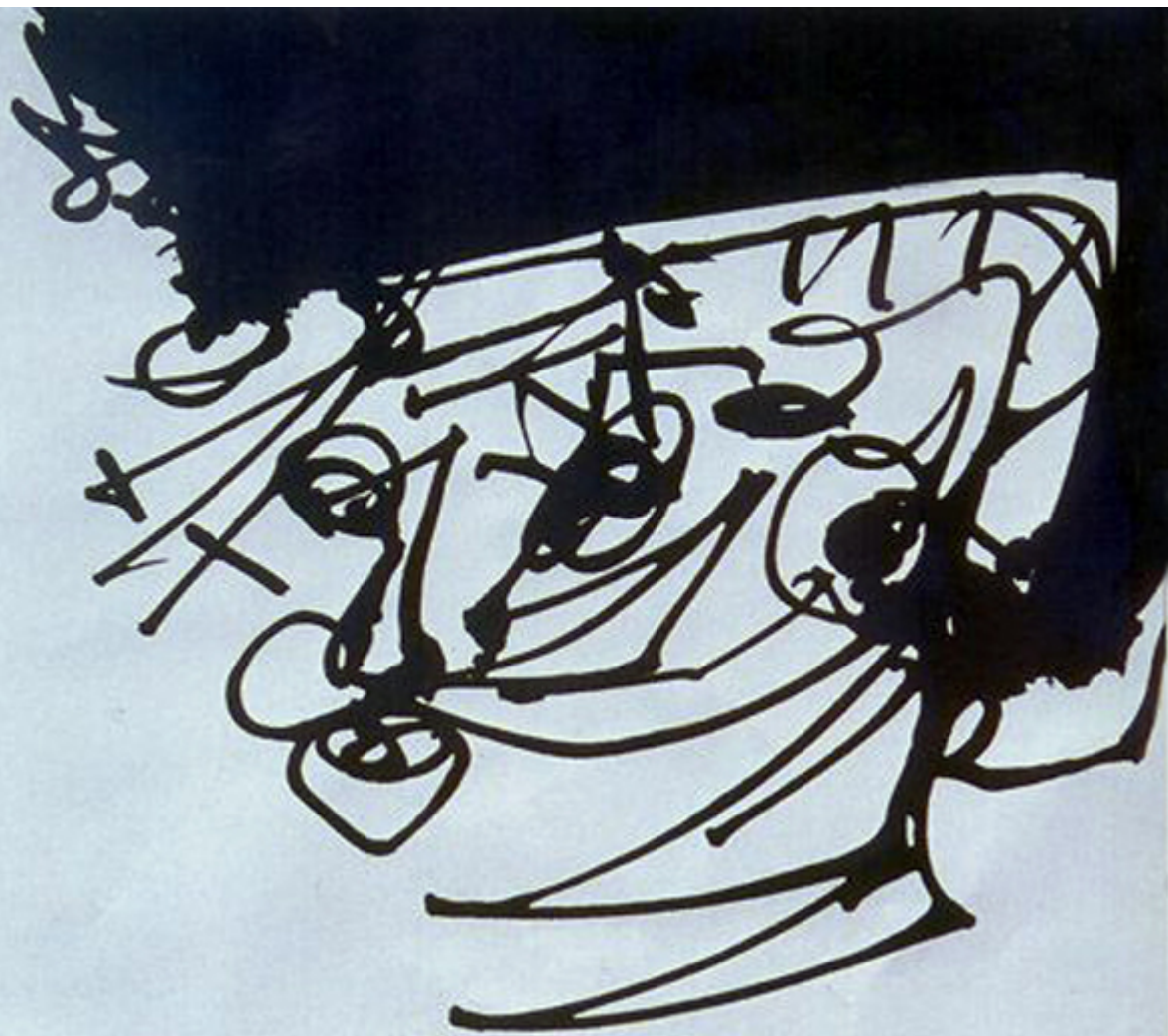
Cartageneras y fandangos mineros de Portmán

Junto a la torre Vigía
Cazaba Pedro el ajero
Más de noche que de día
Porque la luz del torrero

Las liebres les descubrían.

Vengo de los palmerales
Del huerto del General.
Por menos de lo que vale
Yo no lo puedo comprar,
Pero no tengo dos reales.

Soy Juan Mariche de Palos
Me llaman lobo de mar,
Pero si apagan el Faro
De la torre de Portmán,
¡Dios mío, qué desamparo!



XXXVII FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS

DECLARADO DE INTERÉS TURÍSTICO NACIONAL
La Unión, del 10 al 16 de Agosto de 1997



XXXVIII FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS

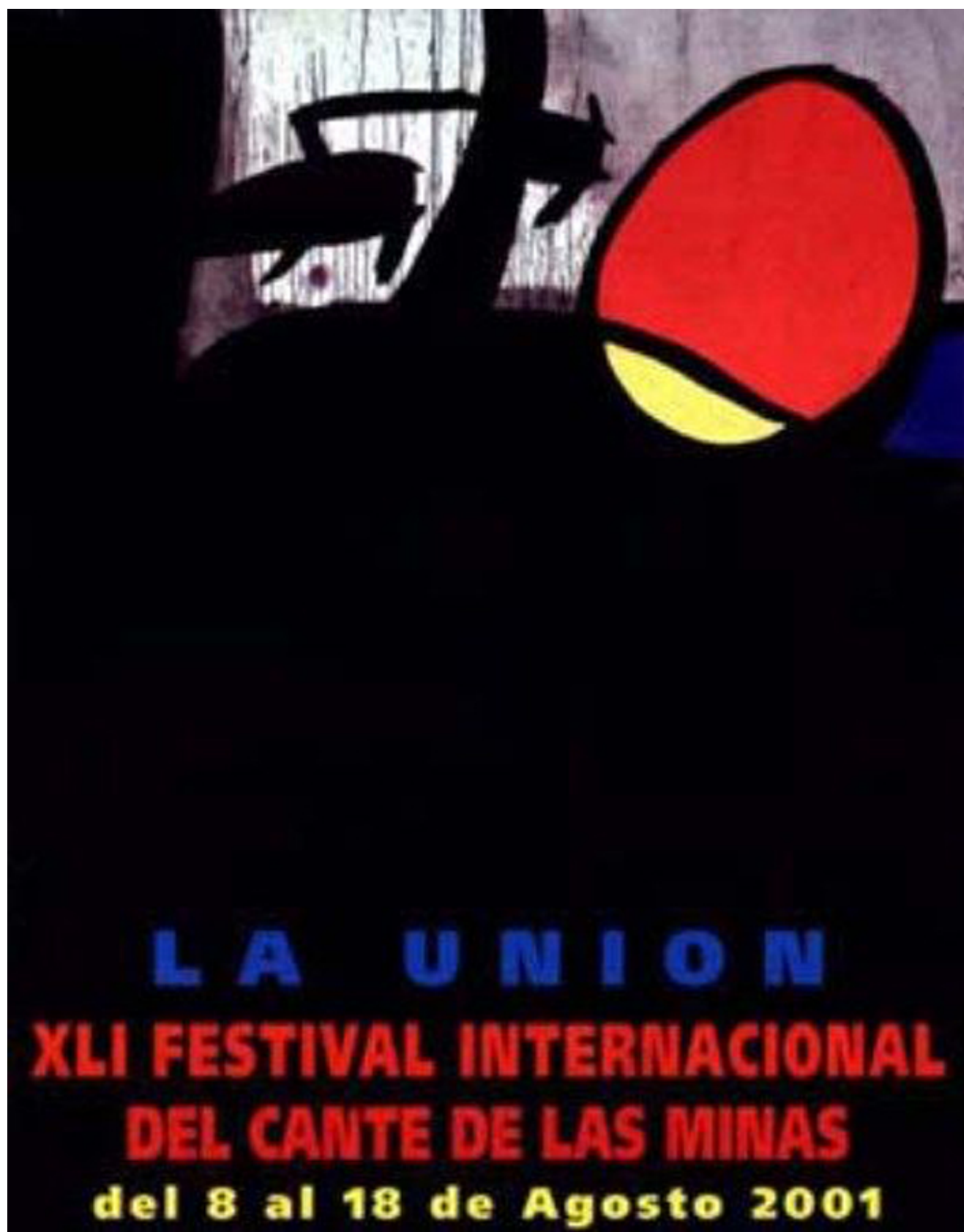


LA UNION (Murcia) España
Del 8 al 15 de Agosto de 1998

Declarado de Interés Turístico Nacional. • Medalla de Oro de la Región de Murcia.







L A U N I O N



**XLII FESTIVAL INTERNACIONAL
DEL CANTE DE LAS MINAS**
del 7 al 17 de Agosto 2002

del 7 al 17 de Agosto 2002

© 2006 Blackwell Publishing Ltd, *Journal of Internal Medicine* 260: 103–110



L A U N I O N



**XLIII FESTIVAL INTERNACIONAL
DEL CANTE DE LAS MINAS**

del 6 al 16 de Agosto de 2003





XLV Festival Internacional del Cante de las Minas

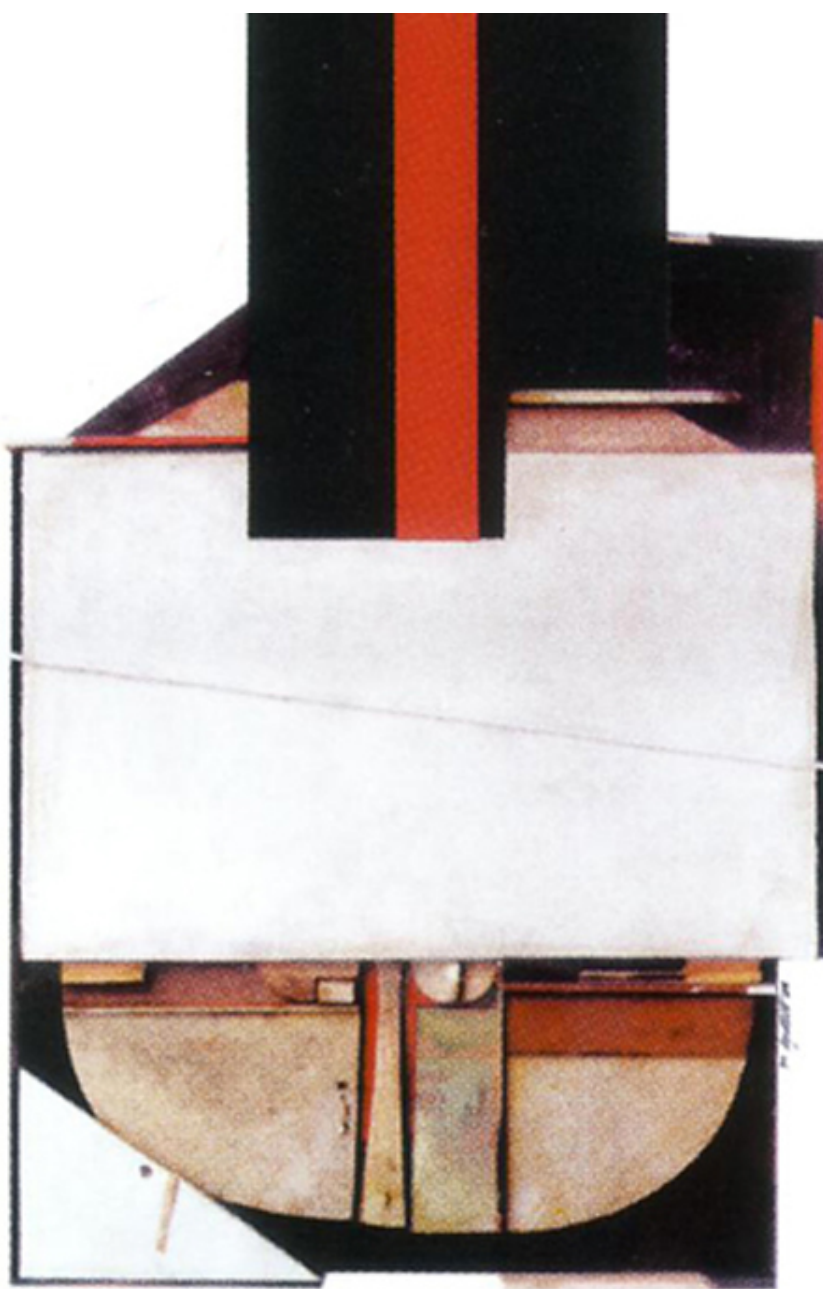
DECLARADO DE INTERÉS TURÍSTICO NACIONAL - MEDALLA DE ORO DE LA REGIÓN DE MURCIA

LA UNIÓN

Martín Espada

Del 4 al 13 de Agosto de 2005





XLVI FESTIVAL INTERNACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS
DECLARADO DE INTERÉS TURÍSTICO NACIONAL - MEDALLA DE ORO DE LA REGIÓN DE MURCIA

LA UNIÓN

Murcia - España

Del 3 al 12 de Agosto de 2006



XLVII Festival Internacional del Cante de las Minas

Escuela de Intérpretes Folclóricos Internacionales
Medalla de Oro de la Región de Murcia

La Unión

Del 2 al 10 de Agosto de 2007

Homenaje a CHANO LOBATO

FESTIVAL INTERNACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS

LA UNION

Murcia (España)

Declarado de Interés Turístico Internacional



ANTIGUO MERCADO PÚBLICO • CATEDRAL DEL CANTE
Del 7 al 16 de Agosto de 2008





**XLIX Festival Internacional del
Cante de las Minas
Del 5 al 15 de Agosto de 2009**

Homenaje a Vicente Amigo

Declarado de Interés Turístico Internacional

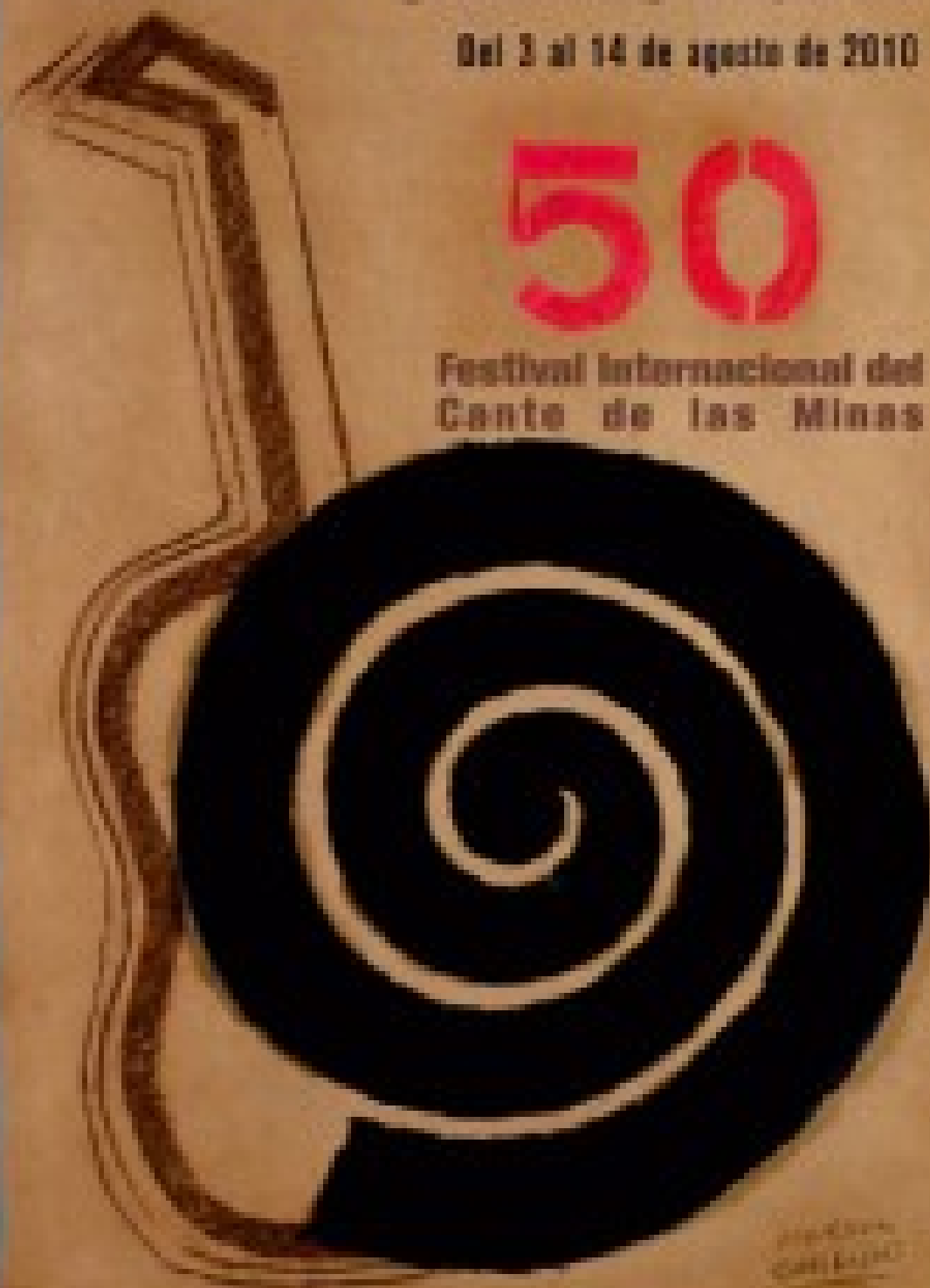
Antigua Mercadería Pública, Catedral del Cante, Monzon 22-23 de

LA UNIÓN (Murcia) España

Del 3 al 14 de agosto de 2010

50

Festival Internacional del
Canto de las Minas



Declarado de Interés Turístico Internacional



PROGRAMACIÓN

Participantes en semifinales 2010

Abdón Alcaraz Rodríguez
Pedro cintas Rodríguez
Sara Salado Palomo
Niwa Akiko
José Luís Villena Panadero
Cayetano Moreno Castro
Cristian Pérez Sanchidrián
Raúl Alcántara
Sergio Gómez Delgado “El Coloraito”
Guadalupe Torres Trabas
Eva María de Dios Moreno
Oscar Manuel Gómez Calatayud
Esther Merino pilo
Pedro Bermejo Plata
Inmaculada Aranda Espejo
Domingo Herrerías Pozo
Francisco Moncayo Gómez
Cristina Soler Gago
Antonio Pérez Mariscal
Jesús Gil Fernández
Juan Antonio Camino Wenceslá
José Almarcha Márquez
Ildefonso Aroca Moreno
Ariadna Castellanos Pliego
Víctor Palacios Pedregosa
David Coronel López
Francisco Javier Hidalgo Calero
Inmaculada Mellado Dorado
José Manuel Segovia Cortes
Juan Miguel Ramos Acevedo
Ana mochón Cifuentes
Alberto Selles Hernández
Miguel Pérez Ortega